# El asombroso Mauricio y sus roedores sabios

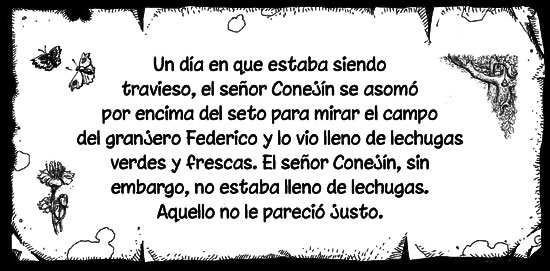
# Terry Pratchett

Traducción de Javier Calvo

Para D 'neice, por el libro adecuado

en el momento adecuado

## 



## Capítulo 1

De El señor Conejín tiene una aventura

¡Ratas!

Perseguían a los perros y mordían a los gatos, y...

Pero la cosa no acababa ahí. Tal como decía el asombroso Mauricio, solo era una historia sobre la gente y las ratas. Y lo más difícil era decidir quién era la gente y quiénes eran las ratas.

Malicia Grima, sin embargo, decía que era una historia sobre las historias.

Empezó —al menos parte de ella empezó— en el carruaje del correo que venía por las montañas procedente de las lejanas ciudades del llano.

Aquella era la parte del camino que al cochero no le gustaba. El trayecto serpenteaba a través de los bosques y rodeaba las montañas por carreteras desmoronadas. Entre los árboles había sombras profundas. A veces le daba la sensación de que había cosas que seguían al carruaje, manteniéndose a la distancia justa para no ser vistas. Aquello le ponía los pelos de punta.

Pero en aquel viaje concreto lo que más de punta se los ponía era que oía voces. No le cabía duda. Venían de detrás de él, del techo del carruaje, pero allí arriba no había nada más que las sacas de hule del correo y el equipaje del muchacho. Ciertamente no había nada lo bastante grande como para que se escondiera una persona dentro. Y sin embargo, de vez en cuando estaba seguro de que oía unas vocecillas de pito, que hablaban en voz baja.

En aquel punto del trayecto ya solamente quedaba un pasajero. Era un muchacho de pelo claro, que iba sentado a solas dentro del carruaje bamboleante, leyendo un libro. Leía despacio y en voz alta, pasando el dedo por encima de las palabras.

—Ubberwald —leyó en voz alta.

—Se dice «Überwald» —dijo una vocecilla de pito, muy nítida—. Los puntos hacen que el sonido de la U del principio se alargue. Pero lo estás haciendo bien.

—¿Uuuuuuberwald?

—A veces se puede pasar uno de pronunciación, chaval —dijo otra voz, que sonaba medio dormida—. ¿Pero sabes qué es lo mejor de Überwald? Que está muy, muy lejos de Sto Lat. Que está muy lejos de Pseudópolis. Está muy lejos de todos los sitios donde el comandante de la Guardia dice que nos hervirá vivos como vuelva a vernos. Y no es un sitio muy moderno. Los caminos están fatal. Hay muchas montañas de por medio. Por aquí arriba la gente no se desplaza mucho. Así que las noticias no viajan muy deprisa, ¿entiendes? Y lo más seguro es que no tengan policías. ¡Chaval, aquí podemos ganar una fortuna!

—¿Mauricio? —dijo el muchacho con cautela.

—¿Sí, chico?

—Lo que estamos haciendo no te parecerá, ya sabes... deshonesto, ¿verdad?

Hubo una pausa antes de que la voz respondiera:

—¿Qué quieres decir con «deshonesto»?

—Bueno... nos quedamos con su dinero, Mauricio. —El carruaje se bamboleó y botó sobre un bache.

—De acuerdo —dijo el invisible Mauricio—, pero lo que tienes que preguntarte es: ¿de quién es en realidad el dinero que nos estamos quedando?

—Bueno... suele ser del alcalde o del consistorio o de alguien así.

—¡En efecto! Y eso quiere decir que es... ¿qué? Esto ya te lo he explicado.

—Esto...

—Es dinero del go-bier-no, chaval —dijo Mauricio con paciencia—. Repítelo: dinero del go-bier-no.

—Dinero del go-bier-no —dijo el chico, obediente.

—¡Eso! ¿Y qué hacen los gobiernos con el dinero?

—Ejem, pues...

—Pagan a los soldados —dijo Mauricio—. Montan guerras. De hecho, lo más seguro es que ya hayamos impedido un montón de guerras al quitarles el dinero y ponerlo donde no pueda hacer daño a nadie. Nos tendrían que hacer una estatua, si tuvieran dos dedos de frente.

—Algunos de esos pueblos parecían bastante pobres, Mauricio —dijo el muchacho en tono de duda.

—Eh, exacto, son los sitios a los que no les conviene nada la guerra, entonces.

—Peligro Alubias dice que es poco... —el chico se concentró, y los labios se le movieron antes de decir la palabra, como si estuviera ensayándola— é-ti-co.

—Es verdad, Mauricio —dijo la voz de pito—. Peligro Alubias dice que no deberíamos vivir de estafar.

—Escucha, Melocotones, los humanos se dedican todos a la estafa —dijo la voz de Mauricio—. Les gusta tanto estafarse los unos a los otros todo el tiempo que hasta eligen gobiernos para que lo hagan en su nombre. Nosotros les damos un servicio de calidad. Ellos sufren una plaga espantosa de ratas, pagan a un flautista, las ratas salen todas del pueblo dando brinquitos detrás del chaval, fin de la plaga, todos contentos de que ya nadie se mee en la harina, el gobierno sale reelegido por una población agradecida, celebración general por todo lo alto. Dinero bien gastado, en mi opinión.

—Pero solo tienen una plaga porque nosotros les hacemos creer que la tienen —objetó la voz de Melocotones.

—Bueno, querida, otra cosa en la que se gastan el dinero todos esos pequeños gobiernos son los cazadores de ratas, ¿entiendes? No sé por qué me molesto en hablar con vosotros, de verdad.

—Sí, pero nosotros...

Se dieron cuenta de que el carruaje acababa de detenerse. Fuera, bajo la lluvia, se oyó un tintineo de arneses. A continuación el carruaje se meció un poco y les llegó el ruido de unos pies que corrían.

Una voz procedente de la oscuridad dijo:

—¿Hay algún mago ahí dentro?

Los ocupantes se miraron entre ellos, perplejos.

—No... —dijo el chico, un «no» de los que quieren decir: «¿Por qué lo preguntas?».

—¿Tal vez alguna bruja? —preguntó la voz.

—No, ninguna bruja —contestó el chaval.

—Bien. ¿Hay ahí dentro algún troll fuertemente armado a sueldo de la compañía de diligencias del correo?

—Lo dudo —dijo Mauricio.

Se produjo un silencio, roto solo por el ruido de la lluvia.

—Muy bien, ¿y qué me dices de hombres lobo? —dijo al final la voz.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó el muchacho.

—Ah, bueno, parecen completamente normales hasta el momento mismo en que les sale, bueno, pelo y dientes y patas gigantes y se te tiran encima a través de la ventana —dijo la voz. Daba la impresión de estar repasando una lista.

—Pelo y dientes tenemos todos —dijo el chico.

—Entonces, ¿sois hombres lobo?

—No.

—Bien, bien. —Hubo otro silencio lleno de lluvia—. A ver, vampiros —dijo la voz—. Es una noche muy húmeda y no os gustaría volar con un tiempo como este. ¿Hay vampiros ahí dentro?

—¡No! —gritó el chaval—. ¡Somos todos completamente inofensivos!

—Ay, ay, ay —murmuró Mauricio, y se metió debajo del asiento.

—Pues es un alivio —replicó la voz—. En los tiempos que corren hay que andarse con mucho cuidado. Hay un montón de gente rara suelta. —Alguien metió una ballesta por la ventanilla y la misma voz dijo—: La bolsa y la vida. Es una oferta de dos por uno, ¿sabes?

—El dinero está en la maleta del techo —dijo la voz de Mauricio, desde el suelo.

El salteador de caminos escrutó el interior a oscuras del carruaje.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó.

—Hum, yo —dijo el muchacho.

—¡Yo no he visto que movieras los labios, chaval!

—El dinero está en el techo de verdad. En la maleta. Pero si yo fuera usted, no me...

—Ja, ya me imagino que no —dijo el salteador de caminos. Su cara enmascarada desapareció de la ventanilla.

El chico cogió la flauta que había tirada en el asiento contiguo al suyo. Era de las que todavía se conocían como flautines de a un penique, aunque ya nadie recordaba cuándo podían haber costado un penique.

—Toca «Atraco con violencia», chaval —dijo Mauricio, en voz baja.

—¿No podríamos simplemente darle dinero? —propuso la voz de Melocotones. Era una voz pequeñita.

—El dinero es para que la gente nos lo dé a nosotros —dijo Mauricio en tono severo.

Sobre sus cabezas oyeron el roce de la maleta contra el techo del carruaje mientras el salteador la arrastraba para bajarla.

El chico recogió obedientemente la flauta y tocó unas cuantas notas. A continuación se oyeron varios ruidos. Primero un crujido, después un golpe seco, una especie de ruido de refriega y por fin un grito agudo y muy corto.

Cuando se hizo el silencio, Mauricio volvió a trepar hasta su asiento y asomó la cabeza fuera del carruaje para contemplar la noche oscura y lluviosa.

—Así me gusta —dijo—. Un hombre sensato. Cuanto más te resistes, más fuerte muerden. Lo más seguro es que aún no te hayan hecho sangre, ¿verdad? Bien. Adelántate un poco para que pueda verte. Pero con cuidado, ¿eh? No queremos que nadie monte en pánico, ¿a que no?

El salteador de caminos reapareció a la luz de los fanales del carruaje. Andaba despacio y con mucho cuidado, con las piernas muy separadas. Y gimoteaba por lo bajo.

—Ah, ahí estás —dijo Mauricio en tono jovial—. Te han subido por la pernera del pantalón, ¿verdad? Típico truco de ratas. Limítate a asentir con la cabeza, porque no queremos que se exciten. No te digo cómo podría terminar.

El salteador asintió muy despacio. Luego entrecerró los ojos.

—¿Eres un gato? —murmuró. De pronto se le pusieron los ojos bizcos y ahogó un grito.

—¿Te he dicho yo que hables? —dijo Mauricio—. Creo que no te he dicho que hables, ¿verdad? ¿El cochero se ha escapado o lo has matado tú? —El hombre no movió ni un músculo de la cara—. Ah, aprendes deprisa, eso me gusta en los salteadores de caminos. Puedes contestar a la pregunta.

—Se ha escapado —dijo el salteador con voz ronca.

Mauricio volvió a meter la cabeza en el carruaje.

—¿Cómo lo veis? —preguntó—. El carruaje, cuatro caballos, probablemente algún artículo de valor en las sacas del correo... podrían ser, a ver, mil dólares o más. El chaval podría hacernos de cochero. ¿Lo intentamos?

—Eso es robar, Mauricio —dijo Melocotones. Estaba sentada en el asiento contiguo al del chico. Era una rata.

—No es robar exactamente —dijo Mauricio—. Es más bien... encontrar. El cochero se ha escapado, así que vendría a ser como... rescatar objetos perdidos. Eh, eso es, podemos devolverlo para cobrar la recompensa. Muchísimo mejor así. Y sería legal, además. ¿Lo hacemos?

—La gente haría demasiadas preguntas —dijo Melocotones.

—Si lo dejamos aquí sin más, algún miarrrrr lo robará —protestó Mauricio—. ¡Se lo llevará algún ladrón! Mucho mejor que nos lo quedemos nosotros, ¿eh? Nosotros no somos ladrones.

—Lo vamos a dejar aquí, Mauricio —dijo Melocotones.

—Pues entonces, robémosle el caballo al salteador —dijo Mauricio, como si la noche no se pudiera dar por terminada hasta que robaran algo—. Robarle a un ladrón no es robar, porque se cancela.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche —le dijo el chico a Melocotones—. En eso lleva razón.

—¡Es verdad! —dijo el salteador en tono apremiante—. ¡No os podéis quedar aquí toda la noche!

—Es verdad —repitió un coro de voces procedentes de dentro de sus pantalones—. ¡No nos podemos quedar aquí toda la noche!

Mauricio suspiró y volvió a asomar la cabeza por la ventanilla.

—Vaaale —dijo—. Esto es lo que vamos a hacer. Tú te vas a quedar muy quietecito y mirando al frente y no vas a intentar ningún truco porque como lo intentes yo solamente tengo que decir...

—¡No lo digas! —exclamó el salteador en tono todavía más apremiante.

—Bien —dijo Mauricio—. Y ahora vamos a llevarnos tu caballo como castigo, y tú te puedes quedar el carruaje porque eso es robar y robar solo se les permite a los ladrones. ¿Te parece justo?

—¡Lo que tú digas! —exclamó el salteador, luego se lo pensó y añadió a toda prisa—: ¡Pero, por favor, no digas nada! —Continuó mirando al frente. Vio que el chico y el gato salían del carruaje. Oyó varios ruidos detrás de su espalda mientras le cogían el caballo. Y pensó en su espada. De acuerdo, con aquel trato se llevaba una diligencia del correo entera, pero también había que pensar en el orgullo profesional.

—Muy bien —dijo la voz del gato al cabo de un rato—. Ahora nos vamos a marchar todos, y tú tienes que prometer que no te moverás hasta que nos hayamos ido. ¿Lo prometes?

—Tienes mi palabra de ladrón —dijo el salteador, bajando lentamente la mano hacia la espada.

—Bien. Confiamos en ti, por supuesto —dijo la voz del gato.

El hombre sintió que se le aligeraban los pantalones mientras las ratas salían en tropel y se alejaban correteando, y a continuación oyó el tintineo de un arnés. Esperó un momento, luego se giró de golpe, desenvainó la espada y se abalanzó hacia delante.

O por lo menos, un poco hacia delante. No habría dado contra el suelo con tanta fuerza si alguien no le hubiera atado los cordones de las botas entre sí.

Decían que era asombroso. El asombroso Mauricio, lo llamaban. Él nunca se había propuesto ser asombroso. Había sucedido sin más.

Se había dado cuenta de que pasaba algo raro un buen día, justo después del almuerzo, cuando había mirado su reflejo en un charco y había pensado «ese soy yo». Era la primera vez que tenía consciencia de sí mismo. Por supuesto, costaba recordar cómo había pensado antes de volverse asombroso. Ahora le daba la impresión de que su mente solo había sido una especie de sopa.

Y luego vinieron las ratas, que vivían debajo del montón de basura que había en una esquina de su territorio. Se había dado cuenta de que aquellas ratas tenían una cierta sabiduría después de tirarse encima de una de ellas y que la rata le dijera: «¿Podemos hablar de esto?», y una parte de su nuevo y asombroso cerebro opinaba que no está bien comerse a alguien que sabe hablar. Por lo menos, hasta que hayas oído lo que tiene que decirte.

Aquella rata había sido Melocotones. Que no era como las ratas normales. Tampoco lo eran Peligro Alubias, Dónut Entrada, Castañoscuro, Jamoncocido, Gran Ahorro, Toxi y los demás. Pero al fin y al cabo, Mauricio tampoco era ya como los demás gatos.

De pronto, los demás gatos eran... tontos. Así que Mauricio empezó a ir con las ratas. Con ellas sí que se podía hablar. Con ellas se llevaba de maravilla siempre y cuando se acordara de no comerse a ninguna que conociesen.

Las ratas pasaban mucho tiempo preocupándose de por qué se habían vuelto tan listas de repente. A Mauricio aquello le parecía una pérdida de tiempo. Las cosas pasaban y ya está. Y sin embargo, las ratas no paraban de darle vueltas a si había algo en aquel montón de basura que se habían comido, y hasta Mauricio se daba cuenta de que aquello no explicaba por qué había cambiado él, puesto que él nunca comía basura. Y estaba claro que jamás habría probado la basura de aquel montón, sabiendo de dónde venía...

Con toda franqueza, a él las ratas le parecían tontas. Inteligentes, vale, pero tontas. Mauricio llevaba cuatro años viviendo en las calles y apenas le quedaban orejas y tenía el hocico todo lleno de cicatrices, y era listo. Tenía unos andares tan chulescos que si no aflojaba el paso se arriesgaba a volcar de lado. Cuando erizaba la cola, la gente se veía obligada a dar un rodeo. A él le parecía que se tenía que ser listo para vivir cuatro años en aquellas calles, sobre todo con tantas bandas de perros y peleteros por cuenta propia como había. Un paso en falso y te convertías en el almuerzo y en un par de guantes. Sí, tenías que ser listo.

También tenías que ser rico. Aquello costaba un poco explicárselo a las ratas, pero Mauricio se había recorrido la ciudad entera y había aprendido cómo funcionaban las cosas, y el dinero, les había explicado, era la clave de todo.

Y luego, un día, había visto a aquel chaval con cara de tonto tocar la flauta con la gorra en el suelo, mendigando peniques, y se le había ocurrido una idea, una idea asombrosa. Le había venido a la cabeza de golpe, pum. Ratas, flauta, chaval con cara de tonto...

Y había dicho: «¡Eh, chaval con cara de tonto! ¿Te apetece ganar una fortu...? Nooo, chaval, estoy aquí abajo...».

Ya estaba amaneciendo cuando el caballo del salteador de caminos salió de los bosques, coronando un puerto de montaña, y su jinete lo hizo detenerse en una arboleda conveniente.

Más abajo se extendía el valle fluvial y un pueblo se apiñaba contra los acantilados.

Mauricio se bajó de un salto de la alforja y se desperezó. El chaval con cara de tonto ayudó a las ratas a salir de la otra alforja. Se habían pasado el trayecto entero apiñadas sobre el dinero, aunque eran demasiado educadas para decir que era porque nadie quería dormir en la misma alforja que un gato.

—¿Cómo se llama el pueblo, chaval? —preguntó Mauricio, sentado en una roca y contemplando la población. Detrás de ellos, las ratas estaban contando otra vez el dinero y haciendo montoncitos de monedas junto a su saquito de cuero. Lo hacían todos los días. Por mucho que no tuviera bolsillos, había algo en Mauricio que hacía que todo el mundo quisiera contar su calderilla tan a menudo como fuera posible.

—Se llama Mal-Baden —dijo el chaval, consultando la guía de viajes.

—Ejem... ¿y deberíamos estar yendo ahí si son malvados? —dijo Melocotones, levantando la vista del dinero que estaba contando.

—Ja, no significa eso —dijo Mauricio—. Baden es una palabra extranjera que quiere decir «bañar», ¿entendéis?

—O sea que en realidad se llama Malbaño. ¿No les gusta bañarse? —dijo Dónut Entrada.

—No, no es eso... —El asombroso Mauricio vaciló, pero solo un momento—. Es porque tienen baños, ¿entendéis? Esta es una región muy atrasada. No hay muchos baños por aquí. Pero este pueblo los tiene, y están muy orgullosos de ello, así que quieren que lo sepa todo el mundo. Lo más seguro es que incluso haya que comprar entrada para verlos.

—¿Eso es verdad, Mauricio? —preguntó Peligro Alubias. Hizo la pregunta con bastante educación, pero quedó claro que lo que estaba diciendo en realidad era: «No creo que eso sea verdad, Mauricio».

Ah, sí... Peligro Alubias. No era fácil tratar con Peligro Alubias. Y en realidad no debería costar tanto. En los viejos tiempos, pensaba Mauricio, él ni siquiera se habría comido a una rata tan pequeña y paliducha y de aspecto tan enfermo. Se quedó mirando a la pequeña rata albina, que tenía el pelaje blanco como la nieve y los ojos rosados. Peligro Alubias no le devolvió la mirada, puesto que era demasiado miope. Por supuesto, estar casi ciego no suponía un obstáculo demasiado grande para una especie que se pasaba la mayor parte del tiempo a oscuras y que contaba con un sentido del olfato que, por lo que tenía entendido Mauricio, era casi tan bueno como la vista, el oído y el habla juntos. Sin ir más lejos, aquella rata siempre se giraba hacia Mauricio y lo miraba directamente a la cara cuando él hablaba. Era prodigioso. Mauricio había conocido a un gato ciego que se chocaba mucho con las puertas, pero a Peligro Alubias no le pasaba nunca.

Peligro Alubias no era la rata jefe. Esa tarea le correspondía a Jamoncocido. Jamoncocido era grande, feroz y un poco costroso, no le gustaba mucho tener un cerebro de esos tan modernos y no le gustaba nada hablar con un gato. La Transformación de las ratas, como ellas lo llamaban, ya lo había cogido mayor, y él decía que era demasiado viejo para cambiar. Las «conversaciones con Mauricio» se las dejaba a Peligro Alubias, que había nacido justo después de la Transformación. Y aquella ratita era lista. Increíblemente lista. Demasiado. Mauricio se veía obligado a poner en juego todos sus trucos cuando trataba con Peligro Alubias.

—Asombroso, la de cosas que sé —dijo Mauricio, parpadeando lentamente con la mirada fija en él—. En todo caso, es un pueblo bonito. A mí me da la impresión de ser rico. Ahora lo que vamos a hacer es...

—Ejem...

Mauricio odiaba aquel ruido. Si había un ruido peor que el de Peligro Alubias al formular sus preguntitas extrañas, era el de Melocotones al carraspear. Quería decir que ella estaba a punto de decir algo, en voz muy baja, y que ese algo lo iba a poner de mal humor a él.

—¿Sí? —dijo con brusquedad.

—¿De verdad nos hace falta seguir haciendo esto? —preguntó ella.

—Bueno, claro que no —dijo Mauricio—. A mí no me hace falta estar aquí en absoluto. Soy un gato, ¿verdad? ¿Un gato con mis talentos? ¡Ja! Podría haber conseguido un chollo de trabajo con un conjurador. O tal vez con un ventrílocuo. Podría estar haciendo cualquier cosa, ya lo creo, porque a la gente le gustan los gatos. Pero, debido a que soy increíblemente, ya sabéis, tonto y generoso, he decidido ayudar a una panda de roedores que, seamos francos, no son precisamente los animales favoritos de los humanos. Hay algunos de vosotros —clavó un ojo ambarino en Peligro Alubias— que tienen no sé qué idea de irse a una isla y montar una especie de civilización exclusiva de ratas, lo cual me parece, ya sabéis, admirable, pero para eso os hace falta... ¿qué os dije que os hacía falta?

—Dinero, Mauricio —dijo Peligro Alubias—, pero...

—Dinero. Eso mismo, porque ¿qué podéis conseguir con dinero? —Escrutó al grupo de ratas—. Empieza con B —les apuntó.

—Barcos, Mauricio, pero...

—Y también hay que pensar en todas las herramientas que os van a hacer falta, y la comida, claro...

—Están los cocos —dijo el chaval con cara de tonto, que estaba sacándole brillo a su flauta.

—Oh, ¿alguien ha dicho algo? —preguntó Mauricio—. ¿Qué sabes tú de eso, chaval?

—Que hay cocos —dijo el chico—. En las islas desiertas. Me lo dijo un hombre que los vendía.

—¿Cómo? —dijo Mauricio. No estaba muy seguro de lo de los cocos.

—No lo sé. Los hay, sin más.

—Ya, supongo que crecen en los árboles, ¿verdad? —dijo Mauricio con sarcasmo—. Venga, hombre, es que no sé qué haríais sin... ¿alguien lo sabe? —Fulminó con la mirada al grupo—. Empieza con M.

—Sin ti, Mauricio —respondió Peligro Alubias—. Pero mira, lo que pensamos en realidad es...

—¿Sí? —dijo Mauricio.

—Ejem —dijo Melocotones. Mauricio gimió—. Lo que quiere decir Peligro Alubias —continuó la rata— es que todo esto de robar cereales y queso y abrir agujeros royendo en las paredes es, bueno... —Levantó la vista hacia los ojos amarillos de Mauricio—. No es moralmente correcto.

—¡Pero si es lo que hacen las ratas! —saltó Mauricio.

—Pero nosotros creemos que no deberíamos hacerlo —dijo Peligro Alubias—. ¡Tendríamos que estar haciendo algo útil con nuestras vidas!

—Oh cielos cielos cielos —dijo Mauricio, negando con la cabeza—. Ah de la isla, ¿eh? ¡El Reino de las Ratas! No es que me esté riendo de vuestro sueño —se apresuró a añadir—. Todo el mundo necesita algún que otro sueñecito. —Y Mauricio lo creía sinceramente. Si sabías lo que la gente quería de verdad, ya te faltaba muy poco para controlarlos.

A veces se preguntaba qué quería el chaval con cara de tonto. Nada que Mauricio pudiera ver, salvo que le dejaran tocar la flauta y no lo molestaran. Pero... bueno, era igual que lo de los cocos. De vez en cuando el chico soltaba algo que indicaba que había estado prestando atención todo el tiempo. Aquella clase de personas era difícil de manejar.

Pero a los gatos se les da muy, muy bien manejar a la gente. Un maullido aquí, un ronroneo allá, una suave presión con la zarpa... y hasta ahora a Mauricio ni siquiera le había hecho falta pensar en ello. A los gatos no les hacía falta pensar. Únicamente tenían que saber qué era lo que querían. Pensar era cosa de humanos. Para eso estaban.

Mauricio pensó en los viejos tiempos, antes de que el cerebro empezara a chisporrotearle como un castillo de fuegos artificiales. Se presentaba en la puerta de las cocinas de la Universidad, ponía una expresión dulce y eran las cocineras quienes intentaban adivinar qué quería. ¡Era asombroso! Le decían cosas del tipo: «¿Quieres un cuenquito de lechee?, ¿Quieres una galletitaa?, ¿Quieres esas sobras tan ricaas?». Y lo único que tenía que hacer Mauricio era esperar con paciencia a que emitieran un sonido que él reconociera, como «muslos de pavo» o «picadillo de cordero».

Pero estaba seguro de que nunca se había comido nada mágico. No existían los menudillos de pollo encantados, ¿verdad que no?

Eran las ratas quienes se habían comido las cosas mágicas. El vertedero que ellos llamaban al mismo tiempo «hogar» y «almuerzo» estaba en la parte de atrás de la Universidad, y al fin y al cabo aquella era una universidad para magos. El viejo Mauricio nunca había prestado mucha atención a la gente que no llevaba cuencos en la mano, pero sí que había sido consciente de que aquellos hombres grandullones con sombreros puntiagudos hacían que pasaran cosas extrañas.

Y ahora sabía también cómo terminaban las cosas que aquellos hombres usaban. Cuando ya no las necesitaban, las tiraban por encima de la tapia. Y los viejos y gastados libros de conjuros y los cabos de las velas y los restos de los mejunjes verdes que borboteaban en los calderos, todo terminaba en el enorme montón de basura, junto con las latas de comida y los envoltorios viejos y los desperdicios de la cocina. Sí, los magos habían puesto letreros que decían: PELIGRO y TÓXICO, pero en aquella época las ratas no sabían leer y les gustaban mucho los cabos de velas.

Mauricio nunca, jamás se había comido nada del vertedero. Un buen lema en la vida, en su opinión, era: no te comas nada que brille.

Y sin embargo, él también se había vuelto inteligente, y más o menos al mismo tiempo que las ratas. Era un misterio.

Desde entonces se había dedicado a lo mismo que todos los gatos. A manejar a la gente. Algunas ratas también contaban como gente, claro. Pero la gente era gente, por mucho que tuvieran cuatro patas y se hicieran llamar Peligro Alubias, que es la clase de nombre que te pones si aprendes a leer antes de entender el significado de todas las palabras, te lees los letreros y las etiquetas de viejas latas oxidadas y acabas eligiendo un nombre porque te gusta cómo suena.

El problema de pensar era que cuando empezabas ya no podías parar. Y para el gusto de Mauricio, las ratas estaban pensando demasiado. Peligro Alubias ya era un incordio, pero estaba tan ocupado con sus elucubraciones estúpidas sobre cómo podían las ratas fundar su propio país en alguna parte que Mauricio no tenía problema con él. La peor de todas era Melocotones. El truco habitual que usaba Mauricio de hablar muy deprisa para que la gente se quedara confundida no funcionaba en absoluto con ella.

—Ejem —volvió a intervenir ella—, creemos que esta tiene que ser la última vez.

Mauricio se la quedó mirando. Las demás ratas retrocedieron un poco, pero Melocotones le aguantó la mirada.

—Esta tiene que ser la última vez que hacemos esa tontería de truco de la «plaga de ratas» —dijo Melocotones—. Y no se hable más.

—¿Y qué piensa de esto Jamoncocido? —dijo Mauricio. Se volvió hacia el jefe de las ratas, que había estado observándolos. Siempre era buena idea apelar a Jamoncocido cuando Melocotones causaba problemas, porque ella no le caía muy bien.

—¿Qué quieres decir con eso de «piensa»? —preguntó Jamoncocido.

—Yo... señor, pienso que tenemos que dejar de hacer ese truco —dijo Melocotones, bajando la cabeza con nerviosismo.

—Ah, o sea que tú también piensas, ¿no? —dijo Jamoncocido—. Últimamente todo el mundo piensa. Pues yo pienso que hay demasiada gente pensando por aquí, eso es lo que yo pienso. Cuando yo era chaval a nadie se le ocurría pensar. Nunca habríamos hecho nada, si antes nos pusiéramos a pensar.

Dedicó también una mirada furibunda a Mauricio. A Jamoncocido no le caía bien Mauricio. No le gustaban la mayoría de las cosas que habían pasado desde la Transformación. De hecho, Mauricio se preguntaba cuánto tiempo iba a durar Jamoncocido de líder. No le gustaba pensar. Pertenecía a la época en que para liderar a un grupo de ratas solamente había que ser grande y huraño. Ahora el mundo estaba cambiando demasiado deprisa para él, y eso lo ponía furioso.

Ahora más que liderar estaba siendo empujado.

—Yo... Peligro Alubias, señor, cree que tendríamos que pensar en asentarnos, señor —dijo Melocotones.

Mauricio frunció el ceño. Jamoncocido no iba a hacer caso a lo que dijera Melocotones, y ella lo sabía, pero Peligro Alubias era lo más parecido que tenían las ratas a un mago y hasta las ratas grandes lo escuchaban.

—Yo creía que íbamos a subirnos a un barco y encontrar una isla en alguna parte —dijo Jamoncocido—. Los barcos son buenos sitios ratunos —añadió en tono de aprobación. Luego continuó, dirigiendo una mirada ligeramente nerviosa y ligeramente molesta a Peligro Alubias—: Y la gente me dice que necesitamos eso del dinero porque ahora que podemos pensar tanto tenemos que ser éte... éta...

—Éticos, señor —dijo Peligro Alubias.

—Que es algo que a mí me suena poco ratuno. Aunque no parece que mi opinión cuente para nada —dijo Jamoncocido.

—Tenemos dinero suficiente, señor —dijo Melocotones—. Ya tenemos mucho dinero. Porque tenemos mucho dinero, ¿verdad que sí, Mauricio? —No era una pregunta; era más bien una especie de acusación.

—Bueno, cuando dices mucho... —empezó a decir Mauricio.

—Y de hecho, tenemos más dinero del que creíamos —continuó Melocotones, sin cambiar el tono de voz. Era un tono muy educado, pero no se detenía nunca y siempre hacía las preguntas más inapropiadas. Para Mauricio, una pregunta inapropiada era la que él no quería oír. Melocotones volvió a soltar aquel pequeño carraspeo suyo—. La razón por la que digo que tenemos más dinero, Mauricio, es que tú nos dijiste que las que se llamaban «monedas de oro» brillaban como la luna y las «monedas de plata» brillaban como el sol, y luego te quedaste con todas las monedas de plata. Y de hecho, Mauricio, es al revés. Son las monedas de plata las que brillan como la luna.

A Mauricio se le ocurrió una palabrota en el idioma de los gatos, que tiene muchas. ¿Qué sentido tiene la educación, pensó, si luego a la gente le da por usarla?

—Así que pensamos, señor —le dijo Peligro Alubias a Jamoncocido—, que después de esta última vez deberíamos repartir el dinero y separarnos. Además, cada vez es más peligroso repetir siempre el mismo truco. Tenemos que dejarlo antes de que sea demasiado tarde. Aquí hay un río. Tendríamos que poder seguirlo hasta el mar.

—Una isla sin humanos ni krrllltt gatos sería un buen sitio —dijo Jamoncocido.

Mauricio no dejó que se desvaneciera su sonrisa, pese a que sabía lo que quería decir krrllltt.

—Y no queremos impedir a Mauricio que consiga su maravilloso chollo de trabajo con el conjurador —añadió Melocotones.

Mauricio entrecerró los ojos. Por un momento estuvo muy cerca de romper su regla de hierro de no comerse a nadie que pudiera hablar.

—¿Y tú qué dices, chico? —dijo, levantando la vista hacia el chaval con cara de tonto.

—A mí no me importa —dijo el chaval.

—¿No te importa el qué? —preguntó Mauricio.

—No me importa nada, en realidad —dijo el chaval—. Siempre y cuando nadie me impida tocar.

—¡Pero tienes que pensar en el futuro! —dijo Mauricio.

—Ya lo hago —dijo el chaval—. En el futuro quiero seguir tocando mi música. Tocar no cuesta nada. Pero tal vez las ratas tengan razón. Hemos estado a punto de pillarnos la cola un par de veces, Mauricio.

Mauricio lanzó al chico una mirada afilada para ver si estaba haciendo un chiste, pero el chaval nunca había hecho nada parecido. Por fin se rindió. Bueno, no es que se rindiera exactamente. Mauricio no había llegado adonde estaba rindiéndose ante los problemas. Simplemente los dejaba a un lado. Al fin y al cabo, siempre se presentaba alguna solución.

—Muy bien, de acuerdo —dijo—. Lo haremos una vez más y dividiremos el dinero en tres partes. De acuerdo. No hay problema. Pero si va a ser la última vez, hagamos que sea memorable, ¿eh? —Sonrió.

A las ratas, como eran ratas, no les hacía ninguna gracia ver a un gato sonriendo, pero entendieron que se acababa de tomar una decisión difícil. Soltaron diminutos suspiros de alivio.

—¿A ti te parece bien, chaval? —preguntó Mauricio.

—¿Y después podré seguir tocando la flauta? —dijo el chaval.

—Por supuesto.

—Vale —dijo el chico.

El dinero, el que brillaba como el sol y el que brillaba como la luna, fue devuelto solemnemente a su saquito. Las ratas arrastraron el saquito hasta los matorrales y lo enterraron. Nadie enterraba el dinero tan bien como las ratas, y no convenía llevar demasiado encima al entrar en un pueblo.

También estaba el caballo. Era un caballo valioso, y a Mauricio le sabía muy, muy mal soltarlo. Pero, tal como había señalado Melocotones, era el caballo de un salteador de caminos y tenía una silla de montar y una brida muy recargadas. Intentar venderlo allí podía resultar peligroso. La gente hablaría. Podía atraer la atención del gobierno. No era buen momento para tener a la Guardia siguiéndoles el rastro.

Mauricio caminó hasta el borde de las rocas y bajó la vista para contemplar el pueblo, que se estaba despertando bajo la luz del amanecer.

—Hagamos que este sea el gran golpe, pues, ¿eh? —dijo, mientras las ratas regresaban—. Quiero ver un festival de chillar y hacerle muecas a la gente y mearse encima de las cosas, ¿de acuerdo?

—Nos parece que mearse encima de las cosas no es del todo... —empezó a decir Peligro Alubias, pero Melocotones dijo «ejem», de manera que rectificó—: Bueno, en fin, si es la última vez...

—Yo me he meado encima de todo desde que salí del nido —dijo Jamoncocido—. Y ahora me dicen que no está bien. Si eso es lo que significa pensar, me alegro de no hacerlo.

—Dejémoslos asombrados —dijo Mauricio—. ¿Ratas? ¿Se creen que han visto ratas en este pueblo? ¡Cuando nos hayan visto a nosotros, se van a poner a inventarse cuentos!

## 

## IMAGE

## Capítulo 2

De El señor Conejín tiene una aventura

Este era el plan.

Y era un buen plan. Hasta las ratas, hasta Melocotones, tuvieron que admitir que funcionaba.

Todo el mundo había oído hablar de las plagas de ratas. Abundaban las leyendas de flautistas encantadores de ratas que se ganaban la vida yendo de pueblo en pueblo y librándolos de las plagas. Por supuesto, las plagas no solamente eran de ratas —a veces había plagas de acordeonistas, de ladrillos atados con cordeles o de pescado—, pero eran las de las ratas lo que todo el mundo conocía.

Y con eso bastaba, en realidad. No hacían falta tantas ratas en una plaga, por lo menos si hacían bien su trabajo.

Una rata que apareciera por aquí y por allí, chillando fuerte, bañándose en la nata fresca y meándose en la harina, ya podía ser una plaga por sí sola.

Al cabo de unos días de aguantar aquello, era asombroso cuánto se alegraba la gente de ver llegar al chaval con cara de tonto con su flauta mágica. Y qué asombrados se quedaban cuando empezaban a salir ratas de todos los agujeros y seguían al flautista fuera del pueblo. Tan asombrados que no prestaban demasiada atención al hecho de que en realidad no había más que un centenar de ratas.

Pero se habrían quedado asombrados de verdad si se hubieran enterado de que las ratas y el flautista se reunían con un gato en el bosque tras salir del pueblo y se ponían a contar solemnemente el dinero.

Mal-Baden todavía se estaba despertando cuando entraron Mauricio y el chaval. Nadie los molestó, aunque Mauricio fue objeto de gran interés. Aquello no le preocupó. Era consciente de ser interesante. Los gatos caminaban como si fueran los dueños del lugar en cualquier caso, mientras que el mundo estaba lleno de chavales con cara de tonto y la gente no se moría de ganas de ver uno más.

Parecía que era día de mercado, y sin embargo no había muchos puestos y los que había vendían sobre todo, bueno... basura. Sartenes viejas, ollas, zapatos usados... la clase de cosas que la gente tiene que vender cuando va mal de dinero.

Mauricio había visto muchos mercados en sus viajes por otros pueblos y sabía cómo debían funcionar.

—Tendría que haber mujeres gordas vendiendo pollos —dijo—. Y gente que venda golosinas para los niños, y cintas. Acróbatas y payasos. Hasta malabaristas de comadrejas, con un poco de suerte.

—Aquí no hay nada parecido. Apenas hay nada que comprar, por lo que se ve —dijo el chico—. Creía que habías dicho que era un pueblo rico, Mauricio.

—Bueno, es que parecía rico —replicó Mauricio—. Con tantos campos enormes en el valle, y tantas barcazas en el río... ¡daba la impresión de que las calles estarían pavimentadas con oro!

El chico levantó la vista.

—Es raro —dijo.

—¿El qué?

—La gente parece pobre —explicó—. Son los edificios los que parecen ricos.

Y era verdad. Mauricio no era un experto en arquitectura, pero aquellos edificios de madera habían sido meticulosamente tallados y pintados. Y también se fijó en otra cosa. No había nada meticuloso en el letrero que alguien había clavado a la pared más cercana.

Decía:



El chico lo estaba mirando fijamente.

—Parece que están ansiosos de verdad por librarse de sus ratas —dijo Mauricio en tono jovial.

—¡Nadie había ofrecido nunca una recompensa de medio dólar por cola! —exclamó el chaval.

—Ya te he dicho que este iba a ser el gran golpe —dijo Mauricio—. Antes de que se acabe la semana nos va a salir el dinero por las orejas.

—¿Qué es una Rathaus? —preguntó el chico, inseguro—. No puede ser una casa para ratas, ¿verdad? ¿Y por qué te mira todo el mundo?

—Soy un gato muy guapo —dijo Mauricio.

Aun así, resultaba un poco sorprendente. La gente se daba codazos señalándolo a él.

—Da la impresión de que no han visto nunca un gato —murmuró, mirando fijamente el edificio que había en la acera de enfrente. Era un edificio grande y cuadrado, rodeado de gente, y tenía un letrero que decía: RATHAUS—. Suena a casa de las ratas, pero en el idioma de aquí solo significa... el consistorio, el ayuntamiento —explicó—. No tiene nada que ver con ratas, por gracioso que resulte.

—Realmente conoces muchas palabras, Mauricio —se admiró el chaval.

—A veces me asombro a mí mismo —respondió Mauricio.

Había una cola de gente delante de una puerta enorme abierta. Otra gente, que presumiblemente ya había hecho lo que fuera que era el objeto de la cola, salía por otra puerta de uno en uno o por parejas. Todos llevaban panes en las manos.

—¿Nos ponemos también en la cola? —dijo el chaval.

—Creo que mejor será que no —dijo Mauricio con cautela.

—¿Por qué no?

—¿Ves a esos hombres que están en la puerta? Parecen agentes de la guardia. Llevan porras muy grandes. Y todo el mundo que pasa adentro les enseña un papel. No me gusta la pinta de todo eso —dijo Mauricio—. Yo le veo pinta de gobierno.

—Pero nosotros no hemos hecho nada malo —dijo el chaval—. Por lo menos aquí.

—Con los gobiernos no se sabe nunca. Tu quédate aquí sentado, chico. Voy a echar un vistazo.

La gente se quedó mirando a Mauricio cuando entró tranquilamente en el edificio, pero daba la impresión de que en un pueblo invadido por las ratas los gatos eran muy populares. Un hombre hizo un intento de cogerlo, pero perdió interés cuando Mauricio se revolvió y le arañó el dorso de la mano.

La fila entraba serpenteando en un salón de gran tamaño y pasaba por delante de una mesa larga montada sobre caballetes. Allí cada persona enseñaba su papel a dos mujeres que había delante de una bandeja enorme llena de pan, y recibía a cambio una hogaza. Después pasaban frente a un hombre que tenía una cubeta de salchichas y recibían una cantidad considerablemente menor de salchicha.

Mirando todo aquello, y diciendo algo de vez en cuando a la gente que servía la comida, estaba el alcalde. Mauricio lo reconoció al instante porque tenía una cadena de oro colgada del cuello. Desde que trabajaba con las ratas había conocido a muchos alcaldes. Aquel era distinto a los demás. Era más pequeño, estaba mucho más preocupado y tenía una calva que se intentaba cubrir con tres mechones de pelo. También era mucho más flaco que los demás alcaldes que había visto Mauricio. No tenía aspecto de que lo hubieran comprado por toneladas.

Así pues... la comida escasea, pensó Mauricio. Están teniendo que racionarla. Parece que les va a hacer falta un flautista cuanto antes. Menos mal que hemos llegado justo a tiempo...

Salió a la calle, pero ahora apretando el paso, porque oyó que alguien tocaba una flauta. Como se había temido, era el chico. Acababa de dejar su gorra en el suelo y ya había acumulado unas cuantas monedas. La cola se había desviado para que la gente lo pudiera oír, y hasta había un par de niños pequeños que estaban bailando.

Mauricio solamente era experto en cantos gatunos, que consistían en plantarse a tres centímetros de otro gato y chillarle hasta que se rendía. La música humana siempre le había resultado insípida y aguada. Pero la gente meneaba el pie cuando oía tocar al chico. Y sonreían un rato.

Mauricio esperó a que el chico terminara la canción. Mientras la fila de gente aplaudía, él se metió con sigilo por detrás del chico, se frotó contra él y dijo entre dientes:

—¡Buen trabajo, cabeza de chorlito! ¡Se supone que tenemos que evitar llamar la atención! Venga, vámonos. Ah, y coge el dinero.

Cruzó la plaza seguido del chico y se detuvo tan de repente que el muchacho estuvo a punto de pisarlo.

—Ups, aquí viene más gobierno —dijo—. Y esos sí que sabemos a qué se dedican, ¿verdad?

El chico lo sabía. Eran cazadores de ratas, dos de ellos. Incluso aquí iban vestidos con los abrigos largos y polvorientos y las chisteras negras y raídas de su profesión. Los dos llevaban al hombro sendos palos de los que colgaban diversas trampas.

Del otro hombro les colgaba un saco grande, de esos cuyo interior no conviene mirar. Y cada uno llevaba un terrier sujeto con una cuerda. Eran unos perros flacos y peleones, y gruñeron a Mauricio cuando los hicieron pasar a rastras delante de él.

La cola de gente vitoreó a los dos hombres cuando se acercaron y rompió en aplausos cuando metieron las manos en sus sacos y sostuvieron en alto lo que a Mauricio le pareció que eran dos puñados de cordeles negros.

—¡Hoy, doscientas! —gritó uno de los cazadores de ratas.

Un terrier se abalanzó hacia Mauricio, dando tirones frenéticos de su cuerda. El gato no se movió. Probablemente el chaval con cara de tonto fue el único que le oyó decir en voz baja:

—¡Atrás, saco de pulgas! ¡Perro malo!

La cara del terrier se frunció para formar esa expresión horriblemente preocupada de un perro que intenta tener dos pensamientos al mismo tiempo. Sabía que los gatos no deberían hablar, y sin embargo aquel gato acababa de hacerlo. Era un problema terrible. El animal se sentó con gesto incómodo y se puso a gimotear.

Mauricio empezó a asearse. Lo cual era un insulto mortal.

El cazador de ratas, molesto por la actitud tan cobarde de su perro, lo apartó de un tirón.

Y se le cayeron unos cuantos de aquellos cordeles negros.

—¡Colas de ratas! —exclamó el chico—. ¡Aquí deben de tener un problema enorme!

—Más grande de lo que crees —dijo Mauricio, mirando el manojo de colas—. Recoge esas de ahí cuando no mire nadie, ¿quieres?

El chaval esperó a que no hubiera nadie mirando en su dirección y estiró el brazo. Justo cuando sus dedos tocaron el enredo de colas, una bota negra grande y reluciente les dio un fuerte pisotón.

—No le conviene tocar esas cosas, señorito —dijo una voz por encima de él—. Las ratas le pueden pegar la peste, ¿sabe? Hace que a uno le exploten las piernas. —Era uno de los cazadores de ratas. Dedicó al chico una gran sonrisa, pero sin ningún humor. Olía a cerveza.

—Eso mismo, señorito, y luego se le salen los sesos por la nariz —dijo el otro cazador de ratas, acercándose al chico por detrás—. No le recomendaría que usara su pañuelo, señorito, si hubiera pillado la peste.

—Mi socio ha dado como de costumbre en el clavo, señorito —dijo el primer cazador de ratas, echando más aliento de cerveza en la cara del chico.

—Que es más de lo que podría hacer usted, señorito —dijo Cazarratas 2—, porque cuando se coge la peste, los dedos se ponen...

—A vosotros no os han explotado las piernas —dijo el chaval.

Mauricio gimió. Nunca era buena idea contestar con mala educación a un olor a cerveza. Pero los cazadores de ratas se encontraban en una fase en la que, contra todo pronóstico, se creían graciosos.

—Ah, bien dicho, señorito, pero eso es porque la lección número uno que te enseñan en la escuela del Gremio de Cazadores de Ratas es no dejar que te exploten las piernas —dijo Cazarratas 1.

—Y menos mal, porque la lección número dos se explica en el piso de arriba —dijo Cazarratas 2—. Eh, soy la monda, ¿a que sí, señorito?

El otro cazador de ratas cogió el manojo de cordeles negros y su sonrisa se esfumó mientras miraba fijamente al chico.

—No te he visto antes, chaval —dijo—. Y el consejo que te doy es que no te metas donde no te llaman y no le digas una palabra de nada a nadie. Ni una palabra. ¿Entendido?

El chico abrió la boca para hablar pero la cerró enseguida. El cazador de ratas volvió a dedicarle su sonrisa espantosa.

—Ah, aprende usted deprisa, señorito —dijo—. Tal vez lo veremos por ahí, ¿no?

—Apuesto a que de mayor le gustaría a usted ser cazador de ratas, ¿eh, señorito? —dijo Cazarratas 2, dándole unas palmaditas demasiado fuertes al chico en la espalda.

El chico asintió con la cabeza. Parecía la mejor solución. Cazarratas 1 se inclinó sobre él hasta que su nariz roja y picada de viruelas estuvo a dos centímetros de la cara del muchacho.

—Si es que llega a mayor, señorito —dijo.

Los cazadores de ratas se alejaron, arrastrando con ellos a sus perros. Uno de los terriers no dejó de mirar a Mauricio.

—Tienen a unos cazadores de ratas muy inusuales por aquí —dijo el gato.

—Nunca había visto a unos cazadores de ratas como esos —comentó el chaval—. Parecían mala gente. Como si les gustara su trabajo.

—Yo nunca he visto a unos cazadores de ratas que tuvieran tanto trabajo pero llevasen unas botas tan limpias —dijo Mauricio.

—Sí que estaban limpias, ¿verdad? —dijo el chico.

—Pero ni siquiera eso es tan raro como las ratas que hay por aquí —dijo Mauricio, sin levantar la voz, como si estuviera contando dinero.

—¿Qué tienen de raro las ratas? —preguntó el chico.

—Algunas de ellas tienen unas colas muy raras —dijo Mauricio.

El chico echó un vistazo a la plaza. La cola del pan seguía siendo bastante larga y le estaba poniendo nervioso. Pero le pasaba lo mismo con el vapor. Por todos lados salían pequeñas vaharadas de vapor de las rejillas y de las tapas de alcantarillas, como si el pueblo entero hubiera sido construido sobre un hervidor de agua. Además, tenía la fuerte sensación de estar siendo vigilado.

—Creo que tenemos que encontrar a las ratas y marcharnos a otro lado —dijo.

—No, este pueblo tiene pinta de estar lleno de oportunidades —dijo Mauricio—. Algo pasa, y cuando algo pasa, eso quiere decir que alguien se está enriqueciendo, y cuando alguien se está enriqueciendo, no veo por qué no puedo ser y... nosotros.

—¡Sí, pero no queremos que esos tipos maten a Peligro Alubias y a los demás!

—No los atraparán —dijo Mauricio—. Esos tipos no son ningunas lumbreras precisamente. Hasta Jamoncocido podría tomarles el pelo, creo yo. Y Peligro Alubias tiene cerebro para que le salga por las orejas.

—¡Espero que no!

—Noo, noo —dijo Mauricio, que solía decir a la gente lo que quería oír—. Me refiero a que nuestras ratas son más inteligentes que la mayoría de los humanos, ¿vale? Acuérdate de lo que pasó en Escrote cuando Sardinas se metió en aquella tetera y le hizo una pedorreta a la ancianita que levantó la tapa... Ja, hasta las ratas normales son más inteligentes que los humanos. Los humanos se creen que son mejores solo porque son mas grandes... Un momento, me voy a callar, alguien nos mira...

Un hombre que llevaba una cesta se había parado después de salir de la Rathaus y estaba observando a Mauricio con gran interés. Por fin levantó la vista para mirar al chico y dijo:

—¿Se le da bien cazar ratas? Apuesto a que sí, con lo grande que es. ¿Es tuyo, chico?

—Di que sí —susurró Mauricio.

—Más o menos, sí-dijo el chico. Cogió a Mauricio en brazos.

—Te doy cinco dólares por él —propuso el hombre.

—Pide diez —dijo Mauricio entre dientes.

—No está en venta —dijo el chico.

—¡Idiota! —ronroneó Mauricio.

—Pues siete dólares —dijo el hombre—. Mira, te digo lo que voy a hacer... Cuatro panes enteros, ¿qué te parece?

—Menuda tontería. Un pan no debe de costar más que veinte peniques —dijo el chico.

El hombre lo miró con cara rara.

—Acabas de llegar, ¿verdad? Y tienes mucho dinero, ¿verdad?

—Suficiente —dijo el chico.

—¿Eso crees? Pues bueno, no te servirá de mucho. Mira, cuatro panes y un bollo, no puedo ser más justo. Por diez panes puedo conseguir un terrier, que van locos por las ratas... ¿No? Bueno, cuando tengas hambre lo cambiarás por media rebanada de pan con frote[[1]](#footnote-1) y te parecerá que has hecho un buen trato, créeme.

Se alejó. Mauricio se escurrió de los brazos del chico y aterrizó con agilidad sobre los adoquines.

—Sinceramente, si se me diera bien el vientriloquismo podríamos ganar una fortuna —gruñó.

—¿Vientriloquismo? —dijo el chaval, viendo como el hombre se alejaba.

—Es cuando tú abres y cierras la boca pero el que habla soy yo —explicó Mauricio—. ¿Por qué no me has vendido? ¡Estaría aquí otra vez en diez minutos! ¡He oído hablar de un hombre que ganó una fortuna vendiendo palomas mensajeras y solo tenía una!

—¿No te parece que hay algo raro en un pueblo donde la gente paga más de un dólar por un pan? —preguntó el chico—. ¿O medio dólar por cada cola de rata?

—Mientras les quede bastante para pagar al flautista, me da igual —dijo Mauricio—. Hemos tenido suerte de que aquí ya haya una plaga de ratas, ¿eh? Deprisa, dame una palmadita en la cabeza, hay una chica que nos está mirando.

El chaval levantó la vista. Sí que había una chica mirándolos. La gente iba calle arriba y calle abajo, y algunos pasaban entre el chaval y la chica, pero ella estaba petrificada mirándolo a él. Y a Mauricio. Con esa misma mirada que te clava a la pared que él asociaba con Melocotones. Parecía la clase de persona que hacía preguntas. Y tenía el pelo demasiado rojo y la nariz demasiado larga. Y llevaba un vestido largo y negro con flecos de encaje. Todas esas cosas nunca traen nada bueno.

Cruzó la calle con paso resuelto y se enfrentó al muchacho.

—Acabas de llegar, ¿verdad? Has venido aquí en busca de trabajo, ¿verdad? Supongo que te debieron de echar de tu último trabajo. Probablemente porque te quedaste dormido y las cosas se echaron a perder. Eso debió de ser. O bien te escapaste porque tu amo te pegaba con un palo bien grande, aunque —añadió, mientras se le ocurría otra idea—, lo más seguro es que te lo merecieras por perezoso. Y lo más seguro también es que hayas robado al gato, sabiendo lo mucho que la gente está dispuesta a pagar aquí por uno. Y el hambre te debe de haber vuelto loco, porque estabas hablando con el gato y todo el mundo sabe que los gatos no hablan.

—No puedo decir ni una palabra —dijo Mauricio.

—Y lo más seguro es que seas un muchacho misterioso que... —La chica se detuvo y miró a Mauricio con cara perpleja. El arqueó la espalda y dijo «prppt», que quiere decir «¡galletas!» en el idioma de los gatos—. ¿Ese gato acaba de decir algo? —exigió saber.

—Creía que todo el mundo sabe que los gatos no hablan —dijo el chico.

—Ah, pero tal vez tú has trabajado de aprendiz con un mago —replicó ella—. Sí, eso debe de ser. Eras aprendiz de un mago, pero te quedaste dormido y dejaste que el caldero de mejunje verde borboteante hirviera y se desbordase, y él amenazó con convertirte en, en, en...

—Jerbo —apuntó Mauricio.

—... en jerbo, y tú le robaste el gato mágico porque lo odiabas a muerte y... ¿qué es un jerbo? ¿Ese gato acaba de decir «jerbo»?

—¡A mí no me mires! —dijo el chico—. ¡Yo soy un simple espectador!

—Bueno, vale, y luego has traído al gato aquí porque sabes que hay una hambruna terrible y es por eso que lo ibas a vender y ese hombre te habría dado diez dólares, fíjate, si hubieras insistido.

—Diez dólares es demasiado dinero hasta para un gato que sea buen cazador —dijo el chico.

—¿Buen cazador? ¡Ese hombre no pretendía cazar ratas! —dijo la chica pelirroja—. ¡Por aquí todo el mundo pasa hambre! ¡Ese gato da por lo menos para dos comidas!

—¿Cómo? ¿Es que aquí os coméis a los gatos? —preguntó Mauricio, con la cola erizándose como un cepillo.

La chica se inclinó sobre Mauricio con la misma sonrisa cruel que ponía Melocotones cada vez que le ganaba una discusión y le dio un golpecito en el hocico con un dedo.

—¡Te pillé! —exclamó—. ¡Has picado con un truco bien sencillo! Creo que será mejor que vengáis los dos conmigo, ¿no? Si no venís, gritaré. ¡Y cuando yo grito, la gente me escucha!

## IMAGE

## Capítulo 3

De El señor Conejín tiene una aventura

Muy por debajo de las patas de Mauricio, las ratas se estaban infiltrando por el subsuelo de Mal-Baden. Los pueblos antiguos son así. La gente no solamente construye hacia arriba, sino también hacia abajo. Sótanos y más sótanos, unos debajo de otros, y al final algunos quedan olvidados... salvo por las criaturas que no quieren ser vistas.

En la oscuridad densa, cálida y húmeda, se oyó una voz que decía:

—Muy bien, ¿quién tiene las cerillas?

—Yo, Peligro Alubias. Cuatrorraciones.

—Buen trabajo, joven rata. ¿Y quién tiene la vela?

—Yo, señor. S[[2]](#footnote-2)oy Bocadito.

—Bien. Déjala en el suelo y Melocotones la encenderá.

Se oyeron carreras en la oscuridad. No todas las ratas se habían acostumbrado a la idea de encender un fuego, y algunas se estaban apartando de allí.

A continuación se oyó el ruido de algo que raspaba y la cerilla se encendió. Sujetándola con las dos patas delanteras, Melocotones encendió el cabo de vela. La llama flameó un momento y por fin se asentó con un resplandor estable.

—¿La ves de verdad? —preguntó Jamoncocido.

—Sí, señor —dijo Peligro Alubias—. No soy ciego del todo. Puedo distinguir entre luz y oscuridad.

—¿Sabes? —dijo Jamoncocido, mirando la llama con expresión de recelo—, aun así, no me gusta un pelo. A nuestros padres les bastaba con la oscuridad. Todo esto acabará trayendo problemas. Además, encender una vela es un desperdicio de comida estupenda.

—Tenemos que ser capaces de controlar el fuego, señor —dijo Peligro Alubias con tranquilidad—. Con la llama hacemos una declaración a la oscuridad. Le decimos: nosotros somos distintos. Le decimos: no somos simples ratas. Le decimos: somos el Clan.

—Grumf —dijo Jamoncocido, su reacción habitual cuando no entendía lo que alguien acababa de decir. Últimamente había estado grumfeando muy a menudo.

—He oído que las ratas más jóvenes dicen que les dan miedo las sombras —comentó Melocotones.

—¿Por qué? —preguntó Jamoncocido—. No les asustará la oscuridad total, ¿verdad? ¡La oscuridad es ratuna! ¡Estar a oscuras es la esencia de ser una rata!

—Es raro —dijo Melocotones—, pero no sabíamos que las sombras estaban ahí hasta que tuvimos la luz.

Una de las ratas más jóvenes levantó una pata con timidez.

—Hum... Y hasta cuando se ha apagado la luz, sabemos que las sombras siguen ahí —dijo.

Peligro Alubias se giró hacia la joven rata.

—¿Y tú eres...? —dijo.

—Deliciosa —dijo la rata joven.

—Bueno, Deliciosa —dijo Peligro Alubias, con voz amable—, tenerles miedo a las sombras forma parte del proceso de volvernos más inteligentes, creo yo. Tu mente se ha dado cuenta de que hay un tú y también de que hay un fuera de ti. Así que ahora no solo tienes miedo de las cosas que puedes ver y oír y oler, sino también de las cosas que puedes... digamos... ver dentro de tu cabeza. Aprender a hacer frente a las sombras de fuera nos ayuda a combatir las sombras interiores. Y así es como puedes controlar todas las oscuridades. Es un gran paso adelante. Así me gusta.

Deliciosa pareció ligeramente orgullosa, pero sobre todo nerviosa.

—Pues yo no acabo de entenderlo —dijo Jamoncocido—. En el vertedero nos iba bien. A mí nunca me dio miedo nada.

—Éramos presa de todos los gatos y perros callejeros, señor —dijo Peligro Alubias.

—Oh, bueno, mejor no empecemos a hablar de gatos —gruñó Jamoncocido.

—Creo que podemos confiar en Mauricio, señor —dijo Peligro Alubias—. Tal vez no en lo tocante al dinero, lo admito. Pero se le da muy bien no comerse a la gente que habla, ya sabe. Siempre lo comprueba.

—Los gatos a fin de cuentas siempre son gatos —dijo Jamoncocido—. ¡Da igual que hablen o no!

—Sí, señor. Pero nosotros somos distintos y él también lo es. Creo que en el fondo es un buen gato.

—Ejem. Eso está por ver —dijo Melocotones—. Pero ahora que estamos aquí, organicémonos.

Jamoncocido gruñó.

—¿Quién eres tú para decir «organicémonos»? —le espetó—. ¿Eres tú la líder, joven hembra que se niega a rllk conmigo? ¡No! El líder soy yo. ¡Es cosa mía decir: «organicémonos»!

—Sí, señor —dijo Melocotones, postrándose mucho—. ¿Cómo querría usted que nos organizáramos, señor?

Jamoncocido se quedó mirándola. Luego observó a las ratas que esperaban con sus fardos y sus hatillos a cuestas, escrutó el sótano vetusto y por fin volvió la vista a la todavía postrada Melocotones.

—Pues... os organizáis y ya está —murmuró—. ¡No me agobiéis con los detalles! Yo soy el líder. —Y se adentró ofendido en las sombras.

Después de que se fuera, Melocotones y Peligro Alubias contemplaron el sótano, que estaba lleno de sombras temblorosas proyectadas por la luz de la vela. Por una pared roñosa bajaba un hilo de agua. Aquí y allí se habían desprendido algunas piedras, dejando agujeros tentadores. El suelo estaba cubierto de tierra y en ella no había huellas de humanos.

—Una base ideal —dijo Peligro Alubias—. Huele a secreto y a seguro. Un sitio perfecto para las ratas.

—Sí —dijo una voz—. ¿Y sabéis qué me preocupa a mí de eso?

La rata llamada Castañoscuro apareció a la luz de la vela y se ajustó uno de sus cinturones de herramientas. Muchas de las ratas que habían estado mirando de repente se pusieron a prestar atención. La gente escuchaba a Jamoncocido porque era el líder, pero a Castañoscuro lo escuchaban porque a menudo decía cosas que realmente te hacía falta saber si querías seguir vivo. Era grande y delgado y duro, y se pasaba la mayor parte del tiempo desmontando trampas para ver cómo funcionaban.

—¿Qué te preocupa, Castañoscuro? —preguntó Peligro Alubias.

—Que aquí no hay ni una sola rata. Salvo nosotros. Túneles de ratas, sí. Pero no hemos visto ninguna rata. Ni una. Un pueblo como este debería estar lleno.

—Bueno, lo más seguro es que las hayamos asustado —dijo Melocotones.

Castañoscuro se dio unos golpecitos en el costado del hocico lleno de cicatrices.

—Tal vez —dijo—. Pero todo esto no huele como debería. Pensar es un gran invento, pero también nos dieron hocicos, y vale la pena hacerles caso. Tened mucho cuidado. —Se giró hacia las ratas congregadas y levantó la voz—. ¡Muy bien, todos! ¡Ya sabéis qué hacer! —gritó—. ¡Delante de mí, formad pelotones, ar!

Las ratas no tardaron nada en formar tres grupos. Tenían mucha práctica.

—Muy bien —dijo Castañoscuro, mientras los rezagados ocupaban sus puestos—. ¡Bien! Estamos en territorio engañoso, tropas, así que vamos a andarnos con cuidado...

Castañoscuro era una rata poco habitual porque llevaba ropa.

Cuando las ratas habían descubierto los libros —y a la mayoría de las ratas mayores todavía les costaba entender la idea misma de los libros—, habían encontrado, en la librería que invadían todas las noches, el Libro.

Aquel libro era asombroso.

Incluso antes de aprender a leer las palabras humanas, a Melocotones y a Dónut Entrada ya les habían fascinado los dibujos.

En el libro había animales que llevaban ropa. Había un conejo que caminaba erguido sobre las patas traseras y vestía un traje azul. Había una rata que llevaba sombrero, espada y un chaleco grande y rojo, con reloj de faltriquera y todo. Hasta la serpiente llevaba cuello alto y corbata. Y todos hablaban y ninguno se comía a ningún otro y —aquella era la parte más difícil de creer— todos hablaban con los humanos, que a su vez los trataban como a, bueno, como a humanos más pequeños. No había ni trampas ni venenos. Era cierto (según decía Melocotones, que se estaba leyendo esforzadamente el libro entero y a veces leía pasajes en voz alta) que la serpiente Oli era un poco granuja, pero nunca pasaba nada verdaderamente malo. Hasta cuando el conejo se había perdido en el Bosque Tenebroso todo había quedado en un pequeño susto.

Sí, El señor Conejín tiene una aventura había sido objeto de mucha discusión entre los Transformados. ¿Para qué servía? ¿Acaso era, tal como creía Peligro Alubias, la visión de un futuro luminoso? ¿Acaso era obra de los humanos? Lo habían encontrado en una tienda para humanos, cierto, pero ni siquiera los humanos habrían sido capaces de hacer un libro sobre la ratita Roberto, que llevaba sombrero, y al mismo tiempo envenenar a las ratas que vivían bajo los tablones de madera del suelo. ¿Verdad que no? ¿Qué clase de loco sería capaz de pensar de aquella manera?

Algunas de las ratas más jóvenes habían sugerido que tal vez la ropa fuera más importante de lo que creían. Habían intentado ponerse chalecos, pero les costaba horrores tejerlos a mordiscos, no conseguían que funcionaran los botones y, francamente, se les enganchaban en todas las astillas y era casi imposible correr con ellos puestos. En cuanto a los sombreros, se les caían todo el tiempo.

Castañoscuro pensaba simplemente que los humanos sí estaban locos, además de ser malvados. Pero los dibujos del libro le habían dado una idea. Lo que llevaba él no era tanto un chaleco como una red de amplios cinturones, fáciles de ponerse y fáciles de quitarse. Les había cosido bolsillos —lo cual había sido buena idea, ya que era como proveerse de patas adicionales— para guardar todas las cosas que le hacían falta, como palitos de metal y trozos de alambre. Otras ratas de su pelotón habían adoptado aquella idea. Nunca se sabía lo que te haría falta en el Pelotón de Desactivación de Trampas. La vida de las ratas era dura.

Hubo un tintineo de palos y alambres mientras Castañoscuro pasaba revista a sus equipos. Se detuvo delante de un grupo grande de ratas jóvenes.

—Muy bien, pelotón número tres, os mando en misión de meadas —dijo—. Id a beber en abundancia.

—Oooh, siempre nos toca mear —se quejó una rata.

Castañoscuro se le echó encima y le plantó el hocico en la cara, obligándolo a retroceder.

—¡Eso es porque se te da bien, mozalbete! ¡Tu madre te crió para que fueras un meón, así que ve a hacer lo que te sale por naturaleza! ¡Nada desanima tanto a los humanos como ver que las ratas les han hecho una visita, ya me entiendes! Y si tenéis ocasión, roed un poco también. ¡Y corred por debajo de los tablones del suelo y chillad! Y recordad: que nadie inicie el avance hasta que tengáis el visto bueno del pelotón de trampas. ¡Ahora al agua, a toda prisa! ¡Hop! ¡Hop! ¡Hop! ¡Un, dos, un, dos, un, dos!

El pelotón se alejó a toda velocidad.

Castañoscuro se volvió hacia el pelotón Número Dos. Se componía de algunas de las ratas mayores, todas desmañadas y llenas de cicatrices y mordeduras, algunas de ellas con muñones de cola o sin rastro de ella, mientras que a otras les faltaba una pata o una oreja o un ojo. De hecho, aunque eran unas veinte, solo les llegaban las partes para formar entre todas unas diecisiete ratas completas.

Pero como eran viejas también eran astutas, porque una rata que no sea astuta y furtiva y recelosa nunca llega a vieja. El despertar de la inteligencia las había cogido a todas ya adultas. Estaban más afianzadas en sus viejas costumbres. Jamoncocido siempre decía que le gustaban así. Todavía poseían cierta ratunidad básica, esa especie de astucia natural que te sacaba de las trampas en las que te había metido la inteligencia sobreexcitada. Pensaban con los hocicos. Y no hacía falta decirles dónde tenían que mearse.

—Muy bien, muchachos, ya sabéis cómo va esto —dijo Castañoscuro—. Quiero ver descaro en abundancia. Robad la comida de los cuencos de los gatos, las tartas de delante de las narices de los cocineros...

—... las dentaduras postizas de las bocas de los ancianos... —añadió una ratita pequeña, que parecía estar haciendo un bailecito sin moverse del sitio. Las patas se le movían sin parar y repiqueteaban sobre el suelo del sótano. También llevaba un sombrero raído que se había fabricado él mismo con paja. Era la única rata capaz de llevar un sombrero de manera convincente, pasando las orejas por unos agujeros. Él decía que para salir adelante en la vida hacía falta sombrero.

—Aquello fue una chiripa, Sardinas. Apuesto que no lo podrías hacer otra vez —dijo Castañoscuro, sonriente—. Y deja de repetir a los chavales la historia de cuando te diste un baño en una bañera. Sí, sé que lo hiciste, pero no quiero perder a nadie que no pueda salir trepando de una bañera resbaladiza. En todo caso... si dentro de diez minutos no oigo a señoras gritar y salir corriendo de sus cocinas, sabré que no sois las ratas que creo que sois. ¿Y bien? ¿Qué hacéis ahí plantados? ¡A trabajar! Y... ¿Sardinas?

—¿Sí, jefe?

—Esta vez modérate con el claqué, ¿de acuerdo?

—¡Es que los pies se me van solos, jefe!

—¿Y hace falta que lleves todo el tiempo ese sombrero idiota? —continuó Castañoscuro, sonriendo una vez más.

—¡Sí, jefe! —Sardinas era una de las ratas mayores, pero la mayor parte del tiempo no se notaba. Siempre estaba bailando y haciendo bromas y nunca se metía en problemas. Había vivido en un teatro y una vez se había comido una caja entera de maquillaje. Parecía que se le había pasado a la sangre.

—¡Y nada de adelantarse al pelotón de las trampas! —dijo Castañoscuro.

Sardinas sonrió.

—Oh, jefe, ¿es que no me puedo divertir? —Se fue bailando detrás de los demás, en dirección a los agujeros de las paredes.

Por fin Castañoscuro pasó al pelotón Número Uno. Era el más pequeño. Había que ser una rata de una clase especial para durar mucho tiempo en el Pelotón de Desactivación de Trampas. Había que ser lento y paciente y minucioso. Hacía falta buena memoria. Había que tener cuidado. No es que no pudieras unirte al pelotón si eras rápido y hacías las cosas de cualquier manera y con prisas. Simplemente no durabas mucho.

Él las miró de arriba abajo y sonrió. Estaba orgulloso de aquellas ratas.

—Muy bien, muchachos, ya sabéis qué hacer —dijo—. No necesitáis que os dé un gran discurso. Recordad simplemente que este pueblo es nuevo, o sea que no sabemos qué nos vamos a encontrar. Debe de haber muchas clases nuevas de trampas, pero nosotros aprendemos deprisa, ¿verdad? Lo mismo con los venenos. Puede que usen cosas que no nos hemos encontrado nunca, así que tened cuidado. Nada de prisas. No queremos ser como el primer ratón, ¿verdad?

—No, Castañoscuro —respondieron obedientemente las ratas.

—He dicho: ¿como qué ratón no queremos ser? —preguntó de nuevo Castañoscuro.

—¡No queremos ser como el primer ratón! —gritaron las ratas.

—¡Exacto! ¿Como qué ratón queremos ser?

—¡Como el segundo ratón, Castañoscuro! —dijeron las ratas, a quienes les habían machacado con aquella lección muchas veces.

—¡Exacto! ¿Y por qué queremos ser como el segundo ratón?

—¡Porque el segundo ratón es el que se lleva el queso, Castañoscuro!

—¡Bien! —dijo Castañoscuro—. Ensalmuera se llevará al pelotón dos... ¿Caduca? Estás ascendido, coge al pelotón tres y confío en que lo hagas tan bien como lo hacía la vieja Degranja hasta la vez en que se olvidó de cómo desconectar el resorte de una Cazarratas Fragmento y Veneno Número 5. ¡El exceso de confianza es nuestro enemigo! Así que si veis algo sospechoso, cualquier bandejita que no reconozcáis, cualquier cosa que tenga alambres y muelles y cosas de esas, lo marcáis y me mandáis un mensajero... ¿sí, qué ocurre?

Había una rata joven que tenía la pata levantada.

—¿Sí? ¿Cómo te llamas... señorita?

—Esto... Nutritiva, señor —respondió la rata—. Hum... ¿puedo hacerle una pregunta, señor?

—¿Eres nueva en este pelotón, Nutritiva? —preguntó Castañoscuro.

—¡Sí, señor! ¡Me han transferido desde la Brigada Ligera de Meadores, señor!

—Ah, conque han pensado que se te daría bien desactivar trampas, ¿verdad?

Nutritiva pareció incómoda, pero ya no había forma de echarse atrás.

—Esto... pues en realidad no, señor. Me han dicho que era imposible mear peor que yo, señor.

Hubo una risa general procedente de la tropa.

—¿Cómo es posible que una rata no haga eso bien? —preguntó Castañoscuro.

—Es que es muy... muy... muy embarazoso, señor —dijo Nutritiva.

Castañoscuro suspiró para sus adentros. Todo aquel asunto de pensar estaba produciendo efectos muy extraños. Él personalmente aprobaba la idea de «hay un momento y un lugar para cada cosa», pero algunas de las ideas que se les estaban ocurriendo a los jovenzuelos eran... raras.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál era tu pregunta, Nutritiva?

—Esto, ¿ha dicho usted que el segundo ratón es el que se lleva el queso, señor?

—¡Eso mismo! Ese es el lema del escuadrón, Nutritiva. ¡Recuérdalo! ¡Es tu amigo!

—Sí, señor. Lo haré, señor. Pero... ¿es que el primer ratón no se lleva también algo, señor?

Castañoscuro se quedó mirando a la joven rata. Le impresionó un poco que ella le aguantara la mirada en vez de encogerse de miedo.

—Ya veo que vas a ser un valioso añadido al escuadrón, Nutritiva —dijo. Levantó la voz—. ¡Pelotón! ¿Qué se lleva el primer ratón?

El bramido de las voces hizo que cayera polvo del techo.

—¡La trampa!

—Y no lo olvides —dijo Castañoscuro—. Llévatelos de aquí, Ofertaespecial. Estaré con vosotros dentro de un minuto.

Una rata más joven dio un paso adelante y se plantó frente a los escuadrones.

—¡Vamos allá, ratas! ¡Ep, ar, ep, ar...!

Los escuadrones de desactivadores de trampas se alejaron al trote. Castañoscuro fue a reunirse con Peligro Alubias.

—Ya estamos en marcha —dijo—. Si para mañana no podemos conseguir que los humanos estén buscando un buen cazador de ratas, es que no sabemos hacer nuestro trabajo.

—Necesitamos quedarnos más tiempo —dijo Melocotones—. Algunas de las señoras van a tener sus bebés.

—He dicho que todavía no sabemos si este sitio es seguro —dijo Castañoscuro.

—¿Quieres ser tú quien se lo diga a Gran Ahorro? —preguntó Melocotones con dulzura. Gran Ahorro era la vieja líder de las hembras, famosa en el grupo por tener una mordedura que era como una piqueta y unos músculos duros como la roca. También tenía muy mal genio con los machos. Hasta Jamoncocido la evitaba cuando Gran Ahorro estaba de mal humor.

—Es obvio que la naturaleza ha de seguir su curso —se apresuró a decir Castañoscuro—. Pero todavía no hemos explorado. En este sitio tiene que haber otras ratas.

—Bueno, las kikís siempre evitan cruzarse con nosotros —dijo Melocotones.

Castañoscuro tuvo que admitir que aquello era cierto. Las ratas normales, en efecto, se mantenían lejos de las Transformadas. Sí, de vez en cuando tenían algún que otro roce, pero las Transformadas eran grandes y saludables y podían resolver las peleas pensando. A Peligro Alubias no le gustaba ni un pelo, pero, tal como decía Jamoncocido, había que elegir entre nosotros y ellos y, a fin de cuentas, el de las ratas era un mundo de comer o ser comido...

—Voy a ir a reunirme con mi pelotón —dijo Castañoscuro, todavía nervioso ante la idea de enfrentarse a Gran Ahorro. Se acercó para hablar en voz baja—. ¿Qué le pasa a Jamoncocido?

—Está... pensando en las cosas —dijo Melocotones.

—Pensando —dijo Castañoscuro sin entonación alguna—. Ah, ya. Bueno, tengo trampas de que encargarme. ¡Nos olemos después!

—Eso, ¿qué le pasa a Jamoncocido? —preguntó Peligro Alubias cuando él y Melocotones volvieron a quedarse a solas.

—Se está haciendo viejo —dijo Melocotones—. Necesita descansar mucho. Y creo que le preocupa que lo vaya a desafiar Castañoscuro, o tal vez algún otro.

—¿Y tú crees que alguien lo va a hacer?

—Castañoscuro está enfrascado en desmontar trampas y en probar venenos. Ahora hay cosas más interesantes que mordernos los unos a los otros.

—O que hacer rllk, por lo que tengo entendido —dijo Peligro Alubias.

Melocotones bajó la vista con recato. Si las ratas pudieran sonrojarse, lo habría hecho. Era asombroso que aquellos ojos rosados que apenas podían ver pudieran mirar de aquella forma en tu interior.

—Las señoras se han vuelto mucho más exigentes —dijo—. Ahora buscan padres capaces de pensar.

—Bien —dijo Peligro Alubias—. Tenemos que andarnos con cuidado. No nos hace falta criar como ratas. No tenemos por qué depender de la superioridad numérica. Somos los Transformados.

Melocotones lo miró con nerviosismo. Cuando Peligro Alubias se dedicaba a pensar, parecía estar contemplando un mundo que solamente podía ver él.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó ella.

—He estado pensando que no tendríamos que matar a otras ratas. Ninguna rata debería matar a otra.

—¿Ni a las kikís? —preguntó ella.

—También son ratas.

Melocotones se encogió de hombros.

—Bueno, hemos probado a hablar con ellas y no ha funcionado. En todo caso, ya casi nunca se nos acercan.

Peligro Alubias seguía contemplando el mundo invisible.

—Aun así —dijo en voz baja—, me gustaría que lo pusieras por escrito.

Melocotones suspiró, pero fue hasta uno de los paquetes que las ratas habían traído a cuestas y sacó su bolsa. No era más que un rollo de tela provisto de un asa hecha con un pedazo de cordel, pero era lo bastante grande como para que cupieran dentro unas cuantas cerillas, unos trozos de mina de lápiz, una esquirla de la hoja rota de un cuchillo que ella usaba para afilar las minas y un pedazo mugriento de papel. Todas las cosas importantes.

Melocotones también era la portadora oficial de El señor Conejín. «Portadora» no era la palabra correcta; «arrastradora» habría sido más preciso. Pero a Peligro Alubias siempre le gustaba saber dónde estaba el libro y parecía pensar mejor cuando lo tenía cerca, y también lo reconfortaba, y a Melocotones eso ya le parecía razón suficiente.

Alisó el papel sobre un ladrillo vetusto, cogió un trozo de mina de lápiz y echó un vistazo a la lista.

El primer Pensamiento había sido: «En el Clan reside la Fuerza».

A Melocotones le había costado bastante traducirlo, pero se había esforzado. La mayoría de las ratas no sabían leer humano. Costaba demasiado conseguir que las líneas y los garabatos se convirtieran en algo que tuviera algún sentido. Así que ella había trabajado mucho para inventar un lenguaje que las ratas sí pudieran leer.

Había intentado dibujar una rata grande hecha de ratas pequeñas:



Lo de escribir había creado problemas con Jamoncocido. Las ideas nuevas necesitaban cierta carrerilla para entrarle en la cabeza a la vieja rata. Peligro Alubias le había explicado con su extraña voz tranquila que poner las cosas por escrito significaba que el conocimiento de una rata continuaría existiendo aun después de que la rata se muriera. Le dijo que, de esa manera, todas las ratas podrían aprender el conocimiento de Jamoncocido. Jamoncocido había replicado: ¡Ni hablar! ¡Él había tardado años en aprender algunos de sus trucos! ¿Por qué iba a regalarlos sin más? ¡Si lo hiciera, entonces cualquier rata joven sabría tanto como él!

Peligro Alubias había dicho: O cooperamos o morimos.

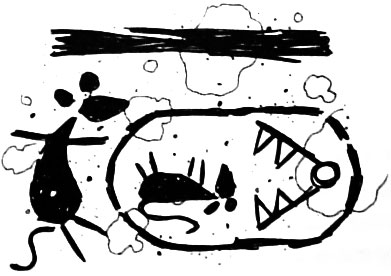


Y aquel se había convertido en el segundo Pensamiento. «Cooperar» no había sido fácil, pero hasta las kikís cargaban a veces con un camarada ciego o herido, y estaba claro que eso era cooperar. La raya gruesa, donde ella había apretado con fuerza, tenía que significar «no». El signo de la trampa podía querer decir «morir» o «malo» o «evitar».

El último Pensamiento que había sobre el papel era: «No hay que mear donde se come». Ese había sido bastante sencillo.



Melocotones cogió el trozo de mina con las dos patas y dibujó con cuidado: «Que ninguna rata mate a otra rata».



Luego volvió a sentarse. Sí... no estaba mal... «trampa» era un buen símbolo para referirse a la muerte, y ella había añadido la rata muerta para darle más gravedad.

—Pero ¿y si no queda más remedio? —preguntó, sin dejar de mirar los dibujos.

—Entonces no queda más remedio —dijo Peligro Alubias—. Pero no se debería.

Melocotones negó tristemente con la cabeza. Ella apoyaba a Peligro Alubias porque había... bueno, había algo en él. No era ni grande ni rápido y era casi ciego y bastante débil, y a veces se olvidaba de comer porque se le ocurrían pensamientos que a nadie —o por lo menos a nadie entre las ratas— se le habían ocurrido antes. La mayoría de esas ideas habían molestado muchísimo a Jamoncocido, como la vez en que Peligro Alubias había dicho:

—¿Qué es una rata?

Y Jamoncocido había replicado:

—Dientes. Patas. Cola. Correr. Esconderse. Comer. Eso es una rata.

Peligro Alubias había dicho:

—Pero ahora también podemos decir: «¿Qué es una rata?». Por lo tanto, somos más que esas cosas.

—Somos ratas —le había rebatido Jamoncocido—. Corremos de un lado a otro y chillamos y robamos y fabricamos más ratas. ¡Nos han hecho para eso!

—¿Quién nos ha hecho? —había dicho Peligro Alubias, y aquello había llevado a otra discusión sobre la teoría de la Gran Rata de las Profundidades del Subsuelo.

Pero hasta Jamoncocido seguía a Peligro Alubias, igual que otras ratas como Castañoscuro y Dónut Entrada, y siempre lo escuchaban.

Y Melocotones los escuchaba a todos ellos.

«Nos dieron hocicos», había dicho Castañoscuro a los pelotones. Pero ¿quién les había dado hocicos? Las ideas de Peligro Alubias se infiltraban en las cabezas de los demás sin que nadie se diera cuenta.

Se le ocurrían formas nuevas de pensar. Se le ocurrían palabras nuevas. Se le ocurrían formas de entender las cosas que les estaban pasando. Las ratas grandes, las que tenían cicatrices, escuchaban a aquella pequeña rata porque la Transformación los había llevado a un territorio oscuro y él parecía ser el único que tenía alguna idea de adonde se dirigían.

Ella lo dejó sentado junto a la vela y se fue a buscar a Jamoncocido. Lo encontró sentado junto a una pared. Igual que la mayoría de las ratas viejas, nunca se alejaba mucho de las paredes, y siempre evitaba los espacios abiertos y el exceso de luz.

Parecía estar temblando.

—¿No se encuentra bien? —preguntó ella.

El temblor se detuvo.

—¡Estoy bien, bien, no me pasa nada! —dijo Jamoncocido en tono cortante—. ¡Unos pocos tembleques, nada permanente!

—Es que me he fijado en que no ha salido usted con ninguno de los pelotones —dijo Melocotones.

—¡Que no me pasa nada, te digo! —gritó la vieja rata.

—Todavía nos quedan unas cuantas patatas en el equipaje...

—¡No quiero nada de comida! ¡No me pasa nada!

... lo cual significaba que sí le pasaba algo. Y eso explicaba por qué no quería compartir todas las cosas que sabía. Lo que sabía era lo único que le quedaba. Melocotones sabía lo que las ratas hacían tradicionalmente a los líderes que se volvían demasiado viejos. Había visto la cara de Jamoncocido mientras Castañoscuro —más joven y más fuerte que él— arengaba a sus pelotones, y sabía que Jamoncocido también pensaba en aquello. Sí, cuando había gente mirando nunca le pasaba nada, pero últimamente había dedicado más tiempo a descansar y a permanecer huraño en los rincones.

A las ratas viejas se las expulsaba y se las abandonaba para que merodearan solas hasta que se les trastocaba la cabeza y se volvían locas. Pronto iba a haber otro líder.

A Melocotones le gustaría poder hacerle entender a Jamoncocido uno de los Pensamientos de Peligro Alubias, pero a la vieja rata no le gustaba mucho hablar con hembras. Había crecido con la idea de que las hembras no eran para hablar con ellas.

El Pensamiento era:



Y quería decir: «Somos los Transformados. No somos como las demás ratas».

## IMAGE

## Capítulo 4

De El señor Conejín tiene una aventura

El chico, la chica y Mauricio estaban en una cocina de gran tamaño. El chico sabía que era una cocina por el enorme fogón de hierro negro que había en el suelo de la chimenea y por las sartenes que colgaban de las paredes y por la mesa larga y llena de mellas. Lo que no se veía por ningún lado era eso que hay tradicionalmente en las cocinas, que es la comida.

La chica se acercó a una caja de metal que había en el rincón y buscó a tientas un cordel que llevaba alrededor del cuello y del que resultó que colgaba una llave enorme.

—No se puede confiar en nadie —dijo—. Y esos demonios de ratas roban cien veces lo que comen.

—No creo que sea verdad —respondió el chico—. Como mucho, diez veces.

—¿De repente eres un experto en ratas? —dijo la chica, abriendo la caja metálica.

—De repente no, lo aprendí todo cuando... ¡Au! ¡Eso ha dolido de verdad!

—Lo siento —dijo Mauricio—. Te he arañado por accidente, ¿verdad? —Intentó hacer una mueca que expresara: «No seas un idiota integral, ¿quieres?», algo complicado de hacer con una cara de gato.

La chica le lanzó una mirada recelosa y luego se volvió de nuevo hacia la caja metálica.

—Queda un poco de leche que todavía no se ha cuajado y un par de cabezas de pescado —dijo, mirando el interior.

—A mí me parece bien —dijo Mauricio.

—¿Qué me dices de tu humano?

—¿Ese? Con cualquier sobra le va bien.

—Hay pan y salchicha —dijo la chica, sacando una lata del armarito metálico—. Por aquí desconfiamos mucho de las salchichas. También hay un trocito de queso, pero es bastante ancestral.

—Creo que no deberíamos comernos vuestra comida si vais tan escasos —dijo el chico—. Tenemos dinero.

—Oh, mi padre dice que daríamos muy mala imagen de nuestro pueblo si no fuéramos hospitalarios. Es el alcalde, ¿sabéis?

—¿Es el gobierno? —preguntó el chaval.

La chica se lo quedó mirando.

—Supongo que sí —dijo ella—. Es una manera rara de decirlo. En realidad, las leyes las hace el consistorio. Él se limita a organizar las cosas y a discutir con todo el mundo. Y dice que no tenemos que comer más raciones que los demás, para mostrar solidaridad en estos tiempos tan difíciles. La cosa ya se puso bastante fea cuando los turistas dejaron de visitar nuestros baños termales, pero las ratas han terminado de empeorarlo todo.

Cogió un par de platillos del enorme aparador de la cocina.

—Dice mi padre que si todos somos sensatos, hay bastante comida para ir tirando —continuó—. Lo cual me parece muy encomiable. Estoy totalmente de acuerdo. Pero creo que si ya has mostrado la solidaridad, luego se te tendría que permitir un pequeño extra. De hecho, creo que nosotros nos llevamos un poquito menos que los demás. ¿Os lo imagináis? En fin... y así pues, ¿de verdad eres un gato mágico? —terminó de decir, vertiendo la leche en un platillo. Era más viscosa que líquida, pero Mauricio era un gato callejero y era capaz de beberse leche tan agria que intentara alejarse a rastras.

—Oh, sí, es verdad, mágico —dijo, con un bigote de color blanco amarillento alrededor de la boca. Por dos cabezas de pescado estaba dispuesto a ser lo que fuera para quien fuera.

—Lo más probable es que pertenecieras a una bruja, imagino, con un nombre como Griselda o algo así —dijo la chica, poniendo en otro platillo las cabezas de pescado.

—Sí, eso, Griselda, sí —dijo Mauricio, sin levantar la cabeza.

—Que seguramente vivía en una casita de mazapán en medio del bosque.

—Sí, eso —dijo Mauricio. Y luego, como no sería Mauricio si no le pusiera un poco de inventiva, añadió—: Solo que la casita era de pan de centeno, porque estaba haciendo régimen. Una bruja muy saludable, Griselda.

La chica pareció desconcertada por un momento.

—Pues no debería ser así —dijo.

—Perdón, miento, sí que era de mazapán —se apresuró a decir Mauricio. Alguien que te daba comida siempre tenía razón.

—Y estoy segura de que tenía verrugas muy grandes.

—Señorita —respondió Mauricio, intentando aparentar franqueza—, algunas de aquellas verrugas tenían tanta personalidad que hasta tenían amistades propias. Ejem... ¿cómo se llama usted, señorita?

—¿Prometes no reírte?

—De acuerdo.

Al fin y al cabo, puede que hubiera más cabezas de pescado.

—Me llamo... Malicia.

—Oh.

—¿Te estás riendo? —preguntó ella, con voz amenazadora.

—No —dijo Mauricio, perplejo—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿No te parece un nombre raro?

Mauricio pensó en los nombres que conocía: Jamoncocido, Peligro Alubias, Castañoscuro, Sardinas...

—A mí me parece un nombre normal y corriente —dijo.

Malicia lo volvió a mirar con recelo, pero enseguida volvió su atención hacia el chico, que estaba sentado con aquella sonrisa feliz y distante que solía poner cuando no tenía nada más que hacer.

—¿Y tú tienes nombre? —le preguntó—. No serás el hijo tercero y menor de un rey, ¿verdad? Si tu nombre empieza por «príncipe», eso es una pista clara.

El chaval dijo:

—Creo que me llamo Keith.

—¡Nunca dijiste que tuvieras nombre! —lo acusó Mauricio.

—Nadie me lo había preguntado —dijo el chaval.

—Keith no es un nombre muy prometedor —dijo Malicia—. No sugiere ningún misterio. No sugiere nada más que Keith. ¿Estás seguro de que es tu nombre de verdad?

—Es el que me dieron.

—Ah, eso ya está mejor. Un ligero toque de misterio —dijo Malicia, pareciendo repentinamente interesada—. Lo justo para crear un poco de suspense. Te robaron al nacer, supongo. Lo más seguro es que seas el legítimo heredero al trono de algún país, pero encontraron a alguien que se parecía a ti y dieron el cambiazo. En ese caso, tendrás una espada mágica, lo que pasa es que no parecerá mágica, claro, hasta que llegue el momento de que manifiestes tu destino. Lo más seguro es que te encontraran delante de una puerta.

—Eso sí —dijo Keith.

—¿Lo ves? ¡Yo siempre tengo razón!

Mauricio siempre intentaba averiguar qué necesitaba la gente. Y le daba la impresión de que lo que Malicia necesitaba era una mordaza. Pero era la primera vez que oía hablar de sí mismo al chaval con cara de tonto.

—¿Qué estabas haciendo delante de una puerta? —dijo.

—No lo sé. Balbucear, me imagino —respondió Keith.

—Nunca me lo habías dicho —dijo Mauricio en tono acusador.

—¿Es importante? —preguntó Keith.

—Lo más seguro es que tuvieras contigo una espada mágica o una corona dentro de la cesta. Y también tienes un tatuaje misterioso o una marca de nacimiento con forma extraña —dijo Malicia.

—No lo creo. Nadie ha mencionado nunca nada de todo eso —dijo Keith. Solamente estábamos yo y una manta. Y una nota.

—¿Una nota? ¡Pero eso es importante!

—Decía: «19 botellas y un yogur de fresa» —explicó Keith.

—Ah. Pues no es muy útil —dijo Malicia—. ¿Por qué diecinueve botellas de leche?

—Era el Gremio de Músicos —dijo Keith—. Que es un sitio bastante grande. Lo del yogur de fresa, no sé por qué.

—Lo del huérfano abandonado está bien —dijo Malicia—. Al fin y al cabo, los príncipes crecen y solo pueden convertirse en reyes, pero un huérfano misterioso puede llegar a ser lo que quiera. ¿Te dieron palizas y te hicieron pasar hambre y te encerraron en un sótano?

—Creo que no —dijo Keith, mirándola con cara rara—. En el Gremio todo el mundo fue muy amable. Eran casi todos gente simpática. Me enseñaron muchas cosas.

—Aquí tenemos Gremios —observó Malicia—. Enseñan a los chicos a ser carpinteros y picapedreros y esas cosas.

—El Gremio me enseñó música —dijo Keith—. Soy músico. Y se me da bien, además. Llevo ganándome la vida desde los seis años.

—¡Ajá! Huérfano misterioso, extraño talento, infancia difícil... todo va cobrando forma —dijo Malicia—. Lo más seguro es que el yogur de fresa no sea importante. ¿Habría sido distinta tu vida si hubiera tenido sabor a plátano? ¿Quién lo puede decir? ¿Qué clase de música tocas?

—¿Qué clase? No hay clases. Únicamente hay música —dijo Keith—. Siempre hay música, si escuchas bien.

Malicia miró a Mauricio.

—¿Siempre es así? —exigió saber.

—Yo nunca le había oído hablar tanto —dijo el gato.

—Supongo que os morís de ganas por saberlo todo sobre mí —dijo Malicia—. Lo que pasa es que sois demasiado educados para preguntar.

—Caray, sí —dijo Mauricio.

—Bueno, seguramente no os sorprenderá saber que tengo dos hermanastras espantosas —dijo Malicia—. ¡Y que tengo que hacer yo todas las tareas!

—Caray, ¿en serio? —dijo Mauricio, preguntándose si habría más cabezas de pescado y, de haberlas, si compensaban tener que aguantar todo aquello.

—Bueno, la mayoría de tareas —dijo Malicia, como si estuviera revelando un hecho desafortunado—. O por lo menos, algunas. ¡Tengo que ordenar mi habitación, nada menos! ¡Y está extremadamente desordenada!

—Caray, mira tú.

—Y encima, es casi el dormitorio más pequeño de la casa. ¡Apenas hay armarios y ya no me queda casi espacio en las estanterías de libros!

—Caray, mira tú.

—Y la gente me trata con una crueldad increíble. Os daréis cuenta de que estamos en una cocina. Y soy la hija del alcalde. ¿Veis normal que la hija del alcalde tenga que fregar los platos al menos una vez por semana? ¡Yo creo que no!

—Caray, mira tú.

—¿Y queréis mirar esta ropa rota y desaliñada que tengo que llevar?

Mauricio miró. No entendía mucho de ropa. Para él bastaba con el pelaje. Por lo que veía, el vestido de Malicia venía a ser como cualquier otro. Parecía estar entero. No tenía agujeros, aparte de los que servían para sacar la cabeza y los brazos.

—Aquí, mira aquí —dijo Malicia, señalando un punto del dobladillo que a Mauricio no le pareció distinto al resto del vestido—. Esto me lo he tenido que remendar yo, ¿sabes?

—Caray, mir... —Mauricio se detuvo. Desde donde estaba podía ver los estantes vacíos. Y lo que es más importante, podía ver a Sardinas bajar haciendo rápel desde una grieta del viejo techo. Llevaba una mochila a la espalda.

—Y por si fuera poco, soy yo quien tiene que hacer cola todos los días para recoger el pan y las salchichas... —continuó Malicia, pero Mauricio estaba escuchando todavía menos que antes.

Tenía que ser Sardinas, pensó. ¡Vaya idiota! ¡Siempre se adelantaba al pelotón de las trampas! De todas las cocinas de todo el pueblo en que podía aparecer, aparecía en aquella. En cualquier momento la chica se iba a dar la vuelta y soltar un grito.

Y lo más probable es que Sardinas se lo tomara como un aplauso. Vivía la vida como si fuera una actuación. Las demás ratas se limitaban a ir por ahí chillando y pringándolo todo, y con eso bastaba para convencer a los humanos de que había una plaga. Pero no, claro, Sardinas siempre tenía que ir más lejos. ¡Sardinas y su yowoorll número de canciones y bailes!

—... y las ratas se lo llevan todo —estaba diciendo Malicia—. Lo que no se llevan, lo echan a perder. ¡Ha sido terrible! El consistorio ha estado comprando comida a otros pueblos, pero nadie anda sobrado. El trigo y esas cosas tenemos que comprárselas a los mercaderes que suben río arriba. Por eso el pan es tan caro.

—Caro, ¿eh? —dijo Mauricio.

—Hemos probado a usar trampas, perros, gatos y veneno y aun así las ratas no paran de venir —dijo la chica—. Y han aprendido a andarse con un sigilo tremendo. Ya casi nunca caen en nuestras trampas. ¡Ja! Yo solo he podido sacarme cincuenta centavos por la única cola que he encontrado. ¿Qué sentido tiene que los cazadores de ratas nos ofrezcan cincuenta centavos por cola si las ratas son tan astutas? Ellos dicen que tienen que usar toda clase de trucos para atraparlas.

Detrás de ella, Sardinas examinó con detalle la sala y luego hizo una seña a las ratas que estaban en el techo para que izaran la cuerda.

—¿No creéis que este sería buen momento para marcharos de aquí? —dijo Mauricio.

—¿Por qué estás haciendo esas muecas? —preguntó Malicia, mirándolo.

—Oh... bueno, ya conoces a esa clase de gato que sonríe todo el tiempo... ¿Has oído hablar de él? Pues bueno, yo soy de los que hacen, ya sabes, muecas raras —dijo Mauricio a la desesperada—. Y a veces simplemente exploto y digo cosas, lárgate lárgate, ¿ves?, lo he vuelto a hacer. Es una enfermedad. Seguramente me hace falta ir a terapia oh no, no hagas eso, no es el momento de hacer eso, ups, me ha pasado otra vez.

Sardinas se acababa de sacar de la mochila el sombrero de paja. Llevaba un bastoncito diminuto en la mano.

Era un buen número, hasta Mauricio tenía que admitirlo. En algunos pueblos no había tenido que hacerlo más que una vez para que aparecieran anuncios buscando un flautista encantador de ratas. La gente toleraba las ratas en la nata, y las ratas en el tejado, y hasta en la tetera, pero lo del claqué ya era excesivo. Si veías ratas bailando claqué, es que tenías problemas graves. Mauricio sospechaba que si además las ratas fueran capaces de tocar el acordeón, podrían trabajarse dos pueblos al día.

Llevaba demasiado rato mirando fijamente. Malicia se giró y la boca se le abrió en una mueca de conmoción y horror mientras Sardinas iniciaba su número. El gato vio que llevaba la mano a una sartén que había encima de la mesa. La lanzó, y con mucha precisión.

Pero a Sardinas se le daba muy bien esquivar sartenes. Las ratas estaban acostumbradas a que les arrojaran cosas. Sardinas ya había echado a correr antes de que la sartén cruzara media cocina, a continuación saltó sobre la silla, luego al suelo y por fin se escondió detrás del aparador, y entonces se oyó un ¡clac! metálico, cortante y concluyente.

—¡Ja! —dijo Malicia, y Mauricio y Keith clavaron la mirada en el aparador—. Una rata menos, algo es algo. Las odio a muerte...

—Era Sardinas —dijo Keith.

—No, era una rata, no hay duda —replicó Malicia—. Las sardinas casi nunca invaden las cocinas. Supongo que estás pensando en la plaga de bogavantes que hubo en...

—Se hacía llamar Sardinas porque vio el nombre en una vieja lata oxidada y le pareció que sonaba elegante —dijo Mauricio. Se preguntó si se atrevía a mirar detrás del aparador.

—Era una buena rata —dijo Keith—. Robaba libros para mí cuando me estaban enseñando a leer.

—Perdonad, ¿estáis locos? —dijo Malicia—. Era una rata. ¡La única rata buena es la que está muerta!

—¿Hola? —dijo una vocecita. Venía de detrás del aparador.

—¡No puede estar viva! ¡Es una trampa enorme! —exclamó Malicia—. ¡Tiene dientes!

—¿Hay alguien ahí? Es que el bastón se está empezando a doblar... —dijo la voz.

El aparador era inmenso y de una madera tan vieja que el tiempo la había puesto negra y la había vuelto igual de sólida y pesada que la piedra.

—No será una rata que habla, ¿verdad? —dijo Malicia—. ¡Por favor, decidme que las ratas no hablan!

—De hecho, se está doblando bastante —dijo la voz, que sonaba bastante apagada.

Mauricio escudriñó el hueco que quedaba entre el aparador y la pared.

—Ya lo veo —dijo—. ¡Ha encajado el bastón entre las mandíbulas antes de que terminaran de cerrarse! Hola, Sardinas, ¿cómo te va?

—Bien, jefe —dijo Sardinas en la penumbra—. Si no fuera por la trampa, yo diría que todo está perfecto. ¿He mencionado que el bastón se está doblando?

—Sí, lo has dicho.

—Pues desde entonces se ha doblado más, jefe.

Keith agarró el aparador de un extremo y gruñó mientras intentaba moverlo.

—¡Pesa como una roca!

—Está lleno de vajilla —dijo Malicia, ahora bastante perpleja—. Pero las ratas en realidad no hablan, ¿verdad?

—¡Salid de en medio! —gritó Keith. Agarró el borde trasero del aparador con las dos manos, apoyó un pie en la pared y tiró.

Lentamente, como si fuera un árbol gigantesco del bosque, el aparador cabeceó hacia delante. La vajilla empezó a caer mientras el mueble se inclinaba, cada plato resbalando de encima del siguiente como un glorioso y caótico reparto de una baraja de naipes muy cara. Pese a todo, algunos sobrevivieron la caída al suelo, igual que algunas de las tazas y los platillos que cayeron al abrirse el armario y se unieron a la diversión, pero al final dio exactamente igual porque entonces cayó con estruendo sobre ellos la enorme y pesada mole de madera.

Un plato milagrosamente entero pasó rodando junto a Keith, girando y girando y acercándose más al suelo con ese groiyuoiyoi yoooinnnnggg que siempre se oye en esas circunstancias tan angustiosas.

Keith se agachó hacia la trampa y agarró a Sardinas. Mientras estaba sacándolo de allí, el palo cedió y la trampa se cerró de golpe. Un trozo de bastón salió disparado girando por el aire.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Keith.

—Bueno, jefe, lo único que puedo decir es que es una suerte que las ratas no llevemos ropa interior... Gracias, jefe —dijo Sardinas. Estaba bastante rechoncho para ser una rata, pero cuando los pies le bailaban era capaz de flotar por la sala como si fuera un globo.

Se oyó el ruido de un pie que daba golpecitos impacientes.

Malicia, con los brazos cruzados y un expresión que parecía una tormenta eléctrica, miró a Sardinas, a continuación a Mauricio, pasó al cara de tonto de Keith, y por último miró los añicos que había en el suelo.

—Ejem... siento el desastre —dijo Keith—. Pero es que Sardinas estaba...

Ella le quitó importancia con un gesto de la mano.

—No pasa nada —dijo, como si hubiera estado pensando profundamente—. La cosa es como sigue, creo yo. La rata es una rata mágica. Apuesto a que no es la única. Algo le ha pasado, o les ha pasado, y ahora son bastante inteligentes, a pesar del claqué. Y... son amigas del gato. Así pues... ¿por qué iban a ser amigos un gato y unas ratas? Pues yo diría que... tenéis alguna clase de acuerdo, ¿verdad? ¡Lo tengo! No me lo digáis, no me lo digáis...

—¿Eh? —dijo Keith.

—Me parece que a ti no hace falta que nadie te cuente nunca nada —dijo Mauricio.

—... tiene algo que ver con las plagas de ratas, ¿verdad? Todos esos pueblos de los que he oído hablar... bueno, vosotros también habéis oído hablar de ellos, así que os habéis juntado con este de aquí...

—Keith —dijo Keith.

—... eso... y os dedicáis a ir de pueblo en pueblo fingiendo que sois una plaga de ratas, y este de aquí...

—Keith.

—... eso... finge que es un flautista encantador de ratas y todas lo seguís. ¿Sí? Es todo una enorme estafa, ¿verdad?

Sardinas levantó la vista hacia Mauricio.

—Nos ha pillado, jefe —dijo.

—Así que ahora me vais a dar una buena razón para que no os denuncie a la Guardia —dijo Malicia en tono triunfal.

No me hace falta, pensó Mauricio, porque no lo vas a hacer. Caray, qué sencillos son los humanos. Se frotó contra las piernas de Malicia y le dedicó una sonrisita.

—Si lo haces, no sabrás nunca cómo termina la historia —dijo.

—Ah, terminará cuando os metan en la cárcel —dijo Malicia, pero Mauricio vio que estaba mirando fijamente al cara de tonto de Keith y luego a Sardinas. Sardinas seguía llevando puesto su sombrerito de paja. Cuando se trata de llamar la atención, esa clase de cosas cuenta mucho.

Cuando Sardinas vio que ella lo miraba con el ceño fruncido, se apresuró a quitarse el sombrero de paja y lo sostuvo delante del pecho, agarrado por el ala.

—Hay algo que me gustaría averiguar, jefa —dijo—, ya que estamos averiguando cosas.

Malicia enarcó una ceja.

—¿Qué cosa? —dijo—. ¡Y no me llames jefa!

—Me gustaría averiguar por qué no hay ratas en esta ciudad, capi —dijo Sardinas. Hizo unos cuantos pasitos nerviosos de claqué. Malicia era capaz de fulminar con la mirada mejor que un gato.

—¿Qué quieres decir con que no hay ratas? —dijo—. ¡Tenemos una plaga de ratas! ¡Y además, tú eres una rata!

—Hay túneles de ratas por todas partes y hay unas cuantas ratas muertas, pero no hemos encontrado ni una rata viva por ningún lado, capi.

Malicia se inclinó sobre él.

—Pero tú eres una rata —dijo ella.

—Sí, capi. Pero nosotras acabamos de llegar esta mañana. —Sardinas sonrió con expresión nerviosa mientras Malicia le dedicaba otra mirada larga.

—¿Quieres un poco de queso? —preguntó ella—. Me temo que hay solo del de las ratoneras.

—Creo que no, pero muchas gracias igualmente —dijo Sardinas, con mucha cautela y educación.

—Déjalo estar, creo que ha llegado la hora de contar la verdad —intervino Keith.

—Nonononononono —dijo Mauricio, que odiaba a muerte aquella clase de cosas—. Lo que pasa es que...

—Tiene usted razón, señorita —dijo Keith, en tono fatigado—. Vamos de pueblo en pueblo con una banda de ratas y engañamos a la gente para que nos pague por marcharnos. A eso nos dedicamos. Y lamento que lo hayamos estado haciendo. Esta iba a ser la última vez. Lo siento mucho. Usted ha compartido su comida con nosotros, y eso que no tenía mucha. Tendría que darnos vergüenza.

A Mauricio le dio la impresión, mientras observaba cómo Malicia tomaba una decisión, de que su mente no funcionaba como las de los demás. Las cuestiones difíciles las entendía sin pensar siquiera. ¿Ratas mágicas? Sí, sí. ¿Gatos que hablaban? Cuéntame algo que no sepa ya. Eran las cosas sencillas lo que le costaba.

Ahora a la chica se le movían los labios. Mauricio se dio cuenta de que estaba armando una historia con todo aquello.

—Así pues... —dijo ella— vas de un lado a otro con tus ratas amaestradas...

—Nosotros preferimos «roedores sabios», capi —dijo Sardinas.

—... muy bien, con tus roedores sabios, y llegas a una ciudad, y... ¿qué pasa con las ratas que ya había allí?

Sardinas clavó una mirada impotente en Mauricio. Mauricio le hizo una señal con la cabeza para que continuara. Como Malicia no se inventara una historia que le gustase, iban a tener todos problemas graves.

—Se mantienen alejadas de nosotros, jefa, digo, capi —dijo Sardinas.

—¿Y también pueden hablar?

—No, capi.

—Creo que el Clan las considera un poco como si fueran monos —aportó Keith.

—Estaba hablando con Sardinas —dijo Malicia.

—Lo siento —dijo Keith.

—¿Y aquí no habéis visto ninguna otra rata? —continuó Malicia.

—No, capi. Unos cuantos esqueletos viejos y algunos montones de veneno y muchas trampas, jefa. Pero de ratas, ni rastro, jefa.

—¡Pero los cazadores de ratas traen todos los días un cargamento de colas de rata!

—Yo digo lo que veo, jefa. Capi. No hay ratas, jefa. Capi. No hemos visto ni una sola rata en ningún sitio donde hayamos estado, jefa capi.

—¿Te has molestado alguna vez en mirar esas colas de rata, jovencita? —preguntó Mauricio.

—¿Qué quieres decir? —dijo Malicia.

—Que son falsas —dijo Mauricio—. Por lo menos algunas. No son más que viejos cordones de cuero de botas. Yo he visto algunos en la calle.

—¿No eran colas de verdad? —dijo Keith.

—Soy un gato. ¿Te crees que no sé qué aspecto tienen las colas de rata?

—¡Pero la gente se habría dado cuenta! —exclamó Malicia.

—¿Ah, sí? —dijo Mauricio—. ¿Tú sabes lo que es un herrete?

—¿Herrete? ¿Herrete? ¿Qué pintan en todo esto los herretes? —dijo Malicia con aspereza.

—Son esas piececitas de metal que hay al final de los cordones —dijo Mauricio.

—¿Cómo es que un gato conoce una palabra así? —preguntó la chica.

—Todo el mundo tiene que conocer algo —dijo Mauricio—. ¿Y has mirado alguna vez de cerca las colas de las ratas?

—Claro que no. ¡Las ratas te pueden contagiar la peste! —dijo Malicia.

—Ah, es verdad, te explotan las piernas —dijo Mauricio, sonriendo—. Es por eso que no has visto los herretes. ¿Te han explotado las patas últimamente, Sardinas?

—Hoy no, jefe —dijo Sardinas—. Pero bueno, todavía no es la hora de comer.

Malicia pareció complacida.

—Ajá —dijo, y a Mauricio le dio la impresión de que el «já» tenía un tonillo muy desagradable.

—Así pues... ¿no nos vas a denunciar a la Guardia? —se aventuró a decir, esperanzado.

—¿Qué les voy a decir? ¿Que he estado hablando con una rata y un gato? —dijo Malicia—. Claro que no. Le dirían a mi padre que he estado inventándome historias y me encerrarían otra vez fuera de mi habitación.

—¿Te castigan encerrándote fuera tu habitación con llave para que no puedas entrar? —dijo Mauricio.

—Sí. Eso significa que no puedo acceder a mis libros. Soy una persona bastante especial, como tal vez ya hayáis observado —dijo Malicia con orgullo—. ¿No habéis oído hablar de las hermanas Grima? ¿Agoniza y Eviscera Grima? Pues eran mi abuela y mi tía abuela. Escribían... cuentos de hadas.

Ah, con lo que de momento estamos a salvo, pensó Mauricio. Era mejor seguirle la corriente.

—Yo no leo mucho, comparado con otros gatos —dijo—. ¿Qué eran esos cuentos? ¿Historias de gente pequeñita con alas que hacen tilín-tilín?

—No —replicó Malicia—. No les gustaba mucho la gente pequeñita que hace tilín. Escribían cuentos de hadas... reales. Llenos de sangre y de huesos y de murciélagos y de ratas. Y yo he heredado el talento para contar historias —añadió.

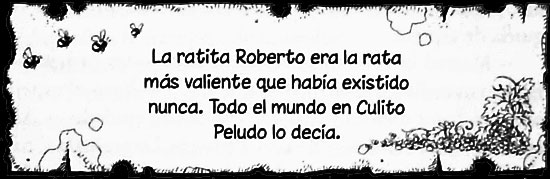
—Ya me lo parecía —dijo Mauricio.

—Y si no hay ratas debajo del pueblo pero los cazadores de ratas están reuniendo cordones de botas, huelo a gato encerrado —dijo Malicia.

—Lo siento —dijo Mauricio—. Creo que he sido yo. Es que estoy un poco nervioso...

Se oyeron ruidos en el piso de arriba.

—¡Rápido, salid por el patio de atrás! —les ordenó Malicia—. ¡Id al pajar que hay encima de las caballerizas! ¡Os llevaré comida! ¡Sé exactamente cómo funciona esta clase de cosas!



## Capítulo 5

De El señor Conejín tiene una aventura

Castañoscuro estaba en un túnel a varias calles de distancia, colgando de cuatro cordeles atados a su arnés. Los cordeles iban sujetos a un palo colocado en equilibrio como un balancín sobre la espalda de una rata muy gorda; había otras dos ratas sentadas en la otra punta, y varias más dirigiéndolo.

Castañoscuro estaba colgando justo encima de la enorme trampa de acero que llenaba el túnel por completo.

Soltó el chillido que era la señal de alto. El palo vibró un poco bajo su peso.

—Estoy justo encima del queso —dijo—. Huele a vena azul de Lancre, extra fuerte. Está intacto. Y bastante añejo. Acercadme unas dos patas.

El [[3]](#footnote-3)palo osciló arriba y abajo mientras empujaban hacia delante a Castañoscuro.

—Con cuidado, señor —dijo una de las ratas jóvenes que se agolpaban en el túnel detrás del Pelotón de Desactivación de Trampas.

Castañoscuro gruñó y bajó la vista hacia los dientes de la trampa, que ahora le quedaban a dos centímetros del hocico. Se sacó un pedacito de madera de uno de los cinturones; pegado a uno de sus extremos había una diminuta esquirla de espejo.

—Moved la vela un poco hacia aquí —les ordenó—. Eso mismo. Eso mismo. Ahora, a ver... —Pasó el espejo más allá de los dientes y le dio la vuelta con cuidado—. Ah, tal como yo pensaba... Es una Pequeña Dentellada Cháchara y Johnson, ya lo creo. Una de las viejas Modelo Número Tres, pero con un seguro de más. Ha visto mucho mundo. Vale. Estas las conocemos, ¿verdad? ¡Hay queso para la merienda, muchachos!

Los vigilantes soltaron risas nerviosas, pero una voz dijo:

—Ah, esas son fáciles...

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Castañoscuro en tono cortante.

Se hizo el silencio. Castañoscuro estiró el cuello hacia atrás. Las ratas jóvenes se habían apartado con cautela hacia un lado, dejando a una con aspecto de estar muy, muy sola.

—Ah, Nutritiva —dijo Castañoscuro, girándose de nuevo hacia el mecanismo disparador de la trampa—. Conque fáciles, ¿eh? Me alegra saberlo. Entonces, puedes enseñarnos cómo se hace.

—Ejem, cuando he dicho fáciles... —empezó a decir Nutritiva—. Me refería a que Ensalmuera me enseñó la trampa de prácticas y dijo...

—No hace falta que seas modesta —dijo Castañoscuro, con un brillo en la mirada—. Está todo listo. Yo me limitaré a mirar, ¿de acuerdo? Tú puedes meterte en el arnés y hacerlo, ¿a que sí?

—... pero, pero, pero no lo vi muy bien cuando nos hizo la demostración, ahora que lo pienso, y, y, y...

—Te diré lo que haremos —dijo Castañoscuro—. Yo trabajaré en la trampa, ¿de acuerdo?

Nutritiva pareció muy aliviada.

—Y tú me puedes ir diciendo exactamente qué tengo que hacer —añadió Castañoscuro.

—Ejem... —empezó a decir Nutritiva. Ahora se la veía dispuesta a regresar a toda prisa con el pelotón de meadores.

—De perlas —dijo Castañoscuro. Dejó a un lado con cuidado su espejo y se sacó del arnés una varilla de metal. La usó para palpar con cautela la trampa. Nutritiva se estremeció al oír el ruido del metal contra el metal—. A ver, ¿dónde estaba yo...? Ah, sí, aquí hay una barra y un pequeño muelle y un seguro. ¿Qué hago ahora, señorita Nutritiva?

—Eh, eh, eh... —tartamudeó Nutritiva.

—Las cosas están chirriando por aquí, señorita Nutritiva —dijo Castañoscuro, desde las entrañas de la trampa.

—Eh, eh... tiene que bloquear el chisme haciendo cuña...

—¿Cuál es el chisme, señorita Nutritiva? Tómese su tiempo, ups, esta pieza de metal se está meneando, pero por favor, no quiero meterle prisas...

—Bloquee el, ejem, el chisme, esto, el chisme... esto... —Los ojos de Nutritiva se movían frenéticamente.

—Tal vez sea esta cosa grande de CLAC argh argh argh...

Nutritiva se desmayó.

Castañoscuro salió de su arnés y se dejó caer dentro de la trampa.

—Arreglado —dijo—. La he sujetado bien fuerte, ya no se va a disparar. Ya podéis sacarla de en medio. —Regresó caminando con el pelotón y dejó caer un pedazo de queso mohoso encima de la barriga temblorosa de Nutritiva—. En el negocio de las trampas la precisión es muy importante, ¿lo veis? O eres preciso o estás muerto. El segundo ratón es el que se queda el queso. —Castañoscuro se sorbió la nariz—. Bueno, ahora a ningún humano que venga por aquí le será difícil pensar que hay ratas...

Los demás alumnos se rieron de esa manera nerviosa y ahogada en que se ríen quienes acaban de ver como otra persona atrae la atención del profesor y se alegran de no ser ellos.

Castañoscuro desenrolló un papel. Era una rata de acción, y la idea de que el mundo se pudiera capturar en forma de pequeños signos le preocupaba un poco. Pero se daba cuenta de que resultaba muy útil. Cuando dibujaba un plano de los túneles, el papel lo recordaba. No lo confundían los olores nuevos. Las demás ratas, si sabían leer, podían ver en sus cabezas lo mismo que había visto el artífice del plano.

Había inventado los mapas. Eran dibujos del mundo.

—Es asombrosa esta nueva tecnología —dijo—. Así pues... aquí hay marcado veneno, dos túneles atrás. ¿Te has encargado de él, Ensalmuera?

—Está enterrado y hemos meado encima —dijo Ensalmuera—. Era el veneno gris Número Dos, además.

—Así me gusta —dijo Castañoscuro—. Un plato nada apetecible.

—Estaba rodeado de kikís muertas.

—No me cabe ninguna duda. No hay antídoto para ese veneno.

—También hemos encontrado bandejitas de Número Uno y Número Tres —dijo Ensalmuera—. A patadas.

—Si tienes sentido común, puedes sobrevivir al veneno Número Uno —dijo Castañoscuro—. Acordaos todos de eso. Y si alguna vez coméis veneno Número Tres, tenemos una cosa que os puede curar. O sea, al final sobrevivís, pero habrá un par de días en que desearéis estar muertos...

—Hay montones de veneno, Castañoscuro —dijo Ensalmuera, nervioso—. Más del que he visto en mi vida. El sitio está lleno de huesos de rata.

—Pues ahí tenéis, una advertencia importante de cara a la seguridad —dijo Castañoscuro, arrancando a andar por otro túnel—. No os comáis ninguna rata muerta hasta que sepáis de qué murió. O también moriréis de lo mismo.

—Peligro Alubias cree que no deberíamos comer ratas nunca —dijo Ensalmuera.

—Sí, bueno, tal vez —dijo Castañoscuro—, pero en los túneles hay que ser práctico. Nunca dejes que se desperdicie comida en buen estado. ¡Y que alguien despierte a Nutritiva!

—Muchísimo veneno —dijo Ensalmuera, mientras el pelotón avanzaba—. Aquí deben de odiar de verdad a las ratas.

Castañoscuro no contestó. Veía que las ratas ya se estaban poniendo nerviosas. Se olía el miedo en los túneles. Jamás se habían encontrado con tanto veneno. Castañoscuro nunca solía preocuparse de nada, y ahora odió notar cómo empezaba la preocupación, en el fondo de su ser...

Una rata pequeña y jadeante se acercó correteando por el túnel y se postró delante de él.

—Riñones, señor, Tercera Brigada Pesada de Meadores —dijo atropelladamente—. ¡Hemos encontrado una trampa, señor! ¡Y no es de las normales! ¡Fresco ha caído en ella! ¡Venga conmigo, por favor!

Había mucha paja en el altillo de las caballerizas, y el calor de los caballos que subía desde abajo hacía que fuera muy cómodo.

Keith estaba tumbado de espaldas, contemplando el techo y canturreando para sí. Mauricio estaba vigilando su almuerzo, que meneaba el hocico.

Hasta el momento en que se abalanzó sobre su presa, Mauricio parecía una estilizada máquina de matar. Todo se estropeó justo antes de saltar. El trasero se le levantó, empezó a bambolearse cada vez más deprisa, su cola cortó el aire como una serpiente y por fin se arrojó hacia delante, con las garras fuera...

—¡Iiic!

—Muy bien, este es el trato —dijo Mauricio a la bola de pelo temblorosa que tenía en las zarpas—. Solo tienes que decir algo. Lo que sea. «Suéltame», tal vez, o quizá «¡Socorro!». Iiic no te resolverá la papeleta. No es más que un ruido. Tú pídemelo y yo te suelto. Nadie puede decir que no tengo una moral férrea para estos asuntos.

—¡Iiic! —chilló el ratón.

—Muy bien —dijo Mauricio, y lo mató al instante. Se lo llevó hasta el rincón, donde ahora Keith se había sentado en medio de la paja y se estaba terminando un bocadillo de fiambre de ternera.

—No sabía hablar —se apresuró a decir Mauricio.

—No te he preguntado nada —dijo Keith.

—O sea, le he dado la oportunidad —explicó Mauricio—. Me has oído, ¿verdad? Únicamente tenía que decirme que no quería que me lo comiera.

—Bien.

—Tú no tienes esos problemas, claro, a ti no te toca hablar con tus bocadillos —dijo Mauricio, como si todavía le preocupara algo.

—No sabría qué decirles —dijo Keith.

—Y me gustaría señalar que tampoco he jugado con él —siguió Mauricio—. Un zarpazo a la vieja usanza y colorín colorado, el cuento se ha acabado, salvo que, claro está, el ratón no estaba contando ningún cuento porque carecía de inteligencia por completo.

—Te creo —dijo Keith.

—No ha sentido nada de nada —continuó Mauricio.

Se oyó un chillido procedente de una calle cercana y luego un ruido de vajilla al romperse. En la última media hora se habían oído muchos estruendos parecidos.

—Parece que los muchachos siguen trabajando —comentó Mauricio, llevando al ratón muerto detrás de un montón de heno—. No hay nada que haga chillar tanto a la gente como ver a Sardinas bailar encima de la mesa.

Se abrieron las puertas de las caballerizas. Un hombre entró, puso los arneses a dos caballos y se los llevó fuera. Poco después se oyó el ruido de un carruaje que salía del patio.

Pocos segundos más tarde alguien llamó abajo con tres fuertes golpes. Los golpes se repitieron. Y luego volvieron a repetirse. Por fin la voz de Malicia dijo:

—Vosotros dos, ¿estáis ahí arriba o no?

Keith salió a rastras del heno y miró hacia abajo.

—Sí —dijo.

—¿No habéis oído la llamada secreta? —dijo Malicia, levantando la vista hacia él con cara de fastidio.

—No me ha parecido ninguna llamada secreta —dijo Mauricio, con la boca llena.

—¿Esa es la voz de Mauricio? —preguntó Malicia con recelo.

—Sí —dijo Keith—. Tendrás que disculparle, se está comiendo a alguien.

Mauricio tragó deprisa.

—¡No es alguien! —dijo entre dientes—. ¡No es alguien a menos que sepa hablar! ¡Si no sabe, no es más que comida!

—¡Sí que es una llamada secreta! —saltó Malicia—. ¡Yo sé de esas cosas! ¡Y vosotros tenéis que contestarla con otra llamada secreta!

—Pero si no es más que alguien que está llamando a la puerta, no sé, como con buen ánimo, y nosotros contestamos con más golpes, ¿qué van a pensar que hay aquí arriba? —dijo Mauricio—. ¿Un escarabajo especialmente corpulento?

Malicia se quedo callada un momento, cosa rara en ella. Al cabo dijo:

—Bien pensado, bien pensado. Ya sé, gritaré «¡Soy yo, Malicia!» y entonces haré mi llamada secreta, y de esa manera sabréis que soy yo y podréis devolvérmela. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no decimos «Hola, estamos aquí arriba», y a correr? —sugirió Keith con inocencia.

Malicia suspiró.

—¿Es que no tenéis ningún sentido del dramatismo? Mirad, mi padre se ha ido a la Rathaus a hablar con los demás miembros del consistorio. ¡Ha dicho que lo de la vajilla era la gota que colmaba el vaso!

—¿La vajilla? —dijo Mauricio—. ¿Le has hablado de Sardinas?

—Le he tenido que decir que me había asustado una rata enorme y que para escaparme he intentado subirme al aparador —dijo Malicia.

—¿Le has mentido?

—Le he contado una historia, nada más —dijo Malicia con calma—. Y me ha quedado bien. Era mucho más verdadera de lo que habría parecido la verdad. ¿Una rata que hace claqué? En todo caso, no le ha interesado mucho porque hoy ha recibido un montón de quejas. Vuestras ratas domesticadas están incordiando a la gente de lo lindo. Me lo estoy pasando bomba.

—No son nuestras ratas, van por libre —dijo Keith.

—Y siempre trabajan deprisa —añadió Mauricio con orgullo—. No se andan con jaleos cuando se trata de montar... jaleo.

—En un pueblo que visitamos el mes pasado, el ayuntamiento puso un anuncio buscando a un encantador de ratas a la misma mañana siguiente —dijo Keith—. Fue el gran día de Sardinas.

—Mi padre ha gritado mucho y también ha mandado buscar a Mhanttas y a Delanza —dijo Malicia—. ¡Son los cazadores de ratas! Y ya sabéis lo que eso quiere decir, ¿verdad?

Mauricio y Keith se miraron.

—Finjamos que no —dijo Mauricio.

—¡Quiere decir que nos podemos meter en su cabaña y resolver el misterio de los cordones de botas! —dijo Malicia. Clavó una mirada crítica en Mauricio—. Por supuesto sería más... satisfactorio que fuéramos cuatro niños y un perro, que es el número adecuado para las aventuras, pero nos apañaremos con lo que tenemos.

—¡Eh, nosotros solo robamos a los gobiernos! —dijo Mauricio.

—Ejem, solo a los gobiernos que no son los padres de nadie, por supuesto —matizó Keith.

—¿Y? —dijo Malicia, mirando a Keith con cara rara.

—¡Que eso no es lo mismo que ser unos criminales! —dijo Mauricio.

—Ah, pero cuando tengamos las pruebas, podremos llevarlas al consistorio y entonces no seremos criminales para nada porque estaremos siendo héroes —dijo Malicia, con la paciencia fatigada—. Por supuesto, es posible que el consistorio y la Guardia estén compinchados con los cazadores de ratas, o sea que no confiemos en nadie. En serio, ¿es que no habéis leído nunca un libro? Pronto se hará oscuro y entonces vendré a recogeros para que podamos trincar el mangurrino.

—¿Y podremos? —preguntó Keith.

—Sí. Con una horquilla del pelo —dijo Malicia—. Sé que es posible, porque lo he leído cientos de veces.

—¿Qué clase de mangurrino es? —dijo Mauricio.

—Uno grande —dijo Malicia—. Eso facilita las cosas, claro. —Se giró de golpe y salió corriendo de las caballerizas.

—¿Mauricio? —dijo Keith.

—¿Sí? —dijo el gato.

—¿Qué es un mangurrino y cómo se trinca?

—No lo sé. ¿Una cerradura, quizá?

—Pero si le acabas de decir...

—Ya, pero solo le seguía la corriente por si se ponía violenta —dijo Mauricio—. Está mal de la azotea, en mí opinión. Es una de esas personas que son como... actores. Ya sabes, que actúan todo el tiempo. Que no viven para nada en el mundo real. Como si todo fuera un cuento muy grande. Peligro Alubias también es un poco así. Una persona muy peligrosa, pienso yo.

—¡Es una rata muy amable y considerada!

—Ah, sí, pero el problema es, fíjate, que se cree que todos los demás son como él. La gente así trae problemas, chaval. Y nuestra amiga piensa que la vida funciona como un cuento de hadas.

—Bueno, eso es inofensivo, ¿no? —dijo Keith.

—Sí, pero en los cuentos de hadas, cuando alguien muere... no es más que una palabra.

La Tercera Brigada Pesada de Meadores se estaba tomando un descanso, y en cualquier caso se les había terminado la munición. A nadie le apetecía pasar por la trampa para llegar al hilo de agua que goteaba por la pared. Y a nadie le gustaba mirar lo que había dentro de la trampa.

—Pobre Fresco —dijo una rata—. Era una buena rata.

—Pero tendría que haber prestado atención a por dónde iba —dijo otra rata.

—Era un sabelotodo —dijo una tercera—. Era una buena rata, sin embargo, aunque olía un poco mal.

—Pues saquémoslo de la trampa, ¿no? —dijo la primera rata—. No parece correcto dejarlo ahí dentro así.

—Sí. Sobre todo porque tenemos hambre.

Una de las ratas dijo:

—Peligro Alubias dice que no deberíamos comer rata.

Otra rata dijo:

—No, es solo si no sabes de qué se han muerto, porque es posible que hayan muerto envenenadas.

Y otra rata dijo:

—Y nosotros sabemos de qué ha muerto. Se ha muerto aplastado. El aplastamiento no se contagia.

Todos miraron al difunto Fresco.

—¿Vosotros qué creéis que le pasa a uno después de morirse? —preguntó una rata, lentamente.

—Que se te comen. O que te quedas todo reseco, o mohoso.

—¿Cómo, todo entero?

—Bueno, la gente suele dejar las patas.

La rata que había hecho la pregunta dijo:

—Pero ¿qué me decís de lo de dentro?

Y la rata que había mencionado las patas dijo:

—Ah, ¿la parte blandengue y verde y viscosa? No, eso también hay que dejarlo. Sabe asquerosa.

—No, me refería a lo de dentro que eres tú. Eso, ¿adónde va?

—Lo siento, ahí no te sigo.

—Bueno... ya sabes, como... los sueños...

Las ratas asintieron. Estaban al corriente de los sueños. Se habían llevado un susto de los grandes cuando empezaron a soñar.

—Bueno, pues en los sueños, cuando te están persiguiendo los perros o estás volando, o lo que sea... ¿eso quién lo está haciendo? No es tu cuerpo, porque tu cuerpo está dormido. Así que debe de ser una parte invisible que vive dentro de ti, ¿verdad? Y estar muerto es como estar dormido, ¿no?

—No exactamente como estar dormido —dijo una rata sin mucha seguridad, echando un vistazo a la forma casi plana que antaño había sido conocida como Fresco—. O sea, cuando estás dormido no se te ven la sangre y las cosas de dentro. Y te despiertas.

—Entonces —dijo la rata que había sacado el tema de la parte invisible—, cuando te despiertas, ¿adónde va la parte que sueña? Cuando te mueres, ¿adónde va esa parte que tienes dentro?

—¿Cuál, la parte blandengue y verde?

—¡No, la parte que tienes detrás de los ojos!

—¿Te refieres a la parte de color gris rosado?

—¡No, esa no! ¡La que es invisible!

—¿Cómo lo voy a saber? ¡Nunca he visto una parte invisible!

Todas las ratas se quedaron mirando a Fresco.

—No me gusta esta clase de conversaciones —dijo una de ellas—. Me recuerdan a las sombras que hacen las velas.

Otra dijo:

—¿Habéis oído hablar de la Rata de Huesos? Dicen que viene y se te lleva cuando te mueres.

—Dicen, dicen —murmuró una rata—. También dicen que hay una Gran Rata del Subsuelo que lo creó todo, eso dicen. Entonces, ¿también creó a los humanos? ¡Debemos de caerle realmente bien para haber creado también a los humanos! ¿O no?

—¿Cómo lo voy a saber? Tal vez a ellos los creó un Gran Humano...

—Vaya, ahora te cachondeas —dijo la rata incrédula, que se llamaba Tomate.

—Muy bien, muy bien, pero tienes que admitir que las cosas no pueden haber, bueno, aparecido sin más, ¿verdad? Tiene que haber una razón. Y Peligro Alubias dice que hay cosas que tenemos que hacer porque son correctas, y bien, ¿quién decide qué es correcto y qué no? ¿De dónde viene «correcto» e «incorrecto»? Dicen que si has sido una rata buena, tal vez la Gran Rata tenga un túnel lleno de comida de la buena al que te llevará la Rata de Huesos...

—Pero Fresco sigue aquí. ¡Y yo no he visto ninguna rata huesuda!

—Ah, pero dicen que solo la ves si viene a por ti.

—¿Oh? ¿Oh? —dijo otra rata, nerviosa hasta el extremo del sarcasmo enloquecido—. Entonces, ¿cómo la han visto los que lo dicen? ¡Explícame eso! ¡La vida ya es bastante mala sin tener que preocuparse de cosas invisibles que no se pueden ver!

—Muy bien, muy bien, ¿qué ha pasado aquí?

Las ratas se giraron, repentinamente invadidas de un júbilo increíble al ver que Castañoscuro se acercaba correteando por el túnel.

Castañoscuro se abrió paso entre ellas. Se había traído con él a Nutritiva. Siempre era buen momento, dijo, para que un miembro del pelotón averiguara lo que le pasaba a la gente que hacía mal las cosas.

—Ya veo —dijo, mirando la trampa. Negó tristemente con la cabeza—. ¿Qué le digo siempre a todo el mundo?

—Que no usemos los túneles que no han sido marcados como despejados, señor —dijo Tomate—. Pero Fresco, bueno, a él no... nunca se le dio bien escuchar. Y lo que más le gustaba era pasar a la acción, señor.

Castañoscuro examinó la trampa y trató de mantener en su cara una expresión de resolución firme. Pero le costó. Nunca había visto una trampa como aquella. Tenía un aspecto realmente cruel, aplastaba más que mordía. Y estaba colocada de tal manera para que cayeran en ella las ratas que iban corriendo hacia el agua.

—Pues ya no va a escuchar más, eso está claro —dijo—. Su cara me resulta familiar. Si nos olvidamos de los ojos saltones y la lengua fuera, claro.

—Esto, ha hablado usted con Fresco en la asamblea esta mañana, señor —dijo una rata—. Le ha dicho que lo habían criado para ser un meón y que se pusiera a ello, señor.

La cara de Castañoscuro permaneció inexpresiva. Luego dijo:

—Tenemos que irnos. Estamos encontrando muchas trampas por todas partes. Vamos a regresar para juntarnos con vosotros. Y que nadie siga avanzando por ese túnel para nada, ¿entendido? ¡Que todo el mundo diga: «Sí, Castañoscuro»!

—Sí, Castañoscuro —corearon las ratas.

—Y que uno de vosotros monte guardia —dijo Castañoscuro—. Puede que haya más trampas por ahí.

—¿Qué hacemos con Fresco, señor? —preguntó Tomate.

—No os comáis la parte blandengue y verde —dijo Castañoscuro, y se fue a la carrera.

¡Trampas!, pensó. Había demasiadas. Y demasiado veneno. Hasta los miembros más experimentados del pelotón ya se estaban poniendo nerviosos. A él no le gustaba encontrarse con cosas desconocidas. No descubrías qué eran las cosas desconocidas hasta que te mataban.

Las ratas se estaban desplegando por debajo del pueblo, y este no se parecía a ningún otro que hubieran conocido. El lugar entero era una gigantesca ratonera. No habían encontrado ni una sola kikí viva. Ni una. Eso no era normal. En todas partes había ratas. Allí donde había humanos, había ratas.

Y por si todo eso fuera poco, las ratas jóvenes estaban perdiendo demasiado tiempo en preocuparse de... cosas. Cosas que no se podían ver ni oler. Cosas de las sombras. Castañoscuro negó con la cabeza. En los túneles no había sitio para pensar de aquella manera. La vida era real, la vida era práctica y la vida se te podía escapar muy deprisa si no estabas prestando atención...

Se fijó en que Nutritiva estaba mirándolo todo y husmeando el aire mientras trotaban por una tubería.

—Así me gusta —dijo en tono de aprobación—. Toda precaución es poca. Nunca te dejes llevar por las prisas. Siempre es posible que la rata que va delante haya tenido suerte y no haya pisado el disparador.

—Sí, señor.

—Pero tampoco vayas demasiado preocupada.

—Se lo veía espantosamente... plano, señor.

—Los tontos se andan con prisas, Nutritiva. Los tontos se andan con prisas...

Castañoscuro notaba que el miedo se estaba propagando y le preocupaba. Si los Transformados montaban en pánico, iba a ser un pánico de ratas. Y los túneles de aquella ciudad no eran lugar para que echaran a correr unas ratas aterrorizadas. Pero si una sola rata rompía filas y echaba a correr, la mayoría la seguirían. En los túneles lo que dominaba era el olor. Cuando las cosas iban bien, todo el mundo se sentía bien. Cuando llegaba el miedo, fluía por los conductos como una inundación. En el mundo de las ratas el pánico era una especie de enfermedad que se podía contraer con demasiada facilidad.

Las cosas no mejoraron en absoluto cuando alcanzaron al resto del pelotón de trampas. Esta vez acababan de encontrar un veneno nuevo.

—No os preocupéis —dijo Castañoscuro, que estaba preocupado—. Tampoco es la primera vez que nos encontramos un veneno nuevo, ¿verdad?

—Hacía una eternidad de la última vez —dijo una rata—. ¿Os acordáis de aquel que vimos en Escrote? ¿El que hacía chispitas azules? Si se te quedaba en las patas se inflamaba... Y la gente lo pisaba sin darse cuenta...

—¿Es ese el que tienen aquí?

—Será mejor que venga usted a ver.

En uno de los túneles se hallaba una rata tumbada de lado. Tenía las patas encogidas como puños. Estaba gimoteando.

Castañoscuro le echó un solo vistazo y supo que, para aquella rata, todo se había terminado. Era mera cuestión de tiempo. Para las ratas de Escrote había sido cuestión de un tiempo espantoso.

—Podría morderle en el pescuezo —se ofreció una rata—. Así se acabaría deprisa.

—Es muy considerado, pero esa cosa se mete en la sangre —repitió Castañoscuro—. Busca una trampa de dientes que no haya sido desactivada. Con cuidado.

—¿Quiere meter a una rata en una trampa, señor? —dijo Nutritiva.

—¡Sí! ¡Es mejor morir deprisa que despacio!

—Aun así, es... —empezó a protestar la rata que se había ofrecido para dar el mordisco.

A Castañoscuro se le erizaron los pelos de alrededor de la cara. Se irguió sobre las patas traseras y enseñó los dientes.

—¡Haz lo que te he dicho o seré yo quien te muerda a ti! —bramó.

La otra rata retrocedió, amedrentada.

—Muy bien, Castañoscuro, muy bien...

—¡Y avisad a todos los demás pelotones! —vociferó Castañoscuro—. ¡Esto no es una simple cacería de ratas, esto es la guerra! ¡Que todo el mundo se retire ya mismo sin hacer el tonto! ¡Que nadie toque nada! Vamos a... ¿Sí? ¿Qué pasa esta vez?

Una rata pequeña acababa de acercarse con sigilo a Castañoscuro. Mientras el cazador de trampas se daba la vuelta, la rata se postró apresuradamente, casi revolcándose de espaldas en el suelo para mostrar lo pequeña e inofensiva que era.

—Por favor, señor... —balbuceó.

—¿Sí?

—Esta vez hemos encontrado a una viva...

## IMAGE

## Capítulo 6

De El señor Conejín tiene una aventura

—¿Hola? ¿Hola?, soy yo. ¡Y ahora voy a hacer la llamada secreta! —Se oyeron tres golpes en la puerta de las caballerizas y a continuación la voz de Malicia se volvió a elevar para decir—: Hola, ¿habéis oído la llamada secreta?

—Tal vez si no decimos nada se marchará —dijo Keith, entre la paja.

—No lo creo —dijo Mauricio. Levantó la voz y gritó—: ¡Estamos aquí arriba!

—Aun así tenéis que hacer la llamada secreta —gritó Malicia.

—Oh, prbllttrrrp —dijo Mauricio entre dientes, y por suerte, no hay humano que sepa lo fuertes que pueden ser esas palabrotas en el idioma gatuno—. Mira, soy yo, ¿de acuerdo? Un gato... parlante... ¿Qué quieres que haga para reconocerme? ¿Me pongo un clavel rojo?

—En todo caso, no creo que seas un gato parlante como es debido —dijo Malicia, subiendo la escalera de mano. Todavía iba de negro, y se había recogido el pelo debajo de un pañuelo negro. También llevaba un bolso muy grande colgado del hombro.

—Caray, en eso tienes razón —dijo Mauricio.

—O sea, no llevas botas ni espada ni tampoco un sombrero enorme con una pluma —dijo la chica, aupándose al altillo.

Mauricio se la quedó mirando un buen rato.

—¿Botas? —dijo por fin—. ¿En estas zarpas?

—Oh, era un dibujo de un libro que leí —dijo Malicia, con calma—. Una tontería de libro para niños. Lleno de animales que se vestían como humanos.

A Mauricio se le pasó por la cabeza gatuna, y no era la primera vez, que si echaba a correr podía estar fuera de la ciudad y a bordo de una barcaza o algo parecido en cinco minutos.

Una vez, cuando no era más que un gatito, se lo había llevado a su casa una niña que le había puesto ropa de muñeca y lo había sentado a una mesita con un par de muñecas y tres cuartas partes de un osito de peluche. Él se las había apañado para escaparse por una ventana abierta, pero le había costado el día entero quitarse aquel vestido. Aquella niña podría haber sido Malicia. Ella pensaba que los animales simplemente eran personas que no habían estado prestando la suficiente atención.

—La ropa no es lo mío —dijo. No era una frase muy memorable, pero probablemente fuera mejor que decir: «Me parece que estás chiflada».

—Pues podría ser una mejora —dijo Malicia—. Ya casi es oscuro. ¡Vamos allá! ¡Nos moveremos como gatos!

—Ah, vale —dijo Mauricio—. Supongo que eso podré hacerlo.

Sin embargo, pensó unos minutos más tarde, no había ningún gato que se moviera como Malicia. Era obvio que a ella le parecía que no servía de nada tratar de pasar desapercibido a menos que la gente viera que estabas tratando de pasar desapercibido. La gente de la calle se detenía a mirarla mientras ella caminaba pegada a las paredes y correteaba de un portal al siguiente. Mauricio y Keith paseaban tranquilamente detrás de ella. Nadie les prestaba ninguna atención.

Por fin, en una callecita estrecha, la chica se detuvo frente a un edificio negro que tenía un letrero grande de madera colgado encima de la puerta. El letrero mostraba un montón de ratas, una especie de estrella hecha con ratas, con todas las colas atadas juntas en un nudo enorme.

—El signo del antiguo Gremio de Cazadores de Ratas —susurró Malicia, descolgándose el bolso del hombro.

—Lo sé —dijo Keith—. Tiene un aspecto espantoso.

—Pero el diseño es interesante —dijo Malicia.

Uno de los rasgos más relevantes de la puerta que había debajo del letrero era el candado enorme que la mantenía cerrada. Qué raro, pensó Mauricio. Si las ratas hacían que te explotaran las piernas, ¿para qué querían los cazadores de ratas un candado enorme en su cobertizo?

—Por suerte, vengo preparada para cualquier incidencia —dijo Malicia, y metió la mano en su bolso. Se oyó un ruido como si estuviera removiendo piezas de metal y botellas.

—¿Qué llevas ahí dentro? —preguntó Mauricio—. ¿Todo?

—El rezón y la escalerilla de cuerda ocupan gran parte del espacio —dijo Malicia, sin dejar de rebuscar—. Y luego están el botiquín grande, y el botiquín pequeño, y el cuchillo, y el otro cuchillo, y el juego de sierras, y el espejo para mandar señales, y... esto...

Sacó un pequeño fardo de tela negra. Cuando lo desenrolló, Mauricio vio el destello del metal.

—Ah —dijo—. Ganzúas, ¿verdad? He visto trabajar a desvalijadores de casas...

—Horquillas del pelo —lo interrumpió Malicia, eligiendo una—. En los libros que he leído, las horquillas del pelo siempre funcionan. Solo hay que meter una en la cerradura y girar. Tengo una selección de horquillas predobladas.

Nuevamente Mauricio sintió un escalofrío en el pescuezo. Funcionan en los cuentos, pensó. Oh cielos.

—¿Y cómo es que sabes tanto de forzar cerrojos? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, me castigan encerrándome fuera de mi habitación —dijo Malicia, haciendo girar la horquilla.

Mauricio había visto a ladrones de verdad en acción. Los hombres que se colaban de noche en los edificios odiaban a los perros, pero no tenían nada contra los gatos. Los gatos nunca intentaban degollarlos a dentelladas. Y lo que los ladrones solían llevar encima, el lo sabía, eran pequeñas herramientas complicadas que usaban con minuciosidad y precisión. No usaban estúp...

¡Clic!

—Bien —dijo Malicia con voz satisfecha.

—Ha sido pura suerte —dijo Mauricio, mientras el candado se soltaba. Levantó la vista para mirar a Keith—. Tú también crees que es pura suerte, ¿eh, chaval?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Keith—. Es la primera vez que lo veo hacer.

—Sabía que funcionaría —dijo Malicia—. Funcionó en el cuento de La séptima mujer de Barbaverde, cuando ella se escapó de la Sala del Terror de él y lo apuñaló en el ojo con un arenque congelado.

—¿Eso es un cuento de hadas? —dijo Keith.

—Sí —respondió Malicia con orgullo—. Es uno de los Cuentos de hadas grimosos.

—Tenéis unas hadas bastante chungas por aquí —dijo Mauricio, negando con la cabeza.

Malicia abrió la puerta.

—Oh, no —gimió—. Esto sí que no me lo esperaba...

En algún lugar por debajo de las zarpas de Mauricio, y más o menos a una calle de distancia, la única rata del lugar que habían encontrado viva los Transformados estaba postrada delante de Peligro Alubias. Se había dado orden de que regresaran los pelotones. El día no estaba yendo nada bien.

Trampas que no mataban, pensó Castañoscuro. Te las encontrabas a veces. A veces los humanos querían atrapar vivas a las ratas.

Castañoscuro no se fiaba de los humanos que querían atrapar vivas a las ratas. Las trampas honradas que mataban en el acto... bueno, eran malas, pero por lo general era posible evitarlas y al menos resultaban limpias. Las trampas que no mataban eran como el veneno. Eran tramposas.

Peligro Alubias estaba contemplando a la recién llegada. Resultaba extraño, pero de todas las ratas, la que pensaba menos como una rata era también la que tenía más facilidad para hablar con los kikís, aunque «hablar» no era la palabra precisa. Nadie, ni siquiera Jamoncocido, tenía un sentido del olfato como el de Peligro Alubias.

Estaba claro que la rata nueva no les iba a causar ningún problema. Para empezar, estaba rodeada de ratas grandes, bien alimentadas y duras, así que su cuerpo estaba diciendo respetuosamente «señor» tan fuerte como podía. Además, los Transformados le habían dado comida, que el animal engullía más que comía.

—Estaba dentro de una caja —dijo Castañoscuro, que dibujaba con un palo en el suelo—. Hay muchas por aquí.

—A mí una vez me atraparon en una —dijo Jamoncocido—. Luego una hembra humana vino y me tiró por encima de la tapia del jardín. No le vi ningún sentido.

—Tengo entendido que hay humanos que lo hacen para ser amables —dijo Melocotones—. Echan a las ratas de la casa sin matarlas.

—Pues a ella no le sirvió de mucho —dijo Jamoncocido, con satisfacción—. A la noche siguiente volví y me meé encima de su queso.

—Yo no creo que aquí haya nadie que esté intentando ser amable —dijo Castañoscuro—. Había otra rata con ella dentro de la caja. O por lo menos —añadió— había parte de una rata. Creo que esta se la ha estado comiendo para seguir viva.

—Muy sensata —dijo Jamoncocido, asintiendo.

—Hemos encontrado otra cosa —dijo Castañoscuro, sin dejar de dibujar surcos en la tierra—. ¿Ve esto, señor?

Había hecho un dibujo de líneas y garabatos en el suelo.

—Grumf. Lo veo, pero no tengo por qué saber qué es —replicó Jamoncocido. Se frotó el hocico—. Nunca me ha hecho falta nada más que esto.

Castañoscuro soltó un suspiro paciente.

—Pues huela, señor, que esto es un... un dibujo de todos los túneles que hemos explorado hoy. Es... la forma de los túneles que tengo en la cabeza. Hemos explorado una gran parte del pueblo. Hay muchas... —echó un vistazo a Melocotones— muchas trampas amables, la mayoría vacías. Hay veneno por todas partes. La mayoría es bastante antiguo. Muchas trampas no letales vacías. Y muchas trampas letales, todavía activas. Y ninguna rata viva. Ninguna, salvo nuestra... nueva amiga. Sabemos que aquí hay algo muy raro. He estado husmeando un poco cerca del sitio donde la encontré y he olido a ratas. Muchas ratas. Y quiero decir muchas, muchas.

—¿Vivas? —preguntó Peligro Alubias.

—Sí.

—¿En un mismo sitio?

—Así es como huele —dijo Castañoscuro—. Creo que deberíamos mandar un pelotón a mirar.

Peligro Alubias se acercó a la rata y volvió a olisquearla. La rata lo olisqueó a él. Se tocaron las patas. Los Transformados que miraban la escena se quedaron asombrados. Peligro Alubias estaba tratando a la kikí de igual a igual.

—Muchas cosas, muchas cosas —murmuró—. Muchas ratas... humanos... miedo... mucho miedo... muchas ratas, apelotonadas... comida... rata... ¿Decís que ha estado comiendo rata?

—Es un mundo de comer o ser comido —dijo Jamoncocido—. Siempre ha sido así y siempre lo será,

Peligro Alubias arrugó el hocico.

—Hay algo más. Algo... raro. Extraño... está asustada de verdad.

—Ha estado en una trampa —dijo Melocotones—. Y luego nos ha encontrado a nosotros.

—Es mucho... peor que eso —dijo Peligro Alubias—. Nos... nos tiene miedo porque somos ratas extrañas, pero su olor dice que está aliviada de que no seamos... lo que está acostumbrada a...

—¡Humanos! —escupió Castañoscuro.

—Creo... que... no...

—¿Otras ratas?

—Sí... no... no lo... me cuesta saberlo...

—¿Perros? ¿Gatos?

—No. —Peligro Alubias dio un paso atrás—. Algo nuevo.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Melocotones.

—Dejarla ir, supongo.

—¡Eso no lo podemos hacer! —dijo Castañoscuro—. Hemos hecho saltar todas las trampas que hemos encontrado, pero sigue habiendo veneno por todas partes. A esos túneles no mandaría ni a un ratón. Al fin y al cabo, ella no ha intentado atacarnos.

—¿Y qué? —dijo Jamoncocido—. ¿Qué importa otra kikí muerta?

—Entiendo lo que quiere decir Castañoscuro —dijo Melocotones—. No podemos mandarla a que se muera sin más.

Gran Ahorro dio un paso adelante y rodeó a la hembra joven con la pata en gesto protector. Fulminó con la mirada a Jamoncocido. Aunque ella podía darle algún mordisco de vez en cuando si estaba molesta, no quería discutir con él. Era demasiado vieja para hacerlo. Pero su mirada decía: todos los machos sois estúpidos, vieja rata estúpida.

Él pareció perdido.

—Hemos matado a otros kikís, ¿verdad? —dijo con tristeza—. ¿Para qué queremos quedarnos con esta?

—No podemos mandarla a que se muera —volvió a decir Melocotones, mirando la expresión de Peligro Alubias. Que tenía aquella mirada perdida suya en los ojos rosados.

—¿Queréis que se ponga a seguimos comiéndose nuestra comida y enredando? —dijo Jamoncocido—. No puede hablar, no puede pensar...

—¡Y hace poco, nosotros tampoco! —le cortó Melocotones—. ¡Éramos todos como ella!

—¡Ahora podemos pensar, joven hembra! —dijo Jamoncocido, con el pelo erizado.

—Sí —dijo en voz baja Peligro Alubias—. Ahora podemos pensar. Podemos pensar en lo que hacemos. Podemos apiadarnos de los inocentes que no nos desean ningún mal. Y por eso puede quedarse con nosotros.

Jamoncocido giró la cabeza de golpe. Peligro Alubias seguía mirando a la recién llegada. Jamoncocido se levantó sobre las patas de atrás instintivamente, una rata lista para luchar. Pero Peligro Alubias no lo podía ver.

Melocotones miró con preocupación a la vieja rata. Lo acababa de desafiar una ratita flacucha que no duraría ni un segundo en una pelea. Y Peligro Alubias ni siquiera era consciente de haber lanzado el desafío.

Él no piensa así, se dijo Melocotones.

Las demás ratas estaban observando a Jamoncocido. Ellas sí que seguían pensando así, y estaban esperando a ver qué hacía su líder.

Pero hasta Jamoncocido se estaba dando cuenta de que era impensable abalanzarse sobre aquella rata blanca. Sería como cortarse su propia cola. Con mucho cuidado, se permitió relajarse.

—Es solo una rata —murmuró.

—Pero usted, querido Jamoncocido, no lo es —dijo Peligro Alubias—. ¿Querría acompañar al equipo de Castañoscuro a averiguar de dónde ha venido? Podría ser peligroso.

Aquello erizó otra vez el pelo a Jamoncocido.

—¡Yo no le tengo miedo al peligro! —bramó.

—Claro que no. Es por eso que debería ir. Ella estaba aterrada —dijo Peligro Alubias.

—¡Nunca le he tenido miedo a nada! —gritó Jamoncocido.

Entonces Peligro Alubias se giró hacia él. A la luz de las velas tenía un brillo en los ojos rosados. Jamoncocido no era una rata que se pasara mucho tiempo pensando en cosas que no pudiera ver ni oler ni morder, pero...

Levantó la vista. La luz hacía bailar grandes sombras de ratas en la pared. Jamoncocido había oído que las ratas jóvenes hablaban de sombras y de sueños y de lo que le pasaba a tu sombra después morir. A él no le preocupaban aquellas cosas. Las sombras no te podían morder. En las sombras no había nada que temer. Pero ahora oyó que su propia voz le decía dentro de su cabeza: «Me asusta lo que puedan ver esos ojos». Miró con el ceño fruncido a Castañoscuro, que estaba raspando algo en el barro con uno de sus palos.

—Iré, pero yo encabezo la expedición —dijo—. ¡Aquí yo soy la rata superior!

—Eso no me preocupa —dijo Castañoscuro—. En cualquier caso, el señor Clicky va a ir por delante.

—Creía que se había aplastado la semana pasada —dijo Melocotones.

—Nos quedan dos —dijo Castañoscuro—. Cuando se acaben tendremos que asaltar otra tienda de mascotas.

—El líder soy yo —dijo Jamoncocido—. Yo diré lo que tenemos que hacer, Castañoscuro.

—Bien, señor. Bien —respondió Castañoscuro, sin dejar de dibujar en el barro—. Y también sabe usted desactivar todas las trampas, ¿verdad?

—¡No, pero puedo ordenarte a ti que lo hagas!

—Bien. Bien —dijo Castañoscuro, trazando muchas más marcas con el palo y sin mirar al líder—. Y me va a decir qué palancas hay que dejar en paz y qué partes hay que abrir a la fuerza, ¿verdad?

—A mí no me hace falta entender de trampas —dijo Jamoncocido.

—Pero a mí sí, señor —dijo Castañoscuro, hablando con la misma voz tranquila—. Y le digo que hay un par de cosas que no entiendo de algunas de estas trampas nuevas, y hasta que las entienda le sugiero con todo el respeto que deje que me encargue yo de todo.

—¡Esa no es manera de hablar a una rata superior!

Castañoscuro se quedó mirándolo, y Melocotones contuvo la respiración. Ha llegado el duelo, pensó. Ahora es cuando averiguamos quién es el líder.

Por fin Castañoscuro dijo:

—Lo siento. No pretendía ser impertinente.

Melocotones se hizo eco del asombro que cundió entre los machos mayores que estaban mirando. Castañoscuro. ¡Se acababa de echar atrás! ¡No había saltado!

Pero tampoco se había acobardado.

A Jamoncocido se le volvió a asentar el pelo. La vieja rata no tenía ni idea de cómo tratar con aquello. Todas las señales estaban mezcladas.

—Bueno, ejem...

—Obviamente, en calidad de líder es usted quien debe dar las órdenes —dijo Castañoscuro.

—Sí, esto...

—Pero yo le aconsejo, señor, que investiguemos esto. Las cosas desconocidas son peligrosas.

—Sí. Por supuesto —dijo Jamoncocido—. Faltaría más. Lo investigaremos. Por supuesto. Encárgate de ello. El líder soy yo, y esto es lo que digo.

Mauricio examinó el interior del cobertizo de los cazadores de ratas.

—Parece un cobertizo de cazadores de ratas —dijo—. Mesas de trabajo, sillas, muchas pieles de ratas colgadas, montones de trampas viejas, un par de bozales de perro, malla de alambre enrollada y pruebas considerables de que por aquí jamás nadie ha quitado el polvo. Es como yo me habría imaginado que sería por dentro una cabaña de cazadores de ratas.

—Yo me esperaba algo... horrible pero interesante —dijo Malicia—. Alguna pista espantosa.

—¿Tiene que haber una pista? —preguntó Keith.

—¡Claro! —exclamó Malicia, mirando debajo de una silla—. Mira, gato, en el mundo hay dos clases de persona. Están los que pillan la trama y los que no.

—El mundo no tiene trama —dijo Mauricio—. Las cosas... pasan sin más. Una detrás de otra.

—Solo si tú lo piensas así —dijo Malicia, con demasiada presunción para el gusto de Mauricio—. Siempre hay una trama. Solamente hay que saber dónde buscarla. —Se detuvo un momento y luego dijo—: ¡Buscar! ¡Esa es la palabra! ¡Tiene que haber un pasadizo secreto, claro! ¡Que todo el mundo busque la entrada del pasadizo secreto!

—Ejem... ¿cómo reconocemos la entrada de un pasadizo secreto? —dijo Keith, con cara todavía más perpleja de lo normal—. ¿Qué aspecto tiene un pasadizo secreto?

—¡No tendrá el aspecto de un pasadizo secreto, por supuesto!

—Ah, bueno, en ese caso veo docenas de pasadizos secretos —preguntó Mauricio—. Puertas, ventanas, el calendario de la Compañía de Peligros Acme, ese armario de ahí, esa ratera, ese escritorio, esa...

—Solo estás siendo sarcástico —dijo Malicia, levantando el calendario y examinando con gravedad la pared de detrás.

—En realidad, solo estaba siendo frívolo —dijo Mauricio—. Pero si quieres, puedo ser sarcástico.

Keith se quedó mirando la larga mesa de trabajo que había delante de una ventana escarchada de telarañas vetustas. Estaba llena de trampas amontonadas. Toda clase de trampas. Y al lado, hileras y más hileras de latas viejas y maltrechas y de frascos con etiquetas como: «¡Peligro: peróxido de hidrógeno!», «Raticida de arsénico», «Tripa en llamas», «Poliputaketlón: precaución extrema», «¡¡Fuera— Ratas!!», «¡Ratamuerta!», «¡¡¡Esencia de alambre de púas: Peligro!!!» y, se acercó más para mirar aquel, «Azúcar». También había un par de tazones y una tetera. Por toda la mesa había desparramados polvos blancos y verdes y grises. Algunos hasta se habían caído al suelo.

—Podrías intentar ayudar un poco —dijo Malicia, dando golpecitos en las paredes.

—No sé cómo buscar algo que no tiene el aspecto de la cosa que estoy buscando —dijo Keith—. ¡Y esta gente tiene el veneno al lado mismo del azúcar! Y hay montones de venenos...

Malicia dio un paso atrás para contemplar la escena y se apartó el pelo de los ojos con la mano.

—Esto no funciona —dijo.

—¿Y si no hubiera ningún pasadizo secreto? —preguntó Mauricio—. Sé que es una idea bastante atrevida, pero a lo mejor es un cobertizo normal y corriente...

Hasta Mauricio se echó un poco atrás para protegerse de la fuerza de la mirada de Malicia.

—Tiene que haber un pasadizo secreto —dijo ella—. Si no, esto no tiene sentido. —Chasqueó los dedos—. ¡Pues claro! ¡Lo estamos haciendo mal! ¡Todo el mundo sabe que el pasadizo secreto nunca lo encuentras cuando lo buscas! ¡Es cuando te rindes y te apoyas en la pared que accionas sin darte cuenta el interruptor secreto!

Mauricio miró a Keith en busca de ayuda. Era humano, al fin y al cabo. Debería saber cómo tratar con algo como Malicia. Pero Keith se limitaba a deambular por el cobertizo, mirándolo todo.

Malicia se apoyó en la pared con una despreocupación increíble. No se oyó ningún clic. No se retrajo ningún panel del suelo.

—Lo más seguro es que no sea el sitio indicado —dijo—. Voy a apoyar el brazo inocentemente en este perchero. —No se abrió de golpe ninguna puerta en la pared—. Por supuesto, iría muy bien que hubiera un candelabro bien recargado —siguió diciendo Malicia—. Siempre son un mecanismo garantizado de apertura de pasajes secretos. Todos los aventureros lo saben.

—No hay ningún candelabro —dijo Mauricio.

—Ya lo sé. Hay gente que no tiene ni idea de diseñar un pasadizo secreto como es debido —dijo Malicia. Se apoyó en otra parte de la pared, lo cual tampoco surtió ningún efecto.

—No creo que lo vayas a encontrar así —dijo Keith, que estaba examinando una trampa con cautela.

—Ah, ¿conque no? —dijo Malicia—. ¡Bueno, por lo menos yo estoy teniendo una actitud constructiva! ¿Dónde mirarías tú, ya que eres todo un experto?

—¿Por qué hay una ratera en el cobertizo de unos cazadores de ratas? —dijo Keith—. Aquí huele a rata muerta y a perro mojado y a veneno. Si yo fuera una rata ni se me ocurriría acercarme por aquí.

Malicia lo fulminó con la mirada. Luego su cara entera se frunció en una expresión de concentración aguda, como si estuviera poniendo a prueba diversas ideas que tenía en la cabeza.

—Sííí —dijo lentamente—. Eso suele funcionar en los cuentos. A menudo es al más tonto a quien se le ocurre la buena idea por casualidad. —Se agachó y miró por la ratera—. Hay una especie de palanquita —dijo—. Voy a empujarla un poco...

Se oyó un «clonk» por debajo del suelo, una parte del mismo se retrajo y Keith desapareció.

—Ah, sí —dijo Malicia—. Ya me parecía a mí que pasaría algo así...

El señor Clicky avanzó dando tumbos por el túnel, haciendo un zumbido sordo.

Las ratas jóvenes le habían mordisqueado las orejas, el cordón de la cola se lo había arrancado una trampa, y otras trampas le habían llenado el cuerpo de muescas, pero seguía teniendo una ventaja: las trampas que saltaban por sorpresa no podían matar al señor Clicky porque no estaba vivo, y no estaba vivo porque funcionaba con un mecanismo de relojería.

Su llave giraba con un zumbido. Sobre la espalda le ardía un cabo de vela. El resto del pelotón Número 1 de desactivación de trampas se limitaba a mirar.

—En cualquier momento... —dijo Castañoscuro.

Se oyó un chasquido seco y un ruido que se podría describir como un «¡gloink!». La luz se apagó. Luego una ruedecilla dentada regresó rodando lentamente por el túnel y se desplomó delante de Jamoncocido.

—Ya me parecía que el suelo de por aquí parecía un poco removido —dijo Castañoscuro con voz satisfecha. Se giró hacia los demás—. ¡Muy bien, muchachos! ¡Sacad al otro señor Clicky, y quiero que entre media docena de vosotros cojáis una soga, desenterréis esa trampa y la saquéis de en medio!

—Tantear el terreno a cada momento nos está retrasando, Castañoscuro —dijo Jamoncocido.

—Muy bien, señor —dijo Castañoscuro, mientras el pelotón pasaba a toda prisa a su lado—. Adelántese usted, pues. Sería una buena idea, porque solo nos queda un señor Clicky. Confío en que este pueblo tenga tienda de mascotas.

—Simp[[4]](#footnote-4)lemente creo que deberíamos avanzar más deprisa —dijo Jamoncocido.

—Muy bien, pues vaya usted delante, señor. Intente gritarnos dónde está la siguiente trampa antes de que lo pille.

—Yo soy el líder, Castañoscuro.

—Sí, señor. Lo siento. Andamos todos un poco cansados.

—Este no es un buen lugar, Castañoscuro —dijo Jamoncocido en tono fatigado—. He estado en algunos agujeros de rprptlt, y este es el peor de todos.

—Eso es cierto, señor. Este lugar está muerto.

—¿Qué palabra es esa que se inventó Peligro Alubias?

—Maligno —respondió Castañoscuro, mirando cómo el pelotón sacaba la trampa a rastras por el túnel. Vio muelles y ruedecillas destrozados dentro de sus mandíbulas. Y añadió—: En aquel momento no entendí muy bien de qué hablaba. Pero ahora creo que sé a qué se refería.

Se volvió a asomar por el túnel para mirar el sitio donde ardía la llama de una vela y agarró a una rata que pasaba.

—Melocotones y Peligro Alubias tienen que quedarse atrás, ¿entendido? —dijo—. No deben avanzar más bajo ningún concepto.

—¡Sí, señor! —dijo la rata, y se alejó a toda prisa.

La expedición siguió adelante con cautela mientras el túnel desembocaba en un desagüe grande y antiguo. Por el fondo corría un hilo de agua. En el techo había tuberías vetustas. De vez en cuando salía de ellas un chorro sibilante de vapor. Desagüe abajo, una luz verde y tenue entraba por una rejilla de la calle.

El sitio olía a ratas. Y era un olor reciente. De hecho había una rata allí dentro, royendo la comida de una bandeja que alguien había dejado sobre un ladrillo casi deshecho. La rata echó un vistazo a los Transformados y huyó.

—¡Seguidla! —gritó Jamoncocido.

—¡No! —gritó Castañoscuro. Un par de ratas que habían empezado a perseguir a la kikí vacilaron.

—¡Eso era una orden! —bramó Jamoncocido, girándose hacia Castañoscuro.

El experto en trampas hizo una reverencia muy breve y dijo:

—Por supuesto. Pero creo que la perspectiva del Jamoncocido cuando esté en posesión de todos los datos será un poco distinta de la perspectiva del Jamoncocido que simplemente ha gritado porque ha visto a una rata salir corriendo, ¿mmm? ¡Huela el aire!

Jamoncocido arrugó el hocico.

—¿Peligro?

Castañoscuro asintió.

—Gris Número Dos —dijo—. Mal asunto. Es mejor no acercarse por ahí.

Jamoncocido se asomó por la tubería y miró a un lado y al otro. El conducto seguía durante un tramo largo y tenía la altura justa para que un humano reptara por su interior. Cerca del techo colgaban muchas tuberías más pequeñas.

—Aquí hace calor —dijo.

—Sí, señor. Melocotones ha estado leyendo la guía. Del suelo de aquí salen manantiales de agua caliente y esa agua se bombea hasta algunas de las casas.

—¿Por qué?

—Para bañarse en ella, señor.

—Grumf. —A Jamoncocido no le gustaba aquella idea. A muchas de las ratas jóvenes les encantaba bañarse.

Castañoscuro se volvió hacia el pelotón.

—¡Jamoncocido quiere que enterréis ese veneno y que meéis encima y le pongáis un tocón ahora mismo!

Jamoncocido oyó un ruido metálico a su lado. Se giró y vio que Castañoscuro acababa de sacar un pedazo alargado de metal de su maraña de herramientas.

—¿Pero qué krckrck es eso? —dijo.

Castañoscuro cortó el aire con aquella cosa hacia delante y hacia atrás.

—Hice que me lo fabricara el chaval con cara de tonto —dijo.

Y de pronto Jamoncocido se dio cuenta de qué era.

—Es una espada —dijo—. ¿Sacaste la idea de El señor Conejín tiene una aventura?

—Eso mismo.

—Nunca he creído en esas cosas —gruñó Jamoncocido.

—Pero un pincho es un pincho —replicó Castañoscuro con calma—. Creo que estamos cerca de las otras ratas. Sería buena idea que la mayoría nos quedáramos aquí... señor.

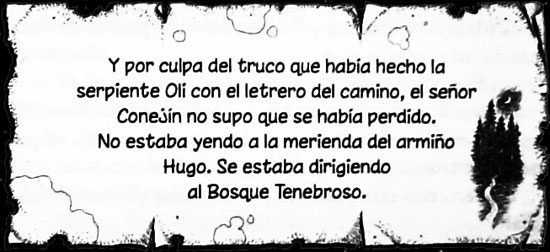
Jamoncocido volvió a tener la sensación de que le estaban dando órdenes, pero lo cierto era que Castañoscuro estaba siendo educado.

—Le sugiero que nos adelantemos unos cuantos para husmearlas —continuó Castañoscuro—. Sardinas resultará útil, y yo también iré, claro...

—Y yo —dijo Jamoncocido.

Fulminó con la mirada a Castañoscuro, que dijo:

—Por supuesto.



## 

## Capítulo 7

De El señor Conejín tiene una aventura

Malicia miró la trampilla abierta como si le estuviera dando una puntuación sobre diez.

—Bastante bien escondida —dijo—. No me extraña que no la viéramos.

—No me he hecho mucho daño —gritó Keith desde la oscuridad.

—Bien —dijo Malicia, sin dejar de examinar la trampilla—. ¿Estás muy abajo?

—Es una especie de sótano. No me ha pasado nada porque he aterrizado encima de unos sacos.

—Muy bien, muy bien, no hace falta dar la paliza, esto no sería una aventura si no hubiera algunos riesgos menores —dijo la chica—. Aquí está la parte de arriba de una escalerilla. ¿Por qué no la has usado?

—No he podido usarla porque estaba cayendo —dijo la voz de Keith.

—¿Quieres que te baje en brazos? —preguntó Malicia a Mauricio.

—¿Quieres que te saque los ojos? —contestó Mauricio.

A Malicia se le arrugó el ceño. Siempre parecía molesta cuando no entendía algo.

—¿Eso ha sido sarcasmo? —dijo.

—Eso ha sido una sugerencia —dijo Mauricio—. No me dejo coger «en brazos» por desconocidos. Baja tú primero. Yo te sigo.

—¡Pero con esas patas no puedes bajar por una escalerilla!

—¿Acaso hago yo comentarios personales sobre tus piernas?

Malicia descendió a la oscuridad. Se oyó un ruido metálico y luego el destello de una cerilla.

—¡Esto está lleno de sacos! —dijo.

—Ya lo sé —dijo la voz de Keith—. He aterrizado sobre ellos. Ya te lo había dicho.

—¡Son de cereales! ¡Y... y hay ristras y ristras de salchichas! ¡Carne ahumada! ¡Cubas enteras de verduras! ¡Está todo lleno de comida! ¡Aargh! ¡Sal de mi pelo! ¡Largo! ¡Ese gato acaba de saltarme en la cabeza!

Mauricio abandonó su cabeza de un salto y acabó sobre unos sacos.

—¡Ja! —dijo Malicia, frotándose la cabeza—. Nos dijeron que las ratas se lo habían llevado todo. Ahora lo veo claro. Los cazadores de ratas llegan a todas partes, conocen todas las cloacas, todos los sótanos... ¡y pensar que a esos ladrones les pagamos con nuestros impuestos!

Mauricio examinó el sótano a la luz del fanal parpadeante que Malicia llevaba en la mano. Había, en efecto, mucha comida. Había redes colgadas del techo que, en efecto, estaban atiborradas de repollos blancos, pesados y enormes. Las ya mencionadas salchichas en efecto se enlazaban de una viga a la siguiente. Y en efecto, había frascos y toneles y sacos y más sacos. Y en efecto, todo aquello le preocupaba.

—Ya lo tenemos, pues —dijo Malicia—. ¡Menudo escondrijo! Ahora vamos a ir directos a la Guardia del pueblo, les informamos de lo que hemos encontrado y luego habrá un té con leche bien grande para todos nosotros y tal vez una medalla y luego...

—No me fío —dijo Mauricio.

—¿Por qué?

—¡Porque soy un tipo desconfiado! No confiaría en vuestros cazadores ni aunque me dijeran que el cielo es azul. ¿A qué se han estado dedicando? ¿A mangar la comida y luego decir «Han sido las ratas, en serio»? ¿Y todo el mundo se lo ha creído?

—No, idiota. La gente ha encontrado huesos roídos, cestas de huevos vacías, esas cosas —dijo Malicia—. ¡Y cagadas de rata por todas partes!

—Supongo que los huesos se pueden raspar y supongo que los cazadores de ratas podrían echar las cagadas de rata a paladas... —admitió Mauricio.

—¡Y están matando a todas las ratas de verdad para que haya más comida para ellos! —exclamó Malicia en tono triunfal—. ¡Muy listos!

—Sí, y eso desconcierta un poco —dijo Mauricio—. Porque hemos conocido a vuestros cazadores de ratas y, francamente, si estuvieran lloviendo albóndigas, no serían capaces ni de encontrar un tenedor.

—He estado pensando en una cosa —dijo Keith, que había estado tarareando para sí.

—Bueno, me alegro de que alguien lo haya hecho —empezó a decir Malicia.

—Es sobre la malla de alambre —dijo Keith—. En el cobertizo había malla de alambre.

—¿Eso es importante?

—¿Para qué necesitan unos cazadores de ratas rollos de alambrada?

—¿Cómo lo voy a saber? ¿Para hacer jaulas, tal vez? ¿Acaso importa?

—¿Para qué iban a meter a las ratas en jaulas? Las ratas muertas no se escapan, ¿verdad?

Se hizo el silencio. Mauricio se dio cuenta de que a Malicia no le había hecho ninguna gracia el comentario. Le estropeaba el cuento.

—Puede que tenga cara de tonto —añadió Keith—, pero no lo soy. Tengo tiempo para pensar en las cosas porque no me dedico a hablar todo el tiempo. Miro las cosas. Escucho. Intento aprender. Y...

—¡Yo no hablo todo el tiempo!

Mauricio los dejó que discutieran y se marchó por su cuenta al rincón del sótano. O sótanos. Parecía que llegaban muy lejos. Vio que algo salía disparado por el suelo entre las sombras y le saltó encima antes de tener tiempo de pensar. Su estómago recordó que hacía mucho tiempo desde que se había comido el ratón, y se conectó directamente con sus patas.

—Muy bien —dijo, mientras la cosa se le retorcía en las garras—. Habla o...

Un palito pequeño le dio un golpe seco.

—¿Te importa? —dijo Sardinas, forcejeando para ponerse en pie.

—¡Do hace falda boderse así! —dijo entre dientes Mauricio, intentando lamerse el hocico dolorido.

—Llevo puesto un rkrklk SOMBRERO, ¿vale? —le gritó Sardinas—. ¿Alguna vez te molestas en mirar?

—Buy bien, buy bien, lo siendo... ¿qué haces aquí?

Sardinas se sacudió el polvo.

—Buscarte a ti o al chaval con cara de tonto —dijo—. ¡Me manda Jamoncocido! ¡Tenemos problemas! ¡No te vas a creer lo que hemos encontrado!

—¿Me necesita a mí? —se sorprendió Mauricio—. ¡Pensaba que no le caía bien!

—Bueno, ha dicho que se trataba de algo desagradable y maligno, así que tú sabrías qué hacer, jefe —dijo Sardinas, recogiendo su sombrero—. Mira esto, ¿quieres? ¡Lo has atravesado del todo con la garra!

—Pero te he preguntado si podías hablar, ¿a que sí? —dijo Mauricio.

—Sí, me lo has preguntado, pero...

—¡Siempre lo pregunto!

—Lo sé, así pues...

—¡Soy muy firme con lo de preguntar, ya lo sabes!

—Sí, sí, lo has dejado claro, te creo —dijo Sardinas—. ¡Yo solo me quejaba por el sombrero!

—No querría que nadie pensara que no pregunto —dijo Mauricio.

—No hace falta que te pongas pesado —dijo Sardinas—. ¿Dónde está el chaval?

—Allí al fondo, hablando con la chica —respondió Mauricio, con aire huraño.

—¿Con cuál, con la loca?

—Esa misma.

—Será mejor que vayas a buscarlos. Esto es maligno de verdad. En la otra punta de estos sótanos hay una puerta. ¡Me asombra que no lo puedas oler desde aquí!

—Es solo que me gustaría que todo el mundo tuviera claro que he preguntado, eso es todo...

—Jefe —dijo Sardinas—. ¡Esto es serio!

Melocotones y Peligro Alubias estaban esperando a la partida de exploración. Estaba con ellos Toxi, otra joven rata macho, a quien se le daba bien leer y actuaba como una especie de ayudante.

Melocotones también había traído El señor Conejín tiene una aventura.

—Ya tendrían que haber vuelto hace rato —dijo Toxi.

—Castañoscuro comprueba cada paso que da —dijo Melocotones.

—Algo va mal —dijo Peligro Alubias. Se le arrugó la nariz.

Una rata se acercó correteando por el túnel y se abrió paso frenéticamente entre ellos.

Peligro Alubias olisqueó el aire.

—Miedo —dijo.

Tres ratas más pasaron atropelladamente, derribándolo.

—¿Qué está pasando? —dijo Melocotones, mientras otra rata la hacía girar de golpe cuando intentó pasarle al lado. El animal le soltó un chillido y siguió su camino.

—Esa era Primera Calidad —dijo—. ¿Por qué no ha dicho nada?

—Más... miedo —dijo Peligro Alubias—. Están... asustadas. Aterradas.

Toxi intentó detener a la siguiente rata. Esta le mordió y continuó corriendo mientras daba grititos.

—Tenemos que volver atrás —los apremió Melocotones—. ¿Qué han encontrado ahí arriba? ¡Tal vez sea una comadreja!

—¡No puede ser! —dijo Toxi—. ¡Jamoncocido mató una vez a una comadreja!

Pasaron corriendo tres ratas más, dejando tras de sí un rastro de miedo. Una de ellas soltó un chillido a Melocotones, gritó enloquecida a Peligro Alubias y siguió corriendo.

—Se han... se han olvidado de cómo hablar... —susurró Peligro Alubias.

—¡Los debe de haber asustado algo terrible! —exclamó Melocotones, recogiendo sus notas a toda prisa.

—¡Nunca habían estado tan asustadas! —dijo Toxi—. ¿Os acordáis de cuando nos encontró aquel perro? Estábamos todos asustados, pero hablamos y le tendimos una trampa y Jamoncocido lo hizo huir entre gimoteos...

Para su horror, Melocotones vio que Peligro Alubias estaba llorando.

—Se han olvidado de cómo hablar.

Media docena de ratas más pasaron entre ellos dando empujones y armando escándalo. Melocotones trató de detener a una, pero el animal se limitó a soltarle un chillido y esquivarla.

—¡Era Cuatrorraciones! —dijo, girándose hacia Toxi—. ¡Solo hace una hora que estaba hablando con ella! Se ha... ¿Toxi?

A Toxi se le estaba erizando el pelo. Tenía la mirada desenfocada. Abrió la boca, enseñando los dientes. Se quedó mirándola, o bien a algo que había detrás de ella, y a continuación dio media vuelta y echó a correr.

Ella se giró y rodeó a Peligro Alubias con las patas mientras el miedo se les echaba encima.

Había ratas. De pared a pared, del techo al suelo, había ratas. Las jaulas estaban abarrotadas; las ratas se aferraban al alambre de las portezuelas y a los techos. La malla se combaba de tanto peso. Los cuerpos relucientes bullían y se caían, con las patas y los hocicos sobresaliendo por los agujeros. El aire iba cargado de chillidos, murmullos y parloteos, y apestaba.

Lo que quedaba de la partida de exploración de Jamoncocido estaba apiñado en el centro de la sala. La mayor parte de sus integrantes ya había huido. Si los olores de aquella sala hubieran sido ruidos, habrían sido gritos y alaridos, miles de ellos. Llenaban la habitación alargada de una presión extraña. Hasta Mauricio la notó en cuanto Keith echó abajo la puerta. Era como un dolor de cabeza que estaba fuera de tu cabeza, intentando entrar. Aporreando en los oídos.

Mauricio se fue quedando un poco atrás. No hacía falta ser muy listo para ver que aquella era una mala situación, de la que en cualquier momento iban a tener que escaparse rápido.

Por entre las piernas de los humanos vio a Castañoscuro y a Jamoncocido y unos cuantos Transformados más. Estaban en medio de la sala, contemplando las jaulas.

Le asombró ver que hasta Jamoncocido temblaba. Pero temblaba de furia.

—¡Soltadlas! —le gritó a Keith—. ¡Soltadlas a todas! ¡Soltadlas a todas ya!

—¿Otra rata que habla? —dijo Malicia.

—¡Soltadlas a todas! —chilló Jamoncocido.

—Qué montón de jaulas asquerosas... —dijo Malicia, mirando.

—Ya os dije lo de la malla de alambre —dijo Keith—. Mirad, se puede ver dónde la han reparado... ¡las ratas han roído el alambre para escapar!

—¡Digo que las soltéis! —gritó Jamoncocido—. ¡Soltadlas u os mataré! ¡Maligno! ¡Maligno! ¡Maligno!

—Pero si no son más que ratas... —dijo Mauricio.

Jamoncocido dio un salto y aterrizó en el vestido de la chica. Le subió correteando hasta el cuello. Ella se quedó petrificada. Él dijo entre dientes:

—¡Ahí dentro hay ratas comiéndose entre ellas! ¡Te voy a mordisquear, maligna...!

Keith lo agarró con firmeza por la cintura y lo arrancó del cuello de la chica.

Chillando, y con el pelo erizado, Jamoncocido le clavó los dientes a Keith en el dedo.

Malicia ahogó un grito. Hasta Mauricio hizo una mueca de dolor.

Jamoncocido echó la cabeza hacia atrás, con el hocico goteando sangre, y parpadeó horrorizado.

A Keith se le llenaron los ojos de lágrimas. Con mucho cuidado, dejó en el suelo a Jamoncocido.

—Es el olor —dijo en voz baja—. Las trastorna.

—¡Creía... creía que me habías dicho que eran mansas! —dijo Malicia, recuperando el habla por fin. Cogió un madero que estaba apoyado contra las jaulas.

Keith se lo quitó de un manotazo.

—¡No se te ocurra nunca amenazar a uno de los nuestros!

—¡Te ha atacado!

—¡Mira a tu alrededor! ¡Esto no es un cuento! ¡Esto es real! ¿Lo entiendes? ¡Están enloquecidas de miedo!

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —gritó Malicia.

—¡Ya te rrkrkrk enseñaré!

—Conque uno de los nuestros, ¿eh? ¿Eso era una palabrota de rata? ¿Hasta dices palabrotas en idioma ratuno, chico rata?

Igual que los gatos, pensó Mauricio. Se ponen cara a cara y se gritan. Giró las orejas para escuchar otro ruido que se acercaba. Alguien estaba bajando por la escalerilla. Mauricio sabía por experiencia que en situaciones como esa no había que hablar con los humanos. Siempre contestaban cosas como «¿Qué?» o «¡Es imposible!» o «¿Dónde?».

—Largo de aquí ahora mismo —dijo, mientras pasaba corriendo junto a Castañoscuro—. ¡No os pongáis a hacer el humano, corred y punto!

Y aquello ya era bastante heroísmo, decidió. No valía la pena dejar que los demás le retrasaran.

Había un desagüe viejo y oxidado en la base de la pared. Mauricio viró con un patinazo por el suelo viscoso y, menos mal, vio un agujero de talla Mauricio allí donde el óxido se había llevado por delante un barrote entero. Arañó el suelo con las patas para ganar velocidad y se metió de un salto por el agujero en el mismo momento en que los cazadores de ratas entraban en la sala de las jaulas. Entonces, a salvo en la oscuridad, se dio media vuelta y se asomó para ver qué pasaba.

Hora de hacer una comprobación. ¿Estaba a salvo Mauricio? ¿Todas las patas presentes? ¿La cola? Sí. Bien.

Pudo ver que Castañoscuro tiraba de Jamoncocido, que parecía haberse quedado petrificado, y que los demás correteaban hasta otro desagüe que había en la pared de enfrente. Se movían con pasos vacilantes. Es lo que pasa cuando te dejas ir, pensó Mauricio. Aquellas ratas creían que se habían vuelto sabias, pero cuando una rata está acorralada no es más que una rata.

Yo, en cambio, soy distinto. Mi cerebro funciona a la perfección en todo momento. Siempre estoy alerta. Concentrado y oliendo trasero.

Las ratas enjauladas estaban armando un buen estruendo. Keith y la chica que contaba cuentos miraban asombrados a los cazadores de ratas. Y los cazadores tampoco estaban libres de asombro.

En el suelo, Castañoscuro renunció a intentar obligar a Jamoncocido a moverse. Desenvainó su espada, levantó la vista hacia los humanos, vaciló y por fin echó a correr hacia el desagüe.

Sí, que lo resuelvan entre ellos. Son todos humanos, pensó Mauricio. Tienen cerebros enormes, saben hablar, no debería haber ningún problema.

¡Ja! ¡Cuéntales un cuento, chica cuentacuentos!

Cazarratas 1 se quedó mirando a Malicia y a Keith.

—¿Qué está haciendo aquí, señorita? —preguntó, con la voz chirriando de recelo.

—¿Jugar a mamás y papás? —rió Cazarratas 2.

—Habéis forzado la puerta de nuestro cobertizo —dijo Cazarratas 1—. ¡Eso se llama «allanamiento de morada», ya lo creo!

—¡Vosotros habéis estado robando, sí, robando comida y echándoles la culpa a las ratas! —les espetó Malicia—. ¿Y para qué tenéis a todas estas ratas aquí metidas en jaulas? ¿Y qué me decís de los herretes? Sorprendidos, ¿eh? Os creíais que nadie se fijaría en ellos, ¿eh?

—¿Herretes? —dijo, Cazarratas 1, arrugando el Ceño.

—Esas cositas que hay al final de los cordones de las botas —balbuceó Keith.

Cazarratas 1 se giró de golpe.

—¡Pero qué idiota eres, Bill! ¡Te dije que nos sobraban colas de verdad! ¡Te dije que alguien se daría cuenta! ¿Acaso no te dije que alguien se daría cuenta? ¡Pues mira, alguien se ha dado cuenta!

—¡Sí, no creáis que os habéis salido con la vuestra para nada! —dijo Malicia. Le brillaban los ojos—. Sé que vosotros no sois más que los esbirros cómicos. Uno gordo y otro flaco... ¡es obvio! Así pues, ¿quién es el jefazo?

La mirada de Cazarratas 1 se volvió un poco vidriosa, como pasaba a menudo cuando Malicia hablaba a la gente. Blandió un dedo gordezuelo en dirección a la chica.

—¿Sabes qué acaba de hacer tu padre? —dijo.

—¡Ja! ¡Pura palabrería de esbirros cómicos! —dijo Malicia en tono triunfal—. ¡Continúa!

—¡Acaba de mandar a buscar al Encantador de Ratas! —exclamó Cazarratas 2—. ¡Cuesta una fortuna! ¡Trescientos dólares por pueblo, y si no le pagas se pone muy desagradable!

Oh, cielos, pensó Mauricio. Alguien acaba de mandar a buscar al de verdad... Trescientos dólares. ¿Trescientos dólares? ¿Trescientos dólares? ¡Y nosotros solo cobrábamos treinta!

—Has sido tú, ¿verdad? —preguntó Cazarratas 1, blandiendo el dedo en dirección a Keith—. ¡El chaval con cara de tonto! ¡Apareces tú y de pronto esto se llena de ratas nuevas! ¡Tienes algo que no me gusta! ¡Tú y ese gato tuyo con pinta rara! ¡Como vuelva a ver a ese gato con pinta rara me lo voy a llevar yo al agua, ya lo creo!

En la oscuridad del desagüe, Mauricio se encogió de miedo.

—Jo, jo, jo —dijo Cazarratas 2.

Lo más probable era que hubiera estudiado para tener una risa de esbirro como aquella, pensó Mauricio.

—Y nosotros no tenemos jefe —dijo Cazarratas 1.

—Sí, somos nuestros propios jefes —dijo Cazarratas 2.

Y entonces el cuento se torció.

—Y tú, señorita —dijo Cazarratas 1, dirigiéndose a Malicia—, te pasas de descarada. —Le atizó un puñetazo que la levantó del suelo y la estampó contra las jaulas. Las ratas enloquecieron y las jaulas bulleron de actividad frenética mientras ella se desplomaba en el suelo.

El cazador de ratas se giró hacia Keith.

—¿Vas a intentar alguna cosa, chaval? —dijo—. ¿Vas a intentar alguna cosa? Ella es una niña y por tanto he sido suave y amable, pero a ti te meteré en una de las jaulas...

—¡Eso, y hoy no les hemos dado de comer! —añadió Cazarratas 2, encantado.

¡Adelante, chaval!, pensó Mauricio. ¡Haz algo!

Pero Keith se limitó a quedarse allí plantado, mirando al hombre.

Cazarratas 1 lo miró de arriba abajo, con expresión de sorna.

—¿Qué es eso que tienes ahí, muchacho? ¿Una flauta? ¡Dámela! —Le arrancó la flauta del cinturón y lo derribó de un empujón—. ¿Un flautín de a un penique? Te crees que eres un encantador de ratas, ¿verdad? —Cazarratas 1 partió la flauta por la mitad y tiró los pedazos al interior de las jaulas—. ¿Sabes? Dicen que en Kortezasdecerdenz el Encantador de Ratas se llevó del pueblo a todos los niños. ¡Eso sí que es un hombre con las ideas claras!

Keith levantó la vista. Se le entrecerraron los ojos. Se puso de pie.

Aquí viene, pensó Mauricio. Va a pegar un salto hacia delante con fuerza sobrehumana nacida de la furia y ellos desearán que él no hubiera nacido...

Keith pegó un salto hacia delante con fuerza humana normal y corriente, consiguió darle un puñetazo a Cazarratas 1 y fue derribado nuevamente al suelo por un golpe enorme y brutal como un mazazo.

De acuerdo, de acuerdo, lo han tumbado, pensó Mauricio mientras Keith luchaba por respirar, pero se va a levantar otra vez.

Hubo un chillido agudo y Mauricio pensó: ¡ajá!

Pero el chillido no había venido del jadeante Keith. Una figura gris acababa de lanzarse desde lo alto de las jaulas a la cara del cazador de ratas. Aterrizó con los dientes por delante y al cazador de ratas le salió un chorro de sangre de la nariz.

¡Ajá!, volvió a pensar Mauricio. ¡Es Jamoncocido, que viene al rescate! ¿Cómo? ¡Mrillp! ¡Estoy pensando como la chica! ¡No paro de pensar que esto es un cuento!

El cazador de ratas agarró a la rata de la cola y la sostuvo con el brazo extendido, Jamoncocido se retorció y dio vueltas, chillando de rabia. Su captor se secó la nariz con la mano que tenía libre y se quedó mirando cómo forcejeaba

Jamoncocido.

—Es toda una luchadora —dijo Cazarratas 2—. ¿Cómo ha conseguido salir de la jaula?

—No es una de las nuestras —respondió Cazarratas 1—. Es una roja.

—¿Una roja? ¿Qué tiene de roja?

—Una rata roja es un tipo de rata gris, como sabrías muy bien si fueras un miembro del Gremio tan experienciado como yo —dijo el cazador de ratas—. No son de por aquí. Vienen de los llanos. Es raro encontrar una aquí arriba. Muy raro. Y mira que es grasienta la desgraciada. Pero nos vale como cualquier otra.

—Te está sangrando la nariz.

—Sí. Lo sé. Me han mordido las ratas más veces que tú has cenado caliente. Ya no noto las mordeduras —dijo Cazarratas 1, con una voz que sugería que Jamoncocido, que seguía dando vueltas y chillando, era mucho más interesante que su colega.

—Yo solo ceno salchicha fría.

—Ahí lo tienes. Pero que peleón eres, madre mía. Un verdadero diablillo, ¿verdad? Eres valiente como el que más.

—Muy amable de tu parte.

—Estaba hablando con la rata, amigo. —Le clavó la puntera de la bota a Keith—. Ve a atar a estos dos en algún sitio, ¿quieres? De momento los meteremos en otro de los sótanos. Uno que tenga una puerta como es debido. Y una cerradura como es debido. Y ninguna trampillita conveniente a mano. Y la llave me la das a mí.

—Es la hija del alcalde —dijo Cazarratas 2—. Los alcaldes se pueden enfadar mucho por sus hijas.

—Entonces hará lo que le digan, ¿verdad?

—¿Vas a darle un buen apretón a esa rata?

—¿Cómo, a una tan peleona como esta? ¿Estás de broma? Son ideas como esa por las que no pasarás de ayudante de cazador de ratas en toda la vida. Yo tengo una mucho mejor. ¿Cuántas hay en la jaula especial?

Mauricio vio que Cazarratas 2 iba a examinar una de las jaulas que había en la pared más alejada.

—Únicamente quedan dos. Se han comido a las otras cuatro —informó—. No han dejado más que el pellejo. Un trabajo muy limpio.

—Ah, o sea que estarán llenas de vitalidad y energía. Bueno, pues vamos a ver qué le hacen a esta, ¿no?

Mauricio oyó como se abría y se cerraba una portezuela de alambre.

Jamoncocido lo estaba viendo todo rojo. No veía nada más. Llevaba meses lleno de rabia por dentro, rabia contra los humanos, rabia contra sus venenos y sus trampas, rabia por el hecho de que las ratas jóvenes no le mostraran respeto, rabia por que el mundo estuviera cambiando tan deprisa, rabia por estar envejeciendo... Y ahora los olores del terror y el hambre y la violencia se toparon con la rabia que venía en dirección contraria y se mezclaron y fluyeron a través de Jamoncocido formando un enorme río rojo de furia. Era una rata arrinconada. Pero era una rata arrinconada capaz de pensar. Siempre había sido un luchador salvaje, mucho antes de que llegara todo eso del pensamiento, y seguía siendo muy fuerte. Un par de jóvenes kikís bobos y fanfarrones, carentes de táctica, de experiencia en peleas sucias en los sótanos, de movimientos elaborados de patas y de pensamiento simplemente no eran adversarios para él. Lo único que le hacía falta era un revolcón, un retorcimiento y dos dentelladas...

Las ratas enjauladas de la otra punta de la sala se apartaron corriendo de la malla. Hasta ellas notaban su furia.

—Pero qué chico tan listo —dijo admirado Cazarratas 1, cuando todo hubo terminado—. Tengo un trabajo para ti, muchachito.

—No será el reñidero —dijo Cazarratas 2.

—El reñidero, sí.

—¿Esta noche?

—Sí, porque Arthur el Pijo va a apostar que su Jacko es capaz de matar a cien ratas en menos de un cuarto de hora.

—Y yo también apuesto a que puede. Jacko es un buen terrier. Mató noventa hace un mes y desde entonces Arthur el Pijo lo ha estado entrenando más. Debería ser un buen espectáculo.

—Tú apostarías a que Jacko lo consigue, ¿no? —preguntó Cazarratas 1.

—Claro. Yo y todo el mundo.

—¿Incluso con este amiguito nuestro entre las ratas? —dijo Cazarratas 1—. ¿Lleno de ese rencor tan maravilloso y de agallas y de bilis hirviente?

—Bueno, esto...

—Sí, ya. —Cazarratas 1 sonrió.

—Aunque no me gusta dejar aquí a esos chicos.

—Se dice «los zagales estos», no «estos chicos». Aprende a hablar. ¿Cuántas veces te lo he dicho? Regla 27 del Gremio: habla como si fueras tonto. La gente desconfía de los cazadores de ratas que hablan demasiado bien.

—Lo siento.

—Habla como un tonto y sé listo. Así es como se hace —dijo Cazarratas 1.

—Lo siento, me había olvidado.

—Tú sueles hacerlo justo al revés.

—Lo siento. Los zagales estos. Es una crueldad atar a la gente. Y al fin y al cabo, son unos niños.

—¿Y qué?

—Pues que sería mucho más fácil llevarlos por el túnel hasta el río y pegarles en la cabeza y tirarlos al agua. La corriente se los llevaría a muchos kilómetros de aquí antes de que los pesque nadie y para cuando los peces hayan acabado con ellos probablemente no serán reconocibles.

Mauricio oyó una pausa en la conversación. Luego Cazarratas 1 dijo:

—No sabía que fueras un alma tan caritativa, Bill.

—Sí, y también... perdón, y amás-amás tengo una idea para quitar de en medio a ese flautista...

La siguiente voz que se oyó venía de todas partes. Sonó como una ventolera y, en el corazón del viento, traía el gemido de algo que agonizaba de dolor. El sonido llenó el aire.

¡NO! ¡El flautista nos puede ser útil!

—No, el flautista nos puede ser útil —dijo Cazarratas 1.

—Es verdad —dijo Cazarratas 2—. Yo estaba pensando justamente lo mismo. Ejem... ¿de qué nos puede servir el flautista?

Una vez más, Mauricio oyó un ruido en la cabeza que parecía el viento al soplar en una caverna.

¿No es OBVIO?

—¿No es obvio? —dijo Cazarratas 1.

—Obvio, sí —murmuró Cazarratas 2—. Obviamente es obvio. Ejem...

Mauricio observó que los cazadores de ratas abrían varias de las jaulas, agarraban unas cuantas ratas y las metían en un saco. También vio que echaban en otro saco a Jamoncocido. Y por fin los cazadores de ratas se marcharon, arrastrando con ellos a los demás humanos, y Mauricio se preguntó: ¿dónde hay un agujero de talla Mauricio en este laberinto de sótanos?

Los gatos no pueden ver en la oscuridad. Lo que sí pueden hacer es ver con muy poca luz. En el espacio que quedaba detrás de él se filtraba una pizca de luz de luna. Entraba por un agujerito diminuto en el techo, apenas lo bastante grande para que pasara por él un ratón y ciertamente no lo bastante grande para Mauricio, aunque hubiera podido llegar hasta él.

El agujero iluminaba otro sótano. A juzgar por su aspecto, también lo usaban los cazadores de ratas; había unos cuantos toneles apilados en un rincón y varios montones de jaulas rotas. Mauricio merodeó por la sala, en busca de otra salida. Había puertas, pero tenían pomos, y ni siquiera su poderoso cerebro era capaz de resolver el misterio de los pomos de puerta. Sin embargo, encontró otra reja de desagüe en una pared. Se metió como pudo por ella.

Otro sótano. Y más cajas y sacos. Este por lo menos estaba seco.

Una voz detrás de él le dijo: ¿Tú qué clase de cosa eres?

Se giró de golpe. Lo único que pudo distinguir fueron cajas y sacos. El aire seguía apestando a ratas y se oía un susurro continuo, además de algún que otro chillido débil; pese a todo, el sitio era un pequeño pedazo de paraíso comparado con el infierno de la sala de las jaulas.

La voz había venido de detrás de él, ¿verdad? Y él debía de haberla oído, ¿verdad? Porque ahora le parecía que solo tenía una especie de recuerdo de haber oído una voz, algo que le había llegado a la cabeza sin molestarse en pasarle por las maltrechas orejas. Lo mismo les había pasado a los cazadores de ratas. Hablaban como si hubieran oído una voz y creyeran que se trataba de sus propios pensamientos. La voz no había estado realmente allí, ¿verdad?

No te veo, dijo el recuerdo. No sé qué eres.

No era buena voz para un recuerdo. Era todo siseos, y penetraba en la mente como un cuchillo.

Acércate más.

Mauricio tuvo un espasmo en las zarpas. Los músculos de las patas empezaron a impulsarlo hacia delante. Extendió las garras y recobró el control de sí mismo. Había alguien escondido entre las cajas, pensó. Y lo más seguro es que no fuera buena idea decir nada. La gente se ponía muy rara cuando oía hablar a un gato. No podía confiar en que todo el mundo estuviera tan chiflado como la chica cuentacuentos.

Acércate MÁS.

Pareció que la voz tiraba de él. Iba a tener que decir algo.

—Estoy contento donde estoy, gracias —dijo Mauricio.

Entonces, ¿quieres compartir nuestro DOLOR?

La última palabra dolió. Pero, por sorprendente que pareciera, no dolió mucho. La voz había sonado afilada y fuerte y dramática, como si el propietario anhelara ver a Mauricio revolcándose de agonía. Lo único que le provocó, en cambio, fue un dolor de cabeza muy breve.

Cuando la voz le volvió a llegar, pareció llena de recelo.

¿Qué clase de criatura eres? Tu mente NO ES normal.

—Yo prefiero llamarla asombrosa —replicó Mauricio—. Y además, ¿quién eres tú, que me haces preguntas en la oscuridad?

No notaba ningún olor más que el de las ratas. Oyó un sonido débil y lejano a su izquierda y distinguió a duras penas la silueta de una rata muy grande que se le acercaba.

Otro ruido le hizo girarse. Había otra rata viniendo desde la dirección contraria. A duras penas consiguió distinguirla en la penumbra.

Un murmullo más indicó que había una rata justo delante de él, deslizándose sin hacer ruido por la oscuridad.

Aquí llegan mis ojos... ¿CÓMO? ¡UN GATO! ¡UN GATO! ¡MATAR!

## 

## IMAGE

## Capítulo 8

De El señor Conejín tiene una aventura

Para cuando las tres ratas saltaron ya era demasiado tarde. No quedaba más que un agujero con forma de Mauricio en el aire. El gato ya estaba en la otra punta de la sala y trepando a unas cajas.

Por debajo de él se oyeron chillidos. Saltó sobre otra caja y vio una parte de la pared donde se habían desprendido algunos ladrillos podridos. Apuntó hacia aquel lugar, arañó el aire mientras más ladrillos se movían bajo sus patas y se lanzó a lo desconocido.

Era otro sótano. Y estaba lleno de agua. De hecho, estaba lleno de algo que no era exactamente agua. Era en lo que acaba convirtiéndose el agua cuando desaguan en ella jaulas llenas de ratas, y desaguan en ella las cañerías de arriba, y entonces tiene la oportunidad de estancarse y burbujear tranquilamente durante un año más o menos. Llamarla barro sería un insulto para todos los respetabilísimos pantanos del mundo.

Mauricio aterrizó en ella. Hizo «gluuup».

Pataleó furiosamente por el espeso mejunje, intentando no respirar, y emergió trepando como pudo por un montón de escombros que había en el otro lado de la sala. Una viga caída, llena de moho viscoso, llevaba a unos maderos calcinados y retorcidos que había en el techo.

Todavía oía aquella voz espantosa en su cabeza, pero ahora sonaba apagada. Estaba intentando darle órdenes. ¿Intentando darle órdenes a un gato? Sería más fácil clavar mermelada en la pared. ¿Qué se creía que era, un perro?

Ahora estaba chorreando limo apestoso. Hasta las orejas las tenía llenas de barro. Hizo el gesto de limpiarse a lametones, pero se detuvo. Limpiarse a lametones era una reacción perfectamente normal en un gato. Pero lo más seguro era que lamer aquello lo matara...

Hubo un movimiento en la oscuridad. Pudo distinguir a duras penas varias siluetas de ratas enormes que se metían en tropel por el agujero. Hubo un par de chapoteos. Algunas de las siluetas estaban trepando por las paredes.

Ah, dijo la voz. ¿Las ves? ¡Mira cómo vienen a por ti, GATO!

Mauricio reprimió el impulso de correr. No era un buen momento para escuchar a su gato interior. Su gato interior lo había sacado de la sala, pero su gato interior era tonto. Quería que atacara las cosas que eran lo bastante pequeñas y que se escapase de todo lo demás. Pero ningún gato podría enfrentarse a una panda de ratas de aquel tamaño. Se quedó inmóvil y trató de no perder de vista el avance de las ratas. Iban directas hacia él.

Un momento... un momento...

La voz acababa de decir: Las ves...

¿Cómo lo sabía?

Mauricio intentó pensar en voz alta: ¿Me... puedes... leer... la... mente?

No pasó nada.

Mauricio tuvo una ráfaga de inspiración. Cerró los ojos.

¡Ábrelos!, fue la orden que le llegó de inmediato, y los párpados le temblaron.

Ni hablar, pensó Mauricio. ¡No puedes oír mis pensamientos!, pensó. ¡Te limitas a usar mis ojos y mis orejas! Solo puedes suponer lo que estoy pensando.

No hubo respuesta. Mauricio no esperó. Dio un salto. La viga inclinada estaba donde él la recordaba. Trepó con las zarpas y se agarró fuerte. Por lo menos ellas no podían hacer más que seguirlo hasta allí arriba. Con un poco de suerte, él podría usar sus garras...

Las ratas se acercaron. Ahora estaban husmeando en su busca justo debajo de donde estaba, y él imaginó hocicos temblorosos en la oscuridad.

Una empezó a subir por la viga, sin dejar de husmear. Ya debía de estar a pocos centímetros de la cola de Mauricio cuando dio media vuelta y volvió a bajar.

Oyó que llegaban a la cima del montón de escombros. Hubo más olisqueos perplejos y luego, en la oscuridad, un ruido de ratas chapoteando en el barro.

Mauricio arrugó la frente rebozada de barro, asombrado. ¿Unas ratas que no podían oler a un gato? Y entonces cayó en la cuenta. Él no olía a gato: olía a barro, se sentía barro, en medio de aquella sala llena de barro apestoso.

Se quedó sentado, quieto como la roca, hasta que sus orejas rebozadas de barro oyeron que las zarpas regresaban al agujero de la pared. A continuación, sin abrir los ojos, regresó con sigilo hasta los escombros y descubrió que estaban amontonados contra una puerta de madera podrida. Lo que debía de haber sido un tablón, empapado como una esponja, se cayó nada más tocarlo.

Una sensación de abertura sugirió que al otro lado había otro sótano. Que apestaba a podrido y a madera quemada.

Si abría ahora los ojos, ¿la... voz sabría dónde estaba? ¿Todos aquellos sótanos no tenían el mismo aspecto?

Tal vez aquella sala también estuviera llena de ratas.

Abrió de golpe los ojos. No había ratas, pero sí otra reja oxidada de desagüe que daba a un túnel del tamaño justo para que él pudiera pasar. Vio una lucecilla tenue.

Así que este es el mundo de las ratas, pensó, mientras intentaba rasparse el barro que lo cubría. Oscuro y enfangado y lleno de voces extrañas. Yo soy un gato. Luz del sol y aire fresco, ese es mi estilo. Lo único que necesito ahora es un agujero que dé al mundo exterior y ya no me volverán a ver el pelo, o por lo menos el barro que me cubre el pelo.

Una voz dentro de su cabeza, que no era la voz misteriosa sino una voz exactamente igual que la suya, le dijo: ¿Y qué pasa con el chaval con cara de tonto y los demás? ¡Tienes que ayudarlos! Y Mauricio pensó: ¿De dónde sales tú? Te diré lo que haremos, tú los ayudas y yo me voy a algún sitio calentito, ¿qué te parece?

La luz que brillaba al final del túnel se volvió más brillante. Seguía sin parecerse en nada a la luz del sol, ni siquiera a la de la luna, pero cualquier cosa era mejor que aquella penumbra.

O por lo menos, casi cualquier cosa.

Asomó la cabeza fuera del conducto y se encontró en otro mucho más grande, hecho de ladrillos cubiertos de extrañas sustancias viscosas y repulsivas del subsuelo, y también en medio del halo de luz de una vela.

—¿Es... Mauricio? —dijo Melocotones, mirando fijamente el barro que le goteaba del pelo apelmazado.

—Si es él, huele mejor que de costumbre —dijo Castañoscuro, con una sonrisa que a Mauricio le resultó poco amistosa.

—Oh, ja, ja —dijo Mauricio con voz débil. No estaba de humor para réplicas ingeniosas.

—Ah, ya sabía yo que no ibas a dejarnos en la estacada, viejo amigo —dijo Peligro Alubias—. Siempre he dicho que al menos podemos confiar en Mauricio. —Dejó escapar un suspiro profundo.

—Sí —afirmó Castañoscuro, dedicándole a Mauricio una mirada mucho más perspicaz—. Pero ¿confiar en que haga qué?

—Oh —dijo Mauricio—. Ejem. Bien. Por fin os encuentro a todos.

—Sí —dijo Castañoscuro, con un tono de voz que a Mauricio le resultó antipático—. Asombroso, ¿verdad? Imagino que llevas bastante rato buscándonos. Ya he visto como salías corriendo en nuestra busca.

—¿Puedes ayudarnos? —pidió Peligro Alubias—. Nos hace falta un plan.

—Ah, vale —dijo Mauricio—. Sugiero que subamos a la menor oport...

—Para rescatar a Jamoncocido —dijo Castañoscuro—. Nosotros no dejamos atrás a los nuestros.

—¿Ah, no? —preguntó Mauricio.

—Pues no —contestó Castañoscuro.

—Y también está el chaval —dijo Melocotones—. Sardinas dice que lo tienen atado junto con la chavala hembra en uno de los sótanos.

—Ah, bueno, ya sabéis, humanos —dijo Mauricio arrugando la cara—. Humanos y humanos, ya sabéis, todo queda entre humanos, yo creo que no nos tenemos que entrometer, se podría malinterpretar, yo conozco a los humanos, ya lo resolverán entre ellos...

—¡A mí los humanos me importan una mmrrdl de comadreja! —saltó Castañoscuro—. ¡Pero esos cazadores de ratas se han llevado a Jamoncocido dentro de un saco! ¡Ya has visto esa sala, gato! ¡Ya has visto a las ratas embutidas en jaulas! ¡Son los cazadores de ratas quienes están robando la comida! ¡Sardinas dice que hay sacos y más sacos de comida! Y hay algo más...

—Una voz —dijo Mauricio, antes de poder contenerse.

Castañoscuro levantó la vista, con los ojos como platos.

—¿Tú la has oído? —dijo—. ¡Yo creía que únicamente la oíamos nosotros!

—Los cazadores de ratas también pueden oírla —dijo Mauricio—. Lo que pasa es que creen que son sus pensamientos.

—A los demás los ha aterrado —murmuró Peligro Alubias—. Simplemente han... dejado de pensar... —Se lo veía abatido. Abierto a su lado, pringado de tierra y de huellas de patas, estaba El señor Conejín tiene una aventura—. Hasta Toxi se ha escapado —continuó—. ¡Y eso que él sabe escribir! ¿Cómo es posible?

—Parece que afecta a algunos de nosotros más que a otros —dijo Castañoscuro, en tono más práctico—. He mandado a algunos de los más sensatos a intentar reunir a los demás, pero va a ser una tarea larga. Estaban corriendo a ciegas. Nosotros tenemos que rescatar a Jamoncocido. Es el líder. Al fin y al cabo, somos ratas. Un clan. Y las ratas siempre siguen a su líder.

—Pero Jamoncocido es un poco viejo, y tú eres el más duro, y él no es exactamente el cerebro del equipo... —empezó a decir Mauricio.

—¡Se lo han llevado! —dijo Castañoscuro—. ¡Son cazadores de ratas! ¡Él es uno de nosotros! ¿Nos vas a ayudar o no?

A Mauricio le pareció oír algo que raspaba en la otra punta del conducto. No se podía girar para ver qué era, y de pronto se sintió muy desprotegido.

—Sí, ayudaros, sí, sí —dijo a toda prisa.

—Ejem. ¿Lo dices en serio, Mauricio? —preguntó Melocotones.

—Sí, sí, claro —dijo Mauricio. Salió trepando del conducto de desagüe y volvió la vista atrás para examinarlo. No había ni rastro de ninguna rata.

—Sardinas está siguiendo a los cazadores de ratas —dijo Castañoscuro—, así que vamos a averiguar adonde lo llevan...

—Tengo el mal presentimiento de que ya lo sé —dijo Mauricio.

—¿Cómo? —dijo Melocotones en tono cortante.

—Soy un gato, ¿vale? —dijo Mauricio—. Los gatos merodeamos por sitios. Vemos cosas. Hay muchos sitios donde no les importa que los gatos se paseen por ahí, porque impedimos que se llenen de alimañ... porque evitamos, ejem...

—Muy bien, muy bien, ya sabemos que no te comes a nadie que pueda hablar, no paras de decirlo —lo interrumpió Melocotones—. ¡Continúa!

—Una vez estaba yo en un sitio, era unas caballerizas, y yo estaba arriba en el pajar, donde siempre se puede encontrar una, ejem...

Melocotones puso los ojos en blanco.

—¡Sí, sí, continúa!

—Pues bueno, en todo caso, entraron un montón de hombres y yo no me pude escapar porque traían muchos perros y cerraron las puertas de las caballerizas y después, ejem, pusieron una especie... una especie de tapia circular de madera en medio del suelo, y aparecieron unos hombres con cajones llenos de ratas y echaron todas las ratas dentro del ruedo y luego metieron también algunos perros. Terriers —añadió, intentando evitar las expresiones de las ratas.

—¿Las ratas pelearon contra los perros? —preguntó Castañoscuro.

—Bueno, supongo que lo podrían haber hecho —dijo Mauricio—. Principalmente se dedicaron a correr en círculos. Se llama peleas de ratas. Los cazadores de ratas son quienes las traen, claro. Vivas.

—Peleas de ratas... —dijo Castañoscuro—. ¿Cómo es que nunca hemos oído hablar de eso?

Mauricio parpadeó en su dirección. Para ser criaturas inteligentes, a veces las ratas podían ser increíblemente tontas.

—¿Cómo ibais a oírlo? —dijo.

—Seguramente por alguna de las ratas que...

—Parece que no lo entiendes —dijo Mauricio—. Las ratas que entran en el reñidero ya no salen. Por lo menos, no respirando.

Se hizo el silencio.

—¿No pueden escaparse saltando? —preguntó Melocotones con vocecita débil.

—Está demasiado alto —dijo Mauricio.

—¿Y por qué no pelean con los perros? —preguntó Castañoscuro.

Tontas de remate, pensó Mauricio.

—Porque son ratas, Castañoscuro —dijo Mauricio—. Montones de ratas. Todas impregnadas del miedo y del pánico de las demás. Ya sabes cómo es eso.

—¡Yo una vez mordí a un perro en el hocico! —exclamó Castañoscuro.

—Claro, claro —dijo Mauricio en tono tranquilizador—. Una rata sola puede pensar y ser valiente, es verdad. Pero un puñado de ratas es una turba. Un puñado de ratas no es más que un animal enorme con muchas patas y sin cerebro.

—¡No es verdad! —protestó Melocotones—. ¡La unión hace la fuerza!

—¿Cómo de alta, exactamente? —preguntó Castañoscuro, que estaba contemplando la luz de la vela como si viera imágenes en ella.

—¿Qué? —preguntaron Melocotones y Mauricio al unísono.

—La pared... ¿cómo era de alta, exactamente?

—¿Eh? ¡No lo sé! ¡Alta! ¡Los humanos se acodaban en ella! ¿Acaso importa? Era demasiado alta para que las ratas saltaran por encima, eso seguro.

—Todo lo que hemos hecho lo hemos hecho porque nos hemos mantenido juntas... —empezó a decir Melocotones.

—Entonces rescataremos juntas a Jamoncocido —dijo Castañoscuro—. Haremos... —Se giró de golpe al oír que se acercaba una rata por el conducto y frunció el hocico—. Es Sardinas —dijo—. Y viene con... a ver, huele a hembra, joven, nerviosa... ¿Nutritiva?

La miembro más joven del Pelotón de Desactivación de Trampas venía pisándole los talones a Sardinas. Estaba mojada y abatida.

—Pareces una rata ahogada, jovencita —dijo Castañoscuro.

—Me he caído en un sumidero roto —dijo Nutritiva.

—Me alegro de verte, en todo caso. ¿Qué está pasando, Sardinas?

La rata bailarina dio unos cuantos pasos nerviosos.

—He estado trepando por más tuberías y caminando por más cuerdas de tender la ropa de las que me convenían —dijo—. Y no me preguntes por los krrkk gatos, jefe, me gustaría ver caer muerto hasta al último... con excepción de su señoría, por supuesto —añadió Sardinas, echando un vistazo nervioso a Mauricio.

—¿Y? —le urgió Melocotones.

—Se han ido a una especie de caballerizas que hay en las afueras del pueblo —dijo Sardinas—. Huele mal. Hay muchos perros. Y hombres.

—El reñidero —dijo Mauricio—. Os lo dije. ¡Han estado criando ratas para el reñidero!

—Sí —dijo Castañoscuro—. Vamos a sacar de allí a Jamoncocido. Sardinas, tú me enseñarás cómo llegar. Intentaremos recoger a otros por el camino. Los demás tenéis que encontrar al chico.

—¿Por qué estás dando las órdenes tú? —preguntó Melocotones.

—Porque alguien tiene que hacerlo —dijo Castañoscuro—. Puede que Jamoncocido sea un poco carcamal y cerrado en sus hábitos, pero es el líder y eso lo huele todo el mundo, así que lo necesitamos. ¿Alguna pregunta? Bien...

—¿Puedo ir, señor? —preguntó Nutritiva.

—Me está ayudando a llevar mi cordel, jefe —explicó Sardinas. Tanto él como la joven hembra cargaban rollos del mismo.

—¿Te hace falta tanto? —dijo Castañoscuro.

—Nunca hay que decir que no a un buen cordel, jefe —respondió Sardinas muy serio—. Son asombrosas algunas de las cosas que he encontrado...

—Muy bien, siempre y cuando ella pueda ayudar en algo —dijo Castañoscuro—. Más le vale que pueda seguirnos el paso. ¡Vamos allá!

Y se quedaron solos Peligro Alubias, Melocotones y Mauricio.

Peligro Alubias suspiró.

—¿Una rata sola puede ser valiente pero un puñado de ratas no es más que una turba? —dijo—. ¿Te encuentras bien, Mauricio?

—No, estaba... escuchad, ahí atrás había algo —dijo Mauricio—. Está en uno de los sótanos. No sé qué es. ¡Es la voz que se mete en la cabeza de la gente!

—No de todo el mundo —dijo Melocotones—. A ti no te ha espantado, ¿verdad? Ni a nosotros. Ni a Castañoscuro. Y a Jamoncocido lo puso muy furioso. ¿Por qué?

Mauricio parpadeó. Volvió a oír la voz dentro de su cabeza. Sonaba muy débil, y estaba claro que no era la voz de sus propios pensamientos, y le estaba diciendo: ¡Encontraré la forma de entrar, GATO!

—¿Habéis oído eso? —preguntó.

—No he oído nada —dijo Melocotones.

Tal vez haga falta estar cerca, pensó Mauricio. Tal vez si has estado cerca, la voz sabe dónde vive tu cabeza.

Nunca había visto una rata tan triste como Peligro Alubias. El diminuto roedor estaba acurrucado junto a la vela, mirando sin verlo el ejemplar de El señor Conejín tiene una aventura.

—Tenía la esperanza de que las cosas nos irían mejor —dijo Peligro Alubias—. Pero resulta que no somos más que... ratas. En cuanto aparecen los problemas, no somos más que... ratas.

Era muy poco habitual que Mauricio sintiera compasión por nadie que no fuera Mauricio. En un gato, aquello era un defecto muy grave. Debo de estar enfermo, pensó.

—Por si os sirve de algo, yo no soy más que un gato —dijo.

—Oh, pero no es verdad. Eres amable y, en el fondo, noto que tienes una naturaleza generosa —dijo Peligro Alubias.

Mauricio intentó no mirar a Melocotones. Madre mía, pensó.

—Por lo menos preguntas a la gente antes de comértela —dijo Melocotones.

Será mejor que se lo cuentes, dijeron los pensamientos de Mauricio. Adelante, cuéntaselo. Te sentirás mejor.

Mauricio intentó decirles a sus pensamientos que cerraran el pico. ¡Menudo momento para que te saliera conciencia! ¿De qué servía un gato con conciencia? Un gato con conciencia era un... un hámster, o algo parecido...

—Hum, de hecho, quería hablar de eso con vosotros —murmuró.

Adelante, cuéntaselo, dijo su nueva y flamante conciencia. Sácalo a la luz.

—¿Sí? —dijo Melocotones.

Mauricio se retorció, nervioso.

—Bueno, ya sabéis que últimamente siempre compruebo mi comida...

—Sí, y eso habla muy bien de ti —dijo Peligro Alubias.

Ahora Mauricio se sintió peor todavía.

—Bueno, ya sabéis que siempre nos hemos preguntado cómo es que yo me Transformé a pesar de que nunca comí ninguna de aquellas cosas mágicas del vertedero...

—Sí —dijo Melocotones—. A mí siempre me ha confundido.

Mauricio cambió de postura, incómodo.

—Bueno, pues mirad... ejem... ¿llegasteis a conocer a una rata, bastante grande, a quien le faltaba una oreja, con un poco de pelo blanco en un costado, y que no podía correr muy deprisa porque tenía una pata mal?

—Creo que te refieres a Aditivos —dijo Melocotones.

—Ah, sí —dijo Peligro Alubias—. Desapareció antes de que te conociéramos, Mauricio. Era una buena rata. Tenía un... defecto del habla.

—Un defecto del habla —repitió Mauricio en tono lúgubre.

—Era tartamudo —dijo Melocotones, dedicando a Mauricio una mirada larga y fría—. Le costaba mucho formar palabras.

—Le costaba mucho —dijo Mauricio, con una voz que se había vuelto bastante hueca.

—Pero yo estoy seguro de que no lo llegaste a conocer, Mauricio —dijo Peligro Alubias—. Lo echo de menos. Cuando conseguías hacerle hablar era una rata maravillosa.

—Ejem. ¿Lo llegaste a conocer, Mauricio? —preguntó Melocotones, clavándolo a la pared con la mirada.

La cara de Mauricio se movió. Probó varias expresiones, una detrás de otra. Y por fin dijo:

—¡Muy bien! Me lo comí, ¿de acuerdo? ¡Entero! ¡Menos la cola y la parte blandengue y verde y ese bulto de color púrpura que nadie sabe qué es! ¡Yo era un simple gato! ¡Todavía no había aprendido a pensar! ¡No sabía nada! ¡Tenía hambre! ¡Los gatos comen ratas, así son las cosas! ¡No fue culpa mía! ¡Y él había estado comiendo la basura mágica y yo me lo comí a él así que también quedé Transformado! ¿Sabéis cómo se siente uno al ver de esa manera la parte blandengue y verde? ¡No es precisamente agradable! ¡A veces, en las noches oscuras me parece oírlo hablar ahí dentro! ¿De acuerdo? ¿Satisfechos? ¡Yo no sabía que él era alguien! ¡No sabía que yo era alguien! ¡Y me lo comí! ¡Él se había estado comiendo las cosas del vertedero y yo me lo comí a él y así es como quedé Transformado! ¡Lo admito! ¡Me lo comí! ¡No fue culpa mrrrííííííaaa!

Y se hizo el silencio. Al cabo de un momento, Melocotones dijo:

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Me preguntas si me he comido a alguien últimamente? ¡No!

—¿Y te arrepientes de lo que hiciste? —preguntó Peligro Alubias.

—¿Disculpa? ¿A ti qué te parece? A veces tengo pesadillas en las que eructo y él...

—Entonces probablemente no pasa nada —dijo la ratita.

—¿No pasa nada? —dijo Mauricio—. ¿Cómo es posible que no pase nada? ¿Y sabéis lo peor de todo? ¡Que soy un gato! ¡Los gatos no se dedican a sentir remordimientos! ¡Ni culpa! ¡Nunca nos arrepentimos de nada! No sabéis la sensación que produce decir: «Hola, comida, ¿puedes hablar?». ¡No es así como se supone que se tiene que comportar un gato!

—Nosotros tampoco nos comportamos como se tendrían que comportar las ratas —dijo Peligro Alubias. Y el abatimiento regresó a su cara—. Por lo menos hasta ahora —dijo con un suspiro.

—Todo el mundo tenía miedo —dijo Melocotones—. El miedo se propaga.

—Tenía la esperanza de que pudiéramos ser más que ratas —dijo Peligro Alubias—. Pensaba que podíamos ser más que simples cosas que chillan y se mean por todos lados, por mucho que diga Jamoncocido. Y ahora... ¿dónde está todo el mundo?

—¿Quieres que te lea un poco de El señor Conejín? —se ofreció Melocotones, con la voz cargada de preocupación—. Ya sabes que siempre te anima cuando te viene uno de tus... momentos sombríos.

Peligro Alubias asintió con la cabeza.

Melocotones tiró del enorme libro hacia ella y empezó a leer.

—«Un día el señor Conejín y su amigo la ratita Roberto fueron a visitar a su amigo el Viejo Hombre Borrico, que vivía junto al río...»

—Lee la parte donde hablan con los humanos —pidió Peligro Alubias.

Melocotones pasó obedientemente una página.

—«Hola, ratita Roberto —dijo el granjero Federico—. Qué día tan encantador, hay que ver...»

Esto es una locura, pensó Mauricio, mientras escuchaba un cuento sobre bosques silvestres y arroyos frescos y borboteantes, que una rata leía a otra rata mientras estaban los tres sentados en un desagüe por donde discurría algo que ciertamente no era fresco. Era todo menos fresco. Aunque, en honor a la verdad, sí que borboteaba un poco, o por lo menos rezumaba.

Todo se está yendo al garete y ellos tienen esa estampita en la cabeza de lo bonitas que deberían ser las cosas...

Mira esos ojillos rosados y tristes, dijeron los pensamientos de Mauricio dentro de su cabeza. Mira esos hociquitos temblorosos y arrugados. Si te escaparas ahora y los dejases aquí a su suerte, ¿cómo ibas a poder mirar a la cara otra vez a esos hociquitos temblorosos?

—No me haría falta —dijo Mauricio en voz alta—. ¡De eso se trata!

—¿Cómo? —dijo Melocotones, levantando la vista del libro.

—No, nada...

Mauricio se quedó callado. No había nada que hacer. Aquello iba en contra de todo lo que un gato representaba. Esto es lo que provoca el hecho de pensar, pensó. Te mete en líos. Hasta cuando sabes que los demás son capaces de pensar por sí mismos, también te pones a pensar por ellos. Soltó un gemido.

—Será mejor que vayamos a ver qué le ha pasado al chico —dijo.

En el sótano la oscuridad era completa. Lo único que se oía, aparte de alguna que otra gota de agua que caía, eran voces.

—Así pues —dijo la voz de Malicia—, repasémoslo todo una vez más ¿de acuerdo? ¿No tienes ninguna clase de cuchillo?

—Eso es —respondió Keith.

—¿Ni unas cerillas a mano que pudieran quemar la cuerda?

—No.

—¿Ni nada afilado cerca contra lo cual puedas frotar la cuerda?

—No.

—¿Ni tampoco puedes pasarte las piernas por entre los brazos para tener las manos por delante?

—No.

—¿Y no tienes ningún poder secreto?

—No.

—¿Estás seguro? En cuanto te vi, se me ocurrió: este tiene algún asombroso poder secreto que lo más probable es que se manifieste cuando esté en aprietos graves. Pensé: nadie puede ser tan completamente inútil a menos que sea una tapadera.

—No, estoy seguro. Escucha, soy una persona normal. Sí, de acuerdo, me abandonaron cuando era un bebé. No sé por qué. Es algo que pasó y ya está. Dicen que pasa muy a menudo. No te convierte en alguien especial. Y tampoco tengo ninguna marca secreta como si fuera una especie de oveja, y tampoco creo ser ningún héroe disfrazado ni tengo ningún talento asombroso que yo sepa. Vale, se me da bien tocar unos cuantos instrumentos musicales. Ensayo mucho. Pero soy justamente la clase de persona que los héroes no son. Voy tirando. Hago lo que puedo. ¿Entiendes?

—Oh.

—Tendrías que haber encontrado a otro.

—¿O sea que no puedes ayudar en nada?

—No.

Hubo un momento de silencio y luego Malicia dijo:

—¿Sabes? En muchos sentidos me parece que esta aventura no está organizada como es debido.

—Ah, ¿en serio? —dijo Keith.

—No es así como hay que atar a la gente.

—Malicia, ¿es que no lo entiendes? Esto no es un cuento —dijo Keith, con toda la paciencia que pudo—. Es lo que he estado intentando decirte. La vida real no es ningún cuento. No hay ninguna clase de... de magia que te mantenga a salvo y que haga que los villanos miren para otro lado y no te peguen demasiado fuerte y te aten con un cuchillo a mano y no te maten. ¿Lo entiendes?

Se hizo otro silencio lúgubre.

—Mi abuela y mi tía abuela eran cuentistas muy famosas, ¿sabes? —dijo Malicia al cabo de un momento, con una vocecilla tensa—. Agoniza y Eviscera Grima.

—Ya lo dijiste —dijo Keith.

—Mi madre también habría sido buena cuentista, pero a mi padre no le gustan los cuentos. Por eso me he cambiado el apellido y me he puesto Grima por razones profesionales.

—¿En serio?

—Cuando era pequeña me pegaban por contar historias —continuó Malicia.

—¿Te pegaban? —preguntó Keith.

—Bueno, vale, algún cachete —dijo Malicia—. En la pierna. Pero me dolió. Mi padre dice que no se puede gobernar un pueblo con cuentos. Que hay que ser práctico.

—Ah.

—¿Es que no te interesa nada que no sea la música? ¡Ese tipo te ha roto la flauta!

—Supongo que me compraré otra.

Su tono tranquilo enfureció a Malicia.

—Bueno, te diré una cosa —dijo—. Si no haces de tu vida un cuento, simplemente te conviertes en parte del cuento de otro.

—¿Y qué pasa si tu cuento no funciona?

—Que sigues cambiándolo hasta que encuentras uno que sí funciona.

—Parece una tontería.

—Ja, mírate. No eres más que una cara en un fondo ajeno. Dejas que un gato tome todas las decisiones.

—Eso es porque Mauricio es...

Una voz dijo:

—¿Os gustaría que nos marcháramos hasta que terminéis de hacer el humano?

—¿Mauricio? —dijo Keith—. ¿Dónde estás?

—Estoy en un sumidero y créeme, no he tenido buena noche. ¿Sabes cuántos sótanos viejos hay por aquí? —dijo la voz de Mauricio en la negrura—. Melocotones está trayendo una vela. Está demasiado oscuro hasta para que yo te vea.

—¿Quién es Melocotones? —susurró Malicia.

—Es otra Transformada. Una rata pensante —contestó Keith.

—¿Como Jureles?

—Como Sardinas, sí.

—Ajá —dijo Malicia entre dientes—. ¿Lo ves? Una historia. Soy una engreída y me regodeo. Las valerosas ratas rescatan a nuestros héroes, probablemente royendo las cuerdas.

—Ah, volvemos a estar en tu cuento, ¿verdad? —dijo Keith—. ¿Y qué soy yo en tu cuento?

—Sé que no vas a ser un interés romántico —dijo Malicia—. Y no eres lo bastante gracioso para ser el toque humorístico de la historia. No lo sé. Probablemente... alguien. Ya sabes, el «hombre de la calle», algo parecido. —Se oyeron ruidos débiles en la oscuridad—. ¿Qué están haciendo ahora? —preguntó en voz baja.

—Intentando encender su vela, creo.

—¿Las ratas juegan con fuego? —susurró Malicia.

—No juegan. Peligro Alubias cree que las luces y las sombras son muy importantes. Siempre tienen una vela encendida en alguna parte de sus túneles, dondequiera que...

—¿Peligro Alubias? ¿Qué clase de nombre es ese?

—¡Chist! ¡Es que aprendieron las palabras de verlas en viejas latas de comida y letreros y cosas así! ¡No sabían qué significaban, las eligieron solo porque les gustaba cómo sonaban!

—Sí, pero... ¿Peligro Alubias? Da la impresión de que te va a provocar...

—Es su nombre. ¡No te burles!

—Lo lamento profundamente, claro —dijo Malicia en tono altivo.

La cerilla se encendió. La llama de la vela creció.

Malicia observó a las dos ratas. Una era... bueno, simplemente una ratita pequeña, aunque más elegante que la mayoría de las que había visto. De hecho, la mayoría de las que había visto estaban muertas, pero hasta las vivas habían estado siempre... hechas un manojo de nervios, husmeando el aire todo el tiempo. Esta se limitaba a... mirar. Y la miraba fijamente a ella.

La otra rata era blanca y todavía más pequeña. También la estaba mirando a ella, aunque examinándola sería una palabra más precisa. Tenía los ojos de color rosa. A Malicia nunca la habían interesado mucho los sentimientos ajenos, dado que siempre había considerado que los de ella eran mucho más interesantes, pero aquella rata tenía algo que resultaba triste y preocupante.

Arrastraba un librito, o por lo menos lo que para un humano sería un librito; era más o menos del tamaño de media rata. La cubierta tenía muchos colores, pero Malicia no pudo distinguir qué era.

—Melocotones y Peligro Alubias —dijo Keith—. Esta es Malicia. Su padre es el alcalde de este sitio.

—Hola —dijo Peligro Alubias.

—¿Alcalde? ¿Eso no es como gobierno? —dijo Melocotones—. Mauricio dice que los gobiernos son criminales muy peligrosos y roban a la gente.

—¿Cómo las has enseñado a hablar? —preguntó Malicia.

—Aprendieron solas —respondió Keith—. No son animales adiestrados, ¿sabes?

—Bueno, mi padre no roba a nadie. ¿Quién les ha enseñado que los gobiernos son crim...?

—Por favor, por favor —dijo la voz apremiante de Mauricio, desde la reja del sumidero—. Eso mismo, estoy aquí abajo. ¿Podemos ponernos manos a la obra?

—Nos gustaría que royerais nuestra cuerda, por favor —pidió Keith.

—Yo tengo un trozo de hoja de cuchillo —dijo Melocotones—. Es para afilar el lápiz. ¿No iría mejor?

—¿Cuchillo? —dijo Malicia—. ¿Lápiz?

—Ya te dije que no eran ratas normales —dijo Keith.

Nutritiva tuvo que correr para seguirle el paso a Castañoscuro. Y Castañoscuro corría porque no le quedaba más remedio que correr para seguirle el paso a Sardinas. Cuando se trataba de cruzar un pueblo a la carrera, Sardinas era el campeón del mundo.

Fueron recogiendo a otras ratas por el camino. Nutritiva no pudo evitar fijarse en que se trataba en su mayoría de las más jóvenes, que habían huido llevadas por el terror pero no habían llegado lejos. Y ahora se mostraban más que dispuestas a seguir a Castañoscuro, casi agradecidas de poder hacer algo que tuviera alguna finalidad.

Sardinas iba bailando en cabeza. No lo podía evitar. Y le gustaban los conductos de desagüe, los techos y los canalones. Allí arriba no había perros, decía, ni tampoco muchos gatos.

Ningún gato podría haber seguido a Sardinas. La gente de Mal-Baden tenía cuerdas de tender la ropa colgadas entre las viejas casas, y él saltaba sobre ellas, se agarraba boca abajo y se movía tan rápido como lo haría en una superficie plana. Subía por paredes verticales, se zambullía en los tejados de paja, bailaba claqué junto a las chimeneas humeantes y bajaba deslizándose por las tejas. Las palomas salían disparadas de los sitios donde estaban posadas y las demás ratas lo seguían de cerca.

Las nubes pasaban por delante de la luna.

Sardinas llegó al borde de un tejado, dio un salto y aterrizó sobre una pared que había justo debajo. Recorrió la parte superior y desapareció en la grieta que dejaban dos tablones.

Nutritiva lo siguió al interior de una especie de altillo. En algunas partes había paja amontonada, pero la más grande estaba abierta, daba a la planta baja y se apoyaba en varias vigas pesadas que cruzaban el edificio de lado a lado. De abajo venían una luz intensa y un rumor de voces humanas, y también —Nutritiva se estremeció— el ladrido de los perros.

—Esto son unas caballerizas muy grandes, jefe —dijo Sardinas—. El reñidero está debajo de esa viga de ahí. Vamos...

Se aventuraron con sigilo por la madera vetusta y se asomaron por encima del borde.

Mucho más abajo había un círculo de madera, parecido a la mitad de un tonel gigante. Nutritiva se dio cuenta de que estaban justo encima del reñidero; si se caía ahora, aterrizaría en el centro mismo. Alrededor del reñidero había un gentío de hombres. Los perros estaban atados a las paredes, ladrándose entre ellos y hacia el universo en general de esa forma enloquecida, de «pienso seguir haciéndolo hasta la eternidad», que tienen los perros.

Los sacos se estaban moviendo.

—¡Crtlk! ¿Cómo krrp vamos a encontrar a Jamoncocido en esta situación? —dijo Castañoscuro, con los ojos reluciéndole por la luz que venía de abajo.

—Bueno, tratándose del viejo Jamoncocido, jefe, supongo que nos daremos cuenta en cuanto aparezca —dijo Sardinas.

—¿Puedes dejarte bajar hasta el reñidero atado con un cordel?

—Yo me apunto a lo que sea, capi —respondió Sardinas, leal.

—¿Dentro de un reñidero donde hay un perro, señor? —dijo Nutritiva—. ¿Y el cordel no lo cortará a usted por la mitad?

—Ah, tengo algo que puede ir bien para eso, jefe —dijo Sardinas.

Se sacó el grueso rollo de cordel y lo dejó a un lado. Debajo había otro rollo, reluciente y de color marrón claro. Tiró de él por un extremo y regresó disparado a su longitud normal con un débil «cloing».

—Gomas elásticas —dijo—. Las he mangado de un escritorio mientras estaba buscando cordeles. Las he usado antes, jefe. Van muy bien para los descensos largos, jefe.

Castañoscuro dio un paso atrás sobre los tablones. Allí había un viejo farol con una vela, tirado de lado, con el cristal roto y la vela comida hacía mucho tiempo.

—Bien —dijo—. Porque tengo una idea. Si te puedes bajar hasta ahí...

Se oyó un bramido procedente de abajo. Las ratas volvieron a asomarse por encima de la viga.

Ahora el círculo de cabezas que rodeaban el borde del reñidero era más nutrido. Un hombre hablaba en voz muy alta. De vez en cuando se oía vitorear a alguien. Las chisteras negras de los cazadores de ratas se movían por entre la muchedumbre. Vistas desde lo alto, eran siniestros goterones negros entre las gorras grises y marrones.

Uno de los cazadores de ratas vació un saco en el reñidero, y los espectadores vieron cómo las formas negras de las ratas correteaban presas del pánico mientras intentaban encontrar, en aquel ruedo circular, un rincón donde esconderse.

La multitud se abrió un poco y un hombre se acercó al borde del reñidero con un terrier en las manos. Se oyeron algunos gritos más, un coro de risas y echaron al perro dentro con las ratas.

Los Transformados se quedaron mirando el círculo de muerte y los vítores de los humanos.

Al cabo de un par de minutos Nutritiva apartó la vista. Cuando miró a su alrededor sorprendió la expresión de Castañoscuro. Tal vez no fuera solo la luz de la lámpara lo que le llenaba los ojos de fuego. Ella lo vio mirar en dirección a los portones enormes que había al otro extremo de las caballerizas. Estaban cerrados con una tranca. Luego su cabeza se giró hacia el heno y la paja que había amontonada en el altillo y en los pesebres de abajo.

Castañoscuro se sacó un palito de madera de uno de los cinturones.

Nutritiva olió el azufre que había en la bolita del extremo.

Era una cerilla.

Castañoscuro se giró y vio que ella le estaba mirando. Señaló con la cabeza los montones de heno que había en el altillo.

—Es posible que mi plan no funcione —dijo—. Si no funciona, tú estarás a cargo del otro plan.

—¿Yo? —dijo Nutritiva.

—Tú. Porque yo... ya no estaré —dijo Castañoscuro. Le ofreció la cerilla—. Ya sabes qué hacer —dijo, señalando con la cabeza la pila más cercana de heno.

Nutritiva tragó saliva.

—Sí. Sí. Creo que sí. Ejem... ¿cuándo?

—Cuando llegue el momento. Ya sabrás cuándo —dijo Castañoscuro, y volvió a examinar la masacre de abajo—. De una forma u otra, quiero que se acuerden de esta noche —dijo en voz baja—. Se acordarán de lo que hicieron. Y se acordarán de lo que hicimos nosotros. Durante el resto de sus... vidas.

Jamoncocido estaba dentro de su saco. Olía a las demás ratas cerca, olía a los perros y olía la sangre. Sobre todo olía la sangre.

Oía sus propios pensamientos, pero eran como un chirrido diminuto de insectos que se perdía en la tormenta de sus sentidos. Delante de los ojos le danzaban pedacitos de recuerdos. Jaulas. Pánico. La rata blanca. Jamoncocido. Así se llamaba él. Qué raro. Antes nunca tenían nombres. Se limitaban a oler a las demás ratas. Oscuridad. Oscuridad interior, detrás de los ojos. Aquella parte era Jamoncocido. Y todo lo que quedaba fuera era todo lo demás.

Jamoncocido. Yo. Líder.

La rabia le seguía hirviendo por dentro, al rojo vivo, pero ahora había cobrado una especie de forma, como la forma que un cañón le da a un río en pleno flujo, estrechándolo, obligándolo a discurrir más deprisa, proporcionándole una dirección.

Ahora sí que oía voces.

—... tú échalo dentro, no te preocupes que no se va a dar cuenta nadie...

—... vale, aunque primero lo zarandearé un poco para enfadarlo...

El saco fue sacudido a un lado y al otro. Aquello no enfadó a Jamoncocido más de lo que ya estaba. Ya no quedaba sitio para más enfado.

El saco se bamboleó mientras lo transportaban. El bramido de los humanos arreció y los olores se intensificaron. Hubo un momento de silencio, después el saco fue volcado y Jamoncocido salió despedido al interior de un estruendo y de un montón de ratas frenéticas.

Se abrió paso a dentelladas hasta lo alto del montón mientras las ratas se dispersaban y vio que los hombres dejaban a un perro enfurecido en el interior del reñidero. El perro agarró una rata, la zarandeó vigorosamente y mandó su cuerpo inerte por los aires. Las ratas salieron en estampida.

—¡Idiotas! —gritó Jamoncocido—. ¡Trabajad juntas! ¡Podríais roer hasta los huesos a ese saco de pulgas!

La multitud dejó de gritar.

El perro se quedó mirando fijamente a Jamoncocido. Estaba intentando pensar. La rata acababa de hablar. Los únicos que hablaban eran los humanos. Y su olor era incorrecto. Las ratas apestaban a pánico. Aquella no.

El silencio retumbó como una campana.

Luego Jacko agarró a la rata, la zarandeó sin mucha fuerza y la arrojó al suelo. Había decidido hacer una especie de prueba. Las ratas no deberían ser capaces de hablar como los humanos, pero aquella rata tenía aspecto de rata, y matar ratas no planteaba ningún problema. Sin embargo, hablaba como un humano, y morder a los humanos se premiaba con una paliza de las gordas. De manera que tenía que asegurarse. Si se llevaba una tunda, es que aquella rata era humana.

Jamoncocido rodó por el suelo y consiguió ponerse de pie, pero tenía la herida de una dentellada profunda en el costado.

Las demás ratas seguían apiñadas frenéticamente tan lejos del perro como les era posible, y cada una de ellas intentaba ser la que estaba al fondo del montón.

Jamoncocido escupió sangre.

—Muy bien, pues —gruñó, acercándose al perro, que estaba perplejo—. ¡Ahora te vas a enterar de cómo mueren las ratas de verdad!

—¡Jamoncocido!

Levantó la vista.

El cordel de goma se desplegó detrás de Sardinas mientras este descendía por el aire lleno de humo en dirección al círculo frenético. Estaba justo encima de Jamoncocido, cada vez más cerca...

... y cada vez más despacio...

Por fin se detuvo entre el perro y la rata. Por un momento se quedó allí suspendido. Se levantó el sombrero en gesto educado y dijo:

—¡Buenas noches!

Luego rodeó a Jamoncocido con las cuatro patas.

Y por fin la cuerda de gomas elásticas, tensada al máximo, se retrajo de golpe. La dentellada de Jacko llegó demasiado, demasiado tarde y no atrapó más que aire vacío. Las ratas ya estaban acelerando hacia arriba, fuera del reñidero... hasta detenerse, rebotando en medio del aire, fuera de alcance del perro.

El perro todavía miraba hacia arriba cuando Castañoscuro saltó desde el otro lado de la viga. Mientras la multitud miraba asombrada, descendió en picado hacia el terrier.

Jacko entrecerró los ojos. Una cosa era que las ratas se esfumasen, pero que se te lanzaran directas a la boca era otra muy distinta. Aquello era una rata servida en bandeja, una rata en brocheta.

Castañoscuro miró hacia atrás mientras bajaba en picado. Más arriba, Nutritiva se dedicaba a anudar y a morder frenéticamente. Ahora Castañoscuro estaba en el otro extremo del cordel de Sardinas. Pero Sardinas había explicado las cosas con mucho cuidado. El peso de Castañoscuro por sí solo no bastaba para levantar a otras dos ratas por encima de la viga...

Así que, en cuanto Castañoscuro vio que Sardinas y su combativo pasajero ya se encontraban a salvo en las sombras del techo...

... soltó el enorme farol que había llevado en brazos para que le hiciera de lastre y después cortó la cuerda con los dientes.

El farol aterrizó pesadamente sobre Jacko, y Castañoscuro aterrizó sobre el farol y rodó hasta el suelo.

La multitud guardó silencio. Llevaba en silencio desde que Jamoncocido había salido disparado del reñidero. Alrededor del borde superior de la pared que, sí, era demasiado alta para que una rata la saltara, Castañoscuro vio caras. Estaban casi todas rojas. Casi todas tenían la boca abierta. Su silencio era el silencio de las caras rojas y grandes que están tomando aire para ponerse a gritar en cualquier momento.

Alrededor de Castañoscuro las ratas supervivientes pataleaban impotentes en busca de algún apoyadero en la pared que les permitiera salir trepando. Estúpidas, pensó. Cuatro o cinco de vosotras juntas podríais hacer que cualquier perro deseara que nunca hubierais nacido. Pero os ponéis a retorceros y os entra el pánico y os liquidan una detrás de otra...

Jacko, que se había quedado un poco aturdido, ahora parpadeó y fijó la mirada en Castañoscuro con un gruñido naciéndole en la garganta.

—Muy bien, pedazo de kkrrkk —dijo Castañoscuro, lo bastante alto como para que lo oyeran los espectadores— Ahora te voy a enseñar cómo vive una rata de verdad...

Y atacó.

Jacko no era un mal perro, según los estándares de los perros. Era un terrier y le gustaba matar ratas por naturaleza, y matar muchas ratas en el reñidero comportaba que lo alimentaran bien y lo llamaran buen chico y no le dieran demasiadas patadas. Algunas ratas le presentaban batalla, pero nunca le suponían un gran problema, porque eran más pequeñas que Jacko y él tenía muchos más dientes. Jacko no era muy listo, pero sí mucho más que una rata, y en cualquier caso los que pensaban principalmente eran su hocico y su boca.

Y por eso se sorprendió cuando sus mandíbulas fueron a cerrarse sobre aquella nueva rata y se encontró con que ya no estaba allí.

Castañoscuro no corría como tenían que hacerlo las ratas. Esquivaba como un guerrero. Pegó una dentellada a Jacko debajo de la barbilla y se esfumó. Jacko se dio media vuelta. La rata seguía sin estar allí. Jacko se había pasado toda su carrera en el mundo del espectáculo mordiendo a ratas que intentaban escaparse. ¡Que las ratas se quedaran muy cerca era injusto!

Se oyó un rugido procedente de los espectadores. Alguien gritó: «¡Diez dólares por la rata!», y recibió por ello un puñetazo en la oreja. Otro hombre empezó a meterse en el reñidero. Y recibió un botellazo en la cabeza.

Danzando de un lado para otro por debajo de Jacko, que no paraba de dar vueltas y lanzar gañidos, Castañoscuro esperó el momento oportuno...

... y lo vio, y se lanzó, y mordió con fuerza.

Jacko se puso bizco. Una parte de Jacko que era muy íntima y que solamente les interesaba a Jacko y a aquellas señoritas perrunas a las que pudiera conocer se convirtió de repente en una bolita de dolor.

Aulló. Dio una dentellada al aire. Y a continuación, en medio del estruendo, intentó salir trepando del reñidero. Sus garras arañaron a la desesperada mientras se erguía sobre las patas traseras y se apoyaba en los tablones lisos y grasientos.

Castañoscuro le saltó encima de la cola, le corrió por el lomo, correteó hasta la punta de su hocico y desde allí saltó por encima de la pared.

Aterrizó en medio de un revuelo de piernas. Algunos hombres intentaron pisotearlo, pero aquello habría requerido que los demás espectadores hicieran sitio. Para cuando se hubieron apartado entre ellos a codazos y hubieron cosido a pisotones las botas ajenas, Castañoscuro ya no estaba.

Pero había más perros. Ya de entrada estaban medio enloquecidos, y ahora se soltaron de las cuerdas y las cadenas para perseguir a la rata que se escapaba. De cazar ratas sí que entendían.

Y Castañoscuro entendía de correr. Cruzó la caballeriza como si fuera un cometa, seguido de una estela de perros que gruñían y ladraban, con rumbo a las sombras; acertó a ver un agujero en los tablones y se lanzó por él hacia la oscuridad agradable y segura...

«Clic», hizo la trampa.

## 

## IMAGE

## Capítulo 9

De El señor Conejín tiene una aventura

—¡Por fin! —dijo Malicia, sacudiéndose las cuerdas de encima—. No sé por qué pensaba que las ratas roían más deprisa.

—Han usado un cuchillo —dijo Keith—. Y podrías darles las gracias, ¿no?

—Sí, sí, diles que les estoy muy agradecida —dijo Malicia, poniéndose de pie.

—¡Díselo tú misma!

—Lo siento, me resulta muy embarazoso... hablar con ratas.

—Supongo que es comprensible —dijo Keith—. Si te han educado para que las odies porque...

—No, si no es eso —dijo Malicia, caminando hasta la puerta y mirando la cerradura—. Es que resulta muy... infantil. Muy... tontuelo. Muy... del señor Conejín.

—¿El señor Conejín? —chilló Melocotones, y fue realmente un chillido, la palabra le salió como una especie de pequeño alarido.

—¿Qué pasa con el señor Conejín? —dijo Keith.

Malicia se metió la mano en el bolsillo y sacó su paquete de horquillas para el pelo dobladas.

—Oh, son unos libros que escribió una mujer tonta —dijo, hurgando en la cerradura—. Bobadas para niñitos. Hay una rata y un conejo y una serpiente y una gallina y un búho y todos van por ahí con ropa y hablan con los humanos y todo el mundo es tan amable y bondadoso que te pone enferma. ¿Sabes que mi padre los guardaba todos de cuando él era niño? El señor Conejín tiene una aventura, El día ajetreado del señor Conejín, La ratita Roberto resuelve el problema... Me los leyó todos cuando era pequeña y en ninguno de ellos hay un asesinato interesante.

—Creo que tendrías que parar —dijo Keith. No se atrevía a bajar la mirada en dirección a las ratas.

—No hay subtexto, no hay comentario social... —continuó Malicia, sin dejar de hurgar—. Lo más interesante que pasa es que la pata Dora pierde un zapato, una pata que pierde un zapato, fíjate, y al final el zapato aparece debajo de la cama después de que se hayan pasado el cuento entero buscándolo. ¿A eso lo llamas tensión narrativa? Porque yo no. Si alguien se tiene que inventar cuentos estúpidos de animales que fingen ser humanos, por lo menos podría poner un poco de violencia para mantener el interés...

—Oh cielos —dijo Mauricio, desde detrás de la reja.

Ahora sí que Keith bajó la vista. Melocotones y Peligro Alubias se habían ido.

—¿Sabes? Nunca me he atrevido a explicárselo —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Ellos creen que todo pasó de verdad.

—En la tierra de Culito Peludo, tal vez —dijo Malicia, y se puso de pie cuando la cerradura hizo un último «clic»—. Pero aquí no. ¿Te imaginas a alguien capaz de inventarse ese nombre sin echarse a reír? Vámonos.

—Las has disgustado —dijo Keith.

—Mira, ¿nos largamos de aquí antes de que vuelvan los cazadores de ratas? —dijo Malicia.

Lo que pasaba con aquella chica, pensó Mauricio, era que no se le daba nada bien escuchar cómo decía las cosas la gente. No se le daba muy bien escuchar, en general.

—No —dijo Keith.

—¿No qué?

—No, no pienso ir contigo —dijo Keith—. Aquí está pasando algo malo, mucho peor que el hecho de que unos idiotas roben comida.

Mauricio miró cómo volvían a discutir. Cómo son los humanos, ¿eh? Se creen los amos de la creación. No como nosotros los gatos. Nosotros sabemos que lo somos. ¿Alguna vez has visto a un gato alimentar a un humano? Pues ahí lo dejo.

Cómo gritan los humanos, susurró una vocecita en su cabeza.

¿Eso ha sido mi conciencia?, pensó Mauricio. Y sus pensamientos dijeron: «¿Quién, yo? No. Pero me siento mucho mejor ahora que les has contado lo de Aditivos». Cambió de postura, incómodo.

—Bueno, pues —susurró, mirándose la barriga—. ¿Eres tú, Aditivos?

Aquello le había estado preocupando desde que cobró conciencia de haberse comido a un Transformado. Los Transformados tenían voces, ¿verdad? Supongamos que te comieras a uno... ¿Y si su voz se quedara dentro de ti? ¿Y si el... el sueño de Aditivos siguiera deambulando en su interior? Aquella clase de cosas podía interferir gravemente con las siestas de un gato, en serio.

No, dijo la voz, parecida al ruido del viento entre los árboles lejanos. Soy yo. Soy... ARAÑA.

—Ah, ¿eres una araña? —susurró Mauricio, el pensamiento—. A una araña la puedo liquidar con tres patas atadas detrás de la espalda.

No una araña. ARAÑA.

La palabra le provocó un dolor real. Era la primera vez que dolía.

Ahora estoy en tu CABEZA, gato. Gatos, gatos, igual de malos que los perros, peores que las ratas. Estoy en tu CABEZA y no me pienso marchar NUNCA.

La pata de Mauricio sufrió una convulsión.

Voy a estar en tus SUEÑOS.

—Mira, yo solo estoy de paso —susurró Mauricio a la desesperada—. No ando buscando problemas. ¡No soy de fiar! ¡Soy un gato! ¡Ni siquiera yo confiaría en mí, y eso que yo soy yo! ¡Déjame salir al aire fresco y no te tocaré ni un... pelo, ni una pata, ni el pelaje, o lo que tengas!

No te quieres ESCAPAR.

Es verdad, pensó Mauricio. No me quiero escap... ¡Un momento, sí que me quiero escapar!

—¡Soy un gato! —murmuró—. A mí no me va a controlar ninguna rata. ¡No es la primera vez que lo intentas!

Sí, le llegó la voz de Araña, pero la otra vez eras FUERTE. Ahora tu pequeña mente está corriendo en círculos y quiere que otro piense por ella. Yo puedo pensar por ti.

Yo puedo pensar por TODOS.

Siempre estaré contigo.

La voz se fue apagando.

Muy bien, pensó Mauricio. Es hora de despedirse, pues, Mal-Baden. Se acabó la fiesta. Las ratas son tantas que nunca les falta compañía, y hasta estos dos humanos se tienen el uno al otro, pero yo solo me tengo a mí, y me gustaría ir a algún sitio donde no me hablen voces extrañas.

—Perdón —dijo, levantando la voz—. ¿Nos vamos o qué?

Los dos humanos se giraron para mirar hacia la reja.

—¿Cómo? —dijo Keith.

—Preferiría que nos fuéramos —dijo Mauricio—. Saca esta reja de aquí, por favor. Está toda oxidada, no debería ser un problema. Buen chico. Y ahora ya podemos irnos por piernas...

—Han llamado a un flautista encantador de ratas, Mauricio —dijo Keith—. Y el Clan está desperdigado por aquí. Llegará por la mañana. Un encantador de ratas de verdad, Mauricio. No uno falso como yo. Y los de verdad tienen flautas mágicas, ¿sabes? ¿Quieres ver cómo les pasa eso a nuestras ratas?

A Mauricio le dio una buena patada su nueva conciencia.

—Bueno, no exactamente verlo —dijo, a su pesar—. No, en realidad no.

—Vale. Pues entonces no nos vamos a escapar —dijo Keith.

—¿Ah, no? ¿Y qué vamos a hacer entonces? —preguntó Malicia.

—Vamos a hablar con los cazadores de ratas cuando vuelvan —dijo Keith. Tenía cara pensativa.

—¿Y qué te hace pensar que querrán hablar con nosotros?

—Porque si no hablan con nosotros —dijo Keith—, van a morir.

Veinte minutos más tarde llegaron los cazadores de ratas. La llave giró en la cerradura del cobertizo, la puerta se abrió y a continuación se cerró de un portazo. Cazarratas 2 también pasó el cerrojo.

—¿Te acuerdas de cuando me has dicho que iba a ser una velada agradable? —dijo, apoyándose en la puerta y jadeando—. Vuelve a contármelo porque creo que me he perdido esa parte.

—Cállate —dijo Cazarratas 1.

—Alguien me ha dado un puñetazo en el ojo.

—Cállate.

—Y creo que he perdido la cartera. Son veinte dólares que no voy a volver a ver.

—Cállate.

—¡Y no he podido recoger ninguna de las ratas que habían sobrevivido a la pelea anterior!

—Cállate.

—¡Y también nos hemos dejado allí a los perros! ¡Podríamos habernos parado a desatarlos! Alguien nos los va a mangar.

—Cállate.

—¿Y pasa a menudo que las ratas vuelen zumbando por los aires de esa manera? ¿O es la clase de cosas de la que solo estás al corriente cuando eres un cazador de ratas experienciado?

—¿Te he dicho que te calles?

—Sí.

—Pues cállate. Muy bien, nos marchamos ya. Nos llevaremos el dinero y mangaremos una barca en el embarcadero, ¿de acuerdo? Dejaremos todo lo que no hayamos vendido y nos marcharemos sin más.

—¿Así, por las buenas? Mañana por la noche suben por el río Johnny Sin Manos y sus muchachos para recoger el siguiente cargamento y...

—Nos marchamos, Bill. Huelo que las cosas se están torciendo.

—¿Así, por las buenas? Nos debe doscientos dól...

—¡Sí! ¡Por las buenas! ¡Es hora de seguir nuestro camino! ¡Se ha descubierto el pastel, el pájaro ha volado y el gato se ha escapado del saco! El... ¿Eso lo has dicho tú?

—¿El qué?

—¿Tú acabas de decir «ya me gustaría a mí»?

—¿Yo? No.

El cazador de ratas examinó el cobertizo. No había nadie más.

—Muy bien, pues —dijo—. Ha sido una noche dura. Mira, cuando las cosas se empiezan a poner feas es cuando llega el momento de largarse. No hay que complicarse la vida. Largarse y ya está, ¿vale? No quiero estar aquí cuando venga la gente a por nosotros. Y no quiero conocer a ningún encantador de ratas. Son hombres astutos. Se dedican a fisgonear. Y cuestan un montón de dinero. La gente se va a poner a hacer preguntas, y lo único que yo quiero que pregunten es: «¿Adónde se han ido los cazadores de ratas?». ¿Entendido? Los buenos saben cuándo retirarse. ¿Qué hay que zurcir...? ¿Qué has dicho?

—¿Quién, yo? Nada. ¿Una taza de té? Siempre te sientes mejor después de tomar una taza de té.

—¿No acabas de decir: «Que te zurzan»? —preguntó en tono imperioso Cazarratas 1.

—¡Solo te he preguntado si querías una taza de té! ¡Lo juro! ¿Te encuentras bien?

Cazarratas 1 se quedó mirando a su amigo, como si intentara verle una mentira en la cara. Por fin dijo:

—Sí, sí, estoy bien. Tres azucarillos, entonces.

—Así me gusta —dijo Cazarratas 2, echándolos con la cucharilla—. Subamos el azúcar de la sangre. Hay que cuidarse.

Cazarratas 1 cogió la taza, dio un sorbo de té y se quedó mirando los remolinos de la superficie.

—¿Cómo nos hemos metido en esto? —dijo—. O sea, en todo esto. ¿Sabes? A veces me despierto en medio de la noche y pienso: todo esto es una estupidez. Después me voy a trabajar y todo me parece, bueno, sensato. O sea, robar cosas y echar la culpa a las ratas, vale; criar ratas grandes y duras para el reñidero y traerse de vuelta las que sobreviven para poder criar ratas todavía más grandes, vale. Pero... no sé... yo antes no era la clase de tipo que ata a los niños.

—Pero hemos ganado un dineral.

—Sí. —Cazarratas 1 removió el té de su taza y bebió un poco más—. Supongo que eso sí. ¿Este té es nuevo?

—No, es Lord Green, el de siempre.

—Sabe un poco distinto. —Cazarratas 1 vació la taza y la dejó sobre la mesa—. Muy bien, vamos a por...

—Creo que es suficiente —dijo una voz por encima de sus cabezas—. Ahora quedaos quietos y escuchadme. Si os escapáis, moriréis. Si habláis demasiado, moriréis. Si esperáis demasiado, moriréis. Si os creéis muy listos, moriréis. ¿Alguna pregunta?

De las vigas del techo bajaron unas cuantas volutas de polvo. Los cazadores de ratas levantaron la vista y vieron una cara de gato que miraba hacia abajo.

—¡Es el maldito minino de ese chaval! —dijo Cazarratas 1—. ¡Ya te dije que me miraba raro!

—Si yo fuera tú, no me miraría a mí —dijo Mauricio en tono coloquial—. Miraría el veneno de ratas.

Cazarratas 2 se giró hacia la mesa.

—Eh, ¿quién nos ha robado veneno? —dijo.

—Oh —dijo Cazarratas 1, que pensaba mucho más deprisa.

—¿Robado? —dijo el gato en lo alto—. Nosotros no robamos. Eso es de ladrones. Nosotros nos limitamos a cambiar las cosas de sitio.

—Oh —dijo Cazarratas 1, sentándose de repente.

—¡Ese veneno es peligroso! —dijo Cazarratas 2, buscando algo que arrojar—. ¡No lo puede manejar cualquiera! ¡Decidme dónde está ahora mismo!

Se oyó un golpe sordo mientras la trampilla del suelo se abría de golpe. Keith asomó la cabeza y luego subió por la escalera mientras los cazadores de ratas lo contemplaban con asombro.

Llevaba en la mano una bolsa de papel arrugada.

—Oh cielos —dijo Cazarratas 1.

—¿Qué habéis hecho con el veneno? —preguntó en tono imperioso Cazarratas 2.

—Bueno —dijo Keith—. Ahora que lo mencionas, creo que la mayor parte la he metido en el azúcar.

Castañoscuro se despertó. Le ardía la espalda y no podía respirar. Notaba el peso de la mandíbula de la trampa aplastándolo, y la espantosa mordedura de los dientes de acero en la barriga.

No debería estar vivo, pensó. Ojalá no lo estuviera...

Hizo un esfuerzo por levantarse y eso lo empeoró todo. El dolor regresó con un poco más de fuerza mientras él se volvía a desplomar.

Atrapado como una rata en una ratonera, pensó.

Me pregunto de qué tipo es.

—¿Castañoscuro?

La voz sonaba un poco lejana. Castañoscuro intentó hablar, pero cada minúsculo movimiento lo ensartaba más en los dientes que tenía debajo.

—¿Castañoscuro?

Castañoscuro logró soltar un chillido muy débil. Las palabras le dolían demasiado.

Unas patas se acercaron en la oscuridad seca.

—¡Castañoscuro!

Era el olor de Nutritiva.

—Gñn —consiguió decir Castañoscuro, mientras intentaba girar la cabeza.

—¡Está usted atrapado en una trampa!

Aquello fue demasiado para Castañoscuro, por mucho que cada palabra costara una agonía.

—¿En... serio? —dijo.

—Me voy a buscar a S-Sardinas, ¿de acuerdo? —tartamudeó Nutritiva.

Castañoscuro olió que la rata empezaba a sentir pánico. Y no había tiempo para el pánico.

—¡No! Di... me... —jadeó—, ¿qué... clase... de... trampa...?

—Esto... esto... esto... —dijo Nutritiva.

Castañoscuro respiró hondo y muy fuerte.

—¡Piensa... triste meadora!

—Esto, esto... está toda oxidada... esto... ¡Hay óxido por todos lados! Parece... que... podría ser una... Rompeespinazos... —Se oyó un ruido de arañazos detrás de Castañoscuro—. ¡Sí! ¡Le he roído el óxido! ¡Dice «Hermanos Nugent Rompeespinazos Modelo 1», señor!

Castañoscuro intentó pensar mientras la presión constante y espantosa lo estrujaba todavía más. ¿Una Modelo 1? ¡Menuda antigualla! ¡Algo salido del amanecer de los tiempos! La más antigua que había visto él era una Rompeespinazos Modelo 7 Mejorado. Y ahora se veía sin más ayuda que Nutritiva, una drrtlt total que tenía cuatro patas izquierdas.

—¿Puedes... ver cómo...? —empezó a decir, pero ahora le brillaban luces púrpura delante de los ojos, un túnel enorme de luces púrpura. Volvió a intentarlo mientras se sentía flotar hacia las luces—. ¿Puedes... ver... cómo... el... muell...?

—¡Está todo oxidado, señor! —dijo la voz, presa del pánico—. ¡Parece que es un mecanismo de acción sin retorno igual que el de la Jenkins y Jenkins Súper Dentelladas, señor, pero sin el gancho en la punta! ¿Para qué sirve esta parte, señor? ¿Señor? ¿Señor?

Castañoscuro sintió que el dolor se alejaba. De manera que es así como sucede, pensó, sintiéndose como si soñara. Ya es demasiado tarde. Nutritiva va a montar en pánico y se va a escapar. Eso hacemos las ratas. Cuando tenemos problemas, salimos disparadas al hoyo más cercano. Pero no importa. Al final, resulta que sí es como un sueño. No hay nada de que preocuparse. En realidad, es bastante agradable. Tal vez sí que existe de verdad una Gran Rata de las Profundidades del Subsuelo. Estaría bien.

Se dejó llevar felizmente por el silencio cálido. Era verdad que estaban pasando cosas malas, pero se encontraban muy lejos y ya no importaban...

Le pareció oír un ruido detrás de él, como de patitas de ratas que cruzaban un suelo de piedra. Tal vez sea Nutritiva, que se está escapando, pensó una parte de él. Pero otra parte pensó: tal vez sea la Rata de Huesos.

La idea no lo asustó. Nada podía asustarlo. Cualquier cosa mala que pudiera pasar ya había pasado. Tuvo la sensación de que si giraba la cabeza vería algo. Pero resultaba más fácil limitarse a flotar en aquel espacio enorme y cálido.

La luz púrpura se fue oscureciendo hasta volverse de un azul intenso, y en el centro del azul apareció un círculo negro.

Parecía un túnel de ratas.

Y es ahí donde vive, pensó Castañoscuro. Es el túnel de la Gran Rata. Qué simple es todo...

Apareció un punto blanco luminoso en el centro del túnel y aumentó rápidamente de tamaño.

Y aquí viene, pensó Castañoscuro. Debe de saber mucho, la Gran Rata. Me pregunto qué me va a decir.

La luz creció y ciertamente empezó a cobrar aspecto de rata.

Qué extraño, pensó Castañoscuro, mientras la luz azul se fundía lentamente con la negra, descubrir que todo es cierto. Vamos allá, pues, por el tún...

Hubo un ruido. Llenó el mundo. Y el dolor terrible, terrible regresó. Y la Gran Rata gritó, con la voz de Nutritiva:

—¡He roído todo el muelle, señor! ¡Lo he roído hasta partirlo! ¡Era viejo y estaba reblandecido, señor! ¡Seguro que por eso no lo ha cortado a usted por la mitad, señor! ¿Me oye, señor? ¿Castañoscuro? ¿Señor? ¡He roído el muelle hasta partirlo, señor! ¿Sigue usted muerto, señor? ¿Señor?

Cazarratas 1 se levantó de un salto de su silla, con los puños fuertemente cerrados.

Por lo menos empezó como un salto. Más o menos a medio camino, sin embargo, se convirtió en un tambaleo. Se sentó pesadamente y se agarró el estómago.

—Oh, no. Oh, no. Ya sabía yo que ese té tenía un sabor raro... —murmuró.

Cazarratas 2 acababa de ponerse de color verde claro.

—Pequeño cabr... —empezó a decir.

—Y que ni se os ocurra atacarnos —lo interrumpió Malicia—. Si lo hacéis, no saldréis nunca de aquí. Y es posible que saliéramos heridos y nos olvidásemos además de dónde hemos dejado el antídoto. No tenéis tiempo para atacarnos.

Cazarratas 1 volvió a intentar ponerse de pie, pero las piernas no le obedecieron.

—¿Qué veneno era? —murmuró.

—Por cómo huele, era el que las ratas llaman Número Tres —dijo Keith—. Estaba en la bolsa con la etiqueta «¡¡¡Matamucho!!!».

—¿Las ratas lo llaman Número Tres? —preguntó Cazarratas 2.

—Saben mucho de venenos —dijo Keith.

—Y te han hablado de ese antídoto, ¿no? —dijo Cazarratas 2.

Cazarratas 1 lo fulminó con la mirada.

—Las hemos oído hablar, Bill. En el reñidero, ¿te acuerdas? —Volvió a mirar a Keith y negó con la cabeza—. Ná —dijo—. Yo no te veo capaz de envenenar a un hombre a sangre fría, chaval...

—¿Y yo? —preguntó Malicia, acercándose.

—¡Ella sí! ¡Ella sí! —exclamó Cazarratas 2, sujetando a su colega del brazo—. Es rara, esa. ¡Lo dice todo el mundo! —Se volvió a agarrar el estómago y se inclinó hacia delante, gimiendo.

—Has mencionado un antídoto —dijo Cazarratas 1—. Pero no existe antídoto para el ¡¡¡Matamucho!!!

—Ya te he dicho que sí lo hay —dijo Keith—. Las ratas han descubierto uno.

Cazarratas 2 se desplomó de rodillas.

—¡Por favor, señorito! ¡Tenga piedad! ¡Si no es por mí, por favor, piense en mi esposa y en mis cuatro encantadoras criaturas que se van a quedar sin padre!

—Tú no estás casado —dijo Malicia—. ¡Y no tienes hijos!

—¡Pero puede que algún día quiera tenerlos!

—¿Qué le ha pasado a la rata que os llevasteis? —preguntó Keith.

—No lo sé, señor. ¡Una rata con sombrero ha bajado del techo y la ha agarrado y se la ha llevado volando! —balbuceó Cazarratas 2—. ¡Y luego otra rata enorme ha bajado al reñidero, se ha puesto a gritar a todo el mundo, ha mordido a Jacko en los... en los inefables, se ha escapado del reñidero de un salto y ha salido por piernas!

—Parece que tus ratas están bien —dijo Malicia.

—No he terminado —dijo Keith—. Le robabais a todo el mundo y echabais la culpa a las ratas, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Sí! ¡Lo hacíamos, lo hacíamos!

—Matabais a las ratas —dijo Mauricio en voz baja.

Cazarratas 1 giró la cabeza de golpe. La voz tenía un tonillo que le resultaba familiar. Lo había oído antes en el reñidero. A veces los veías allí: tipos con levitas elegantes que apostaban fuerte y que viajaban por las montañas ganándose la vida con las apuestas y a veces ganándose la muerte ajena con el cuchillo. Tenían una mirada rara y un tonillo de voz raro. Se los conocía como «caballeros asesinos». A los caballeros asesinos no había que hacerles enfadar.

—¡Sí, sí, es verdad, las matábamos! —balbuceó Cazarratas 2.

—Ten cuidado con lo que dices, Bill —dijo Cazarratas 1, sin quitarle la vista de encima a Mauricio.

—¿Y por qué lo hacíais? —preguntó Keith.

Cazarratas 2 miró primero a su jefe y luego a Malicia y por fin a Keith, como si intentara decidir cuál de los tres le daba más miedo.

—Bueno, Ron dijo que las ratas se iban a comer la comida de todas maneras —dijo—. Así que... dijo que si nos librábamos de todas las ratas y mangábamos nosotros la comida, pues bueno, no sería exactamente robar, ¿verdad? Sería más bien... recolocar las cosas. Ron conoce a un tipo que viene con una barcaza en plena noche y que nos paga...

—¡Eso es una mentira diabólica! —estalló Cazarratas 1, y entonces puso cara de estar a punto de vomitar.

—Pero atrapabais vivas a las ratas y las embutíais en jaulas sin comida —continuó Keith—. Se tienen que alimentar de otras ratas. ¿Por qué hacíais eso?

Cazarratas 1 se agarró el estómago.

—¡Noto algo ahí dentro! —gritó.

—¡No es más que tu imaginación! —le espetó Keith.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Es que no sabes nada de los venenos que usas? Todavía faltan por lo menos veinte minutos para que se te empiece a licuar el estómago.

—¡Uau! —dijo Malicia.

—Y después —dijo Keith—, si te suenas la nariz, el cerebro se te... bueno, digamos solamente que te va a hacer falta un pañuelo muy, muy grande.

—¡Esto es genial! —dijo Malicia, hurgando en su bolso—. ¡Voy a tomar notas!

—Y luego, si te... bueno, no vayáis al lavabo, eso es todo. No preguntéis por qué. Simplemente no lo hagáis. Todo habrá terminado en menos de una hora, quitando lo de rezumar.

Malicia tomaba apuntes a toda prisa.

—¿Van a soltar líquido? —preguntó.

—Mucho —dijo Keith, sin apartar la vista de los hombres.

—¡Esto es inhumano! —chilló Cazarratas 2.

—No, es muy humano —dijo Keith—. Es extremadamente humano. No hay bestia en el mundo que sea capaz de hacérselo a otro ser vivo, pero vuestros venenos se lo hacen a las ratas todos los días. Ahora habladme de las ratas que están en las jaulas.

Al ayudante de cazador de ratas le caía el sudor a chorros por la cara. Tenía pinta de estar también él atrapado en una ratonera.

—Escuchad, los cazadores de ratas siempre han atrapado a ratas vivas para ponerlas a pelear en los reñideros —gimió—. Es un beneficio extra del trabajo. ¡No tiene nada de malo! ¡Se ha hecho siempre! Y como necesitábamos existencias continuas, las hemos estado criando. ¡No había otro remedio! No tiene nada de malo darles de comer ratas muertas de los reñideros. ¡Todo el mundo sabe que las ratas comen ratas, si quitas la parte blandengue verde! Y luego...

—¡Ah! Conque hay un luego... —dijo Keith con voz tranquila.

—Ron dijo que si criábamos ratas a partir de las ratas que sobrevivían en el reñidero, ya sabéis, las que daban esquinazo a los perros, bueno, así conseguiríamos ratas más grandes y mejores, ¿entendéis?

—Eso es científico, por supuesto —dijo Cazarratas 1.

—¿Y qué sentido tendría? —preguntó Malicia.

—Bueno, señorita, pues... —dijo Ron— se nos ocurrió... se me ocurrió... se nos ocurrió que... bueno, no es exactamente hacer trampa poner ratas duras de pelar mezcladas entre las otras, ¿entendéis?, sobre todo si el perro que entra al ruedo es un poco dudoso. ¿Qué tiene eso de malo? Nos da un poquito de ventaja para hacer apuestas. Se me ocurrió... a él se le ocurrió...

—Parece que no tienes muy claro a quién se le ocurrió la idea —dijo Keith.

—A él —dijeron los cazadores de ratas al unísono.

A mí, dijo una voz dentro de la cabeza de Mauricio, que a punto estuvo de caerse de su viga. Lo que no nos mata nos hace fuertes, dijo la voz de Araña. Los más fuertes se reproducen.

—¿Quieres decir —dijo Malicia— que si aquí no tuvieran cazadores de ratas tendrían menos ratas? —Hizo una pausa, con la cabeza inclinada a un lado—. No, eso no es verdad. Cuesta de creer. Hay algo más. Algo que no nos habéis contado. Las ratas que hay en esas jaulas están... locas, han perdido el juicio...

Yo también lo perdería, pensó Mauricio, con esa voz horrible metida en la cabeza todas las horas del día.

—Voy a vomitar —dijo Cazarratas 1—. Que sí, que voy a...

—No lo hagas —dijo Keith, mirando a Cazarratas 2—. No te va a gustar. ¿Y bien, señor Ayudante de Cazador de Ratas?

—Pregúntales qué hay en el otro sótano —dijo Mauricio. Lo dijo a toda prisa; notaba que la voz de Araña intentaba evitar que se le moviera la boca incluso mientras pronunciaba la frase.

—¿Qué es lo que hay en el otro sótano? —preguntó Keith.

—Oh, pues más trastos, jaulas viejas, cosas de esas... —dijo Cazarratas 2.

—¿Qué más? —dijo Mauricio.

—Solo... Solo... ahí es donde... —El cazador de ratas abrió y cerró la boca. Se le pusieron los ojos como platos—. No lo puedo decir —dijo—. Ejem. No hay nada. Eso mismo. Ahí dentro no hay nada, únicamente jaulas viejas. Ah, y la peste. No entréis ahí porque hay la peste. Por eso no tenéis que entrar ahí, ¿lo entendéis? Por la peste.

—Está mintiendo —dijo Malicia—. Se queda sin antídoto.

—¡Tuve que hacerlo! —se quejó Cazarratas 2—. ¡Hay que hacer uno para entrar en el Gremio!

—¡Eso es un secreto del Gremio! —gritó Cazarratas 1—. No revelamos los secretos del Gremio... —Se detuvo y se agarró el estómago rugiente.

—¿Qué es lo que tuviste que hacer? —preguntó Keith.

—¡Fabricar un rey de las ratas! —estalló Cazarratas 2.

—¿Un rey de las ratas? —dijo Keith en tono seco—. ¿Qué es un rey de las ratas?

—Yo-yo-yo... —tartamudeó el hombre—. Para, yo-yo-yo no quiero... —Le cayeron lágrimas por la cara—. Nosotros... yo fabriqué un rey de las ratas... Para, para... para...

—¿Y sigue vivo? —dijo Malicia.

Keith se volvió hacia ella, asombrado.

—¿Tú sabes de esas cosas? —dijo.

—Por supuesto. Salen en muchos cuentos. Los reyes de las ratas son letalmente malvados. Son...

—Antídoto, antídoto, por favor —gimió Cazarratas 2—. ¡Noto como si tuviera ratas corriéndome por dentro del estómago!

—Habéis fabricado un rey de las ratas —dijo Malicia—. Oh cielos. Bueno, hemos dejado el antídoto en ese pequeño sótano donde nos encerrasteis. Si yo fuera vosotros me daría prisa.

Los dos hombres se pusieron de pie con dificultad. Cazarratas 1 se cayó por la trampilla. El otro aterrizó encima de él. Diciendo palabrotas, gimiendo y, hay que decirlo, tirándose pedos enormes, llegaron hasta el sótano que buscaban.

La vela de Peligro Alubias seguía encendida. A su lado había un grueso paquete de papel arrugado.

La puerta se cerró de golpe detrás de los hombres. Se oyó el ruido de un pedazo de madera al ser encajado debajo de ella.

—Hay antídoto suficiente para una persona —dijo la voz de Keith, amortiguada por la madera—. Pero estoy seguro de que podéis arreglarlo... de forma humana.

Castañoscuro intentó recobrar el resuello, pero le daba la impresión de que nunca lo conseguiría del todo, ni que se pasara un año cogiendo aire. Sentía un anillo de dolor que le rodeaba toda la espalda y el pecho.

—¡Es asombroso! —dijo Nutritiva—. ¡Estaba usted muerto dentro de la trampa y ahora está vivo!

—¿Nutritiva? —dijo Castañoscuro, con cautela.

—¿Sí, señor?

—Te estoy muy... agradecido —dijo Castañoscuro, sin dejar de jadear—, pero no seas tonta. El muelle estaba dado de sí y debilitado y... los dientes estaban oxidados y habían perdido filo. Eso es todo.

—¡Pero si tiene marcas de dientes por todo el cuerpo! ¡Nadie había salido nunca de una trampa, salvo los señores Chilliditos, y ellos estaban hechos de goma!

Castañoscuro se lamió la barriga. Nutritiva estaba en lo cierto. Se lo veía todo perforado.

—He tenido suerte, nada más —dijo.

—Ninguna rata había salido nunca viva de una trampa —repitió Nutritiva—. ¿Ha visto a la Gran Rata?

—¿A la qué?

—¡A la Gran Rata!

—Ah, eso —dijo Castañoscuro. Iba a añadir «no, yo no me trago esas memeces», pero se detuvo. Se acordaba de la luz y luego de la oscuridad que había tenido ante sí. No le había parecido malo. Casi lamentaba que Nutritiva lo hubiera sacado de allí. Dentro de la trampa, todo el dolor había estado muy lejos. Y se habían terminado las decisiones difíciles. Al final se contentó con decir—: ¿Se encuentra bien Jamoncocido?

—Más o menos. O sea, no le hemos visto ninguna herida que no se vaya a curar. Ha estado en peores situaciones. Pero bueno, era bastante viejo. Casi tres años.

—¿Era? —dijo Castañoscuro.

—Es bastante viejo, quiero decir. Sardinas me ha mandado a buscarlo a usted porque vamos a necesitar que nos ayude a traerlo de vuelta, pero... —Nutritiva se quedó mirando a Castañoscuro con cara de duda.

—No pasa nada. Estoy seguro de que tiene peor pinta de lo que es en realidad —dijo Castañoscuro—. Subamos para allí, ¿de acuerdo?

Los edificios viejos están llenos de sitios donde las ratas pueden apoyar las patas para trepar. Nadie los vio mientras subían de un pesebre a una silla de montar, de un arnés a un estante del heno. Además, tampoco había nadie buscándolos. Algunas de las demás ratas habían seguido la ruta de Jacko hacia la libertad, y los perros se estaban volviendo locos buscándolas a ellas y peleando entre sí. Lo mismo pasaba con los hombres.

Castañoscuro conocía un poco la cerveza, puesto que había hecho su vida debajo de pubs y cervecerías, y a menudo las ratas se habían preguntado por qué a los humanos les gustaba de vez en cuando desconectar el cerebro. Para las ratas, que vivían en el centro de una maraña de sonido y luz y olores, no tenía absolutamente ningún sentido.

A Castañoscuro, ahora mismo, no le sonaba tan mal. La idea de que durante un rato pudieras olvidar las cosas y no tener la cabeza rebosante de pensamientos problemáticos... en fin, le resultaba bastante atractiva.

No se acordaba de muchas cosas de la vida previa a su Transformación, pero estaba seguro de que no había sido tan complicada. Sí, habían pasado cosas malas, porque la vida en el arroyo no era nada fácil. Pero cuando esas cosas terminaban, terminaban, y mañana sería otro día.

Las ratas no pensaban en el mañana. No tenían más que una vaga sensación de que iban a pasar más cosas. Eso no era pensar. Y tampoco existía lo «bueno» ni lo «malo» ni lo «correcto» ni lo «incorrecto». Aquellas eran ideas nuevas.

¡Ideas! ¡Ahora vivían entre ellas! Preguntas enormes y respuestas enormes, sobre la vida y cómo había que vivirla, y para qué servía uno. Las ideas nuevas inundaban la cabeza fatigada de Castañoscuro.

Y entre esas ideas, en el centro de su cabeza, vio la pequeña figura de Peligro Alubias.

Castañoscuro nunca había hablado mucho con aquella ratita diminuta ni tampoco con la pequeña hembra que correteaba detrás de él y hacía dibujos de las cosas que él pensaba. A Castañoscuro le gustaba la gente práctica

Pero ahora pensó: ¡es un cazador de trampas! ¡Igual que yo! El va por delante de nosotros y encuentra las ideas peligrosas y piensa en ellas y las atrapa con palabras y las desactiva y nos muestra el camino que seguir.

Lo necesitamos... y lo necesitamos ahora. De otra manera, nos va a tocar a todos correr y correr igual que ratas dentro de un tonel...

Mucho más adelante, cuando Nutritiva ya fuera vieja y tuviese el hocico canoso, y oliera un poco raro, dictaría la historia de aquel ascenso y de cómo había oído a Castañoscuro murmurar para sí. El Castañoscuro al que ella había sacado de la trampa, contaría, se había convertido en una rata distinta. Parecía que sus pensamientos se hubieran ralentizado pero se hubieran vuelto más grandes.

Lo más raro, diría, sucedió cuando llegaron a la viga. Castañoscuro se aseguró de que Jamoncocido estuviera bien y luego recogió la cerilla que le había enseñado antes a Nutritiva.

—La encendió contra un trozo de hierro —contaría Nutritiva—, y después echó a andar por la viga con la cerilla encendida. Yo miré abajo y vi a toda la multitud; vi los estantes del heno y la paja que había por todas partes y vi a la gente arremolinándose, como si fueran, ja, como si fueran ratas... Y pensé, si dejas caer eso, amigo, el sitio se llenará de humo en cuestión de segundos, y las puertas están cerradas con llave, y para cuando ellos se den cuenta ya estarán atrapados como, ja, sí, como ratas dentro de un tonel y nosotros nos habremos largado por las cloacas.

»Pero él se limitó a quedarse ahí, mirando hacia abajo, hasta que se apagó la cerilla. Por fin la dejó en la viga y nos ayudó a recoger a Jamoncocido y nunca más le oí decir una palabra de todo aquello. Le pregunté al respecto más adelante, después del asunto del encantador y toda la pesca, y él me dijo: "Sí. Ratas dentro de un túnel". Y nunca volvió a hablar del tema.

—¿Qué es lo que les has puesto realmente en el azúcar? —dijo Keith, mientras regresaba guiando a los demás hacia la trampilla secreta.

—Cáscara sagrada —dijo Malicia.

—Eso no es ningún veneno, ¿verdad?

—No, es un laxante.

—¿Y eso qué es?

—Una cosa que te hace... ir.

—¿Ir adónde?

—No adónde, memo. Ir, sin más. No me muero de ganas de hacerte un dibujo.

—Ah. Quieres decir... ir.

—Eso mismo.

—¿Y daba la casualidad de que lo llevabas encima...?

—Sí. Claro. Estaba en la bolsa grande de medicinas.

—¿Quieres decir que llevas encima esa clase de cosas solo para esta clase de situaciones?

—Claro. Es algo que se puede necesitar fácilmente.

—¿Cómo? —dijo Keith, subiendo la escalerilla.

—Bueno, pongamos por caso que nos secuestran... O supón que terminemos en alta mar... Los piratas tienen una dieta muy monótona, lo cual podría explicar por que siempre están enfadados. O supongamos que nos escapamos y nadamos hasta la orilla y terminamos en una isla en donde solo hay cocos. Los cocos tienen un efecto muy astringente.

—Sí, pero... pero... ¡puede pasar cualquier cosa! ¡Si piensas así, terminarás llevándote absolutamente todo por lo que pueda pasar!

—Es por eso que la bolsa es tan grande —dijo Malicia con tranquilidad, pasando por la trampilla y sacudiéndose el polvo de encima.

Keith suspiró.

—¿Y cuánto les has dado?

—Montones. Pero no les debería pasar nada a menos que tomen demasiado antídoto.

—¿Que les has dejado para usar como antídoto?

—Cáscara sagrada.

—Malicia, tú no eres una buena persona.

—¿Ah, no? Tú querías envenenarlos con veneno de verdad, y tú te has puesto muy imaginativo con todo eso de que se les iba a licuar el estómago.

—Sí, pero las ratas son mis amigas. Y hay venenos que sí provocan eso. Y... la verdad... hacer que el antídoto sea más veneno...

—No es ningún veneno. Es una medicina. Después se sentirán limpitos y de maravilla.

—Vale, vale. Pero... dárselo también como antídoto, eso es un poco... un poco...

—¿Inteligente? ¿Satisfactorio desde un punto de vista narrativo? —dijo Malicia.

—Supongo que sí —admitió Keith a regañadientes.

Malicia miró a su alrededor.

—¿Dónde está tu gato? Creía que nos estaba siguiendo.

—A veces se marcha por ahí. Y no es mi gato.

—Es verdad, tú eres su chico. Pero un joven con un gato inteligente puede llegar lejos en la vida, ¿sabes?

—¿Cómo?

—Estaba el Gato con Botas, obviamente —dijo Malicia—. Y por supuesto, todo el mundo ha oído hablar de Dick Livingstone y su gato maravilloso, ¿verdad?

—Yo no —dijo Keith.

—¡Es un cuento muy famoso!

—Lo siento. No hace mucho que sé leer.

—¿En serio? Bueno, pues Dick Livingstone era un chico muy pobre que llegó a ser alcalde de Überglugl porque a su gato se le daba muy bien cazar... ejem... palomas. La ciudad estaba infestada de... palomas, sí, y de hecho terminó casándose con la hija de un sultán porque su gato limpió de... palomas el palacio real del padre de ella...

—En realidad eran ratas, ¿verdad? —dijo Keith en tono lúgubre.

—Lo siento, sí.

—Y no es más que un cuento... —dijo Keith—. Escucha, ¿es verdad que hay cuentos sobre reyes de las ratas? ¿Las ratas tienen reyes? Nunca he oído hablar de eso. ¿Cómo funciona?

—No es lo que tú piensas. Hace años que se sabe de ellas. Y es verdad que existen, ¿sabes? Son como ese letrero que hay fuera.

—¿Cuál, el de las ratas que tienen atadas las colas entre sí? ¿Cómo...?

Se oyeron unos golpes fuertes y persistentes en la puerta. Algunos sonaban como si los estuviera dando alguien con la bota.

Malicia fue a la puerta y descorrió los cerrojos.

—¿Sí? —dijo con frialdad, mientras el aire de la noche entraba en la casa.

Fuera había un grupo de hombres furiosos. El líder, que tenía pinta de ser solamente el líder porque daba la casualidad de que era el que estaba delante, dio un paso atrás cuando vio a Malicia.

—Ah... es usted, señorita...

—Sí. Mi padre es el alcalde, ya saben —dijo Malicia.

—Ejem... sí. Todos lo sabemos.

—¿Por qué lleváis todos palos en las manos? —preguntó Malicia.

—Esto... queremos hablar con los cazadores de ratas —dijo el portavoz.

Intentó mirar lo que había detrás de Malicia, y ella se hizo a un lado.

—Aquí dentro estamos únicamente nosotros —dijo—. A menos que creáis que hay una trampilla que da a un laberinto de sótanos donde hay animales desesperados encerrados en jaulas y también se esconden cantidades enormes de comida robada...

El hombre la miró con expresión nerviosa.

—Usted y sus cuentos, señorita —dijo.

—¿Es que ha habido algún problema? —dijo Malicia.

—Creemos que los cazadores se... se han portado un poco mal... —dijo el hombre. Se puso lívido bajo la mirada que ella le dedicó.

—¿Sí? —dijo Malicia.

—¡Nos han hecho trampas en el reñidero! —dijo un hombre que estaba detrás del portavoz, envalentonado porque había otra persona entre él y Malicia—. ¡Esas ratas debían de estar adiestradas! ¡Una de ellas volaba atada a un cordel!

—¡Y otra le ha dado un mordisco a mi Jacko en las... en los... en los inmencionables! —dijo alguien desde más atrás—. ¡No me digáis que no estaba adiestrada para dárselo!

—Esta mañana yo he visto una que llevaba sombrero —dijo Malicia.

—Hoy se han visto demasiadas ratas extrañas —intervino otro hombre—. ¡Mi madre dice que ha visto a una bailar en los estantes de la cocina! Y cuando mi abuelo se ha levantado para coger su dentadura postiza, dice que una rata lo ha mordido con ella. ¡Lo ha mordido con sus propios dientes!

—¿Cómo, se los ha puesto? —dijo Malicia.

—¡No, simplemente se ha puesto a dar dentelladas con ellos en el aire! Y una señora de nuestra calle ha abierto la puerta de su despensa y se ha encontrado con que había ratas nadando en el cuenco de la leche. ¡Y no solo nadando! Estaban adiestradas. ¡Estaban haciendo como figuras, y sumergiéndose y agitando las piernas en el aire y esas cosas!

—¿Quieres decir que hacían natación sincronizada? —dijo Malicia—. ¿Ahora quién es el que cuenta cuentos, eh?

—¿Está segura de que no sabe dónde están esos hombres? —insistió el líder, con recelo—. Nos han dicho que venían para aquí.

Malicia puso los ojos en blanco.

—Muy bien, de acuerdo —dijo—. Han venido aquí y un gato que habla nos ha ayudado a darles veneno y ahora están encerrados en un sótano.

Los hombres la miraron.

—Sí, claro —dijo el líder, dándose la vuelta—. Bueno, si los ve usted, dígales que los andamos buscando, ¿vale?

Malicia cerró la puerta.

—Es terrible que no te crea la gente —dijo.

—Ahora háblame de los reyes de las ratas —dijo Keith.

## IMAGE

## Capítulo 10

De El señor Conejín tiene una aventura

¿Por qué estoy haciendo esto?, se preguntó Mauricio mientras avanzaba retorciéndose por un conducto de desagüe. ¡Los gatos no estamos hechos para estas cosas!

Porque en el fondo somos una buena persona, dijo su conciencia.

No, no lo soy, pensó Mauricio.

Bueno, es verdad, dijo su conciencia. Pero no se lo queremos decir a Peligro Alubias, ¿verdad? ¿A ese hociquito tembloroso? ¡Él cree que somos un héroe!

Pues no lo soy, pensó Mauricio.

Y entonces, ¿por qué estamos hurgando bajo tierra en su busca?

Bueno, obviamente porque es quien tiene el gran sueño de encontrar la isla de las ratas y sin él las ratas no querrán cooperar y a mí no me pagarán, dijo Mauricio.

¡Somos un gato! ¿Para qué necesita dinero un gato?

Porque tengo un plan de jubilación, pensó Mauricio. ¡Ya tengo cuatro años! En cuanto haya juntado un buen pellizco, me voy a agenciar una casa bien bonita con una chimenea enorme y una viejecita encantadora que me dé leche todos los días. Lo tengo todo pensado, hasta el último detalle.

¿Y por qué iba a acogernos la ancianita a nosotros? Olemos mal, tenemos las orejas todas llenas de desgarrones, nos ha salido una cosa que pica y se ve asquerosa en una pata, tenemos pinta de que nos hayan dado una patada en toda la cara... ¿Por qué iba a acogernos una ancianita a nosotros en vez de a un gatito pequeño y sedoso?

¡Aja! Pero los gatos negros traen buena suerte, pensó Mauricio.

¿En serio? Bueno, no queremos ser nosotros quienes anunciemos la mala noticia, pero ¡no somos negros! ¡Somos de un color atigrado sucio!

Existe una cosa que se llama tintes, pensó Mauricio. Un par de paquetes de tinte negro, contengo la respiración un minuto y el resto de mi vida ya es todo «hola, leche y pescado». Buen plan, ¿eh?

¿Y qué pasa con la buena suerte?, dijo la conciencia.

¡Ah! Eso es lo más ingenioso. Si tienes un gato negro que te trae una moneda de oro más o menos una vez al mes, ¿eso no es tener buena suerte?

Su conciencia guardó silencio. Probablemente asombrada por la inteligencia del plan, se dijo a sí mismo Mauricio.

Tuvo que admitir que tenía más inteligencia para trazar planes que para orientarse por el subsuelo. No estaba exactamente perdido, porque los gatos no se perdían nunca. Solo que no sabía dónde estaba todo lo demás. No había mucha tierra debajo del pueblo, eso estaba claro. Los sótanos, rejas, tuberías, cloacas, criptas vetustas y partes de edificios abandonados formaban una especie de colmena. Hasta los humanos se podrían desplazar por allí dentro, pensó Mauricio. Los cazadores de ratas lo habían hecho.

Olía a ratas por todas partes. Se había planteado llamar a Peligro Alubias, pero finalmente había decidido que no. Llamarlo a gritos podría ayudarlo a averiguar dónde estaba la pequeña rata, pero también alertaría a... cualquier otro, y le desvelaría dónde estaba Mauricio. Aquellas ratas enormes que había visto eran, bueno, enormes, y parecían peligrosas. Hasta un perro idiota tendría problemas con ellas.

Ahora se adentró en un túnel pequeño y cuadrado por cuyo interior discurrían varias tuberías de plomo. Incluso se oía un susurro de vapor que se escapaba, y aquí y allá se veían hilos de agua cayendo hasta una alcantarilla que discurría por el fondo del túnel. Más adelante había una reja que comunicaba con la calle. Por ella entraba una luz tenue.

El agua de la alcantarilla se veía limpia. O por lo menos, transparentaba. Mauricio tenía sed. Se agachó con la lengua fuera...

Y vio un hilo fino, de color rojo intenso, que se arremolinaba plácidamente en el agua...

Jamoncocido parecía confuso y medio dormido, pero estaba lo bastante consciente como para agarrarse a la cola de Sardinas mientras las ratas regresaban de las caballerizas. Era un viaje lento. A Sardinas no le había parecido que la vieja rata pudiera caminar por las cuerdas de tender la ropa. Volvieron sigilosamente por los canalones y las bajantes sin usar más escondrijo que el manto de la noche.

Cuando por fin llegaron al sótano se encontraron a unas cuantas ratas yendo de un lado para otro. Para entonces Castañoscuro y Sardinas ya flanqueaban a Jamoncocido, que apenas movía las patas.

En el sótano seguía ardiendo una vela. Castañoscuro se quedó sorprendido. Pero en la última hora habían pasado muchas cosas.

Dejaron que Jamoncocido se desplomara en el suelo, donde se quedó tumbado, jadeando pesadamente. Su cuerpo se estremecía con cada respiración.

—¿Peligro, capi? —susurró Sardinas.

—Creo que todo ha sido demasiado para él —dijo Castañoscuro—. Simplemente demasiado.

Jamoncocido abrió un ojo.

—¿Sigo... siendo... el... líder?—dijo.

—Sí, señor —dijo Castañoscuro.

—Necesito... dormir...

Castañoscuro examinó el círculo. Había ratas acercándose con cautela al grupo. Vio que susurraban entre ellas. No le quitaban ojo de encima. Escrutó el sótano, intentando avistar la figura pálida de Peligro Alubias.

—Nutritiva... dice... que has visto el... túnel... de la... Gran Rata... —dijo Jamoncocido.

Castañoscuro fulminó con la mirada a Nutritiva, que parecía avergonzada.

—He visto... algo —dijo.

—Entonces soñaré allí y... no me volveré a despertar —dijo Jamoncocido. Volvió a agachar la cabeza—. No es así como... debería morir una rata vieja —murmuró—. No... así. No... a la luz.

Castañoscuro hizo una seña apremiante con la cabeza a Sardinas, que apagó la vela con el sombrero. La oscuridad densa y húmeda del subsuelo se cerró sobre ellos.

—Castañoscuro —susurró Jamoncocido—. Te hace falta saber esto...

Sardinas afinó los oídos para oír las últimas palabras que el viejo líder le dijo a Castañoscuro. Luego, unos segundos más tarde, se estremeció. Olió cómo cambiaba el mundo.

Hubo un movimiento en la oscuridad. Una cerilla cobró vida con un chispazo y la llama de la vela volvió a elevarse, trayendo las sombras de vuelta al mundo.

Jamoncocido estaba tumbado muy quieto.

—¿Ahora nos lo tenemos que comer? —preguntó alguien.

—Se ha... ido —dijo Castañoscuro. Por alguna razón, la idea de comerse a Jamoncocido no le parecía bien—. Enterradlo —dijo—. Y señalad el sitio para que sepamos dónde está.

Cierta sensación de alivio se extendió por el grupo. Por mucho respeto que todos le hubieran tenido a Jamoncocido, no dejaba de ser un poco apestosillo, hasta para ser una rata.

En primera fila había una rata que parecía dubitativa.

—Esto, cuando dices «señalad el sitio» —dijo—, ¿quiere decir usted igual que marcamos los demás sitios donde enterramos cosas?

—Quiere decir meando encima —aclaró la rata que había a su lado.

Castañoscuro miró a Sardinas, que se encogió de hombros. Castañoscuro sintió un peso dentro. Cuando eras el líder, todo el mundo esperaba a ver qué decías. Y seguía sin haber ni rastro de la rata blanca.

Estaba solo.

Se concentró un momento en pensar y luego asintió con la cabeza.

—Sí —dijo por fin—. A él le gustaría. Es muy... ratuno. Pero haced también esto: dibujadlo en el suelo de encima.

Escarbó un dibujo en la tierra:



—«Fue una rata procedente de una larga estirpe de ratas y pensaba en las ratas» —dijo Sardinas—. Muy bueno, jefe.

—¿Y va a volver, igual que Castañoscuro? —preguntó otra rata.

—Como vuelva, se va a enfadar muchísimo si nos lo hemos comido —dijo una voz. Se oyeron risas nerviosas.

—Escuchad, yo no... —empezó a decir Castañoscuro, pero Sardinas le dio un codazo.

—¿Le puedo decir una cosita, capí? —dijo, levantándose educadamente el sombrero chamuscado.

—Sí, sí... —Castañoscuro se estaba preocupando. Nunca había tenido a tantas ratas mirándolo con tanta atención. Siguió a Sardinas mientras este se alejaba del grupo.

—Ya sabes que yo antes iba por el teatro y tal —dijo Sardinas—. Y en el teatro se aprenden cosas. Y lo cierto es que... mira, lo que estoy diciendo es que tú eres el líder, ¿verdad? Por tanto tienes que comportarte como si supieras lo que estás haciendo. ¿De acuerdo? Si el líder no sabe lo que hace, entonces nadie más lo sabe.

—Yo solo sé lo que hago cuando estoy desmantelando trampas —dijo Castañoscuro.

—Muy bien, pues piensa en el futuro como si fuera una trampa enorme —replicó Sardinas—. Sin queso.

—¡Eso no me ayuda mucho precisamente!.

—Y tienes que dejarles que piensen lo que ellos quieran de ti y... de esa cicatriz que tienes —dijo Sardinas—. Ese es mi consejo, capi.

—¡Pero es que no morí, Sardinas!

—Pero algo pasó, ¿verdad? Ibas a pegar fuego al sitio entero. Yo te estaba observando. Algo te pasó cuando estabas en la trampa. No me preguntes qué, yo solo me dedico al claqué. No soy más que un pequeño roedor. Y siempre lo seré, jefe. Pero hay ratas grandes como Ensalmuera y Consumirantes y un puñado de otras, jefe, y ahora que Jamoncocido ha muerto es posible que piensen que el líder tienen que ser ellas. ¿Me entiendes?

—No.

Sardinas suspiró.

—Yo creo que sí, jefe. ¿Queremos que haya montones de disputas entre nosotros en un momento como este?

—¡No!

—¡Bien! Pues mira, gracias a la parlanchina de Nutritiva, ahora eres la rata que ha mirado a los ojos a la Rata de Huesos y ha vuelto para contarlo, ¿no?

—Sí, pero ella...

—A mí me parece, jefe, que si hay alguien capaz de aguantarle la mirada a la Rata de Huesos... en fin, nadie se va a querer meter con ese alguien, ¿verdad que no? ¿Una rata que lleva de cinturón la huella de la dentellada de la Rata de Huesos? Oh-oh, ni hablar. A una rata así las demás la van a seguir. En momentos como este, necesitan alguien a quien seguir. Ha estado bien eso que has mandado hacer con el viejo Jamoncocido. Enterrarlo y mearle encima y además ponerle un letrero... En fin, eso complace a las ratas viejas y a las jóvenes también. Les muestra que estás pensando por todos. —Sardinas echó la cabeza a un lado y sonrió con expresión preocupada.

—Ya veo que te voy a tener que vigilar, Sardinas —dijo Castañoscuro—. Piensas igual que Mauricio.

—No te preocupes por mí, jefe. Soy pequeño. Tengo que bailar. No se me daría bien liderar.

Pensar por todos, pensó Castañoscuro. La rata blanca...

—¿Dónde se ha metido Peligro Alubias? —dijo, mirando a su alrededor—. ¿No está aquí?

—No lo hemos visto, jefe.

—¿Cómo? ¡Lo necesitamos! Lleva el mapa en la cabeza.

—¿El mapa, jefe? —Sardinas puso cara de preocupación—. Yo pensaba que eras tú quien dibujabas mapas en el barro...

—¡No un mapa que sea un dibujo de los túneles y las trampas! Un mapa de... de lo que somos y adónde vamos...

—Ah, ¿te refieres a esa isla encantadora? Nunca he creído realmente en ella, jefe.

—Yo no sé nada de ninguna isla, de verdad —dijo Castañoscuro—. Pero cuando estuve en ese... sitio, vi... la forma de una idea. ¡Ha habido una guerra entre humanos y ratas desde el principio de los tiempos! Tiene que acabar. Y aquí, ahora, en este lugar, con estas ratas... lo veo posible. Puede que este sea el único momento y el único sitio donde es posible. Veo la forma de una idea en mi cabeza pero no se me ocurren las palabras para explicarla ¿entiendes? Por eso necesitamos a la rata blanca, porque él conoce el mapa de cómo pensar. Y de esta tenemos que salir pensando. ¡Correr de un lado para otro y chillar ya no va a funcionar más!

—De momento lo estás haciendo bien, jefe —dijo el bailarín, dándole un golpecito en el hombro.

—Todo está saliendo mal —dijo Castañoscuro, intentando no levantar la voz—. ¡Lo necesitamos a él! ¡Yo lo necesito!

—Voy a montar unos cuantos pelotones, jefe, si me enseñas dónde hay que empezar a buscar —dijo Sardinas en tono dócil.

—En los desagües, cerca de las jaulas —dijo Castañoscuro—. Mauricio estaba con él —añadió.

—¿Eso es bueno o malo, capi? —dijo Sardinas—. Ya sabes lo que decía siempre Jamoncocido: «Los gatos a fin de cuentas...»

—«...siempre son gatos». Sí. Lo sé. Me encantaría saber la respuesta, Sardinas.

Sardinas se le acercó más.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Capi?

—Claro.

—¿Qué es lo que Jamoncocido te dijo en voz baja justo antes de morir? Era alguna sabiduría especial de líder, ¿verdad?

—Un buen consejo —dijo Castañoscuro—. Un buen consejo.

Mauricio parpadeó. Muy lentamente, le lengua se le replegó de vuelta al interior de la boca. Aplastó las orejas y, moviendo las patas en silencio y muy despacio, echó a andar con sigilo junto a la alcantarilla.

Justo debajo de la reja había algún objeto de color claro. El hilo rojo venía de corriente arriba, se bifurcaba para fluir alrededor del objeto y volvía más adelante a convertirse en un único hilo serpenteante.

Mauricio llegó a donde estaba aquel objeto. Era un trozo de papel enrollado, empapado de agua y manchado de rojo. Extendió una zarpa y lo pescó de la corriente. El papel cayó con un chapoteo a un lado de la alcantarilla y, al desdoblarlo con cuidado, Mauricio vio los dibujos emborronados y dibujados con un lápiz grueso. Sabía qué eran. Las había aprendido un día cuando no tenía nada mejor que hacer. Eran de una simplicidad estúpida.

«Ninguna rata debe...», empezó a leer. Luego había un borrón mojado hasta llegar a la parte que decía: «No somos como las demás ratas».

—Oh, no —dijo. Esto no es algo que dejarían tirado, ¿verdad? Melocotones lo llevaba siempre encima como si fuera un bien preciadísimo...

¿Los encontraré yo primero?, dijo una voz ajena dentro de la cabeza de Mauricio—. O tal vez ya lo he hecho...

Mauricio echó a correr, patinando sobre la piedra fangosa mientras el túnel doblaba un recodo.

Qué cosas tan extrañas son, GATO. Unas ratas que se creen que no son ratas. ¿Debería yo hacer como tú? ¿Debería actuar como un GATO? ¿Debería mantener con vida a una de ellas? ¿PARA JUGAR UN RATO?

Mauricio gimió por lo bajo. Había otros túneles más pequeños que se ramificaban a ambos lados, pero el hilo rojo y fino continuaba recto y allí, debajo de otra reja, yacía en el agua otro objeto del que manaba suavemente el rojo.

A Mauricio se le cayó el alma a los pies. Había estado esperando... ¿qué? Pero esto... esto era... esto era peor, en cierta manera. Lo peor de todo.

Empapado de agua, y rezumando la tinta roja del chaleco rojo de la ratita Roberto, estaba El señor Conejín tiene una aventura.

Mauricio lo sacó de allí con la punta de las garras y las páginas de papel barato se desprendieron, una a una, y se alejaron flotando por el agua. Las ratas lo habían dejado atrás. ¿Habían estado escapando, tal vez? O... ¿acaso lo habían tirado? ¿Qué era lo que había dicho Peligro Alubias? «No somos nada más que ratas.» Y lo había dicho con una voz muy triste y hueca...

¿Dónde están ahora, GATO? ¿Los puedes encontrar? ¿Por dónde?

Puede ver lo que yo veo, pensó. No me puede leer la mente, pero puede ver lo que yo veo y oír lo que yo oigo y se le da bien adivinar lo que debo de estar pensando...

Una vez más cerró los ojos.

¿A oscuras, GATO? ¿Cómo vas a pelear contra mis ratas? ¿Esas que tienes DETRÁS?

Mauricio se giró de golpe, con los ojos muy abiertos. Pudo ver a docenas de ratas, algunas casi de la mitad del tamaño de Mauricio. Y lo estaban mirando, todas con la misma cara inexpresiva.

¡Así me gusta, así me gusta, GATO! ¡Ves a esas criaturas chillonas y sin embargo no saltas! ¿Cómo ha aprendido un gato a no ser un gato?

Las ratas avanzaron todas como una sola rata. Hacían un ruido susurrante al moverse. Mauricio dio un paso atrás.

Imagínatelo, GATO, dijo la voz de Araña. Imagínate un millón de ratas inteligentes. Ratas que no se escapan. Ratas que pelean. Ratas que comparten una mente y una visión. Las MIAS.

—¿Dónde estás? —dijo Mauricio en voz alta.

Me vas a ver pronto. Sigue adelante, minino. Tienes que seguir adelante. Una palabra mía, un simple chispazo de la mente, y esas ratas que ves te cazarán. Sí, puede que mates a un par, pero siempre habrá más ratas. Siempre hay más ratas.

Mauricio se dio la vuelta y avanzó lentamente. Las ratas lo siguieron. El se giró de golpe. Las ratas se detuvieron. Se volvió a dar la vuelta, dio un par de pasos y miró detrás. Las ratas lo seguían como si estuvieran siendo movidas por hilos.

En el aire de aquel lugar flotaba un olor familiar, de agua estancada y rancia. Estaba cerca del sótano inundado. Pero ¿cómo de cerca? Aquello apestaba todavía más que la comida de gatos enlatada. Podía venir de cualquier dirección. Lo más seguro era que en una carrera corta él pudiera dejar atrás a aquellas ratas. Tener detrás a un puñado de ratas sedientas de sangre puede dar alas.

¿Estás planeando echar a correr para ayudar a la rata blanca?, le dijo su conciencia. ¿O estás pensando en salir huyendo a la luz del día?

Mauricio tuvo que admitir que la luz del día nunca le había parecido tan buena idea como ahora. No tenía sentido mentirse. Al fin y al cabo, las ratas no vivían mucho en ningún caso, aunque tuvieran hociquitos temblorosos...

Están cerca, GATO. ¿Quieres que juguemos a un juego? A los gatos les gusta JUGAR. ¿Acaso jugaste con Aditivos? ¿ANTES DE ARRANCARLE LA CABEZA DE UN MORDISCO?

Mauricio se quedó petrificado.

—Vas a morir —dijo en voz baja.

Se están acercando a mí, Mauricio. Ya están muy cerca. ¿Sabías que el chaval con cara de tonto y la chica que dice bobadas van a morir? ¿Sabes que las ratas pueden devorar vivo a un humano?

Malicia pasó el cerrojo de la puerta del cobertizo.

—Los reyes de las ratas son profundamente misteriosos —dijo—. Un rey de las ratas es un grupo de ratas con las colas atadas entre sí...

—¿Cómo?

—Bueno, los cuentos dicen que... pasa y ya está.

—¿Y cómo pasa?

—He leído en algún sitio que las colas se les quedan pegadas cuando están en el nido, por toda la mugre que hay, y luego se enredan como...

—Por lo general las ratas paren seis o siete crías, y tienen las colas bastante cortas, y además los padres mantienen los nidos bastante limpios —dijo Keith—. ¿La gente que cuenta esos cuentos ha visto alguna rata en su vida?

—No lo sé. Tal vez las ratas simplemente se apelotonan y se les enredan las colas... Hay un rey de las ratas conservado en un frasco enorme de alcohol en el museo del pueblo.

—¿Muerto?

—O eso o muy, muy borracho. ¿A ti qué te parece? —dijo Malicia—. Son diez ratas, formando una especie de estrella, con un nudo enorme de colas en el medio. Y se han encontrado muchos otros. ¡Había uno que tenía treinta y dos ratas! Existen leyendas sobre ellos.

—Pero ese cazador de ratas ha dicho que él había fabricado uno —dijo Keith en tono firme—. Ha dicho que lo hizo para entrar en el Gremio. ¿Tú sabes lo que es una obra maestra?

—Pues claro. Es algo que es buenísimo...

—Me refiero a una obra maestra de verdad —dijo Keith—. Yo crecí en una ciudad grande, con gremios por todos lados. Por eso lo sé. Una obra maestra es algo que hace un aprendiz cuando termina su formación para demostrar a los miembros veteranos del Gremio que merece ser un «maestro». Un miembro de pleno derecho. ¿Lo entiendes? Puede ser una gran sinfonía, o una pieza hermosa de ebanistería, o una remesa de panes magníficos: su «obra de maestro».

—Muy interesante. ¿Y qué?

—Pues ¿qué clase de obra maestra habría que hacer para convertirte en maestro de cazadores de ratas? ¿Para demostrar que eres capaz de controlar de verdad a las ratas? ¿Te acuerdas del letrero que había encima de la puerta?

Malicia frunció el ceño con la expresión de quien tiene delante un hecho inconveniente.

—Cualquiera que se lo proponga puede atar juntas un puñado de colas de ratas —dijo—. Estoy segura de que yo podría.

—¿Mientras están vivas? Primero tendrías que atraparlas, y cuando lo consiguieras te encontrarías con un montón de cordelitos resbaladizos que se mueven sin parar mientras el otro extremo no para de morderte. ¿Con ocho ratas? ¿Con veinte? ¿Con treinta y dos? ¿Treinta y dos ratas furiosas?

Malicia contempló el desorden de la cabaña.

—Funciona —dijo—. Sí. Ahí hay un cuento casi igual de bueno. Lo más seguro es que solo existieran uno o dos reyes de ratas verdaderos... De acuerdo, de acuerdo, tal vez solamente uno... Así que la gente se enteró y decidió que como había tanto interés iban a intentar fabricar uno. Sí. Es como los círculos de las cosechas. Da igual cuántos extraterrestres admitan que los han hecho, siempre hay unos cuantos empecinados que creen que los humanos salen por ahí con cortacéspedes en plena noche...

—Yo creo simplemente que hay gente a la que le gusta ser cruel —dijo Keith—. ¿Cómo cazaría un rey de las ratas? Todos sus miembros tirarían de direcciones distintas.

—Ah, bueno, hay cuentos sobre reyes de las ratas que dicen que pueden controlar a las demás ratas —respondió Malicia—. Con las mentes, o algo parecido. Les ordenan que les traigan comida y que vayan a sitios distintos y esas cosas. Tienes razón, los reyes de las ratas no se pueden mover con facilidad. Así que... aprenden a ver con los ojos de las demás ratas, y a oír lo que ellas oyen.

—¿Únicamente de las demás ratas? —preguntó Keith.

—Bueno, hay un par de cuentos que dicen que también lo pueden hacer con la gente —respondió Malicia.

—¿Cómo? —dijo Keith—. ¿Eso ha pasado alguna vez en la realidad?

—No es posible, ¿a que no?

Sí.

—Sí ¿qué? —preguntó Malicia.

—Yo no he dicho nada. Eres tú quien acaba de decir «sí» —dijo Keith.

Pequeñas mentes bobaliconas. Tarde o temprano siempre hay un camino de entrada. ¡Al gato se le da mucho mejor resistirse que a vosotros! Ahora me vais a OBEDECER. SOLTAD a las ratas.

—Creo que deberíamos soltar a las ratas —dijo Malicia—. Es demasiado cruel tenerlas metidas en jaulas de esa manera.

—Yo estaba pensando lo mismo —dijo Keith.

Y olvidaos de mí. No soy más que un cuento.

—Personalmente, creo que en realidad los reyes de las ratas no son más que un cuento —dijo Malicia, caminando hasta la trampilla y levantándola—. Ese cazador de ratas era un hombrecillo idiota. Solamente estaba parloteando.

—Me pregunto si deberíamos soltar a las ratas —murmuró Keith—. Parecían bastante hambrientas.

—No pueden ser peores que los cazadores de ratas, ¿verdad? —dijo Malicia—. Y en todo caso, el flautista llegará pronto. Él se las llevará al río o algo parecido...

—Al río... —murmuró Keith.

—Es lo que hace, sí. Lo sabe todo el mundo.

—Pero las ratas saben... —empezó a decir Keith.

¡Obedecedme! ¡No PENSÉIS! ¡Seguid la historia!

—¿Las ratas saben qué?

—Las ratas saben... las ratas saben... —tartamudeó Keith—. No me acuerdo. Algo de las ratas y los ríos. Probablemente no sea importante.

Oscuridad densa y profunda. Y en algún lugar de la misma, una vocecilla.

—Se me ha caído El señor Conejín —dijo Melocotones.

—Mejor —dijo Peligro Alubias—. No era más que una mentira. Las mentiras nos lastran.

—¡Tú dijiste que era importante!

—¡Era una mentira!

... oscuridad interminable y goteante...

—Y... también he perdido las Reglas.

—¿Y qué? —replicó Peligro Alubias con voz amarga—. Nadie les hacía ningún caso.

—¡No es verdad! Todo el mundo lo intentaba. La mayoría. ¡Y cuando no lo conseguían se sentían mal!

—No eran más que otro cuento. Un cuento bobo sobre ratas que se creían que no eran ratas —dijo Peligro Alubias.

—¿Por qué estás hablando así? ¡Es poco propio de ti!

—Ya has visto cómo corrían. Corrían y chillaban y se habían olvidado de hablar. En el fondo no somos más que... ratas.

... oscuridad repulsiva y maloliente...

—Sí que lo somos —dijo Melocotones—. Pero ¿qué somos encima del fondo? Es lo que nos solías decir. Vámonos, por favor... Volvamos. No te encuentras bien.

—Lo tenía todo tan claro... —balbuceó Peligro Alubias.

—Túmbate. Estás cansado. Me quedan unas cuantas cerillas. Sabes que siempre te sientes mejor cuando ves una luz...

Muy preocupada, y sintiéndose perdida y lejos de casa, Melocotones encontró una pared que era lo bastante áspera y sacó una cerilla de su tosco bolso. La cabeza roja se inflamó y chisporroteó. Ella sostuvo la cerilla tan alto como pudo.

Había ojos por todas partes.

¿Qué es lo peor de todo?, pensó Melocotones, con el cuerpo rígido de miedo. ¿Que puedo ver los ojos? ¿O saber que seguirán allí cuando se apague la cerilla?

—Y solo me quedan dos cerillas más... —murmuró para sí.

Los ojos se retiraron a las sombras, sin hacer ruido. ¿Cómo pueden las ratas quedarse tan quietas y ser tan silenciosas?, pensó.

—Algo va mal —dijo Peligro Alubias.

—Sí.

—Aquí hay algo —dijo—. Lo he olido en esa kikí que han encontrado en la trampa. Es una especie de terror. Lo puedo oler en ti.

—Sí —dijo Melocotones.

—¿Puedes ver lo que tenemos que hacer? —preguntó Peligro Alubias.

—Sí. —Los ojos que había delante ya no estaban, pero Melocotones todavía podía verlos a los lados.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Peligro Alubias.

Melocotones tragó saliva.

—Podemos desear tener más cerillas —dijo.

Y en la oscuridad de detrás de sus ojos, una voz dijo:

Y así, en vuestra desesperación, por fin venís a mí...

La luz tiene un olor.

En los sótanos húmedos y rancios, el intenso tufo a azufre de la cerilla voló como un pájaro amarillo, elevándose sobre las corrientes de aire y descendiendo por las grietas. Era un olor limpio y acre, y atravesó la insulsa fetidez subterránea como si fuera un cuchillo.

Y llenó las narinas de Sardinas, que giró la cabeza.

—¡Cerillas, jefe! —dijo.

—¡Por ahí! —ordenó Castañoscuro.

—Hay que cruzar la sala de las jaulas, jefe —lo avisó Sardinas.

—¿Y qué?

—¿Te acuerdas de lo que pasó la última vez, jefe?

Castañoscuro contempló a su pelotón. No era todo lo que él habría confiado tener consigo. Las ratas seguían regresando de sus escondrijos, y algunas de ellas —ratas buenas y sensatas— habían caído en trampas y habían comido veneno por culpa del pánico. Pese a todo, había elegido lo mejor que había podido. Había unas cuantas de las mayores y experimentadas, como Ensalmuera y Sardinas, aunque la mayoría eran jóvenes. Tal vez aquello no fuera un inconveniente tan grande, pensó. Eran las ratas viejas las que más se dejaban llevar por el pánico. No estaban tan acostumbradas a pensar.

—Muy bien —dijo—. A ver, no sabemos lo que nos vamos a... —empezó a decir, pero en ese momento preciso vio a Sardinas. Que estaba negando sutilmente con la cabeza.

Ah, sí. A los líderes no se les permitía no saber.

Se quedó mirando las caras jóvenes y preocupadas, respiró hondo y volvió a empezar.

—Aquí abajo hay algo nuevo —dijo, y de pronto supo qué decir—. Algo que nadie ha visto nunca. Algo duro. Algo fuerte.

El pelotón estaba casi encogido de miedo, salvo Nutritiva, que estaba mirando a Castañoscuro con los ojos relucientes.

—Algo temible. Algo nuevo. Algo inesperado —prosiguió Castañoscuro, inclinándose hacia delante—. Y ese algo sois vosotros. Todos vosotros. Ratas con cerebro. Ratas capaces de pensar. Ratas que no dan media vuelta y huyen. Ratas que no tienen miedo a la oscuridad, ni al fuego, ni a los ruidos ni a las trampas ni a los venenos. Nada puede detener a unas ratas como vosotras, ¿verdad que no?

Ahora las palabras le brotaban como burbujas.

—¿Os acordáis del Bosque Tenebroso del Libro? Pues bien, ahora estamos en el Bosque Tenebroso. Y aquí abajo hay algo más. Algo terrible. Algo que se esconde detrás de vuestro miedo. Y que piensa que os puede detener, pero se equivoca. ¡Vamos a dar con su escondite y vamos a sacarlo de ahí a rastras y vamos a hacerle desear que nunca hubiéramos nacido! Y si morimos..., bueno... —de pronto los vio, como si fueran una sola rata, mirarle fijamente la herida lívida que le cruzaba el pecho—, la muerte no está tan mal.

»¿Queréis que os hable de la Rata de Huesos? Está esperando a los que se vienen abajo y echan a correr, a los que se esconden, a los que flaquean. Pero si lo miráis fijamente a los ojos, os saludará con la cabeza y pasará de largo.

Ahora podía oler la excitación de las demás. En el mundo que tenían detrás de los ojos eran las ratas más valientes que habían existido nunca. Ahora tenía que remacharles bien aquella idea allí.

Sin pensarlo, se tocó la herida. Se estaba curando mal, todavía manaba sangre y le iba a quedar allí una cicatriz enorme para siempre. Levantó la mano, enrojecida por su propia sangre, y una idea le llegó de las entrañas.

Caminó junto a la hilera, tocando a cada rata justo por encima de los ojos y dejándoles una marca roja.

—Y en el futuro —murmuró—, la gente dirá: «Fueron y lo hicieron y regresaron del Bosque Tenebroso, y así es como reconocen a los suyos».

Miró más allá de sus cabezas en dirección a Sardinas, que se quitó el sombrero. Aquello rompió el hechizo. Las ratas empezaron a respirar nuevamente. Pero una parte de la magia seguía allí, alojada en el destello de un ojo y en el temblor de una cola.

—¿Listo para morir por el Clan, Sardinas? —gritó Castañoscuro.

—¡No, jefe! ¡Listo para matar!

—Bien —dijo Castañoscuro—. Vámonos. ¡Nos encanta el Bosque Tenebroso! ¡Nos pertenece!

El olor de la luz fue flotando por los túneles y llegó hasta el hocico de Mauricio, que lo olisqueó bien. ¡Melocotones! A ella le encantaba la luz. Era más o menos lo único que podía ver Peligro Alubias. Melocotones siempre llevaba encima unas cuantas cerillas. ¡Menuda locura! ¡Unas criaturas que vivían en la oscuridad y llevaban cerillas! Bueno, obviamente no era una locura si lo pensabas bien, pero aun así...

Las ratas que tenía detrás la empujaban en aquella dirección. Juegan conmigo, pensó. Se dedican a pasarme de pata en pata para que Araña me pueda oír chillar.

Dentro de su cabeza oyó la voz de Araña. Y así, en vuestra desesperación, por fin venís a mí...

Y con los oídos, lejana y débil, oyó la voz de Peligro Alubias.

—¿Quién eres tú?

Soy la Gran Rata Que Habita en el Subsuelo.

—¿Lo eres? ¿En serio? Yo he pensado... mucho en ti.

Había un agujero en la pared de allí y, al otro lado, el resplandor de una cerilla encendida. Sintiendo la presión de las ratas detrás de él, Mauricio entró con sigilo.

Había ratas enormes por todas partes: en el suelo, subidas en cajas y agarradas a las paredes. Y en el centro, un círculo de luz procedente de una cerilla a medio arder que una temblorosa Melocotones sostenía en alto. Peligro Alubias estaba plantado un poco por delante de ella, con la mirada alzada hacia una pila de cajas y sacos.

Melocotones giró en redondo. Al hacerlo, la llama de la cerilla se dilató hacia los lados y soltó un fogonazo. Las ratas más cercanas se apartaron bruscamente, doblándose como una onda.

—¿Mauricio? —dijo ella.

El gato no se va a mover, dijo la voz de Araña.

Mauricio lo intentó y sus patas no lo obedecieron.

Quédate quieto, GATO. U ordenaré a tus pulmones que se detengan. ¿Lo veis, ratitas? ¡Hasta un gato me obedece!

—Sí, ya veo que tienes poder —dijo Peligro Alubias, diminuto en medio del círculo de luz.

Rata lista. Te he oído hablar con los demás. Tú entiendes la verdad. Sabes que es al afrontar la oscuridad cuando nos volvemos fuertes. Conoces la oscuridad que tenemos delante y la oscuridad de detrás de los ojos. Sabes que o cooperamos o morimos. ¿Quieres... COOPERAR?

—¿Cooperar? —dijo Mauricio. Se le arrugó el hocico—. ¿Igual que estas otras ratas que huelo aquí? Huelen a... fuertes y estúpidas.

Pero los fuertes sobreviven, dijo la voz de Araña. Esquivan a los cazadores de ratas y salen de las jaulas a dentelladas. Y vienen a mi llamada, igual que tú. En cuanto a sus mentes... yo puedo pensar por todo el mundo.

—Yo, por desgracia, no soy fuerte —dijo Peligro Alubias con cautela.

Tienes una mente interesante. Tú también aspiras a la dominación de las ratas.

—¿La dominación? —dijo Peligro Alubias—. ¿Yo?

Habrás averiguado ya que hay una raza en este mundo que roba y mata y propaga enfermedades y arrasa con aquello que no puede usar, dijo la voz de Araña.

—Sí —dijo Peligro Alubias—. Es fácil. Se llama humanidad.

Así me gusta. ¿Ves a mis estupendas ratas? Dentro de pocas horas ese memo de encantador vendrá y se pondrá a tocar su flauta como un idiota y, sí, mis ratas saldrán correteando detrás de él y dejarán el pueblo. ¿Sabes cómo matan los encantadores a las ratas?

—No.

Las llevan al río y allí... ¿me estás escuchando? ¡Allí se ahogan!

—Pero las ratas son buenas nadadoras —dijo Peligro Alubias.

¡Exacto! ¡No confíes nunca en los cazadores de ratas! Siempre se reservan trabajo para el día siguiente. ¡Pero a los humanos les gusta creer en los cuentos! ¡Prefieren creer en cuentos que en la verdad! ¡En cambio nosotras somos RATAS! Y mis ratas nadarán, créeme. Ratas grandes, ratas distintas, ratas que sobreviven y que llevan dentro una parte de mi mente. ¡Y se propagarán de pueblo en pueblo, y luego habrá una destrucción que la gente no se puede imaginar! ¡Les vamos a hacer pagar mil veces por cada trampa! Los humanos han torturado, envenenado y matado, y ahora a todo eso se le ha dado forma en mí y habrá VENGANZA.

—Se le ha dado forma en ti. Sí, creo que lo empiezo a entender —dijo Peligro Alubias.

Hubo un chispazo y un destello detrás de él. Melocotones acababa de encender la segunda cerilla usando la llama parpadeante y moribunda de la primera. El rey de las ratas, que se había estado acercando con sigilo, se volvió a replegar.

Dos cerillas más, dijo Araña. Y luego, de una forma u otra, ratita, me pertenecerás.

—Quiero ver con quién estoy hablando —dijo Peligro Alubias en tono firme.

Estás ciego, ratita blanca. No veo más que niebla a través de tus ojos rosados.

—Ven más de lo que tú crees —replicó Peligro Alubias—. Y si eres, tal como dices, la Gran Rata... entonces muéstrate a mí. Oler para creer.

Hubo un ruido de patas escarbando y Araña salió de las sombras.

A Mauricio le pareció que era un atadijo de ratas, ratas que correteaban por las cajas pero fluyendo, como si una sola criatura impulsara todas sus patas. A medida que aquello se adentró en la luz, subido encima de un saco, Mauricio vio que todas sus colas estaban enmarañadas formando un único nudo enorme y feo. Y todas las ratas estaban ciegas. Mientras la voz de Araña retumbaba dentro de su cabeza, las ocho ratas se encabritaron y tiraron del nudo.

Pues dime la verdad, rata blanca. ¿Me ves? ¡Acércate más! Sí, me ves en medio de tu niebla. Ya me ves. ¡Los hombres me fabricaron para divertirse! ¡Ata las colas de varias ratas entre sí y mira cómo forcejean! Pero yo no forcejeé. ¡La unión hace la fuerza! Una sola mente tiene la fuerza de una mente, y dos mentes tienen la fuerza de dos mentes, pero tres mentes son cuatro mentes, y cuatro mentes son ocho mentes, y ocho mentes... son una: una mente más fuerte que ocho. Se acerca mi hora. ¡Los idiotas de los hombres permiten que las ratas peleen y que así sobrevivan las más fuertes, y entonces ellas pelean, y sobreviven las más fuertes de entre las fuertes... y pronto se abrirán las jaulas, y los hombres conocerán el significado de la palabra «plaga»! ¿Ves al tonto del gato? Quiere saltar, pero yo lo refreno sin apenas esforzarme. No hay mente que se me pueda resistir. Sin embargo, tú... tú eres interesante. Tienes una mente como la mía, que piensa por muchas ratas, no solamente por una. Queremos las mismas cosas. Tenemos planes. Queremos el triunfo de las ratas. Únete a nosotros. La unión hace la... FUERZA.

Hubo una pausa larga. En opinión de Mauricio, demasiado larga. Y luego:

—Sí, tu oferta es... interesante —dijo Peligro Alubias.

Melocotones ahogó un grito, pero Peligro Alubias continuó con vocecita débil:

—El mundo es grande y está claro que peligroso. Y nosotras somos débiles, y yo estoy cansado. La unión puede hacer la fuerza.

¡Por supuesto!

—Pero ¿qué pasa con los que no son fuertes, si no es mucho preguntar?

Los débiles son comida. ¡Así es como ha sido siempre!

—Ah —dijo Peligro Alubias—. Como ha sido siempre. Las cosas se están aclarando.

—¡No lo escuches! —dijo Melocotones entre dientes—. ¡Está afectando a tu mente!

—No, mi mente está funcionando a la perfección, gracias —dijo Peligro Alubias, con la misma voz tranquila—. Sí, la propuesta es seductora. Y gobernaríamos juntos el mundo de las ratas, ¿verdad?

Más bien... cooperaríamos. Y Mauricio, al margen de la escena, pensó: sí, claro. Tú cooperas y ellos gobiernan. ¡Está claro que no vas a picar con eso!

Pero Peligro Alubias dijo:

—Cooperar. Sí. Y juntos podríamos librar una guerra contra los humanos que estos no se van a creer. Tentador. Muy tentador. Por supuesto, morirían millones de ratas...

Ya mueren de todas maneras.

—Hum, sí. Sí. Sí, es cierto. Esta rata de aquí —dijo Peligro Alubias, haciendo un gesto repentino con la pata hacia una de las ratas enormes que estaba hipnotizada por la llama—, ¿puedes decirme qué piensa ella de todo esto?

Araña pareció desconcertado:

¿Qué piensa? ¿Por qué iba a pensar nada? ¡Es una rata!

—Ah —dijo Peligro Alubias—. Qué claro lo veo todo ahora. Pero no funcionaría.

¿No funcionaría?

Peligro Alubias levantó la cabeza.

—Porque, fíjate, tú piensas por muchas ratas —dijo—. Pero no piensas en ellas. Ni tampoco eres, por mucho que digas, la Gran Rata. No dices ni una palabra que no sea mentira. Si existiera la Gran Rata, y yo espero que sí, no hablaría de guerra y de muerte. Estaría hecha de lo mejor que podemos ser, no de lo peor que somos. No, no me pienso unir a ti, mentiroso de las sombras. Prefiero nuestra manera de hacer las cosas. A veces somos bobos y débiles, sí. Pero nuestra unión hace la fuerza. ¿Tú tienes planes para las ratas? Bien, yo tengo sueños para ellas.

Araña se encabritó, temblando. La voz sonó furiosa dentro de la mente de Mauricio.

Ah, ¿conque te crees que eres una rata buena? ¡Pero la buena rata es la que más roba! ¡Tú te crees que una rata buena es una rata con chaleco, un pequeño humano peludo! ¡Oh, sí, estoy al corriente de esa idiotez absoluta de libro! ¡Traidor! ¡Traidor a las ratas! ¿Quieres sentir mi... DOLOR?

Mauricio lo sintió. Fue como una ráfaga de aire al rojo vivo, que le dejó la mente llena de vapor. Reconoció la sensación. Era como él solía sentirse antes de ser Transformado. Era como solía sentirse antes de ser Mauricio. Cuando no era más que un gato. Un gato listo, pero nada más que un gato.

¿Me desafías?, gritó Araña a la silueta postrada de Peligro Alubias. ¿Pese a que soy todo lo que verdaderamente es una RATA? ¡Soy inmundicia y oscuridad! ¡Soy el ruido de debajo del suelo, el susurro de dentro de las paredes! ¡Soy la cosa que socava y despoja! ¡Soy la suma de todo lo que tú niegas! ¡Soy tu verdadero yo! ¡Me OBEDECERÁS?

—Nunca —dijo Peligro Alubias—. No eres más que sombras.

¡Siente mi DOLOR!

Mauricio era más que un gato, él lo sabía. Sabía que el mundo era grande y complicado y que consistía en mucho más que preguntarse si la próxima comida iban a ser escarabajos o muslos de pollo. El mundo era enorme y difícil y estaba lleno de cosas asombrosas y...

... la llamarada al rojo vivo de aquella voz horrible le estaba hirviendo la mente. Los recuerdos se desplegaban y arremolinaban en la oscuridad. Todas las otras vocecillas, no la voz horrible sino las voces de Mauricio, las que lo fastidiaban y discutían entre ellas y le decían que no actuaba correctamente o que podía mejorar, se estaban empezando a debilitar...

Y pese a todo. Peligro Alubias aguantó allí, pequeño y tembloroso, con la cara levantada mirando la oscuridad.

—Sí —dijo Peligro Alubias—. Siento el dolor.

No eres nada más que una rata. Una ratita pequeña. Y yo soy el ALMA misma del ratismo. Admítelo, ratita ciega, ratita mansa y ciega.

Peligro Alubias se bamboleó y Mauricio le oyó decir:

—No pienso hacerlo. Y no soy tan ciego como para no ver la oscuridad.

Mauricio husmeó y se dio cuenta de que Peligro Alubias se estaba meando encima de puro terror. Pero aun así, la pequeña ratita no se movió.

Claro, claro, susurró la voz de Araña. Y puedes controlar la oscuridad, ¿verdad? Se lo dijiste a una ratita. Que puedes aprender a controlar la oscuridad.

—Soy una rata —susurró Peligro Alubias—. Pero no soy una alimaña.

¿Una ALIMAÑA?

—Hubo un tiempo en que éramos simples bichos que chillaban en el bosque —dijo Peligro Alubias—. Luego los hombres construyeron graneros y despensas llenos de comida. Nosotras, por supuesto, cogimos lo que pudimos. Y por ello nos llamaron alimañas, y desde entonces nos han estado tendiendo trampas y cubriéndonos de veneno, y de alguna manera, de toda esa desgracia, has salido tú. No eres más que otra desdicha que han fabricado los humanos. No ofreces a las ratas otra cosa que más dolor. Tienes un poder que te permite entrar en las mentes de la gente cuando están cansadas o son estúpidas o se encuentran preocupadas. Y ahora estás dentro de la mía.

Sí ¡Oh, sí!

—Y aun así aquí estoy, aguantando —dijo Peligro Alubias—. Ahora que te he olido, puedo aguantarte la mirada. Por mucho que mi cuerpo tiemble, puedo mantener un espacio libre de ti. Noto cómo corres por mi cabeza, fíjate, pero ahora todas las puertas están cerradas para ti. Puedo controlar la oscuridad de dentro, que es donde está toda la oscuridad. Tú me has enseñado que soy más que una simple rata. Si no soy más que una rata, no soy nada de nada.

Las muchas cabezas de Araña se giraron a un lado y al otro. A Mauricio ya no le quedaba la bastante mente como para pensar, pero daba la impresión de que el rey de las ratas estaba intentando alcanzar una conclusión.

Su respuesta llegó en forma de bramido. ¡PUES NO SEAS NADA!

Keith parpadeó. Tenía la mano en el pestillo de una de las jaulas de ratas.

Las ratas lo estaban observando. Todas plantadas en la misma postura, todas mirándole los dedos. Centenares de ratas. Parecían... hambrientas.

—¿Tú has oído algo? —preguntó Malicia.

Keith bajó la mano con mucha cautela y dio un par de pasos atrás.

—¿Por qué las estamos soltando? —dijo—. Tengo la sensación de haber estado... soñando.

—No lo sé. Tú eres el chico rata.

—Pero los dos acordamos soltarlas.

—Yo... es que... tuve la sensación de que...

—Los reyes de las ratas pueden hablar con la gente, ¿verdad? —dijo Keith—. ¿No será que este ha estado hablando con nosotros?

—Pero esto es la vida real —replicó Malicia.

—Yo pensaba que era una aventura —dijo Keith.

—¡Mierda! Me olvidé —dijo Malicia—. ¿Qué hacen ahora?

Parecía casi como si las ratas se estuvieran derritiendo. Ya no eran estatuas erguidas y atentas. Nuevamente se estaba propagando entre ellas algo parecido al pánico.

A continuación salieron más ratas de las paredes y corrieron como locas por el suelo. Eran mucho más grandes que las de las jaulas. Una de ellas mordió en el tobillo a Keith, que la apartó de una patada.

—¡Intenta pisotearlas, pero hagas lo que hagas no pierdas el equilibrio! —dijo—. ¡Estas no son amigas!

—¿Que las pise? —dijo Malicia—. ¡Puaj!

—¿Cómo puede ser que no lleves nada en tu bolsa para luchar contra las ratas? ¡Estamos en la guarida de unos cazadores de ratas! ¡Vas cargada de cosas contra los piratas y los bandidos y los asaltadores!

—¡Sí, pero nunca se ha escrito un libro que cuente una aventura en el sótano de unos cazadores de ratas! —gritó Malicia—. ¡Au! ¡Tengo una en el cuello! ¡Tengo una en el cuello! ¡Y hay otra! —Se agachó frenética para sacudirse de encima a las ratas y se irguió de golpe cuando una le saltó a la cara.

Keith le agarró la mano.

—¡No te caigas! ¡Como te caigas se volverán locas! ¡Intenta llegar hasta la puerta!

—¡Son muy rápidas! —jadeó Malicia—. Ahora tengo otra en el pelo...

—¡Quédate quieta, hembra estúpida! —dijo una voz en su oído—. ¡Quédate bien quieta o te voy a mordisquear!

Hubo un escarbar de patas, un silbido y una rata cayó frente a los ojos de Malicia. Luego otra rata se estrelló contra su hombro y siguió deslizándose hacia abajo.

—¡Bien! —dijo la voz que tenía en la nuca—. ¡Ahora no te muevas, no pises a nadie y no estorbes!

—¿Qué ha sido eso? —dijo ella entre dientes, mientras notaba que algo le bajaba por la falda.

—Creo que es la que ellos llaman Gran Ahorro —dijo Keith—. ¡Aquí viene el Clan!

Más ratas entraban en tropel en la sala, pero estas se movían de forma distinta. Permanecieron juntas y se desplegaron formando una línea que avanzó despacio. Cada vez que una rata enemiga las atacaba, la línea se cerraba sobre ella rápidamente, como un puño, y cuando se volvía a abrir, la rata en cuestión ya estaba muerta.

Solo cuando las ratas supervivientes olieron el terror de sus compañeras y trataron de escapar de la sala se deshizo la línea de ataque, convirtiéndose en parejas de ratas que, con una determinación terrible, se dedicaron a dar caza hasta al último enemigo que correteaba y a abatirlo a mordiscos.

Y así, en cuestión de segundos, la guerra se terminó. Los chillidos de unas pocas refugiadas afortunadas se fueron apagando por el interior de las paredes.

Las ratas del Clan se deshicieron en vítores desmañados, esos vítores que vienen a decir: «¡Sigo vivo! ¡Con todo lo que ha pasado!».

—¿Castañoscuro? —dijo Keith—. ¿Pero qué te ha pasado?

Castañoscuro se irguió sobre las patas traseras y señaló con una pata la puerta que había en la otra punta del sótano.

—¡Si queréis ayudar, abrid esa puerta! —gritó—. ¡A moverse!

Luego se metió zumbando en un desagüe, seguido del resto del pelotón en tropel. Uno de ellos iba bailando claqué mientras avanzaba.

## 

## IMAGE

## Capítulo 11

De El señor Conejín tiene una aventura

El rey de las ratas estaba furioso.

Las ratas que estaban mirando se agarraron las cabezas. Melocotones soltó un chillido, dio un traspié hacia atrás y la última cerilla encendida se le cayó de la mano.

Pero algo de Mauricio sobrevivió a aquel bramido, a aquella tormenta de pensamiento. Una parte diminuta se escondió detrás de una neurona y se encogió de miedo mientras el resto de Mauricio era barrido. Los pensamientos se desasieron y se esfumaron en medio del vendaval. Se acabó el hablar, se acabó el hacerse preguntas, se acabó el ver el mundo como algo que estaba allí fuera... capas enteras de su mente salieron despedidas mientras el estallido se llevaba todo lo que él había pensado que era su yo, dejando únicamente el cerebro de un gato. Un gato listo, pero aun así... un simple gato.

Nada más que un gato. De vuelta al bosque y a la cueva, a los colmillos y las garras...

Un simple gato.

Y los gatos a fin de cuentas siempre son gatos.

El gato parpadeó. Estaba perplejo y enfadado. Aplastó las orejas. Sus ojos le soltaron un destello verde.

No podía pensar. No pensaba. Lo que lo movía ahora era el instinto, algo que funcionaba en el mismo nivel profundo que el clamor de su sangre.

Era un gato y tenía delante una cosa que se retorcía y chillaba, y los gatos siempre hacen lo mismo con las cosas que se retuercen y chillan: saltar...

El rey de las ratas se defendió. Intentó asestar varias dentelladas al gato, que estaba cubierto de ratas que lo atacaban y maulló mientras se revolcaba por el suelo. Llegaron en tromba más ratas, ratas capaces de matar a un perro... pero en ese momento, y solo por unos segundos, el gato habría podido abatir a un lobo.

No acertó a ver el crepitar de la llama cuando la cerilla caída prendió la paja. No hizo caso cuando las demás ratas rompieron filas y echaron a correr. Y tampoco prestó ninguna atención al humo cada vez más denso.

Lo único que el gato quería era matar.

Dentro de él corría un río profundo y oscuro que llevaba muchos meses siendo contenido. Su gato interior se había pasado demasiado tiempo sintiéndose impotente y soltando humo mientras toda aquella gente diminuta y chillona se paseaba por delante de él. Había estado ansiando saltar y morder y matar. Había estado ansiando ser un gato como es debido. Y ahora aquel gato se había escapado del saco y había tanta pelea ancestral y rencor y salvajismo fluyendo por las venas de Mauricio que le saltaban chispas de las garras.

Mientras el gato se revolcaba y forcejeaba y daba dentelladas, una vocecilla débil que hablaba desde el fondo de su cerebro diminuto, encogida de miedo al margen de la acción, la última parte minúscula de él que seguía siendo Mauricio y no un maníaco sanguinario, le dijo: «¡Ahora! ¡Muerde aquí!».

Sus dientes y sus zarpas se cerraron sobre un bulto compuesto de ocho colas enredadas y lo desgarraron.

La parte minúscula de lo que antaño había sido el yo de Mauricio oyó que un pensamiento se alejaba volando.

Noooo... ooo... oo... o...

Hasta que por fin se apagó, y de pronto la sala quedó llena de ratas, simples ratas, nada más que ratas, que luchaban por apartarse de la trayectoria de un gato furioso y sediento de sangre que bufaba y gruñía y que estaba recuperando toda su naturaleza de gato. Y el gato arañó y mordió y desgarró y se abalanzó, y por fin se giró y vio a una ratita blanca que no se había movido de donde estaba durante todo el combate. Sus zarpas se cernieron sobre ella...

Y Peligro Alubias gritó:

—¡Mauricio!

La puerta tembló, y volvió a temblar cuando la bota de Keith golpeó la cerradura por segunda vez. Al tercer golpe la madera se partió y estalló.

Al otro lado del sótano había una muralla de fuego. Las llamas eran oscuras y malignas, compuestas a partes iguales de humo espeso y fuego. El Clan entró en tropel por la reja y se desplegó a ambos lados; clavaron la mirada en las llamas.

—¡Oh, no! ¡Vamos, hay cubos en la sala de al lado! —dijo Keith.

—Pero... —empezó a decir Malicia.

—¡Tenemos que hacerlo nosotros! ¡Deprisa! ¡Esto es un trabajo para a la gente grande!

Las llamas siseaban y crepitaban. Por todas partes, ardiendo o tiradas por el suelo más allá del fuego, había ratas muertas. En algunos casos había solamente trozos de ratas muertas.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Castañoscuro.

—Parece una guerra, capi —dijo Sardinas, olisqueando los cuerpos.

—¿Podemos dar un rodeo?

—Demasiado calor, jefe. Lo siento, pero... ¿esa no es Melocotones?

Estaba despatarrada cerca de las llamas, murmurando para sí y cubierta de barro. Castañoscuro se agachó. Melocotones abrió unos ojos.

—¿Te encuentras bien, Melocotones? ¿Qué le ha pasado a Peligro Alubias?

Sardinas dio unos golpecitos en el hombro a Castañoscuro, en silencio, y señaló algo.

Una sombra atravesaba el fuego...

La sombra caminó lentamente entre murallas de llamas. Por un momento el aire ondulante hizo que pareciera enorme, como un monstruo que emergía de una cueva, y a continuación se convirtió... en nada más que un gato. De su pelaje manaba humo. Las partes que no humeaban las tenía cubiertas de barro apelmazado. Uno de sus ojos estaba cerrado. El gato iba dejando un rastro de sangre y cada pocos pasos flaqueaba un poco.

Llevaba en la boca un fardo pequeño de pelo blanco.

Llegó adonde estaba Castañoscuro y pasó de largo sin mirarlo siquiera. Y todo el tiempo bufaba por lo bajo.

—¿Ese es Mauricio? —dijo Sardinas.

—¡Lleva en la boca a Peligro Alubias! —gritó Castañoscuro—. ¡Detened a ese gato!

Pero Mauricio acababa de detenerse solo; a continuación se dio la vuelta, se tumbó con las patas por delante y miró a las ratas con ojos nublados. Dejó el fardo con suavidad en el suelo. Le dio un par de golpecitos para ver si se movía. Parpadeó lentamente al comprobar que no. Parecía desconcertado, como al ralentí. Abrió la boca para bostezar y de ella le salió humo. Luego bajó la cabeza y se murió.

A Mauricio le pareció que el mundo estaba bañado de esa luz fantasmagórica que se ve antes del amanecer, cuando hay la claridad justa para apreciar las cosas pero no la bastante para distinguir los colores.

Se incorporó hasta sentarse y se aseó. A su alrededor corrían las ratas y los humanos, muy, muy despacio. No le inquietaban. Fuera lo que fuese que creían que tenían obligación de hacer, lo estaban haciendo. Los demás iban y venían a toda prisa, silenciosos y fantasmales, pero Mauricio no. Parecía un arreglo bastante bueno. Y no le hacía daño el ojo ni tenía el pellejo dolorido ni las patas desgarradas, lo cual era una mejora considerable respecto a su situación reciente.

Ahora que lo pensaba, no estaba del todo seguro de qué había pasado recientemente. Algo espantosamente malo, eso era obvio. Tumbado a su lado había algo con forma de Mauricio, como si fuera una sombra tridimensional. Él se lo quedó mirando y en ese momento oyó un ruido en aquel mundo fantasma vacío de sonidos que le hizo darse la vuelta.

Algo se movía cerca de la pared. Una figura pequeña se acercó dando zancadas por la sala, en dirección al bulto diminuto que era Peligro Alubias. Era del tamaño de una rata pero mucho más sólido, y, a diferencia de todas las ratas que él había conocido, llevaba una túnica negra.

Una rata vestida, pensó. Pero esta no parecía sacada de un libro de El señor Conejín. De la capucha de la túnica asomaba el hocico de hueso de una calavera de rata. Y llevaba una guadaña diminuta apoyada en el hombro.

Las demás ratas y los humanos, que no paraban de ir y venir con cubos, no les prestaban atención. Algunos pasaban a través de la figura con túnica. La rata y Mauricio parecían ocupar un mundo distinto para ellos solos.

Es la Rata de Huesos, pensó Mauricio. El Segador Bigotudo. Viene a por Peligro Alubias. ¿Después de todo lo que he pasado? ¡Ni hablar! Saltó por los aires y aterrizó sobre la Rata de Huesos. La pequeña guadaña salió patinando por el suelo.

—Muy bien, amigo, a ver cómo hablas... —empezó a decir Mauricio.

¡IIIC!

—Ejem... —dijo Mauricio, mientras caía en la cuenta de la cosa tan horrible que acababa de hacer.

Una mano lo agarró del pescuezo, lo levantó bien alto y por último le dio la vuelta. Mauricio dejó de forcejear de inmediato.

Lo sostenía en alto otra figura, mucho más alta, aunque provista del mismo estilo de túnica negra, una guadaña mucho más grande y una ausencia decidida de piel en la cara. Para ser precisos, también había una considerable ausencia de cara en la cara. No era más que hueso.

DESISTE DE ATACAR A MI SOCIO, MAURICIO.

—¡Sí señor, señor Muerte, señor! ¡A sus órdenes, señor! —se apresuró a decir Mauricio—. ¡No hay problema, señor!

NO TE HE VISTO ÚLTIMAMENTE, MAURICIO.

—No, señor —dijo Mauricio, relajándose un poco—. He tenido mucho cuidado, señor. He mirado a los dos lados cuando cruzaba la calle y todo eso, señor.

¿Y CUÁNTAS TE QUEDAN AHORA?

—Seis, señor. Seis. Sin duda alguna. Seis vidas sin duda alguna, señor.

La Muerte pareció sorprendido.

PERO SOLAMENTE HACE UN MES QUE TE ATROPELLÓ UN CARRO, ¿NO ES VERDAD?

—¿Aquello, señor? Apenas me rozó, señor. Casi no me llevé ni un rasguño, señor.

¡EXACTO!

—Oh.

ESO HACEN CINCO VIDAS, MAURICIO. HASTA LA AVENTURA DE HOY. EMPEZASTE CON NUEVE.

—Muy bien, señor. Muy bien. —Mauricio tragó saliva. Qué narices, no pasaba nada por intentarlo—. Entonces digamos que me quedo con tres, ¿de acuerdo?

¿TRES? SOLAMENTE IBA A QUITARTE UNA. NO PUEDES PERDER MÁS DE UNA VIDA CADA VEZ, POR MUCHO QUE SEAS UN GATO. ESO TE DEJA CON CUATRO, MAURICIO.

—Y yo digo que me quite dos, señor —le apremió Mauricio en tono apremiante—. ¿Dos de las mías y estamos en paz?

La Muerte y Mauricio bajaron la vista para contemplar el contorno tenue y sombrío de Peligro Alubias. Ahora había más ratas a su alrededor, recogiéndolo del suelo.

¿ESTÁS SEGURO?, dijo la Muerte. AL FIN Y AL CABO, ES UNA RATA.

—Sí, señor. Ahí es donde todo se complica, señor.

¿NO LO PUEDES EXPLICAR?

—No, señor. No sé por qué, señor. Últimamente todo ha sido un poco raro.

ESO ES MUY POCO GATUNO DE TU PARTE, MAURICIO. ESTOY ASOMBRADO.

—Yo también estoy bastante escandalizado, señor. Solamente confío en que nadie se entere, señor.

La Muerte bajó a Mauricio hasta el suelo, junto a su cuerpo.

ME DEJAS MUY POCA ELECCIÓN. LA SUMA ES CORRECTA, POR MUY ASOMBROSA QUE SEA. VINIMOS A POR DOS Y DOS NOS LLEVAMOS... EL EQUILIBRIO SE CONSERVA.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor? —dijo Mauricio mientras la Muerte se giraba para marcharse.

PUEDE QUE NO RECIBAS RESPUESTA.

—Supongo que no existe el Gran Gato del Cielo, ¿verdad?

ME SORPRENDES, MAURICIO. POR SUPUESTO QUE NO EXISTEN DIOSES GATUNOS. PARA UN GATO ESO SE PARECERÍA DEMASIADO A... TRABAJAR.

Mauricio asintió. Una de las ventajas de ser un gato, aparte de las vidas extra, era que la teología resultaba mucho más simple.

—No me voy a acordar de todo esto, ¿verdad, señor? —dijo—. Es que sería demasiado vergonzoso.

CLARO QUE NO, MAURICIO...

—¿Mauricio?

Los colores regresaron al mundo, y Keith lo estaba acariciando. A Mauricio le escocía o le dolía hasta la última parte del cuerpo. ¿Cómo podía doler el pelo? Y las garras le estaban gritando, y uno de sus ojos daba la impresión de ser un cubito de hielo, y tenía los pulmones llenos de fuego.

—¡Creíamos que te habías muerto! —exclamó Keith—. ¡Malicia te iba a enterrar al fondo de su jardín! ¡Dice que ya tiene un velo negro!

—¿Cómo, en su bolsa de correr aventuras?

—Por supuesto —dijo Malicia—. Imagínate que terminamos a bordo de una balsa en un río atestado de peces caníb...

—Sí, vale, gracias —gruñó Mauricio. El aire apestaba a madera quemada y a vapor sucio.

—¿Te encuentras bien? —dijo Keith, con aspecto todavía preocupado—. ¡Ahora sí que eres un gato negro de los que traen buena suerte!

—Ja ja, sí, ja ja —dijo Mauricio en tono lúgubre. Se incorporó con esfuerzo y dolor—. ¿La ratita está bien? —preguntó, intentando mirar a su alrededor.

—Estaba inconsciente igual que tú, pero cuando han intentado moverla se ha puesto a toser y ha vomitado mucho barro. No está bien, pero va mejorando.

—Bien está lo que bien... —empezó a decir Mauricio, pero se interrumpió con una mueca de dolor—. No puedo girar muy bien la cabeza —dijo.

—Estás cubierto de mordeduras de ratas, es por eso.

—¿Cómo tengo la cola?

—Ah, bien. Está casi entera.

—Perfecto. Bien está lo que bien acaba, pues. Fin de la aventura, hora del té y los bollos, tal como dice la chica.

—No —dijo Keith—. Todavía falta el encantador.

—¿No le pueden dar un dólar por las molestias y decirle que se marche?

—Al Encantador de Ratas no —dijo Keith—. Al Encantador de Ratas no se le dice esa clase de cosas.

—¿Es un pájaro de mucho cuidado, entonces?

—No lo sé. Tiene pinta de que sí. Pero nosotros tenemos un plan.

Mauricio gruñó.

—¿Vosotros tenéis un plan? —dijo—. ¿Lo habéis pensado vosotros?

—Castañoscuro, Malicia y yo.

—Cuéntame vuestro maravilloso plan —dijo Mauricio con un suspiro.

—Mantendremos enjauladas a las kikís y ninguna rata de las nuestras saldrá a seguir al encantador. De esa manera va a quedar bastante como un tonto, ¿no? —dijo Malicia.

—¿Y ya está? ¿Ese es vuestro plan?

—¿No crees que vaya a funcionar? —dijo Keith—. Malicia dice que se sentirá tan avergonzado que se marchará.

—No conocéis a las personas en absoluto, ¿verdad? —dijo Mauricio con un suspiro.

—¿Cómo que no? ¡Yo soy una persona! —protestó Malicia.

—¿Y qué? Los gatos sí que conocemos a las personas. No nos queda otro remedio. Son las únicas que pueden abrir armarios. Mirad, hasta el rey de las ratas tenía un plan mejor que ese. Un buen plan no es un plan donde alguien gana, es uno donde nadie cree que ha perdido. ¿Lo entendéis? Esto es lo que tenéis que hacer... no, no funcionaría, nos haría falta mucho algodón...

Malicia esgrimió su bolsa con una mirada triunfal.

—De hecho —dijo—, a mí se me había ocurrido que si alguna vez me cogían prisionera dentro de un calamar mecánico gigante bajo el mar y me hacía falta bloquear...

—Me vas a decir que tienes un montón de algodón, ¿verdad? —dijo Mauricio, en tono inexpresivo.

—¡Sí!

—Ha sido una tontería preocuparme, ¿verdad? —dijo Mauricio.

Castañoscuro hundió su espada en el barro. Las ratas veteranas se congregaron a su alrededor, pero la veteranía había cambiado. Entre las ratas más ancianas había otras más jóvenes, todas con marcas de color rojo oscuro en la cabeza, que ya estaban empujando para abrirse paso hasta el frente.

Y todas parloteaban. Él pudo oler el alivio que se había producido al pasar por allí la Rata de Huesos sin girar la vista...

—¡Silencio! —gritó.

Aquello resonó como un gong. Hasta el último ojo rojo se volvió hacia él. Castañoscuro se sentía cansado, le costaba respirar y estaba pringado de hollín y de sangre. Parte de la sangre no era suya.

—Esto no se ha terminado —dijo.

—Pero si acabamos...

—¡No se ha terminado! —Castañoscuro contempló al grupo—. Todavía no hemos acabado con todas esas ratas enormes, con las luchadoras de verdad —dijo, jadeando—. Ensalmuera, coge a veinte ratas y vuélvete a ayudar a proteger los nidos. Gran Ahorro y las hembras más viejas ya han regresado allí y despedazarán a cualquiera que los ataque, pero quiero asegurarme.

Ensalmuera se quedó un momento mirando a Castañoscuro con el ceño fruncido.

—No veo por qué tu... —empezó a decir.

—¡Hazlo!

Ensalmuera se postró a toda prisa, hizo una señal a las ratas que tenía detrás y se alejó correteando.

Castañoscuro miró a los demás. Mientras los barría con la mirada, algunos de ellos se echaron atrás, como si la mirada fuera una llama.

—Vamos a formar pelotones —dijo—. Todos los miembros del Clan que no vayan destinados a protección formarán pelotones. ¡Que vaya por lo menos una rata de desactivación de trampas en cada pelotón! ¡Llevaos fuego! ¡Y algunas de las ratas jóvenes harán de mensajeros, para que podáis estar en contacto! ¡No os acerquéis a las jaulas, esas pobres criaturas pueden esperar! ¡Pero vais a recorrer todos esos túneles, todos esos sótanos, todos esos agujeros y todos esos rincones! ¡Y si os encontráis a una rata desconocida y se encoge de miedo, la cogéis prisionera! ¡Pero si intenta luchar, y las grandes van a intentar luchar, porque es lo único que saben hacer, entonces la matáis! ¡Quemándola o a mordiscos! ¡Pero la matáis bien muerta! ¿Me oís?

Hubo un murmullo de acuerdo.

—¡Os he preguntado si me oís!

Esta vez hubo un bramido.

—¡Bien! ¡Y no vamos a parar hasta que estos túneles sean seguros, de punta a punta! ¡Y luego lo volveremos a hacer! ¡Hasta que estos túneles sean nuestros! Porque... —Castañoscuro agarró su espada, pero lo hizo para poder apoyarse un momento en ella y recobrar así el aliento, y cuando volvió a hablar lo hizo casi susurrando—, porque ahora estamos en el corazón del Bosque Tenebroso y hemos encontrado el Bosque Tenebroso en nuestros corazones y... por esta noche... somos algo... terrible. —Volvió a respirar y lo que dijo a continuación solamente lo oyeron las ratas que estaban más cerca de él—: Y no tenemos otro sitio adonde ir.

Estaba amaneciendo. El sargento Doppelpunkt, que era la mitad de la Guardia oficial del pueblo (y la mitad más grande) se despertó con un ronquido en la oficina diminuta que había junto a las puertas de la muralla.

Se vistió, tambaleándose un poco, y se lavó la cara en la pileta de piedra, mirándose en el trozo de espejo que colgaba de la pared.

Se detuvo. Se oyó una serie de chillidos débiles pero desesperados y a continuación la pequeña rejilla que tapaba el desagüe de la pileta fue apartada de un empujón y una rata emergió de un salto. Era grande y gris y le subió corriendo por el brazo antes de saltar al suelo.

Con el agua chorreándole de la cara y los ojos asombrados y legañosos, el sargento Doppelpunkt observó que tres ratas más pequeñas salían disparadas del desagüe y seguían a la primera. Esta se giró para luchar en medio de la sala, pero las ratas pequeñas la acometieron todas juntas, desde tres lados a la vez. Lo que vino a continuación no pareció una pelea. Pareció más bien, pensó el sargento, una ejecución...

En la pared había una vieja ratera. Dos de las ratas agarraron la cola de su presa y la arrastraron hasta el agujero para hacerla desaparecer. La tercera rata, sin embargo, se detuvo frente al agujero de la ratera, se dio la vuelta y se irguió sobre las patas traseras.

El sargento tuvo la sensación de que la rata lo estaba mirando fijamente a él, No parecía un animal que mira a un humano para ver si es peligroso. No parecía asustada, simplemente parecía tener curiosidad. Tenía una especie de pegote rojo en la cabeza.

La rata se cuadró ante él. Fue claramente un saludo marcial, por mucho que solamente durara un segundo. Un momento más tarde todas las ratas se habían esfumado.

El sargento se quedó mirando el agujero un rato, con el agua todavía cayéndole de la barbilla.

Y oyó la canción. Subía por el agujero de desagüe de la pileta y levantaba muchos ecos, como si viniera de muy lejos, una sola voz que cantaba a pleno pulmón y un coro de voces que le respondían:

¡Atacamos a los perros y perseguimos a los gatos...

... a las ratas no hay trampa que pueda atraparnos!

¡No tenemos la peste ni pulgas en el pelo...

... nos bebemos el veneno y robamos el queso!

¡Métete con nosotras y verás lo que es bueno...

... cogeremos tu té y le pondremos veneno!

¡Aquí luchamos y aquí nos quedaremos...

... hagas lo que hagas, NO NOS MARCHAREMOS!

El sonido se apagó. El sargento Doppelpunkt parpadeó y contempló la botella de cerveza que se había bebido la noche anterior. Las guardias nocturnas le hacían a uno sentirse solo. Y al fin y al cabo, tampoco es que nadie estuviera invadiendo Mal-Baden. No habrían encontrado nada que robar.

Pero lo más seguro es que fuera buena idea no mencionarle a nadie lo que acababa de pasar. Lo más seguro, a fin de cuentas, es que no hubiera sucedido. Lo más seguro es que la cerveza estuviera en mal estado...

La puerta de la casa de la guardia se abrió y entró el cabo Knopf.

—Buenos días, sargento —empezó a decir—. Es ese... ¿Qué le pasa a usted?

—¡Nada, cabo! —se apresuró a decir Doppelpunkt, secándose la cara—. ¡Le aseguro que no he visto nada extraño en absoluto! ¿Por qué se queda usted ahí como un pasmarote? ¡Es hora de abrir esas puertas, cabo!

Los agentes de la guardia salieron y abrieron las puertas de la muralla, y la luz del sol entró a raudales.

Y trajo consigo una sombra muy, muy larga.

Oh cielos, pensó el sargento Doppelpunkt. Hoy no va a ser un buen día para nada...

El jinete pasó cabalgando junto a ellos sin molestarse en mirarlos y entró en la plaza del pueblo. Los guardias corrieron detrás de él. Se supone que la gente ha de estar atenta a la gente que va armada.

—Alto, ¿qué le trae por aquí? —preguntó en tono autoritario el cabo Knopf, pero se vio obligado a correr hacia atrás para seguirle el paso al caballo. El jinete iba vestido de blanco y negro, como si fuera una urraca.

El hombre no contestó, sino que esbozó una sonrisita para sí.

—Muy bien, tal vez no lo traiga aquí nada en particular, pero no le cuesta nada decirnos quién es, ¿verdad que no? —dijo el cabo Knopf, que no estaba interesado en tener ningún problema.

El jinete lo miró y luego volvió la vista al frente.

El sargento Doppelpunkt vio que entraba por las puertas un carromato pequeño y cubierto del que tiraba un burro acompañado por un anciano. Él era sargento, se dijo, lo cual quería decir que le pagaban más que al cabo, lo cual quería decir que tenía ideas más caras. Y ahora se le acababa de ocurrir una: no tenían por qué identificar a todo el mundo que entraba por las puertas, ¿verdad? Sobre todo si andaban muy ocupados. Su cometido era elegir a gente al azar. Y puestos a elegir a gente al azar, parecía buena idea elegir al azar a un ancianito que parecía lo bastante pequeño y viejo como para asustarse de un uniforme mugriento con la cota de malla oxidada.

—¡Alto!

—¡Je, je! Ni hablar —dijo el anciano—. ¡Cuidado con el burro, que os puede dar un bocado de órdago si lo ponéis de mal humor! Aunque a mí, plin.

—¿Estás intentando mostrar desprecio de la Ley? —preguntó en tono imperioso el sargento Doppelpunkt.

—Bueno, no estoy intentando ocultarlo, amigo. Si quieres hacer algo al respecto, habla con mi jefe. Es el que va montado en ese caballo. Ese caballo tan grande.

El desconocido vestido de blanco y de negro acababa de desmontar junto a la fuente que había en el centro de la plaza y estaba abriendo sus alforjas.

—Voy a hablar con él, ¿de acuerdo? —explicó el sargento.

Para cuando llegó adonde estaba el desconocido, caminando tan despacio como se atrevió, el hombre ya había apoyado un espejito contra la fuente y se estaba afeitando.

El cabo Knopf lo miraba. El hombre le había dado el caballo para que se lo aguantara.

—¿Por qué no lo has arrestado? —susurró el sargento al cabo.

—¿Por qué, por afeitado ilegal? ¿Sabe qué, sargento? Hágalo usted.

El sargento Doppelpunkt carraspeó. Unos cuantos lugareños madrugadores ya lo estaban observando.

—Esto... a ver, escuche, amigo, estoy seguro de que no quería usted... —empezó a decir.

El hombre irguió la espalda y dedicó a los guardias una mirada que hizo que ambos hombres dieran un paso atrás. Estiró el brazo y desató la correa que sujetaba un grueso rollo de cuero detrás de la silla de montar.

El cuero se desenrolló. El cabo Knopf soltó un silbido. Por todo el rollo de cuero, sujetas con correas, había docenas de flautas. Que relucieron bajo el sol matinal.

—Ah, es usted el encant... —empezó a decir el sargento, pero el otro hombre se giró hacia el espejo y dijo, como si estuviera hablando con su reflejo:

—¿Dónde se puede desayunar por aquí?

—Ah, si lo que quiere es desayunar, entonces la señora Aempellón de El Repollo Azul le...

—Salchichas —dijo el encantador, sin dejar de afeitarse—. Quemadas por un lado. Tres. Aquí. Diez minutos. ¿Dónde está el alcalde?

—Si coge usted esa calle y dobla por la primera a la izquierda...

—Ve a buscarlo.

—Oiga, usted no puede... —empezó a decir el sargento, pero el cabo Knopf lo agarró del brazo y tiró de él.

—¡Es el encantador! —dijo entre dientes—. ¡No hay que meterse con el encantador de ratas! ¿Es que no ha oído hablar de él? ¡Si toca la nota adecuada con su flauta, se te caen las piernas!

—¿Cómo, igual que con la peste?

—¡Dicen que en Kortezasdecerdenz el consistorio no le pagó y él tocó una flauta especial y se llevó a todos los niños a las montañas y nadie los volvió a ver nunca más!

—¡Bien! ¿Crees que va a hacer lo mismo aquí? El pueblo ganaría mucha tranquilidad.

—¡Ja! ¿No ha oído usted hablar de aquel sitio de Klatch? ¡Lo contrataron para que los librara de una plaga de mimos, y como no le pagaron hizo que todos los agentes de la guardia fueran bailando hasta el río y se ahogaran!

—¡No! ¿En serio? ¡Menudo diablo! —exclamó el sargento Doppelpunkt.

—Cobra trescientos dólares, ¿lo sabía?

—¡Trescientos dólares!

—Es por eso que la gente odia pagarle —dijo el cabo Knopf.

—Un momento, un momento... ¿cómo se puede tener una plaga de mimos?

—Oh, fue terrible, por lo que tengo entendido. La gente ya no se atrevía ni a salir a la calle.

—¿Quieres decir, todos con la cara blanca, todos siguiéndote por ahí en silencio...?

—Exacto. Terrible. Pero bueno, cuando yo me he despertado había una rata bailando en mi tocador. Tápiti-tápiti-tap.

—Qué raro —dijo el sargento Doppelpunkt, lanzando a su cabo una mirada extraña.

—Y encima estaba silbando «No hay mejor negocio que el negocio del espectáculo». ¡Yo diría que eso es más que raro!

—No, me refería a que es raro que tengas tocador. O sea, ni siquiera estás casado.

—Deje de tomarme el pelo, sargento.

—¿Es un tocador con espejo?

—Venga ya, sargento. Traiga usted las salchichas, sargento, yo traeré al alcalde.

—No, Knopf. Tú traes las salchichas y yo traigo al alcalde, porque el alcalde es gratis y la señora Aempellón querrá que le paguen.

El alcalde ya se había levantado cuando llegó el sargento, y estaba deambulando por la casa con expresión preocupada.

Y pareció que su preocupación aumentaba cuando vio al sargento.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó.

—¿Señor? —dijo el agente de la guardia. «Señor» en un tono que significaba: «¿De qué está usted hablando?».

—Malicia no ha venido a casa en toda la noche —dijo el alcalde.

—¿Cree usted que puede haberle pasado algo, señor?

—¡No, creo que puede haberle pasado algo a otro, hombre! ¿Se acuerda del mes pasado? ¿Cuándo siguió el rastro al Misterioso Jinete Decapitado?

—Bueno, tiene usted que admitir que sí era un jinete.

—Eso es cierto. Pero también era un hombre bajito con el cuello de la casaca muy alto. Y también era el jefe de recaudadores de impuestos de Mintz. ¡Desde entonces no han parado de llegarme cartas oficiales sobre el asunto! ¡Por regla general, a los recaudadores de impuestos no les gusta nada que les caigan encima muchachitas desde los árboles! Y luego en septiembre hubo el asunto aquel del, del...

—El Misterio del Molino del Contrabandista, señor —dijo el sargento, con los ojos en blanco.

—Que resultó ser simplemente que el señor Vogel, el encargado del registro civil, y la señora Schuman, la mujer del zapatero, estaban allí meramente por un interés compartido por las costumbres de las lechuzas de granero...

—... y el señor Vogel se había quitado los pantalones porque se los había roto enganchándose en un clavo... —dijo el sargento, sin mirar al alcalde.

—... y la señora Schuman estaba teniendo la amabilidad de zurcírselos —dijo el alcalde.

—A la luz de la luna —dijo el sargento.

—¡Resulta que tiene muy buena vista! —dijo el alcalde en tono cortante—. ¡Y no se merecía que la ataran y la amordazaran con el señor Vogel, que cogió un buen resfriado como resultado de aquello! Luego me llegaron quejas de él y de ella, y también de la señora Vogel, y también del señor Schuman, y también del señor Vogel después de que el señor Schuman fuera a su casa y le pegara con una horma, y también de la señora Schuman después de que la señora Vogel la llamara...

—¿Una horma, señor?

—¿Cómo?

—¿Qué es eso de una horma?

—¡Una horma, hombre! ¡Es una especie de pie de madera que usan los zapateros cuando están haciendo un zapato! ¡Sabrán los dioses qué está haciendo Malicia esta vez!

—Supongo que se enterará usted cuando oigamos la explosión, señor.

—¿Y para qué me busca usted ahora, sargento?

—Ha llegado el encantador de ratas, señor.

El alcalde palideció.

—¿Ya? —dijo.

—Síseñor. Se está afeitando en la fuente.

—¿Dónde está mi cadena oficial? ¿Y mi túnica oficial? ¿Y mi sombrero oficial? ¡Deprisa, hombre, ayúdeme!

—Parece ser de los que se afeitan despacio, señor —dijo el sargento, abandonando a la carrera la habitación detrás del alcalde.

—¡En Klotz el alcalde hizo esperar demasiado al encantador y él tocó su flauta y lo convirtió en un tejón! —dijo el alcalde, abriendo de golpe un armario—. Ah, aquí están... ayúdeme a ponérmelos, ¿quiere?

Cuando llegaron a la plaza del pueblo, jadeantes, el encantador estaba sentado en un banco, rodeado a una distancia prudencial por una multitud muy grande. Estaba examinando la mitad de una salchicha que tenía pinchada con un tenedor. El cabo Knopf permanecía plantado a su lado, como un escolar que acaba de entregar un trabajo muy mal hecho y está esperando a que le digan exactamente cómo de malo es.

—¿Y esto se llama...? —estaba diciendo el encantador de ratas.

—Salchicha, señor —murmuró el cabo Knopf.

—¿O sea que esto es lo que aquí consideráis una salchicha?

La multitud ahogó una exclamación. Mal-Baden estaba muy orgulloso de su tradición de salchichas de ratón de campo y cerdo.

—Síseñor —dijo el cabo Knopf.

—Asombroso —dijo el encantador. Levantó la vista hacia el alcalde—. ¿Y tú eres...?

—Yo soy el alcalde de este pueblo, y...

El encantador levantó una mano y luego señaló con la cabeza al anciano que estaba sentado en su carromato luciendo una amplia sonrisa.

—Mi agente tratará con usted —dijo. Tiró la salchicha, levantó los pies para ponerlos sobre la otra punta del banco, se tapó los ojos con el sombrero y se acostó.

Al alcalde se le puso la cara roja. El sargento Doppelpunkt se acercó para hablarle al oído.

—¡Acuérdese del tejón, señor! —susurró.

—Ah... Sí... —El alcalde, con la poca dignidad que le quedaba, caminó hasta el carromato—. Tengo entendido que la tarifa por librar al pueblo de ratas sería de trescientos dólares... —dijo.

—Pues tiene usted muy mal entendido —replicó el anciano. Echó un vistazo al cuaderno que tenía sobre la rodilla—. A ver... tarifa de desplazamiento... más el recargo especial porque hoy es el día de San Prodnitz... más el impuesto sobre flautas... parece una población de tamaño medio, o sea que hay recargo... el desgaste sobre el carruaje... costes de desplazamiento a dólar el kilómetro... —Levantó la vista—. Le diré qué hacemos, dejémoslo en mil dólares, ¿de acuerdo?

—¡Mil dólares! ¡No tenemos mil dólares! ¡Esto es un atrop...!

—¡Tejón, señor! —dijo entre dientes el sargento Doppelpunkt.

—¿No pueden pagar? —dijo el anciano.

—¡No tenemos una cantidad así! ¡Hemos tenido que gastar mucho dinero en traer comida!

—¿No tienen nada de dinero? —preguntó el anciano.

—¡No tanto, ni mucho menos, no!

El anciano se rascó la barbilla.

—Hum —dijo—. Pues ya veo que tenemos cierto problemilla, porque... a ver... —Garabateó algo en su cuaderno y levantó la vista—. Ya nos deben ustedes cuatrocientos sesenta y siete dólares con diecinueve centavos por la salida, el desplazamiento y los gastos misceláneos.

—¿Cómo? ¡Pero si no ha tocado ni una nota!

—Ah, pero está listo para hacerlo —dijo el anciano—. Venimos de muy lejos. ¿No pueden pagar? Pues estamos en lo que se llama un punto muerto. Él tiene que sacar alguna cosa del pueblo, ¿entienden? Si no, correrá la voz y nadie le mostrará ningún respeto, y si a uno no lo respetan, ¿qué le queda? Si a un encantador de ratas no lo respetan, no es más que...

—... escoria —dijo una voz—. A mí me parece escoria.

El encantador se levantó el ala del sombrero.

La multitud que había delante de Keith se apartó a toda prisa.

—¿Sí? —dijo el encantador.

—No creo que pueda encantar con su flauta ni a una rata —dijo Keith—. No es más que un estafador y un matón. Ja, apuesto a que yo puedo sacar más ratas que él con la flauta.

Una parte de la multitud empezó a alejarse lentamente. Nadie quería estar presente cuando el encantador de ratas perdiera los nervios.

El encantador bajó las botas al suelo y se recolocó el sombrero sobre la cabeza.

—¿Eres un encantador de ratas, chaval? —preguntó en voz baja.

Keith sacó barbilla en gesto desafiante.

—Sí. Y no me llames chaval... viejo.

El encantador sonrió.

—Ah —dijo—. Ya sabía yo que me iba a gustar este sitio. Y también puedes hacer bailar a una rata, ¿verdad, chaval?

—Mejor que tú, flautista.

—A mí eso me parece un desafío —dijo el encantador.

—El encantador de ratas no acepta desafíos de... —empezó a decir el anciano del carromato, pero el encantador le hizo callar con un gesto.

—¿Sabes, chaval? —dijo—. No es la primera vez que algún chaval lo intenta. Yo vengo por la calle y alguien me grita: «¡Ve a buscar tu flautín, amigo!». Y yo me giro y siempre es algún chaval como tú, con la misma cara de tonto. Ahora bien, no quiero que nadie me tache de injusto, chaval, así que si quieres disculparte te dejo que te marches de aquí con el mismo número de piernas con que llegaste...

—Estas asustado. —Malicia salió de entre la multitud.

El encantador le dedicó una sonrisa.

—¿Ah, sí? —dijo.

—Sí, porque todo el mundo sabe lo que pasa en momentos como este. Déjame que le haga una pregunta a este chaval con cara de tonto a quien no he visto nunca: ¿eres huérfano?

—Sí —dijo Keith.

—¿Sabes algo de tu historia familiar?

—No.

—¡Ajá! —dijo Malicia—. ¡Eso lo demuestra! ¡Todos sabemos lo que pasa cuando aparece un huérfano misterioso y desafía a alguien grande y poderoso, ¿verdad? Es como ser el tercer hijo y el menor de un rey. ¡No tiene más remedio que ganar!

Miró a la multitud con expresión triunfa. Pero la multitud no parecía nada convencida. No habían leído tantos cuentos como Malicia, y tenían bastante apego a la experiencia de la vida real, que dice que cuando alguien pequeño y recto se enfrenta con alguien grande y cruel, no tarda en quedar hecho un producto de alimentación infantil.

Sin embargo, alguien que estaba al fondo del gentío gritó:

—¡Dadle una oportunidad al chaval con cara de tonto! ¡Por lo menos saldrá más barato!

Y otra persona gritó:

—¡Sí, es verdad!

Y otra persona gritó:

—¡Estoy de acuerdo con los dos primeros!

Y pareció que nadie se daba cuenta de que todas las voces venían de un nivel cercano al suelo, o bien estaban asociadas con el avance por entre la multitud de un gato zarrapastroso a quien le faltaba la mitad del pelaje. En cambio, hubo un murmullo general, sin verdaderas palabras, sin nada que pudiera meter en líos a nadie si al encantador le entraba el mal genio; un murmullo que indicaba, en un sentido general, sin deseos de causar agravio alguno, y tomando en consideración los puntos de vista de todos, y sopesando una cosa con otra, y siendo ecuánimes, que a la gente le gustaría ver cómo se le daba una oportunidad al chico, si no era molestia, claro, y sin ánimo de ofender.

El encantador se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—. Va a ser algo que dará que hablar. Y cuando gane, ¿qué me llevo?

El alcalde carraspeó.

—Lo normal en estas circunstancias es entregar a tu hija en matrimonio, ¿no? —dijo—. La mía tiene buena dentadura, y sería una bue... sería una esposa para cualquiera que tuviera mucho espacio en las paredes...

—¡Padre! —dijo Malicia.

—Más adelante, más adelante, es obvio —dijo el alcalde—. Puede que no sea un tipo agradable, pero sí es rico.

—No, prefiero llevarme mi paga —dijo el encantador—. De una manera u otra.

—¡Y yo digo que no nos lo podemos permitir! —dijo el alcalde.

—Y yo digo que de una manera u otra —dijo el encantador—. ¿Y tú, chaval?

—Tu flauta de encantar ratas —dijo Keith.

—No. Es mágica, chaval.

—Entonces, ¿por qué te da miedo apostártela?

El encantador entrecerró los ojos.

—Muy bien, pues —dijo.

—Y el pueblo tiene que dejarme que resuelva su problema con las ratas —añadió Keith.

—¿Y cuánto nos vas a cobrar tú? —dijo el alcalde.

—¡Treinta piezas de oro! Treinta piezas de oro. ¡Venga, dilo! —gritó una voz al fondo del gentío.

—No os voy a cobrar nada —dijo Keith.

—¡Idiota! —gritó la voz entre el gentío. La gente miró a su alrededor, desconcertada.

—¿Nada de nada? —preguntó el alcalde.

—No, nada.

—Esto... lo de dar a mi hija en matrimonio sigue en pie, si tú...

—¡Padre!

—No, eso solo pasa en los cuentos —dijo Keith—. Y también os voy a devolver mucha de la comida que han estado robando las ratas.

—¡Pero si se la han comido! —dijo el alcalde—. ¿Qué vas a hacer, meterles el dedo por la garganta?

—He dicho que resolvería vuestro problema con las ratas —dijo Keith—. ¿De acuerdo, señor alcalde?

—Bueno, si no vas a cobrar...

—Pero primero, alguien me tiene que prestar una flauta —continuó Keith.

—¿Es que no tienes ninguna? —dijo el alcalde.

—Se me ha roto.

El cabo Knopf dio un codazo al alcalde.

—Yo tengo un trombón de cuando estuve en el ejército —dijo—. Puedo ir a buscarlo en un periquete.

El encantador de ratas soltó la carcajada.

—¿Qué pasa, que no cuenta? —dijo el alcalde, mientras el cabo Knopf se alejaba a la carrera.

—¿Cómo? ¿Un trombón para encantar ratas? No, no, dejadle que lo intente. No se puede culpar al chaval por intentarlo. Se te da bien el trombón, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Keith.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Quiero decir que nunca he tocado ninguno. Me gustaría mucho más tener una flauta, una trompeta, un flautín o una gaita de Lancre, pero he visto a gente tocar el trombón y no parece tan difícil. En el fondo es una trompeta sobredimensionada.

—¡Ja! —dijo el encantador.

El agente de la guardia regresó corriendo, frotando con la manga un trombón abollado sin conseguir otra cosa que ponerlo todavía más mugriento. Keith lo cogió, limpió la boquilla, se lo llevó a la boca, agarró la vara y por fin tocó una sola nota larga.

—Parece que funciona —dijo—. Supongo que puedo aprender sobre la marcha. —Esbozó una sonrisa breve al encantador de ratas—. ¿Quieres probar tú primero?

—No vas a encantar ni a una sola rata con ese armatoste, chaval —dijo el encantador—, pero me alegro de estar presente para ver cómo lo intentas.

Keith le dedicó otra sonrisa, respiró hondo y tocó.

Allí había una melodía. El instrumento chirriaba y resollaba, porque el cabo Knopf lo había usado de vez en cuando como martillo, pero había una melodía, bastante rápida, casi garbosa. Se podía bailar claque con ella.

Y alguien bailó claque con ella.

Sardinas emergió de una grieta en una pared cercana, diciendo «un dos tres cuatro» por lo bajo. La multitud vio cómo bailaba ferozmente por los adoquines hasta desaparecer en un desagüe. Luego se pusieron a aplaudir.

El encantador miró a Keith.

—¿Esa rata llevaba sombrero? —preguntó.

—No me he fijado —dijo Keith—. Te toca.

El encantador de ratas sacó una pieza corta de flauta del interior de su chaqueta. A continuación se sacó otro tramo de flauta del bolsillo y lo acopló al primero. Hicieron un «clic» que sonó casi militar.

Sin dejar de mirar a Keith, y sin dejar de sonreír, el encantador cogió una boquilla del bolsillo de su pechera y la enroscó al resto de la flauta, haciendo otro «clic» muy concluyente.

Luego se llevó el instrumento a la boca y tocó.

Desde su puesto de observación sobre un tejado, Gran Ahorro gritó por una tubería:

—¡Ahora! —Y se metió dos bolas de algodón en los oídos.

Al final de la tubería, Ensalmuera acercó la boca a un conducto de desagüe y gritó:

—¡Ahora! —Y él también echó mano a sus tapones.

... ora, ora, ora, fue el eco que viajó por las tuberías...

—¡Ahora! —gritó Castañoscuro en el sótano de las jaulas. Embutió un puñado de paja en la tubería—. ¡Todos a taparse los oídos!

Habían hecho lo que habían podido con las jaulas de las ratas. Malicia había traído mantas, y las ratas se habían pasado una hora de trabajo febril tapando los agujeros de las paredes con barro. También habían hecho lo que habían podido para alimentar a las prisioneras como era debido, y aunque solo eran kikís resultaba conmovedor ver cómo se encogían con tanto desespero.

Castañoscuro se volvió hacia Nutritiva.

—¿Tienes los oídos tapados? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—¡Bien! —Castañoscuro cogió dos bolas de algodón—. Será mejor que esa chica que dice bobadas tenga razón en esto —dijo—. Porque no creo que a muchos de nosotros nos queden fuerzas para correr.

El encantador volvió a tocar y se quedó mirando su flauta.

—Una sola rata —dijo Keith—. La que tú quieras.

El encantador lo fulminó con la mirada y volvió a soplar.

—Yo no oigo nada —comentó el alcalde.

—Los humanos no pueden oírlo —masculló el encantador.

—Tal vez esté rota —dijo Keith en tono solícito.

El encantador volvió a probar. Se oyeron murmullos entre el gentío.

—Has hecho algo —masculló.

—¿Ah, sí? —dijo Malicia en voz bien alta—. ¿Y qué puede haber hecho? ¿Decirles a las ratas que se queden bajo tierra con los oídos bien tapados?

Los murmullos se convirtieron en risas apagadas.

El encantador probó una vez más. Keith notó que se le erizaba el vello de la nuca.

Emergió una rata. Avanzó lentamente por los adoquines, rebotando de un lado a otro, hasta llegar a los pies del encantador, donde se cayó a un lado y empezó a emitir un zumbido.

La gente se quedó boquiabierta.

Era un señor Clicky.

El encantador lo golpeó con la punta del pie. La rata mecánica salió rodando un trecho y por fin su muelle, como resultado de sufrir el castigo de las trampas durante meses, cedió. Se oyó un poiyonngggg y hubo una breve lluvia de ruedas dentadas.

La multitud estalló en carcajadas.

—Hum —dijo el encantador, y esta vez la mirada que dedicó a Keith estaba teñida de admiración involuntaria—. Muy bien, chaval —dijo—. ¿Podemos tener una pequeña charla tú y yo? ¿De flautista a flautista? ¿Allí en la fuente?

—Siempre y cuando la gente nos pueda ver —respondió Keith.

—¿No confías en mí, chaval?

—Claro que no.

El encantador sonrió.

—Bien. Tienes madera de encantador de ratas, se te nota.

Cuando llegaron a la fuente, se sentó con las botas por delante y le ofreció la flauta. Era de bronce, con un grabado de hojalata que tenía ratas en relieve, y relucía bajo la luz del sol.

—Ten —dijo el flautista—. Cógela. Es buena. Tengo muchas más. Venga, cógela. Me gustaría oír cómo la tocas.

Keith la miró con incertidumbre.

—Todo es un truco, chaval —dijo el encantador, mientras la flauta resplandecía como un haz de luz del sol—. ¿Ves esa vara pequeña de ahí? Si la mueves hacia abajo, la flauta toca una nota especial que los humanos no pueden oír. Pero las ratas sí. Y las vuelve locas. Salen corriendo del subsuelo y tú te las llevas al río, como si fueras un perro pastor.

—¿Y eso es todo? —preguntó Keith.

—¿Acaso te esperabas algo más?

—Bueno, sí. Dicen que conviertes a la gente en tejones y que te llevas a los niños a cavernas mágicas, y que...

El encantador se inclinó hacia delante con aire conspiratorio.

—Siempre vale la pena hacer publicidad, chaval. A veces estos pueblecitos pueden ser bastante lentos a la hora de separarse del dinero. Porque lo que tiene convertir a la gente en tejones y todo eso es lo siguiente: que nunca pasa por aquí cerca. Casi nadie de por aquí viaja nunca más de quince kilómetros en toda su vida. Así que pueden creerse que a ochenta kilómetros pase cualquier cosa. En cuanto la historia se propaga, ella hace el trabajo por ti. La mitad de las cosas que la gente dice que he hecho ni siquiera me las he inventado yo.

—Dime —dijo Keith—. ¿Has conocido alguna vez a alguien llamado Mauricio?

—¿Mauricio? ¿Mauricio? Creo que no.

—Asombroso —dijo Keith. Cogió la flauta y dedicó al encantador una mirada larga y pausada—. Y ahora, encantador de ratas —dijo—, creo que te vas a llevar a las ratas de este pueblo. Va a ser el trabajo más impresionante que hayas hecho nunca.

—¿Eh? ¿Cómo? Has ganado tú, chaval.

—Te vas a llevar a las ratas porque es así como tiene que ser —dijo Keith, sacando brillo a la flauta con la manga—. ¿Por qué cobras tanto dinero?

—Porque les doy un espectáculo —respondió el encantador—. La ropa elegante, la chulería... cobrar mucho dinero forma parte de todo eso. Tienes que darles magia, chaval. Si les dejas pensar que no eres más que un cazador de ratas sofisticado, tendrás suerte si te dan un almuerzo a base de queso y un afable apretón de manos.

—Lo haremos juntos y las ratas nos seguirán, nos seguirán de verdad al río. No te molestes en hacer el truco de la nota, esto va a ser todavía mejor. Va a ser... va a ser un... cuento genial —dijo Keith—. Y te vas a llevar tu dinero. Que son trescientos dólares, ¿verdad? Pero te vas a conformar con la mitad, porque te estoy ayudando.

—¿A qué juegas, chaval? Ya te he dicho que tú has ganado.

—Todo el mundo gana. Confía en mí. Es a ti a quien han hecho venir. Tienen que pagar al flautista. Además... —Keith sonrió—. No me conviene que la gente piense que no hay que pagar a los flautistas, ¿verdad?

—Y yo pensando que solo eras un chaval con cara de tonto —dijo el flautista—. ¿Qué clase de arreglo tienes con las ratas?

—No te lo creerías, flautista. No te lo creerías.

Ensalmuera correteó por los túneles, escarbó en el barro y en la paja que habían usado para bloquear el último de ellos y por fin se metió en la sala de las jaulas. Las ratas del Clan se destaparon los oídos al verlo.

—¿Lo está haciendo? —dijo Castañoscuro.

—¡Síseñor! ¡Ahora mismo!

Castañoscuro levantó la vista hacia las jaulas. Las kikís estaban más calmadas, ahora que el rey de las ratas había muerto y habían comido algo. Pero a juzgar por su olor estaban desesperadas por marcharse de allí. Y las ratas que montan en pánico siempre siguen a otras ratas...

—Muy bien —dijo—. ¡Corredoras, listas! ¡Abrid las jaulas! ¡Aseguraos de que os están siguiendo! ¡Ya, ya, ya!

Y aquel fue casi el final de la historia.

Cómo gritó la multitud cuando empezaron a salir ratas de todos los agujeros y desagües. Cómo vitorearon cuando los dos flautistas salieron bailando del pueblo, con las ratas corriendo tras ellos. Cómo silbaron cuando las ratas se tiraron del puente y se zambulleron en el río.

No se dieron cuenta de que algunas ratas se habían quedado en el puente, apremiando a las demás con gritos de: «¡Acordaos, brazadas fuertes y regulares!» y «¡Hay una playa bien maja bajando un poco por el río!» y «Tiraos con las patas por delante, que duele menos!».

Aunque se hubieran dado cuenta, lo más seguro es que no habrían dicho nada. Esa clase de detalles no encajan.

Y el encantador se fue bailando por las colinas y nunca jamás regresó.

Hubo un aplauso generalizado. Había sido un buen espectáculo, todo el mundo se mostró de acuerdo, por muy caro que hubiera salido. Sin duda era algo que podrían contar a sus hijos.

El chaval con cara de tonto, tras batirse en duelo con el encantador, regresó paseando a la plaza. También se llevó una ronda de aplausos. Estaba resultando ser un buen día en todos los sentidos. La gente se preguntaba si les iba a hacer falta tener más hijos para que cupieran todas las historias.

Pero en cuanto llegaron las otras ratas se dieron cuenta de que iban a tener bastantes para guardárselas a sus nietos.

Aparecieron de pronto, saliendo en tromba de los desagües y las cloacas y las grietas. No chillaban ni tampoco estaban corriendo. Se quedaron sentadas allí, mirando a todo el mundo.

—¡Eh, flautista! —gritó el alcalde—. ¡Te has dejado a unas cuantas!

—No. No somos las ratas que siguen a los flautistas —dijo una voz—. Somos con las que tenéis que hacer tratos.

El alcalde bajó la vista. Había una rata plantada junto a sus botas, mirándole. Parecía que sujetaba una espada.

—Padre —dijo Malicia detrás de él—. Sería buena idea escuchar a esa rata.

—¡Pero si es una rata!

—Él ya lo sabe, padre. Y sabe cómo recuperar tu dinero y gran parte de la comida y dónde encontrar a algunos de los que nos han estado robando la comida a todos.

—¡Pero si él es una rata!

—Sí, padre. Pero si hablas con él con corrección, nos puede ayudar.

El alcalde contempló las filas en formación del Clan.

—¿Tenemos que hablar con unas ratas? —dijo.

—Sería muy buena idea, padre.

—¡Pero es que son ratas! —El alcalde parecía intentar aferrarse a aquella idea como si la idea fuera un chaleco salvavidas en un mar azotado por la tormenta y él fuese a ahogarse si lo soltaba.

—Perdón, perdón —dijo una voz a sus espaldas.

Bajó la vista y vio a un gato sucio y medio chamuscado, que le sonrió.

—¿Ese gato acaba de hablar? —preguntó el alcalde.

Mauricio miró a su alrededor.

—¿Cuál? —dijo.

—¡Tú! ¿Tú acabas de hablar?

—¿Te sentirías mejor si respondiera que no? —dijo Mauricio.

—¡Pero los gatos no pueden hablar!

—Bueno, no te puedo prometer que fuera capaz de dar, ya sabes, un discurso completo de esos de después de la cena, y tampoco me pidas que haga un monólogo cómico —dijo Mauricio—. Y no soy nada bueno pronunciando palabras difíciles como «proliferación» y «emolumento». Pero me siento bastante cómodo con la conversación básica y con departir de forma simple y saludable. Hablando en calidad de gato, me gustaría saber qué tiene que decir la rata.

—¿Señor alcalde? —dijo Keith, acercándose y haciendo girar con los dedos su nueva flauta de encantador—. ¿No le parece que es hora de que yo resuelva de una vez por todas su problema con las ratas?

—¿Que lo resuelvas? Pero...

—Lo único que tiene que hacer es hablar con ellas. Reúna al consistorio y hable con ellas. La cosa está en sus manos, señor alcalde. Puede usted vociferar y gritar y llamar a los perros y la gente puede correr de un lado a otro y azotar a las ratas con escobas y, sí, ellas se escaparán. Pero no irán lejos. Y volverán. —Cuando estuvo plantado frente al perplejo alcalde, se acercó para hablarle al oído y le dijo en voz baja—: Y viven debajo de los tablones de su suelo, señor. Saben usar el fuego. Lo saben todo de venenos. Oh, sí. Así que... escuche usted a esa rata.

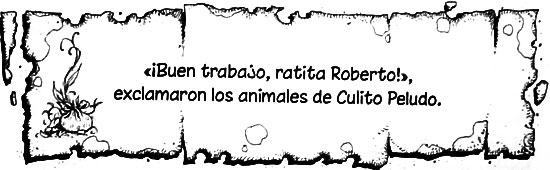
—¿Ese bicho, nos está amenazando? —dijo el alcalde, bajando la vista hacia Castañoscuro.

—No, señor alcalde —dijo Castañoscuro—. Le estoy ofreciendo... —miró con el ceño fruncido a Mauricio, que asintió— una oportunidad maravillosa.

—¿De verdad puedes hablar? ¿Puedes pensar? —dijo el alcalde.

Castañoscuro lo miró. Había sido una noche dura. No quería acordarse de nada de lo sucedido. Y ahora iba a ser un día todavía más largo y más duro. Respiró hondo.

—Esto es lo que le sugiero —dijo—. Finja usted que las ratas pueden pensar, y yo le prometo que fingiré que los humanos también.



## 

## Capítulo 12

De El señor Conejín tiene una aventura

La multitud se agolpó en el salón de consejos del Rathaus. La mayor parte tuvo que quedarse fuera, estirando el cuello para mirar por encima de las cabezas de los demás y ver qué estaba pasando.

Los miembros del consistorio estaban apelotonados en un extremo de su larga mesa. En el otro extremo estaban en cuclillas una docena aproximada de las ratas de más edad.

Y en el medio estaba Mauricio. Había aparecido allí de repente, subiendo de un salto desde el suelo.

Saltamecha el relojero fulminó con la mirada a los demás miembros del consistorio.

—¡Estamos hablando con ratas! —dijo en tono cortante, intentando hacerse oír por encima del barullo—. ¡Como esto salga de aquí vamos a ser el hazmerreír! «El pueblo que hablaba con sus ratas.» ¿No os lo imagináis?

—Las ratas no son para hablar con ellas —dijo Raufman el botero, clavándole un dedo al alcalde—. ¡Un alcalde que conociera su trabajo haría venir a los cazadores de ratas!

—Según dice mi hija, están encerrados en un sótano —dijo el alcalde. Se quedó mirando el dedo.

—¿Encerrados por tus ratas parlantes? —preguntó Raufman.

—Encerrados por mi hija —respondió el alcalde, sin perder la calma—. Aparte ese dedo, señor Raufman. Ella se ha llevado a los agentes de la guardia allí abajo. Malicia ha hecho acusaciones muy graves, señor Raufman. Dice que hay montones de comida almacenados debajo del cobertizo. Dice que la han estado robando y vendiéndosela a los comerciantes del río. El jefe de los cazadores de ratas es cuñado de usted, ¿verdad, señor Raufman? Recuerdo que estaba usted muy ansioso por verlo elegido para el cargo, ¿verdad?

Hubo una conmoción afuera. El sargento Doppelpunkt se abrió paso a empujones, con una enorme sonrisa, y dejó una salchicha enorme sobre la mesa.

—Una salchicha apenas se puede llamar robo —dijo Raufman.

Hubo una conmoción mayor entre el gentío, que ahora se apartó para dejar al descubierto algo que era, para ser precisos, una versión muy lenta del cabo Knopf. El hecho no se hizo evidente, sin embargo, hasta que le quitaron de encima tres sacos de cereales, ocho ristras de salchichas, un tonel de remolacha en vinagre y quince repollos.

El sargento Doppelpunkt se cuadró con elegancia, mientras se oían palabrotas veladas y repollos cayendo al suelo.

—¡Pido permiso para llevarme a seis hombres y subir entre todos lo que falta, señor! —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Dónde están los cazadores de ratas? —preguntó el alcalde.

—Pues la han... fastidiado bien, señor —dijo el sargento—. Les he preguntado si querían salir, pero ellos me han dicho que les gustaría quedarse allí un ratito más, gracias, aunque les gustaría que les llevaran un vaso de agua y pantalones limpios.

—¿Y no han dicho nada más?

El sargento Doppelpunkt se sacó su cuaderno.

—Sí, señor, han dicho muchas cosas. Estaban llorando, en realidad. Han dicho que lo confesarían todo a cambio de los pantalones limpios. Y también había esto, señor.

El sargento salió un momento y volvió con una caja bastante pesada, que dejó con un golpe sordo sobre la mesa barnizada.

—Actuando a partir de información que nos ha proporcionado una rata, señor, hemos echado un vistazo debajo de los tablones del suelo. Debe de haber más de doscientos dólares, señor. Dinero ganado ilegalmente, señor.

—¿Les ha proporcionado información una rata?

El sargento se sacó a Sardinas del bolsillo. El roedor estaba comiendo una galleta, pero se levantó el sombrero con gesto cortés.

—¿Eso no es un poco... antihigiénico? —preguntó el alcalde.

—No, capi, se ha lavado las manos —dijo Sardinas.

—¡Estaba hablando con el sargento!

—No, señor. Es un tipillo muy majo, señor. Bien limpio. Me recuerda a un hámster que yo tenía cuando era niño, señor.

—Bueno, gracias, sargento, buen trabajo, por favor vaya a...

—Se llamaba Horacio —añadió el sargento en tono solícito.

—Gracias, sargento, y ahora...

—Me llena de alegría volver a ver unas mejillitas llenas de comida, señor.

—¡Gracias, sargento!

Después de que el sargento se marchara, el alcalde se dio la vuelta y clavó la mirada en señor Raufman. El hombre tuvo la delicadeza de mostrarse avergonzado.

—Apenas lo conozco —dijo—. ¡No es más que un tipo con el que mi hermana se casó, eso es todo! ¡Apenas lo veo nunca!

—Lo entiendo muy bien —dijo el alcalde—. Y no tengo intención de pedirle al sargento que vaya a registrar la despensa de usted. —Esbozó una sonrisita, se sorbió la nariz y añadió—: Por el momento. A ver, ¿dónde estábamos?

—Estaba a punto de contaros una historia —dijo Mauricio.

Los miembros del consistorio se lo quedaron mirando.

—¿Y tú te llamas...? —dijo el alcalde, que ahora se sentía de bastante buen humor.

—Mauricio —dijo Mauricio—. Soy negociador por cuenta propia, más o menos. Veo que a vosotros os cuesta hablar con ratas, pero a los humanos os gusta hablar con los gatos, ¿verdad?

—¿Como en Dick Livingstone? —dijo Saltamecha.

—Sí, eso, igual, y... —empezó a decir Mauricio.

—¿Y el Gato con Botas? —preguntó el cabo Knopf.

—Sí, claro, los libros —dijo Mauricio, con el ceño fruncido—. En resumidas cuentas... los gatos pueden hablar con las ratas, ¿de acuerdo? Y os voy a contar un cuento. Pero primero, os voy a contar que mis clientes, las ratas, abandonarán todas este pueblo si queréis vosotros, y no volverán nunca. Jamás.

Los humanos se lo quedaron mirando. También las ratas.

—¿Eso haremos? —dijo Castañoscuro.

—¿Eso harán? —dijo el alcalde.

—Sí —dijo Mauricio—. Y ahora, os voy a contar una historia sobre el pueblo afortunado. Todavía no sé cómo se llama. Supongamos que mis clientes se marchan de aquí y bajan el río, ¿de acuerdo? Hay muchos pueblos por este río, no me cabe duda. Y en algún lugar hay un pueblo que dirá: vaya, pero si podemos hacer un pacto con las ratas. Y ese pueblo será muy, muy afortunado, porque entonces habrá reglas, ¿lo entendéis?

—Pues no del todo, no —dijo el alcalde.

—Bueno, en ese pueblo afortunado, ¿verdad?, una señora que prepare, por ejemplo, una bandeja de pasteles, pues en fin, lo único que tendrá que hacer es ir a la ratera más cercana y decir: «Buenos días, ratas, tengo un pastel para vosotras y agradecería mucho que el resto no los tocarais». Y las ratas dirán: «A sus órdenes, señora, ningún problema». Y entonces...

—¿Estás diciendo que tenemos que sobornar a las ratas? —preguntó el alcalde.

—Salen más baratas que los flautistas —dijo Mauricio—. Y en todo caso, será un sueldo. Un sueldo por hacer qué, oigo que exclamáis.

—¿Yo he exclamado eso? —preguntó el alcalde.

—Lo ibas a hacer —dijo Mauricio—. Y yo te iba a contestar que sería un sueldo en concepto de... control de alimañas.

—¿Cómo? Pero si las ratas son alim...

—¡No lo diga! —interrumpió Castañoscuro.

—Alimañas como las cucarachas —dijo Mauricio sin perder la calma—. Me he fijado en que tenéis muchas por aquí.

—¿Las cucarachas pueden hablar? —preguntó el alcalde. Ahora tenía la expresión ligeramente atormentada de cualquiera a quien Mauricio hablara, aunque fuera unos segundos. Una expresión que decía: «Estoy yendo a donde no querría ir, pero no sé cómo bajarme».

—No —dijo Mauricio—. Ni tampoco los ratones, ni las ratas norma... quiero decir, las demás ratas. Pero en fin, las alimañas serán cosa del pasado en ese pueblo afortunado, porque sus nuevas ratas serán como una fuerza policial. Caramba, el Clan protegerá vuestras despensas... Perdón, quiero decir las despensas de ese pueblo. No harán falta cazadores de ratas. Pensad en lo que se van a ahorrar. Pero eso solo será el principio. En ese pueblo afortunado también se enriquecerán los ebanistas.

—¿Cómo? —dijo bruscamente Hauptmann el ebanista.

—Porque las ratas trabajarán para ellos —dijo Mauricio—. Tienen que estar royendo todo el tiempo para que no les crezcan demasiado los dientes, así que ya puestos se podrían dedicar a hacer relojes de cuco. Y a los relojeros también les va a ir muy bien.

—¿Por qué? —preguntó Saltamecha el relojero.

—Patitas minúsculas, estupendas para manipular muelles y cositas pequeñas —dijo Mauricio—. Y luego...

—¿Fabricarán solamente relojes de cuco o también otras cosas? —preguntó Hauptmann.

—... y luego está todo el aspecto turístico —continuó Mauricio—. Por ejemplo, el Reloj de las Ratas. ¿Conocéis ese reloj que tienen en Jdienda? ¿En la plaza del pueblo? ¿Del que cada cuarto de hora salen unas figuritas y aporrean las campanas? ¿Cling bong bang, bing clong bong? Muy popular, se pueden conseguir postales de él y todo. Una gran atracción. La gente viene de muy lejos solo para plantarse allí y esperar a que suene. ¡Bueno, el pueblo afortunado tendrá a ratas tañendo las campanas!

—Lo que estás diciendo, pues —señaló el relojero— es que si nosotros... o sea, si el pueblo afortunado tuviera un reloj enorme y especial, y ratas, ¿tal vez vendría gente a verlo?

—¿Y se quedaría plantada esperando hasta un cuarto de hora? —dijo alguien.

—El tiempo ideal para comprar miniaturas talladas a mano del reloj —dijo el relojero.

La gente empezó a pensar en aquello.

—Tazones con ratas pintadas —dijo un alfarero.

—Tazas y platillos de madera roídos a mano de recuerdo —dijo Hauptmann.

—¡Ratas de peluche!

—¡Pinchitos de rata!

Castañoscuro respiró hondo. Mauricio se apresuró a decir:

—Buena idea, hechas de toffee, naturalmente. —Echó un vistazo hacia Keith—. Y sospecho que el pueblo querrá incluso contratar a su propio encantador de ratas, también. Ya sabéis. Para las ocasiones solemnes—. «Hazte un retrato en compañía del Encantador Oficial y sus Ratas», algo así.

—¿Alguna posibilidad de que haya un teatrillo? —dijo una vocecita.

Castañoscuro se giró de golpe.

—¡Sardinas! —dijo.

—Bueno, capi, he pensado que si todo el mundo iba a participar en el espectáculo... —protestó Sardinas.

—Mauricio, tenemos que hablar de esto —dijo Peligro Alubias, tirando de la pata del gato.

—Perdonadme un momento —dijo Mauricio, dedicando al alcalde una breve sonrisa—. Necesito consultar una cosa con mis clientes. Por supuesto —añadió—, estoy hablando del pueblo afortunado. Que no va a ser este porque, por supuesto, cuando mis clientes se marchen de aquí, vendrán otras ratas a ocupar su lugar. Siempre hay más ratas. Y esas no hablarán, y tampoco tendrán reglas, y se mearán dentro de la leche y tendréis que encontrar cazadores de ratas nuevos, unos que sean de confianza, y ya no tendréis tanto dinero porque todo el mundo estará visitando el otro pueblo. Es una idea, nada más.

Desfiló hasta el extremo de la mesa y se volvió hacia las ratas.

—¡Me estaba yendo tan bien! —dijo—. Podríais sacar el diez por ciento, ¿sabéis? ¡Vuestras caras en tazones, todo!

—¿Y para esto nos hemos pasado la noche entera luchando? —escupió Castañoscuro—. ¿Para ser mascotas?

—Mauricio, esto no está bien —dijo Peligro Alubias—. Seguramente es mejor apelar al vínculo común entre especies inteligentes que...

—Yo no sé nada de especies inteligentes. Aquí estamos tratando con humanos —replicó Mauricio—. ¿Habéis oído hablar de las guerras? Son muy populares entre los humanos. Luchan contra otros humanos. No son precisamente unos entusiastas de los vínculos comunes.

—Sí, pero nosotros no somos...

—Escucha —dijo Mauricio—. Hace diez minutos esa gente pensaba que erais una plaga. Ahora piensan que sois... útiles. ¿Quién sabe qué puedo conseguir que piensen dentro de media hora?

—¿Quieres que trabajemos para ellos? —dijo Castañoscuro—. ¡Nos hemos ganado nuestro lugar!

—Estaréis trabajando para vosotros mismos —le corrigió Mauricio—. Escuchad, esta gente no son filósofos, son... de andar por casa. No entienden lo de los túneles. Este es un pueblo de comerciantes. Hay que abordarlos de la manera correcta. En todo caso, ya ibais a evitar que vinieran por aquí las demás ratas, y no ibais a dedicaros a mear en la compota, así que por qué no dejar que os lo agradezcan. —Volvió a probar—. Va a haber gritos a mansalva, sí, vale. Y después tarde o temprano vais a tener que hablar. —Vio que la perplejidad todavía les nublaba la vista y se giró hacia Sardinas, desesperado—. Ayúdame.

—Tiene razón, jefe. Hay que darles espectáculo —dijo Sardinas, haciendo unos cuantos pasos nerviosos de baile.

—¡Se van a reír de nosotros! —exclamó Castañoscuro.

—Mejor que rían que no que griten, jefe. Es un comienzo. Hay que bailar, jefe. Puedes pensar y puedes luchar, pero el mundo no para de moverse, y si no quieres quedarte atrás, hay que bailar. —Se levantó el sombrero e hizo girar el bastón. Al otro lado de la sala, un par de humanos lo vieron y soltaron la risita—. ¿Lo ve? —dijo.

—Yo había confiado en que hubiera una isla en alguna parte —dijo Peligro Alubias—. Un sitio donde las ratas pudieran ser verdaderamente ratas.

—Y ya hemos visto adónde lleva eso —dijo Castañoscuro—. ¿Y sabes? Creo que no existe ninguna isla maravillosa en la lejanía para gente como nosotros. No para nosotros. —Suspiró—. Si hay una isla maravillosa en alguna parte, está aquí. Pero yo no tengo intención de bailar.

—Lo decía en sentido figurado, jefe, en sentido figurado —dijo Sardinas, dando brincos sobre un pie y sobre el otro.

Del otro extremo de la mesa vino un golpe sordo. El alcalde acababa de golpearla con el puño.

—¡Tenemos que ser prácticos! —estaba diciendo—. ¿Cómo de peor nos pueden ir las cosas? Ellas pueden hablar. No voy a volver a pasar por todo esto, ¿entendéis? Tenemos comida, hemos recuperado una gran parte del dinero, hemos sobrevivido al flautista... estas ratas nos traen suerte...

Las figuras de Keith y de Malicia se cernieron sobre las ratas.

—Da la impresión de que mi padre se está haciendo a la idea —dijo Malicia—. ¿Y vosotros?

—Las discusiones siguen su curso —dijo Mauricio.

—Yo... ejem... lo sien... ejem... mirad, Mauricio me ha indicado dónde buscar y he encontrado esto en el túnel —dijo Malicia. Las páginas estaban pegadas entre ellas, y todas manchadas, y las había cosido una persona muy impaciente, pero todavía se podía reconocer como El señor Conejín tiene una aventura—. He tenido que levantar muchas rejas de los desagües para encontrar todas las páginas —dijo.

Las ratas se lo quedaron mirando. Luego miraron a Peligro Alubias.

—Es El señor conej... —empezó a decir Melocotones.

—Lo sé. Lo puedo oler —dijo Peligro Alubias.

Todas las ratas volvieron a mirar lo que quedaba del libro.

—Es una mentira —dijo Melocotones.

—Tal vez solo sea un cuento bonito —dijo Sardinas.

—Sí —dijo Peligro Alubias—. Sí. —Giró sus ojos nublados de color rosa hacia Castañoscuro, que tuvo que refrenar su impulso de postrarse, y añadió—: Tal vez sea un mapa.

Si todo esto fuera un cuento, en lugar de la vida real, entonces los humanos y las ratas se habrían estrechado la mano y se habrían adentrado en un futuro nuevo y luminoso.

Pero como era la vida real, tenía que haber un contrato. Una guerra que se había estado librando desde que la gente empezó a vivir en casas no podía terminar con una simple sonrisa feliz. Y tenía que haber un comité. Había muchos detalles que discutir. El consistorio estaba en ello, y también la mayoría de las ratas veteranas, y Mauricio iba de un lado al otro de la mesa, participando.

Castañoscuro estaba sentado en una punta. Se moría de ganas de dormir. Le dolía la herida, le dolían los dientes y llevaba una eternidad sin comer. Durante horas la discusión fluyó en ambas direcciones por encima de su cabeza, que a duras penas se mantenía erguida. No prestaba atención a quién estaba hablando. La mayor parte del tiempo parecía que era todo el mundo.

—Siguiente punto del día: cascabeles obligatorios para todos los gatos. ¿De acuerdo?

—¿No podemos volver a la cláusula treinta, señor, ejem, Mauricio? ¿Estaba usted diciendo que matar a una rata se consideraría asesinato?

—Sí. Por supuesto.

—Pero si no es más que...

—¡Habla con la pata, amigo, porque los bigotes no lo quieren saber!

—El gato tiene razón —dijo el alcalde—. ¡Su pregunta está fuera de lugar, señor Raufman! Ya hemos hablado de esto.

—¿Y qué pasa si una rata me quita algo?

—Ejem. En ese caso se considerará robo, y la rata tendrá que ir ante la justicia.

—Ah, joven... —dijo Raufman.

—Melocotones. Soy una rata, señor.

—Y... ejem... y los agentes de la guardia van a poder meterse en los túneles de las ratas, ¿verdad?

—¡Sí! Porque va a haber agentes rata en la guardia. Va a tener que haberlos —dijo Mauricio—. ¡No hay problema!

—¿En serio? ¿Y qué piensa de eso el sargento Doppelpunkt? ¿Sargento Doppelpunkt?

—Esto... no sé, señor. Podría estar bien, supongo. Sé que yo no me puedo meter por una ratera. Vamos a tener que hacer las placas más pequeñas, claro.

—Pero seguramente no estará sugiriendo usted que a un agente rata se le pueda permitir que detenga un humano...

—Oh, sí, señor —dijo el sargento.

—¿Cómo?

—Bueno, si esa rata ha hecho el juramento como es debido y es un hombre de la guardia... Quiero decir una rata de la guardia... entonces no puedes ir por ahí diciendo que no te dejan arrestar a nadie más grande que tú, ¿verdad? Podría ser útil tener a una rata en la guardia. Tengo entendido que hacen un truco en el que te suben por la pernera del pantalón...

—Caballeros, tenemos que seguir a lo nuestro. Les sugiero que esto vaya al subcomité.

—¿A cuál, señor? ¡Ya tenemos diecisiete!

Uno de los miembros del consistorio soltó un bufido. Se trataba del señor Schlummer, que tenía noventa y cinco años y se había pasado la mañana entera durmiendo plácidamente. El bufido quería decir que se estaba despertando.

Miró al otro lado de la mesa. Se le movieron las patillas.

—¡Ahí hay una rata! —dijo, señalando con el dedo—. ¡Miren, mm, con todo el descaro del mundo! ¡Una rata! ¡Con sombrero!

—Sí, señor. Esto es una reunión para hablar con las ratas, señor —dijo la persona que estaba a su lado.

Él bajó la vista y buscó a tientas sus gafas.

—¿Cómo? —dijo. Miró más de cerca—. A ver —dijo—, ¿no eres, mm, tú también una rata?

—Sí, señor. Me llamo Nutritiva, señor. Hemos venido a hablar con los humanos. Para que se acaben los problemas.

El señor Schlummer se quedó mirando a la rata. Luego miró al otro lado de la mesa, donde estaba Sardinas, que se levantó el sombrero. Luego miró al alcalde, que asintió con la cabeza. Volvió a mirar a todos, moviendo los labios mientras intentaba entender todo aquello.

—¿Estáis hablando todos? —dijo por fin.

—Sí, señor —respondió Nutritiva.

—Y entonces... ¿quién escucha? —dijo.

—Estamos llegando a eso —dijo Mauricio.

El señor Schlummer lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tú eres un gato? —exigió saber.

—Sí, señor —dijo Mauricio.

El señor Schlummer digirió lentamente aquella idea también.

—Yo pensaba que a las ratas las matábamos —dijo, como si ya no estuviera del todo seguro.

—Sí, pero fíjese, señor, esto es el futuro —dijo Mauricio.

—¿Ah, sí? —dijo el señor Schlummer—. ¿En serio? Siempre me pregunté cuándo iba a venir. En fin. ¿Y ahora los gatos también hablan? ¡Buen trabajo! Hay que, mm, modernizarse, salta a la vista. Despiértame cuando traigan el, mm, té, ¿quieres, minino?

—Ejem... ya no está permitido llamar «minino» a los gatos si uno tiene más de diez años, señor —dijo Nutritiva.

—Cláusula 19b —dijo Mauricio, con firmeza—. «Nadie podrá poner motes ridículos a los gatos a menos que tenga intención de darles comida de inmediato.» Esa cláusula es mía —añadió con orgullo.

—¿En serio? —dijo el señor Schlummer—. Caramba, sí que es raro el futuro. Pese a todo, me atrevo a decir que todo necesitaba un buen arreglo...

Se volvió a reclinar en su silla y al cabo de un momento se puso a roncar.

A su alrededor volvieron a empezar las discusiones, y no se detuvieron. Hablaba mucha gente. Había quien escuchaba. De vez en cuando se ponían de acuerdo... y pasaban a otra cosa... y discutían. Pero los montones de papel de la mesa crecían y parecían cada vez más oficiales.

Castañoscuro se obligó a despertarse otra vez y se dio cuenta de que alguien lo estaba observando. En la otra punta de la mesa, el alcalde le estaba dirigiendo una mirada larga y pensativa.

Mientras lo observaba, el hombre se reclinó hacia atrás y le dijo algo a un secretario, que asintió y dio la vuelta a la mesa, pasando junto a la gente que discutía, hasta llegar a donde estaba Castañoscuro.

Se inclinó.

—¿Me... pue-des... en-ten-der? —dijo, pronunciando cada sílaba con gran cuidado.

—Sí... por-que... no... soy... ton-to —respondió Castañoscuro.

—Oh, ejem... El alcalde se pregunta si puede verte en su despacho privado —dijo el secretario—. Es esa puerta de ahí. Puedo ayudarte a bajar, si quieres.

—Y yo te puedo morder el dedo, si quieres —dijo Castañoscuro.

El alcalde ya se estaba alejando de la mesa. Castañoscuro bajó deslizándose y lo siguió. Nadie prestó la menor atención a ninguno de los dos.

El alcalde esperó a que la cola de Castañoscuro pasara del todo y cerró la puerta con suavidad.

La sala era pequeña y estaba desordenada. El papel ocupaba la mayoría de las superficies planas. Las librerías llenaban varias paredes; había libros adicionales y más papel embutidos entre la parte superior de los libros y cualquier espacio que quedara en los estantes.

El alcalde, moviéndose con delicadeza exagerada, fue a sentarse en una silla giratoria grande y bastante destartalada, y bajó la vista hacia Castañoscuro.

—No me veo muy capaz de esto —dijo—. Me ha parecido que debíamos tener una... pequeña charla. ¿Te puedo levantar del suelo? Es que me resultaría más fácil hablar contigo si estuvieras encima de mi mesa...

—No —dijo Castañoscuro—. Y a mí me resultaría más fácil hablar contigo si estuvieras tumbado en el suelo. —Suspiró. Estaba demasiado cansado para los juegos—. Si apoyas la mano en el suelo, saltaré encima y la puedes subir hasta el nivel de la mesa —dijo—. Pero como intentes algún truco sucio, te arrancaré el pulgar de un mordisco.

El alcalde lo levantó, con extrema cautela. Castañoscuro saltó sobre la masa de papeles, tazas vacías de té y plumas viejas que cubrían el maltrecho tablero de cuero de la mesa, y se quedó mirando a aquel hombre avergonzado.

—Esto... ¿tu trabajo te da mucho papeleo? —preguntó el alcalde.

—Melocotones apunta cosas —dijo Castañoscuro con brusquedad.

—Te refieres a la pequeña rata hembra que siempre carraspea antes de hablar, ¿verdad? —dijo el alcalde.

—La misma.

—Es muy... firme, ¿verdad? —dijo el alcalde, y ahora Castañoscuro se fijó en que estaba sudando—. Está asustando bastante a algunos miembros del consistorio, ja ja.

—Ja ja —dijo Castañoscuro.

El alcalde tenía aspecto afligido. Parecía estar buscando algo que decir.

—¿Ya estáis, ejem, bien instalados? —preguntó.

—Me pasé parte de la noche de ayer peleando contra un perro en un reñidero, y luego creo que estuve un rato atrapado en una ratonera —dijo Castañoscuro, con una voz que parecía de hielo—. Y luego hubo una pequeña guerra. Aparte de eso, no me puedo quejar.

El alcalde lo miró con expresión preocupada. Por primera vez desde que alcanzaba su recuerdo, a Castañoscuro le dio lástima un humano. El chaval con cara de tonto había sido distinto. El alcalde parecía tan cansado como se sentía el propio Castañoscuro.

—Escucha —dijo—. Creo que puede funcionar, si es eso lo que me quieres preguntar.

El alcalde se animó.

—¿De verdad? —preguntó—. Hay mucha discusión.

—Por eso creo que puede funcionar —dijo Castañoscuro—. Hombres y ratas discutiendo. Vosotros no nos estáis poniendo veneno en el queso y nosotros no nos estamos meando en vuestra compota. No va a resultar fácil, pero es un principio.

—Pero hay algo que me hace falta saber —dijo el alcalde.

—¿Sí?

—Nos podríais haber envenenado los pozos. Nos podríais haber incendiado las casas. Mi hija me ha dicho que sois muy... avanzadas. No nos debéis nada. ¿Por qué no lo habéis hecho?

—¿Para qué? ¿Qué habríamos hecho después? —dijo Castañoscuro—. ¿Irnos a otro pueblo? ¿Pasar otra vez por todo esto? ¿Es que mataros habría mejorado las cosas en algo para nosotros? Tarde o temprano tendríamos que hablar con los humanos. ¿Por qué no hablar con vosotros y ya está?

—¡Me alegro de que os caigamos bien! —dijo el alcalde.

Castañoscuro abrió la boca para decir: ¿caernos bien? No, simplemente no os odiamos lo bastante. No somos amigos.

Pero...

No iba a haber más reñideros. Se acabaron las trampas, se acabaron los venenos. Cierto, iba a tener que explicarle al Clan lo que era un policía, y por qué los agentes ratunos de la guardia podían perseguir a las ratas que violaran las nuevas reglas. Aquello no les iba a gustar. Aquello no les iba a gustar para nada. Hasta una rata que llevara las marcas de los dientes de la Rata de Huesos iba a tener problemas con aquello. Pero tal como había dicho Mauricio: ellos harán esto y tú harás aquello. Nadie perderá demasiado y todo el mundo ganará mucho. El pueblo prosperará, crecerán los hijos de todo el mundo y, de pronto, todo será normal.

Y a todo el mundo le gusta que las cosas sean normales. No Ies gusta ver cambiadas las cosas normales. Debe de valer la pena intentarlo, pensó Castañoscuro.

—Ahora te quiero hacer yo una pregunta —dijo—. Llevas... ¿cuánto tiempo, siendo el líder?

—Diez años —contestó el alcalde.

—¿Y no es difícil?

—Oh, sí. Oh, sí. Todo el mundo discute conmigo a todas horas —dijo el alcalde—. Aunque tengo que admitir que estoy esperando que si esto funciona se reduzcan un poco las discusiones. Pero no va a ser tarea fácil.

—Es ridículo tener que gritar todo el tiempo solamente para que se hagan las cosas.

—Es verdad —coincidió el alcalde.

—Y todo el mundo espera que uno tome todas las decisiones —dijo Castañoscuro.

—Cierto.

—El último líder me dio un consejo justo antes de morir, ¿y sabes qué consejo era? «¡No te comas la parte blandengue y verde!»

—¿Un buen consejo? —dijo el alcalde.

—Sí —dijo Castañoscuro—. Pero lo único que él tenía que hacer era ser grande y duro y pelear contra todas las demás ratas que querían ser líder.

—Con el consistorio pasa un poco lo mismo —dijo el alcalde.

—¿Cómo? —dijo Castañoscuro—. ¿Les muerdes en el cuello?

—Todavía no —dijo el alcalde—. Pero tengo que admitir que no me parece mala idea.

—¡Es que todo es mucho más complicado de lo que yo pensé que sería! —exclamó Castañoscuro, perplejo—. ¡Porque después de aprender a gritar tienes que aprender a no hacerlo!

—También cierto —asintió el alcalde—. Así es como funciona. —Dejó la mano sobre el escritorio, con la palma hacia arriba—. ¿Me permites?

Castañoscuro subió a bordo y mantuvo el equilibrio mientras el alcalde lo llevaba hasta la ventana y lo dejaba sobre el antepecho.

—¿Ves el río? —dijo el alcalde—. ¿Ves las casas? ¿Ves a la gente en la calle? Pues yo tengo que hacer que todo funcione. Bueno, el río no, es obvio, eso funciona solo. Y todos los años resulta que no he molestado a la bastante gente como para hacer que elijan a otro alcalde. Así que tengo que hacerlo otra vez. Es mucho más complicado de lo que yo pensé que sería.

—¿Cómo, también para ti? ¡Pero si tú eres humano! —dijo Castañoscuro, asombrado.

—¡Ja! ¿Y te crees que eso lo hace más fácil? ¡Yo creía que las ratas eran salvajes y libres!

—¡Ja! —dijo Castañoscuro.

Los dos miraron por la ventana. Vieron que Keith y Malicia caminaban por la plaza de más abajo, enfrascados en su conversación.

—Si quieres —dijo el alcalde al cabo de un rato—, podrías tener un escritorio pequeñito aquí en mi despacho.

—Voy a vivir en el subsuelo, pero gracias igualmente —dijo Castañoscuro, recobrando la compostura—. Los escritorios pequeñitos son un poco demasiado señor Conejín para mi gusto.

El alcalde suspiró.

—Supongo que sí. Ejem... —Pareció que estaba a punto de compartir algún secreto culpable, y en cierta manera, así era—. Aunque a mí me gustaban esos libros cuando era niño. Por supuesto, sabía que eran todo tonterías, pero aun así resultaba agradable pensar que...

—Sí, sí —dijo Castañoscuro—. Pero el conejo era tonto. ¿A quién se le ocurre que un conejo pueda hablar?

—Oh, sí. Nunca me cayó bien el conejo. Eran los personajes secundarios los que caían bien a todo el mundo, como la ratita Roberto, y Felipe el faisán y la serpiente Oli...

—Oh, por favor —dijo Castañoscuro—. ¡Pero si llevaba cuello alto y corbata!

—¿Y qué?

—Pues que ¿cómo se le aguantaba? ¡Las serpientes tienen forma de tubo!

—¿Sabes? Nunca se me ocurrió pensarlo de ese modo —dijo el alcalde—. Vaya tontería. Se le caerían al arrastrarse, ¿verdad?

—Y los chalecos no funcionan en las ratas.

—¿No?

—No —le aseguró Castañoscuro—. Ya lo intenté. Los cinturones de herramientas sí, pero los chalecos no. Peligro Alubias se llevó un buen disgusto con eso. Pero yo le dije que hay que ser prácticos.

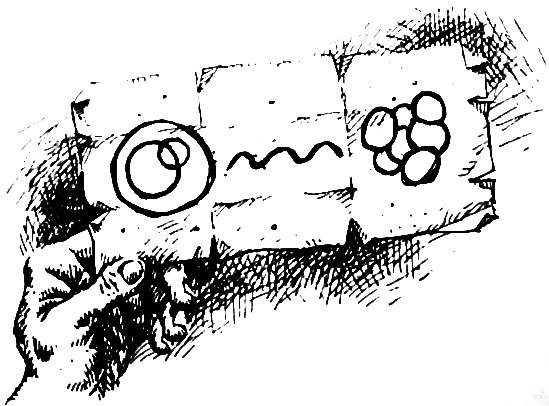
—Es lo que yo le digo siempre a mi hija —dijo el hombre—. Los cuentos no son más que cuentos. La vida ya es bastante complicada de por sí. El mundo real nos exige mucha preparación. No hay sitio para lo fantástico.

—Exacto —dijo la rata.

Y el hombre y la rata siguieron hablando, mientras la luz alargada se atenuaba con el atardecer.

Había un hombre pintando, con mucho cuidado, un dibujito debajo del letrero de la calle que decía «Calle del Río». El letrero estaba muy abajo, apenas un poco por encima del adoquinado, y el hombre tenía que agacharse. No paraba de consultar un pedazo pequeño de papel que sujetaba en la mano.

El dibujo era así:



Keith se rió.

—¿Qué es tan gracioso? —quiso saber Malicia.

—Que está en el alfabeto de las ratas —dijo Keith—. Dice: Agua + Deprisa + Piedras. Las calles tienen adoquines, ¿verdad? Así que las ratas los ven como piedras. Quiere decir «Calle del Río».

—Los letreros de las calles en ambos idiomas. Cláusula 193 —dijo Malicia—. Qué rapidez. Solo hace dos horas que lo acordaron. Supongo que eso significa que también habrá letreritos diminutos en idioma humano dentro de los túneles de las ratas, ¿no?

—Espero que no —dijo Keith.

—¿Por qué no?

—Porque las ratas casi siempre marcan sus túneles meando en ellos.

Se quedó impresionado de que la expresión de Malicia apenas se alterara.

—Ya veo que todos vamos a tener que hacer algunos ajustes mentales importantes —dijo, pensativa—. Ha sido raro lo de Mauricio, sin embargo, después de que mi padre le dijera que había muchas ancianitas muy amables en el pueblo que estarían encantadas de darle un hogar.

—¿Te refieres a cuando ha dicho que conseguirlo así no iba a ser nada divertido? —preguntó Keith.

—Sí. ¿Tú sabes qué ha querido decir?

—Más o menos. Ha querido decir que él es Mauricio —explicó Keith—. Creo que se lo ha pasado en grande, paseándose de un lado a otro de la mesa y dando órdenes a todo el mundo. ¡Hasta ha dicho que las ratas se podían quedar el dinero! ¡Ha dicho que una vocecita que hablaba dentro de su cabeza le ha dicho que en realidad el dinero era de ellas!

Malicia pareció pensar un rato en todo aquello y por fin dijo, como si en realidad no fuera muy importante:

—Y, ejem... tú te quedas por aquí, ¿verdad?

—Cláusula 9, Encantador de Ratas Residente —dijo Keith—. Me dan un uniforme oficial que no tengo que compartir con nadie, un sombrero con una pluma y un complemento para flautas.

—Eso va a resultar... bastante satisfactorio —dijo Malicia—. Esto...

—¿Sí?

—Cuando te dije que tenía dos hermanas, ejem, no era del todo cierto —dijo ella—. Ejem... no era mentira, claro, pero sí que estaba... un poco exagerado.

—Sí.

—Quiero decir que sería más literalmente cierto decir que, de hecho, no tengo ninguna hermana en absoluto.

—Ah —dijo Keith.

—Pero tengo millones de amigos, claro —continuó Malicia. A Keith le dio la impresión de ser completamente desdichada.

—Asombroso —dijo—. La mayoría de la gente solo tiene unas pocas docenas.

—Millones —dijo Malicia—. Aunque claro, siempre hay sitio para uno más.

—Bien —dijo Keith.

—Y, ejem, está la cláusula 5 —dijo Malicia, todavía con aspecto un poco nervioso.

—Ah, sí —dijo Keith—. Esa ha desconcertado a todo el mundo: «Una merienda opípara con bollos de crema y una medalla», ¿verdad?

—Sí —dijo Malicia—. De otra manera, el asunto no quedaría cerrado como es debido. ¿Te gustaría, ejem, unirte a mí?

Keith asintió. Luego se quedó mirando el pueblo. Parecía un sitio agradable. El tamaño era el adecuado. Uno podía encontrar un futuro en aquel sitio...

—Únicamente una pregunta... —dijo él.

—¿Sí? —dijo Malicia, dócil.

—¿Cuánto tarda uno en convertirse en alcalde?

Hay un pueblo en Überwald donde, cada vez que el reloj da los cuartos, las ratas salen y tañen las campanas.

Y la gente mira, y vitorea, y compra las tazas y los platillos roídos a mano de recuerdo y las cucharas y los relojes y otras cosas que no sirven para nada en absoluto más que para comprarlos y llevárselos a casa. Y luego van al Museo de las Ratas y comen RataBurguesas (con garantía de no contener rata) y compran orejas de rata para ponerse en la cabeza y compran los libros de poesía ratuna en idioma de las ratas y dicen «qué raro» cuando ven los letreros de las calles en idioma de las ratas y se maravillan de que el lugar se vea tan limpio...

Y una vez al día el Encantador de Ratas del pueblo, que es bastante joven, toca su flauta y las ratas bailan al son de la música, normalmente haciendo una conga. Es muy popular (en días señalados una ratita pequeña que baila claqué organiza enormes espectáculos de baile, con cientos de roedores vestidos de lentejuelas, ballet acuático en las fuentes y decorados muy elaborados).

Y hay conferencias sobre el Impuesto de Ratas y cómo funciona todo el sistema, y cómo las ratas tienen su propio pueblo debajo del pueblo de los humanos, y pueden usar la biblioteca gratis, y a veces hasta mandan a sus crías a la escuela. Y todo el mundo dice: ¡Qué perfecto, qué bien organizado, qué asombroso!

Y luego la mayoría se vuelven a sus pueblos y colocan sus ratoneras y ponen su veneno, porque hay mentes que no se puede hacer cambiar ni a hachazos. Pero unas cuantas empiezan a ver el mundo de forma distinta.

No es perfecto, pero funciona. Lo que tienen los cuentos es que hay que elegir los que pueden durar.

Y muy lejos río abajo, un gato bien guapo, a quien ya solamente le quedaban unos pocos trasquilones en el pelo, se bajó de un salto de una barcaza, paseó por el embarcadero y se adentró en una población grande y próspera. Pasó unos cuantos días dando palizas a los gatos del lugar, viendo más o menos cómo funcionaba todo y, principalmente, sentado y mirando.

Por fin vio lo que quería. Siguió a un jovenzuelo que salía del pueblo. Llevaba un palo echado al hombro en cuya punta había un pañuelo anudado de los que usa la gente en los cuentos para llevarse todas sus posesiones terrenales. El gato sonrió para sus adentros. Si conocías sus sueños, era fácil manipular a la gente.

El gato siguió al muchacho hasta el primer mojón del camino, donde el chico se detuvo a descansar. Y oyó:

—Eh, chaval con cara de tonto... ¿Quieres llegar a alcalde? No, aquí abajo, chaval...

Porque algunos cuentos terminan, pero los antiguos siguen adelante, y hay que bailar al son de la música.

## Nota del autor

Creo que en los últimos meses he leído más sobre ratas de lo que me convendría. La mayor parte de las cosas ciertas (o por lo menos de lo que la gente dice que es cierto) es tan increíble que no lo he incluido para que los lectores no creyeran que me lo había inventado.

Existen testimonios sobre ratas que han escapado de los reñideros empleando el mismo método que Castañoscuro usó con el pobre Jacko. Si no os lo creéis, esto lo presenciaron el viejo Alf, Jimma y el tío Bob. Me lo han confiado las más altas autoridades.

Los reyes de las ratas existen de verdad. Cómo llegan a existir es un misterio; en este libro Malicia menciona un par de teorías al respecto. Le debo al doctor Jack Cohen una tercera mucho más moderna y deprimente, que es que desde tiempos inmemoriales hay gente cruel e imaginativa que ha tenido demasiado tiempo en sus manos.

1. Se frota la mantequilla para untarla. Luego se frota la mantequilla para quitarla. Entonces se come el pan. [↑](#footnote-ref-1)
2. No es fácil traducir «señor» al idioma de las ratas. La palabra ratuna que significa «señor» no es una palabra; es una especie de agachamiento breve, como postrándose, que indica que, solo de momento, la rata que se postra está dispuesta a aceptar que la otra rata es quien manda, pero que mejor que no se ande con tonterías al respecto. [↑](#footnote-ref-2)
3. Medida ratuna. Aproximadamente dos centímetros y medio. [↑](#footnote-ref-3)
4. Las ratas habían encontrado una en el pueblo de Quirm, que es de donde habían sacado a los señores Clicky. Estaban en un estante que llevaba la etiqueta «Juguetes para gatitos», junto con una caja de ratas de goma que chillaban y que llevaban el muy imaginativo nombre de «Señor Chilliditos». Las ratas habían intentado hacer saltar trampas pinchándolas con una rata de goma atada al final de un palo, pero a todo el mundo le angustiaba el chillido que se oía al cerrarse la trampa. En cambio, a nadie le importaba lo que les pasara a un señor Clicky. [↑](#footnote-ref-4)